

EQUILIBRIO DE POTENCIAS

EL ASCENSO DE CHINA FRENTE A ESTADOS UNIDOS

DE 1949 A 2020

UN ANÁLISIS DESDE EL NEORREALISMO

Eduardo Raúl Ramírez Zamudio



UNIVERSIDAD DE COLIMA

EQUILIBRIO DE POTENCIAS

El ascenso de China frente a Estados Unidos
de 1949 a 2020

Un análisis desde el neorrealismo

enfoque académico

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtra. Vianey Amezcua Barajas, Coordinadora General de Comunicación Social

Mtra. Gloria Guillermina Araiza Torres, Directora General de Publicaciones

EQUILIBRIO DE POTENCIAS

El ascenso de China frente a Estados Unidos
de 1949 a 2020

Un análisis desde el neorrealismo

Eduardo Raúl Ramírez Zamudio



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2022

Avenida Universidad 333

C.P 28040, Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004

Correo electrónico: publicaciones@uacol.mx

<http://www.uacol.mx>

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso en México / *Printed in Mexico* - Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN impreso: 978-607-8814-37-4

ISBN eBook: 978-607-8814-39-8

DOI: 10.53897/LI.2022.0015.UCOL



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-003-22

Recibido: Septiembre de 2020

Publicado: Diciembre de 2022

Índice

Introducción general	7
CAPÍTULO I	
Teoría neorrealista de las Relaciones Internacionales	15
CAPÍTULO II	
Equilibrio directo de China y configuración del Sistema Regional Asiático durante la bipolaridad (1945-1991)	49
CAPÍTULO III	
La estrategia de equilibrio indirecto de China y la respuesta estratégica de <i>congagement</i> estadounidense al ascenso de China, durante el período 1991-2005	93
CAPÍTULO IV	
La confrontación China-Estados Unidos en el siglo XXI: Equilibrio asertivo y contención en el período 2006-2015	151
CAPÍTULO V	
Los riesgos de la asertividad y la contención: relación bilateral China-Estados Unidos en el período 2016-2021	197
Conclusiones generales	251
Epílogo: La relación sino-estadounidense durante la pandemia del COVID-19	261
Glosario	267

Introducción general

La presente investigación utiliza la teoría neorrealista de la disciplina de Relaciones Internacionales para explicar las decisiones y acciones de los Estados en el sistema internacional, configurando el equilibrio de potencias en el mundo. De acuerdo al filósofo griego Thucydides, cuando un país posee una clara predominancia sobre otros; los países débiles están obligados a adaptarse a la estructura del sistema y a la hegemonía impuesta por el país predominante (Thucydides, 2009). Mientras la distribución de poder se equipara, permitiendo el ascenso de una potencia emergente, ésta tendrá la oportunidad de perseguir su interés nacional de seguridad, independiente de los intereses de la potencia hegemónica.

De esta manera, la existencia de una potencia emergente en el sistema compromete la estabilidad sistémica. Por una parte, la potencia emergente presentará su interés de expansión de sus capacidades materiales o poder comprensivo. Por otra parte, la potencia hegemónica pretenderá contener la expansión de la potencia emergente, para garantizar la permanencia del *status quo*. Independientemente del resultado, la potencia emergente genera un cambio sistémico. Este cambio sistémico se explica en la teoría de “transición de poder”, la cual, inevitablemente, provoca conflictos entre una potencia hegemónica con el incentivo de contener el ascenso de la potencia emergente; y una potencia emergente con motivos de modificar la estructura de poder a su favor (Steinberg & O’Hanlon, 2014). La estabilidad en la relación sino-estadounidense, durante los noventa y los primeros cinco años del siglo XXI, se puede atribuir al ilimitado dominio estadounidense, al cual China no tenía otra opción que adaptarse.

El ascenso económico-militar de China de principios de los ochenta modificó la estructura del sistema internacional. En lugar de centrarse en la exportación de materias primas o adoptar políticas económicas autárquicas, China se convirtió, a finales del siglo XX y principios del siglo XXI, en una potencia industrial en ascenso, cuyo crecimiento económico se fundamentó en la importación de bienes primarios y la exportación de bienes manufacturados a todo el mundo. De esta manera, el ascenso de China es similar al ascenso que experimentó Gran Bretaña, Alemania y Japón en su momento, cuyos objetivos de garantizar su acceso a materias primas y mercados provocó dos guerras mundiales (Kennedy, 2009). Los conflictos del siglo XX se resolvieron con la aceptación, por parte de las potencias industriales, de la hegemonía económica y militar estadounidense en el mundo (Macdonld, 2015). ¿Acepta China a la hegemonía estadounidense en Asia? Existe evidencia, la cual se presenta en este libro, de que no es así.

Antes de continuar, es necesario establecer que este libro se centra en la interacción entre China y Estados Unidos (EEUU) como potencia en ascenso y hegemónica, respectivamente, en la región de Asia, enfatizando en las estrategias de contención, cooperación y equilibrio de los actores internacionales, así como el fenómeno de transición hegemónica que ahí ocurre.

El politólogo Peter Katzenstein define región como una construcción de las interacciones de entes socio-económicos. De esta manera, las regiones son resultado de las interconexiones entre dichos entes (Katzenstein, 2005). En Asia, Katzenstein sostiene que estas interconexiones son de carácter jerárquico y afirma que históricamente el sistema internacional asiático se ha basado en la hegemonía china. David Kang añade que los países asiáticos percibirán inevitablemente a China como una potencia central, buscando ajustarse a ella. Por lo tanto, los intentos de Estados Unidos por contener a China, a través de alianzas en Asia, serían infructuosos. Asimismo, el eventual retiro de Estados Unidos de Asia no supondría el advenimiento del caos anárquico en el sistema asiático, pues China participaría activamente en la organización del sistema, sin necesidad de la presencia o aprobación estadounidense (Kang D., 2003). Katzenstein y Kang vinculan el crecimiento eco-

nómico y la seguridad regional asiática con el propio ascenso de China.

En el siglo XXI, la negligencia de Estados Unidos en relación a Asia, por centrar su atención en Medio Oriente, y los problemas estructurales de su economía, han coincidido con el crecimiento económico sostenido de China, que sirve como catalizador de su modernización militar. En el marco de la teoría neorrealista, el ascenso de China en Asia compromete la posición hegemónica de Estados Unidos en la región, provocando un conflicto de intereses de expansión y contención respectivamente. A medida que el ascenso económico-militar de China ha reducido la asimetría en la distribución de poder con Estados Unidos, se explica la postura asertiva de China en reivindicaciones territoriales, a partir del 2008, y la implementación de una estrategia de equilibrio directo frente a países regionales como Japón e India y frente a la potencia hegemónica estadounidense.

Cuando una potencia hegemónica enfrenta el ascenso de otra potencia se genera un dilema de seguridad, que repercute en ansiedad y desconfianza en el sistema internacional. Por décadas, Gran Bretaña aceptó y toleró el ascenso proteccionista y nacionalista estadounidense en el siglo XX. Gran Bretaña esperaba que Estados Unidos se convirtiera en un aliado y garante del orden internacional construido por los británicos. Por su parte, el ascenso alemán fue percibido como amenaza en Europa, desencadenando dos guerras mundiales en el siglo XX. La actitud de Estados Unidos en relación al ascenso económico, político y militar de China, en el siglo XXI, será clave para evitar la amenaza de un enfrentamiento entre las dos potencias

Desde finales del siglo XX, China se ha beneficiado del orden regional asiático sostenido por Estados Unidos, expresado en la seguridad de las rutas marítimas, el acceso al mercado más grande del mundo o la restricción a la remilitarización de Japón. No obstante, como potencia emergente, China tiene seis razones para alterar el orden regional asiático actual. La primera razón es el estatus de Taiwán, el cual ha sido, durante seis décadas, un asunto sensible en la relación sino-estadounidense. La segunda razón es la oposición de China al patrullaje estadounidense cercano a sus

aguas territoriales. La tercera razón es la insatisfacción de China en la reciente intromisión de Estados Unidos en las disputas territoriales en el Mar Meridional (o Mar del Sur de China) y Oriental de China. La cuarta razón es el unilateralismo estadounidense, reflejado en la presión de Estados Unidos sobre la Unión Europea para mantener el embargo tecnológico y de armamento a China, así como la intervención unilateral en Kosovo (1999), Iraq (2003) y Libia (2011). La quinta razón es la influencia de Estados Unidos en el orden económico internacional, cuyas decisiones provocaron la gran recesión del siglo XXI. Finalmente, la sexta razón de China para alterar a su favor el orden regional asiático es la red de alianzas estadounidenses en Asia con Japón y Filipinas, principalmente, las cuales son consideradas por China como factores de conflicto al empoderar a dichos actores para asumir una postura asertiva frente a Beijing en disputas territoriales (Steinberg & O'Hanlon, 2014).

A pesar de las razones de China para alterar el sistema regional asiático, el país se opuso en su doctrina de “desarrollo pacífico” (2003-2013) a cualquier forma de hegemonía o dominio regional. La doctrina originalmente se anunció con el título de “ascenso pacífico” (Bijian, 2005), pero se modificó para evitar la sensación de amenaza con el término “ascenso”. China procuró en los noventa, y principios del siglo XXI, mantener un perfil bajo, que evadiera la generación de coaliciones de Estados vecinos contra su desarrollo o la contención directa de la potencia hegemónica contra la modernización militar del país.

En su momento, el “desarrollo pacífico” funcionó como pilar ideológico del equilibrio indirecto de China en el período de unipolaridad ilimitada; pero, de acuerdo con la teoría neorrealista, el “desarrollo pacífico” no guiará la conducta de China en condiciones distintas, como en la confirmación de su ascenso regional (Goldstein A., 2008). El ejemplo es la modificación de la estrategia de equilibrio directo de China a partir de 2008, cuando decidió desafiar regionalmente a Estados Unidos (Friedberg, 2012). Los problemas estructurales de la economía estadounidense, manifestados en la crisis de 2007-2009, y las prolongadas guerras en Medio Oriente, generaron la percepción en China sobre el declive de Es-

tados Unidos, y por consiguiente, el cambio del equilibrio indirecto a directo en la región.

Considerando lo expuesto, la hipótesis central de este libro establece que la relación bilateral de China con Estados Unidos ha estado determinada por estrategias de equilibrio directo e indirecto, en los recientes períodos de polaridad sistémica. El principal objetivo del libro es analizar las estrategias de equilibrio directo e indirecto de China, así como la respuesta de contención y cooperación de Estados Unidos en los períodos determinados. El análisis comienza en el período de bipolaridad (1946-1990), donde China se encontraba en condiciones de atraso frente a las hegemonías regionales de Estados Unidos y la Unión Soviética; continúa en la primera parte de la unipolaridad (1991-2006), caracterizada por el ejercicio ilimitado de la hegemonía estadounidense, donde China implementó pragmáticamente el equilibrio indirecto; el análisis concluye en la segunda parte de la unipolaridad, caracterizada por la transición hegemónica de Asia, donde China ha desarrollado políticas de equilibrio directo.

En el primer capítulo se presenta el marco teórico de la disciplina de Relaciones Internacionales, enfatizando la teoría neorrealista, a partir del debate teórico entre las corrientes teóricas del neoliberalismo y neorrealismo, para determinar cuál teoría explica mejor los cambios en la configuración sistémica de Asia. En el primer capítulo, se explican la ontología y epistemología de la teoría neorrealista y se abordan conceptos necesarios para analizar las estrategias de Estados Unidos y China en los períodos mencionados, como dilema de seguridad, interés nacional, equilibrio directo, equilibrio indirecto, contención, entre otros.

En el segundo capítulo, se explica la evolución del sistema regional de Asia durante el período bipolar, donde las acciones de las entonces potencias hegemónicas (Estados Unidos y Unión Soviética) y de la potencia histórica (China), contribuyeron a la configuración sistémica de la región. En este capítulo se elaboró un marco histórico para introducir conceptos de contención y equilibrio, que implementaron China, la Unión Soviética y Estados Unidos para garantizar su seguridad y posición en el sistema. Este capítulo se concluyó abordando la transición sistémica de bipolaridad

dad a unipolaridad, cuando Estados Unidos adquiere la supremacía internacional y regional en los noventa, provocando la modificación de la estrategia de China para adaptarse en un nuevo contexto.

El tercer capítulo analizó el equilibrio indirecto de China en el período de unipolaridad ilimitada (1991-2005), donde Estados Unidos ejerció su poder en el sistema de manera unilateral, amenazando la propia seguridad de China. En este contexto, China incrementó sus capacidades materiales (económico-militares), generando incertidumbre sobre sus intenciones en el sistema. Estados Unidos respondió a la emergencia de China, a través de una estrategia ambigua de contención/cooperación, conocida como *congaement*, la cual no frenó el desarrollo de China. El equilibrio indirecto chino se fundamentó en estrategias diplomáticas, institucionales y económicas para para limitar el ejercicio de poder estadounidense.

En el cuarto capítulo, se explica por qué China modificó su estrategia de equilibrio indirecto por una de equilibrio directo entre 2006 y 2015 frente a la hegemonía estadounidense y a otros países regionales. En este capítulo se manifestó una actitud asertiva de China ante reivindicaciones territoriales y la respuesta de Estados Unidos, abandonando el “*congaement* de los noventa”, a través de una estrategia de contención frente al ascenso de China. El capítulo cuarto expone el conflicto entre ambos países por el expansionismo territorial de China en el Mar Meridional y la respuesta de contención por parte de Estados Unidos.

En el quinto y último capítulo se explicará la respuesta asertiva de Estados Unidos al expansionismo chino, en la región, en el período 2016-2021, así como el desarrollo de las capacidades materiales chinas y la estrategia de equilibrio indirecto de Beijing para garantizar su ascenso en Asia. Este capítulo presentará perspectivas de relaciones entre China y otras potencias asiáticas como Japón, Corea del Sur, India y la potencia hegemónica: Estados Unidos en la segunda década del siglo XXI.

En el desarrollo de los cinco capítulos, se cumplen los objetivos e hipótesis planteados, abonando a la disciplina de las Relaciones Internacionales, que pretende explicar y analizar el obje-

to de estudio, a partir del enfoque neorrealista. En este sentido, la relevancia de la presente investigación se encuentra en la posibilidad de que un país en vías de desarrollo (no-occidental), equipare y rebase, en términos de poder comprensivo, a un país desarrollado (occidental) en los próximos años; comprobando que países en otras regiones pueden garantizar su ascenso, mediante el incremento de sus capacidades materiales (crecimiento económico-militar), complementado con estrategias de equilibrio directo e indirecto.

Para finalizar la introducción general, es necesario afirmar que la presente investigación considera que la inestabilidad e incertidumbre actual (2021), en Asia, se origina de la transición sistémica, donde China asciende como potencia económico-militar y Estados Unidos busca mantener su posición como potencia hegemónica regional. La solución a la inestabilidad será una transición efectiva que centre a China como hegemonía regional, modificando el sistema internacional de unipolaridad a multipolaridad. Se considera que la estrategia de equilibrio (directo e indirecto) de China tiene mayores posibilidades de éxito para el ascenso del país, que la estrategia de contención o *conagement* de Estados Unidos para mantener su hegemonía en Asia.

Teoría neorrealista de las Relaciones Internacionales

Introducción

En el mundo actual, caracterizado por un sinnúmero de interrelaciones entre todos los participantes en la evolución socio cultural y natural del orbe, intentar comprender, explicar y hasta predecir el devenir de los hechos y fenómenos, se torna muy complejo. De hecho, la complejidad de las relaciones entre las naciones, principalmente después de la Primera y Segunda Guerra Mundial (PGM y SGM), ha servido para sustentar el nacimiento de un enfoque multidisciplinario, como son las Relaciones Internacionales (RRII).

No obstante el surgimiento de un enfoque multidisciplinar desde la perspectiva de las relaciones, entre las naciones-Estado, ha complicado tratar de conformar una teoría unificada en un campo de investigación multidisciplinario y complejo como el de las RRII. A pesar de esa complejidad teórico-intelectual, resulta imposible pensar en la disciplina de las Relaciones Internacionales sin un marco teórico o de referencia.

La disciplina de Relaciones Internacionales se ha caracterizado por el desarrollo de diversas escuelas o enfoques teóricos realistas, pluralistas y estructuralistas, que pretenden explicar, analizar y predecir fenómenos en el sistema internacional, tales como el declive y emergencia de potencias hegemónicas. Estas teorías explican los fenómenos en el sistema internacional, fundamentando sus argumentos en aspectos históricos, económicos, bélicos, políticos, sociológicos e inclusive jurídicos y antropológicos, a partir

del análisis de los hechos de la vida cotidiana y extraordinaria de las relaciones entre los Estado-nación.

Además de sus perspectivas críticas y de sus categorías de análisis, fundamenta sus explicaciones y/o predicciones en distintas fuentes de información, como los libros de los académicos especializados, la declaración de un dirigente sobre el estado del sistema internacional, una conferencia académica, o la publicación de una revista, capítulo de libro o artículo que aborde la política internacional, la organización internacional o, aun, la política económica internacional, presentando una manera particular de concebir el mundo, un hecho o un fenómeno.

Existen libros que han contribuido al desarrollo de las teorías de Relaciones Internacionales, influenciando la política internacional, como *Auge y Caída de las Grandes Potencias* de Paul Kennedy 1989; *Teoría de la Política Internacional* de Kenneth Waltz 1979; y *Poder e Interdependencia* de Robert Keohane 1977. Estos libros presentan la visión de la disciplina sobre las decisiones y cálculos racionales de los actores internacionales en el sistema.

Durante la bipolaridad, el realismo clásico constituyó el marco teórico principal de la disciplina. En la década de los ochenta, el debate entre el neoliberalismo¹ y el neorrealismo sustituyó, gradualmente, al realismo clásico para explicar los fenómenos del sistema internacional (Batistella, 2003). El neorrealismo y el neoliberalismo presentaron diferencias ontológicas significativas en relación a temas de cooperación, interdependencia y ganancias en el sistema, pero coincidieron en el concepto de lo que debe ser una teoría de RRII, constituyendo un paradigma hegemónico en el campo de estudio (Gilpin, 1986). No obstante, a finales de los ochenta, el debate neoliberal y neorrealista se orientó a un debate entre el paradigma hegemónico de la disciplina de RRII y las teorías que cuestionaron a dicho paradigma. Tres factores contribuyeron al cambio de naturaleza en el debate de las teorías de Relaciones Internacionales. El primero fue el final de la bipolaridad, mar-

¹ En toda la investigación se tratará el término neoliberal para referirse a la corriente teórica de Relaciones Internacionales y no al modelo económico.

cado por la caída del Muro de Berlín en 1989²; el segundo el surgimiento de la globalización; y el tercero el fortalecimiento de las teorías críticas, basadas en el marxismo (teoría de sistema-mundo), el postmodernismo y el constructivismo. Las teorías críticas cuestionaron la ontología del debate entre corrientes neoliberales y neorrealistas, pero no desarrollaron su propia epistemología y método de investigación (Keohane & Martin, 2003).

El realismo clásico, teoría principal durante las primeras décadas posteriores al surgimiento de la disciplina de las RRII, se constituyó en el paradigma dominante para explicar los fenómenos sistémicos durante la bipolaridad; si bien contribuyó a comprender y analizar la lógica de un mundo bipolar, no logró predecir la transición del sistema bipolar a unipolar con Estados Unidos como potencia hegemónica global (Smith & Hollis, 1990). Más allá de la predicción del colapso soviético, el final de la bipolaridad transformó, drásticamente, la manera de interpretar un sistema internacional que no se definiría más por la división ideológica, política, militar o económica entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los Estados Unidos. Era necesario explicar la nueva configuración del sistema internacional, donde EEUU se constituyó como la hiperpotencia hegemónica con proyección global (Herring, 2008).

El surgimiento de la globalización también contribuyó a la apertura del debate teórico en la disciplina de las Relaciones Internacionales. El incremento en el volumen de intercambios comerciales, el surgimiento de actores internacionales y la creciente participación de organismos e instituciones internacionales generaron un debate más allá de los temas de cooperación y competencia, centrales de la escuela realista. La globalización provocó un nuevo debate sobre la capacidad y posición del Estado en el sistema, la importancia de la soberanía y el mantenimiento de la distinción entre las condiciones internas y externas del Estado (Smith & Hollis, 1990). Sobre todo, la globalización otorgó preponderancia a las relaciones económicas en el marco de las RRII, relanzan-

² Insisto en la naturaleza simbólica del evento, pues el final de la Guerra Fría se consuma con la desaparición de la Unión Soviética en 1991.

do el debate entre neoliberales y neorrealistas sobre la estabilidad en el sistema.

Finalmente, las teorías críticas de las RRII comenzaron a cuestionar activamente a las teorías clásicas (neoliberalismo y neorrealismo), marcando una diferencia entre las teorías explicativas o de solución de un problema frente a las teorías constitutivas que cuestionan los fundamentos de la práctica de las relaciones internacionales (Kratochwil & Ruggie, 1986). La diferencia entre teorías explicativas y constitutivas es que las primeras buscan la explicación del fenómeno; mientras que las segundas buscan la interpretación y comprensivo del fenómeno. Las teorías críticas cuestionaron los conceptos de hegemonía, soberanía y equilibrio de potencias de la escuela realista, a partir de argumentos marxistas, constructivistas y postmodernos (Cox, 1983). Los tres factores mencionados generaron el declive de la teoría realista clásica para explicar los fenómenos en el sistema unipolar y un nuevo debate entre teorías clásicas y críticas para abordar los cambios sistémicos.

Ante un nuevo escenario unipolar y globalizado, que abrió el debate teórico en la disciplina, el neorrealismo orientó el debate a un enfoque científico del estudio de relaciones internacionales, presentando diferencias ontológicas significativas en relación a las teorías críticas y a la propia neoliberal, sobre todo en términos de interés nacional, estructura del sistema y ejercicio del poder. Ello le permitió ofrecer una explicación convincente de la transición sistémica de bipolaridad a unipolaridad, así como de la estrategia de ascenso de potencias secundarias que provocarán eventualmente el regreso de la multipolaridad.

En el contexto anterior, el capítulo I constituye el marco teórico de la investigación, fundamentado en la disciplina de las Relaciones Internacionales. El objetivo es presentar el surgimiento de un paradigma hegemónico de la disciplina, para afirmar que el neorrealismo explica mejor el ascenso de China frente a la hegemonía estadounidense en Asia, a partir de la conceptualización de fenómenos sistémicos como las ganancias relativas/absolutas, la interdependencia, la cooperación y el interés estatal.

El neorrealismo explica mejor que otras teorías la relación bilateral entre China y Estados Unidos, desde la perspectiva de la

teoría de Relaciones Internacionales. Para contribuir a una mayor fortaleza de la investigación, se formularon las siguientes preguntas:

1. ¿Cuáles son los elementos constituyentes de una teoría de relaciones internacionales?
2. ¿Cuál es el paradigma hegemónico de la disciplina de relaciones internacionales?
3. ¿Cuáles son las deficiencias de las teorías neoliberales para explicar la configuración del poder en el sistema?
4. ¿Cuáles son las ventajas de la teoría neorrealista para explicar la configuración del poder en el sistema?
5. ¿En qué consiste la ontología del neorrealismo?
6. ¿En qué consiste la epistemología del neorrealismo?
7. ¿Por qué el neorrealismo es el enfoque teórico más apropiado para analizar las complejas y cambiantes relaciones entre China y Estados Unidos?

El capítulo se divide en tres partes. La primera presenta la noción y definición de la teoría en la disciplina de RRII, los elementos que constituyen la teoría y el paradigma hegemónico de la disciplina. La segunda parte expone el debate teórico entre el neoliberalismo y el neorrealismo para explicar las modificaciones a la configuración del poder en el sistema internacional. Finalmente, la tercera parte presenta el contexto histórico, la ontología y la epistemología del neorrealismo, la cual constituye la confirmación de este enfoque teórico como el marco teórico de la investigación.

La teoría de Relaciones Internacionales

La noción de la teoría de Relaciones Internacionales

El realismo clásico no contempló en su momento las cuestiones concernientes a la naturaleza de la teoría en la disciplina. A finales de los setenta, el debate teórico en la escuela realista generó una nueva corriente, conocida como neorrealismo, la cual pretendió abordar una metodología de estudio y un conjunto de conceptos para explicar el comportamiento de los actores internacionales. La obra fundadora del neorrealismo fue la Teoría de la Política Inter-

nacional de Kenneth Waltz, publicada en 1979, vigorizando el debate en la disciplina para proponer un enfoque científico del estudio de las RRII. Desde entonces, este libro ha sido un texto de referencia de la disciplina internacionalista. Estando en contra o a favor del neorrealismo, es innegable que la teoría de Relaciones Internacionales no ha sido la misma desde su publicación.

De hecho, la disciplina se convirtió en un campo de estudio, a partir de cinco ramas filosóficas. La primera fue la epistemología, que reflexiona en la adquisición y naturaleza del conocimiento. La segunda es la filosofía de la ciencia, que se preocupa de las cuestiones concernientes al descubrimiento científico. La tercera es la filosofía del lenguaje, que aborda los problemas de interpretación, comunicación y significado de los conceptos. La cuarta es la filosofía política, que trata las grandes cuestiones relacionadas con la naturaleza de la política, tales como los fundamentos de la autoridad, la legitimidad y el ejercicio del poder. Finalmente, la quinta es la moral y ética, que centran sus preguntas en la pertinencia de las acciones (Hollis, 1994). Además de la filosofía, los enfoques teóricos en la disciplina de RRII extraen ideas de la ciencia económica, principalmente de la economía política, y de la sociología.

Es necesario mencionar que la teoría de Relaciones Internacionales, en el sentido de una teoría específica de la disciplina, no existe y no puede existir. Eso no ha impedido que teorías como el neorrealismo o el neoliberalismo pretendan generar una teoría específica para su disciplina, extrayendo conceptos y metodología de otras disciplinas. Por ello, el campo de estudio internacionalista se considera multidisciplinario, englobando ciencias políticas, económicas y sociológicas.

La disciplina de RRII siguió la evolución de otras ciencias, físicas y sociales que, ellas también, están constantemente interrogándose sobre la naturaleza de su campo de estudio y sobre la validez de su método. La era de la certitud teórica ha sido revolucionada y los debates sobre la naturaleza de la teoría han generado conceptos como metateoría, ausentes durante los primeros años de la disciplina internacionalista, pero que actualmente ocupan un lugar importante en el campo de estudio (Hollis, 1994).

Difícilmente se encontrará una concepción de teoría que satisfaga a todo el mundo, ya que el enfoque tiene su propia idea de lo que debe ser una teoría, de lo que debe estudiar, de cómo lo debe hacer y de su objetivo principal. Como lo señala el profesor Scott Burchill, las teorías proveen un orden intelectual en el campo de estudio de las Relaciones Internacionales, permitiendo conceptualizar y contextualizar los eventos pasados y presentes. Las teorías en la disciplina internacionalista proveen una gama de maneras para interpretar cuestiones complejas, ayudando a pensar de manera crítica, lógica y coherente (Burchill, 2001). Ésta es la noción de teoría en la disciplina de las Relaciones Internacionales. El siguiente subtítulo explica los elementos que constituyen la teoría.

Los elementos que constituyen la teoría de Relaciones Internacionales

Resulta más sencillo explicar el rol general de la teoría, que precisar lo que la teoría debe hacer. Es decir, ¿la teoría debe generar una explicación o simplemente comprender un fenómeno? En la disciplina de las Relaciones Internacionales no existe un acuerdo ni sobre la manera de constituir el objeto de estudios y su ontología, ni sobre la manera de generar conocimiento en la materia, su epistemología, valores, principios, normas y metodología. En otras ciencias, se pueden distinguir teorías de alcance general, que pretenden explicar en su conjunto el campo de estudio. En la disciplina de Relaciones Internacionales no puede existir una teoría general, pues es un campo de estudio suficientemente complejo para generar una teoría de alcance general, determinando un límite a su ontología (Aron, 1967). Si bien no existe una teoría general de Relaciones Internacionales, el neorrealismo ofrece un cuerpo ontológico y una epistemología adecuada para abordar ciertos fenómenos en el sistema.

El neorrealismo considera que la teoría debe explicar el fenómeno. Se parte de la relación causa y efecto para ofrecer una explicación a situaciones idénticas o parecidas con los mismos resultados. Es decir, el neorrealismo, como paradigma hegemónico de la disciplina, busca formular hipótesis, verificarlas a partir de la observación de hechos concretos y de relaciones causales. Es-

tas hipótesis serán presentadas como las bases de una explicación viable, que puede ser remplazada, eventualmente, por la aportación de nuevos elementos de la investigación o por la evolución de los hechos. El neorrealismo pretende descubrir generalizaciones para construir un marco teórico de la disciplina de Relaciones Internacionales. Las teorías críticas adoptan un enfoque constitutivo, cuyo objetivo es comprender y no explicar las relaciones internacionales. Ello representa una desventaja en comparación con el neorrealismo, pues estas teorías carecen de un método de investigación.

Ontología de las Relaciones Internacionales

La ontología aborda todos los elementos que forman la naturaleza misma del campo de estudio. En la disciplina de Relaciones Internacionales el debate ontológico se centra en cuáles son las partes constituyentes del sistema global de las relaciones internacionales y cuáles son las propiedades, formas y propensiones de este sistema y sus unidades (Hollis, 1994). Para determinar cuál enfoque teórico de la disciplina se basa en la ontología más apropiada, se debe abordar la epistemología de las teorías de Relaciones Internacionales.

Epistemología y metodología de las Relaciones Internacionales

La epistemología concierne, esencialmente, a la manera en que abordamos las cuestiones relacionadas con el conocimiento, su generación y su evaluación. En este sentido, es necesario distinguir entre conocimiento y creencia. La reescritura constante de la historia y el descubrimiento de nuevos “hechos” complican la generación de hechos verdaderos, justificables y comprobables (Hollis, 1994).

En la disciplina de RRII existen tres tradiciones epistemológicas. La primera es el empirismo, el cual señala que el conocimiento se basa en la experiencia y en la observación. El empirismo ofrece un método relativamente sencillo, pues trata de observar los hechos y descartar lo que no es viable. En sí, el empirismo resulta complejo y cuestionable. El empirismo en su estado puro

es poco practicado, pues es temperado por la segunda tradición epistemológica: el racionalismo (Batistella, 2003). El neorrealismo se basa en esta tradición, entendiendo que los cinco sentidos del investigador no son suficientes para explicar el fenómeno (Waltz, 1979). Por lo tanto, el conocimiento debe basarse en la lógica y la reflexión. Es decir, es necesario fundamentar el análisis en un raciocinio que establezca una relación de causa y efecto. La tercera tradición epistemológica de la disciplina es el pragmatismo, el cual supone que las premisas están en constante evolución y las teorías pueden ser sujetas a una revisión. El pragmatismo permea en todas las teorías de la disciplina, pero es necesario fundamentar el análisis teórico en la metodología adecuada para no sucumbir a la tentación del relativismo (Batistella, 2003).

La metodología se ocupa de las herramientas, técnicas y métodos de análisis para generar o verificar el conocimiento. Por ende, la metodología está al servicio de la epistemología. En la disciplina de RRII, se encuentran tres tipos generales de metodología. El primero es el enfoque cuantitativo, que recurre a información numérica para comparar o analizar crecimiento económico, demografía o inversión militar. El segundo es el enfoque de modelos formales, como el de la teoría de juegos (Burchill, 2001). El tercero corresponde a métodos cualitativos, como el análisis de documentos, estudios de casos y entrevistas. En el neorrealismo, pueden utilizarse los tres enfoques.

A partir de los elementos que constituyen a la teoría de Relaciones Internacionales, resulta evidente que este campo de estudio comparte con otros una diversidad epistemológica y ontológica que complica toda tentativa de formular una teoría general. No obstante, el neorrealismo es la principal corriente teórica que busca circunscribir el debate teórico al interior de parámetros epistemológicos y ontológicos que constituyan el marco de un verdadero paradigma hegemónico de la disciplina.

Paradigma hegemónico de las Relaciones Internacionales

Desde mediados de los ochenta, el debate de la teoría de Relaciones Internacionales se centró en la síntesis neo-neo (neorrealismo

y neoliberalismo) (Waeber, 1997), constituyendo el paradigma hegemónico de la disciplina. En cuestiones teóricas fundamentales, los neorrealistas y neoliberales están de acuerdo. Por ejemplo, ambas teorías conciben la teoría de RRII dentro de la perspectiva positivista. Asimismo, las dos teorías comparten la epistemología empirista/racionalista y, a pesar de algunas divergencias ontológicas, conceptualizan y contextualizan los fenómenos de formas muy similares.

De acuerdo a la definición de Steven Lamy, el paradigma en la disciplina de RRII “define un campo de estudio, limita nuestra concepción de la realidad y define un orden para la investigación y la formulación de políticas públicas (Lamy, 2005)”. De esta manera, tanto el neorrealismo como el neoliberalismo influyeron en la concepción del orden mundial, a partir de conceptos en común, como el raciocinio de actores internacionales, en el sentido utilitarista del término, quienes buscan la maximización de sus intereses y los medios viables para alcanzar sus objetivos (Keohane, 1986). Lo que une a las teorías del paradigma hegemónico es su concepción racionalista de las teorías de Relaciones Internacionales y su rechazo a los enfoques reflectivistas (Smith S., 2002).

Desde finales de los noventa, las teorías críticas han pretendido generar un nuevo debate, que rompa con el paradigma hegemónico. No obstante, el paradigma se ha mantenido en la teoría de Relaciones Internacionales de tres maneras. La primera es la exclusión de las teorías críticas, bajo el argumento de no poder dialogar con aquellos que se mantienen al margen del debate científico de la disciplina (Kratochwil, 2003). La segunda es la oposición de teóricos neorrealistas y neoliberales en relación a la epistemología de las teorías críticas, que comprende constructivismo, marxismo y postmodernismo. John Mearsheimer considera que estas teorías son intolerantes y pretenden eliminar las ideas que no son de su agrado, maximizando las perspectivas de éxito de su discurso. Por ende, la escuela realista se erige como principal obstáculo para que los teóricos críticos generen un nuevo paradigma (Mearsheimer, 1994-1995). La tercera manera es la cooptación de las teorías críticas, de las cuales sólo el constructivismo convencional se

decanta por el positivismo del paradigma hegemónico (Katzenstein, Keohane, & Stephen, 1998).

En síntesis, la ausencia de un contra-modelo a la concepción neorrealista y neoliberal de la disciplina, permitió que este último se desarrollara como principal marco teórico de revistas, publicaciones y conferencias sobre la política internacional. Si bien, las teorías críticas cuestionaron la visión neorrealista del rol del Estado en el sistema o la naturaleza de la anárquica, no propusieron una alternativa de generación del conocimiento a la empírico/racionalista. Precisamente, es la delimitación sobre lo que constituye la ontología y epistemología, su forma de concebir la investigación, lo que define los parámetros de un paradigma en la disciplina (Keohane, 1986). En ese sentido, el neorrealismo y el neoliberalismo constituyen el verdadero paradigma hegemónico de la teoría de Relaciones Internacionales. En la segunda parte de este capítulo, se aborda el debate entre las teorías neorrealista y neoliberal para explicar las implicaciones de la configuración del sistema internacional, a partir de la distribución de capacidades materiales de los Estados, determinando por qué el neorrealismo ofrece una mejor opción como marco teórico a la presente investigación.

Debate teórico entre el neoliberalismo y neorrealismo sobre los cambios en la configuración del sistema internacional

La importancia de la teoría de Relaciones Internacionales en el contexto del ascenso de potencias radica en explicar los efectos que tendrá dicha potencia en su relación con la hegemonía regional o mundial. Si el Estado en ascenso tiene aspiraciones revisionistas, propondrá un modelo económico e institucional distinto al de la potencia hegemónica (Gilpin, 1981), como sucedió en la relación de la Unión Soviética con Estados Unidos. En el caso de la relación sino-estadounidense, China, como potencia emergente, es un miembro activo en el orden económico mundial e institucional, pero mantiene intereses de expansión y hegemonía regional. En este sentido, los intereses de China, manifestados en su ascenso, se oponen a los intereses de Estados Unidos de mantener su

posición hegemónica en Asia, generando inestabilidad en la región (Jacques, 2009).

La relación bilateral de China y Estados Unidos ha provocado inestabilidad regional en otros períodos históricos. Para empezar, ambos Estados se enfrentaron militarmente, durante la Guerra de Corea (1950-1953), con tres resultados significativos: la división política actual de la Península de Corea, la necesidad de China para desarrollar sus capacidades nucleares de disuasión y el fortalecimiento de la posición militar de Estados Unidos en el Noreste Asiático. Tras el restablecimiento de la relación diplomática sino-estadounidense en 1972, el sistema regional asiático se mantuvo estable. La inestabilidad comenzó de nuevo en los noventa, cuando el sistema internacional transitó de bipolaridad a unipolaridad, donde Estados Unidos confirmó su posición como potencia hegemónica en Asia y en el mundo, adoptando, en un inicio, una postura asertiva frente a China, tras declarar el embargo de tecnología y armamento en 1989 y movilizar buques de guerra en el Estrecho de Taiwán en 1997.

China equilibró el ejercicio del poder estadounidense en los noventa, a través de políticas diplomáticas, institucionales y económicas, beneficiando el *status quo* en el sistema asiático y la estabilidad, pues se evitó un enfrentamiento militar entre ambos Estados. En el siglo XXI, el incremento de las capacidades materiales de China, expresado en crecimiento económico-militar, ha generado confianza en el país para confirmar sus reivindicaciones territoriales en los mares Meridional y Oriental de China y desafiar a la hegemonía estadounidense en la región. La confirmación del ascenso de China en la segunda década del siglo XXI ha generado una respuesta de contención de Estados Unidos, provocando un nuevo período de inestabilidad regional, pese al volumen de intercambios comerciales entre ambos y su participación en organismos regionales, como APEC.

Antes de abordar un debate entre las principales corrientes teóricas de la disciplina de Relaciones Internacionales sobre las implicaciones de la configuración del poder en el sistema, es necesario definir el término neoliberalismo. Es importante diferenciarlo del neoliberalismo económico, el cual representa una doctrina

económica que pretende la liberalización de los intercambios y el libre mercado. El neoliberalismo de las Relaciones Internacionales es una corriente teórica de orígenes filosóficos en el liberalismo clásico, que comparte postulados ontológicos y epistemología con el neorrealismo. También es necesario mencionar que el neoliberalismo puede conocerse como “institucionalismo neoliberal”.

El neoliberalismo, al igual que el neorrealismo, adopta los postulados positivistas, a fin de erigir un programa de estudios, suficientemente, riguroso y científico para validar o invalidar empíricamente (Keohane, 2000). Para los liberales existen dos tipos de teorías en el campo de Relaciones Internacionales, las teorías racionalistas y las reflectivistas, las cuales realizan mayor interpretación que análisis empírico. Por ende, como los liberales y neorrealistas adoptan el enfoque racionalista, el debate entre ambas corrientes teóricas se centra en la ontología y no en la epistemología.

El neoliberalismo y el neorrealismo coinciden, principalmente, en seis postulados ontológicos. El primero es el reconocimiento de la naturaleza anárquica del sistema internacional. El segundo es el estado-centrismo, concibiendo al Estado como el principal actor en el sistema internacional. El tercero es que los Estados buscan maximizar su utilidad racional. Como los Estados realizan cálculos racionales, el cuarto postulado en común es la naturaleza de intereses egoístas en los actores. El quinto es la ausencia de una fuerza supranacional que imponga acuerdos para mantener la estabilidad en el sistema. Finalmente, el sexto postulado en común señala que, al coexistir en un ambiente donde la información es escasa, los Estados pretenden obtener la información sobre las acciones de otros, resaltando su propia credibilidad (Keohane & Martin, 2003). La convergencia teórica entre neoliberalismo y neorrealismo es visible a nivel ontológico y epistemológico. No obstante, existen elementos de divergencia entre los dos enfoques, que comprometen la explicación de la tesis neoliberal ante un fenómeno de ascenso de una potencia media en un sistema regional dominado por una potencia hegemónica.

La primera divergencia entre ambas corrientes teóricas es la implicación de la anarquía en el sistema internacional. Si bien

los neoliberales y neorrealistas reconocen la existencia de un sistema anárquico, los neoliberales consideran que no existe razón para el pesimismo neorrealista, pues las relaciones entre los actores pueden estar estructuradas alrededor de ciertos temas en común (Axelrod & Keohane, 1993). Para los neorrealistas, el sistema es un conjunto de unidades actuando recíprocamente entre ellas (Waltz, 1979), lo que implica la existencia de una estructura compuesta de dos principios ordenadores, la diferenciación funcional entre las unidades y la repartición de las capacidades que constituyen el poder del Estado.

El neorrealismo ofrece una mejor explicación sobre las implicaciones del sistema anárquico por la definición de los principios ordenadores, pues la teoría neorrealista señala que la jerarquía (existencia de una autoridad superior) y la anarquía (inexistencia de autoridad superior) generan una libertad de acción (self-help) a los Estados para contar con sus propias capacidades, que garantice su seguridad en el sistema frente a potencias hegemónicas (Waltz, 1979). China y Estados Unidos mantienen intereses en común, como el comercio y la estabilidad en la península coreana, pero China entiende la importancia de conservar su independencia de acción frente a un rival, jerárquicamente superior, en un contexto anárquico, donde ninguna institución supranacional limita el ejercicio del poder estadounidense.

Las ganancias relativas y absolutas son conceptos clave en la ontología neoliberal y neorrealista. Las ganancias relativas son las que obtiene un Estado en relación a otro, calculadas en un ejercicio de suma cero. Las ganancias absolutas son las que obtiene un Estado, independientemente de lo que generan los otros en el sistema (Mearsheimer, 1995). El neoliberalismo señala que los Estados realizan sus cálculos racionales en función de sus propios beneficios y no en el de los demás (Keohane, 2005). El neorrealismo establece que, en un contexto anárquico, los Estados deben preocuparse por maximizar sus capacidades en relación a otros, lo cual compromete las perspectivas de cooperación.

De hecho, la cooperación entre Estados es otra fuente de divergencia entre ambas teorías. Para empezar, los neoliberales consideran que la interacción de los Estados en un marco de objeti-

vos en común, facilita la cooperación (Hasenclever, Mayer, & Rittberger, 1997). El neorrealismo, reconoce que la cooperación en el sistema es factible, pero a corto plazo, pues se obstruye cuando los Estados privilegian el concepto de self-help, donde “la seguridad subordina las posibles ganancias económicas al interés político” (Mearsheimer, 2003). Los Estados son por naturaleza “posicionistas”, lo cual implica su comparación en relación a otros Estados. Por lo tanto, las ganancias relativas resultan de la inquietud de los Estados porque el amigo de hoy pueda convertirse en el enemigo de mañana en una guerra. Temen que las ganancias que otorgan una ventaja al amigo en el presente no produzcan un enemigo potencial en el futuro.

En consecuencia, los Estados deben poner atención a las ganancias de terceros en el sistema (Grieco, 1988). En este sentido, el objetivo fundamental de los Estados, sin importar el tipo de relación, es impedir a otros obtener ganancias relativas (Grieco, 1988). Por ello, Estados Unidos prefirió afectar directamente a su industria armamentista, antes que contribuir a la modernización de las fuerzas armadas de China. En 1989, Estados Unidos declaró un embargo sobre venta de armamento o tecnología afin con destino a China. A pesar de que en el siglo XXI, ambas naciones se mantienen como sus principales socios comerciales y participan en instituciones regionales e internacionales; la preocupación estadounidense sobre las ganancias relativas de China no ha cesado. Estados Unidos no desea que China acelere su modernización militar, a costa de la transferencia de tecnología y prototipos estadounidenses.

Para el neoliberalismo la cooperación es posible, debido al grado de socialización, interacción y aprendizaje sobre sus intenciones en el marco institucional internacional. Los neoliberales consideran que las instituciones y regímenes internacionales, ante la ausencia de una autoridad supranacional, constituyen una herramienta fundamental para favorecer la cooperación entre los Estados, previniendo conflictos y limitando comportamientos bélicos (Jervis, 1999). Por su parte, el neorrealismo sostiene que las instituciones y regímenes internacionales son un epifenómeno de la configuración de poder en el sistema internacional. Por lo tanto,

las instituciones internacionales son el reflejo de los intereses de las potencias hegemónicas, teniendo un efecto limitado en las relaciones interestatales (Grieco, 1988).

¿Cuál ha sido la estrategia de China en el siglo XXI, a nivel institucional, para limitar el ejercicio del poder estadounidense en la región? Como se aborda en los capítulos III y IV, China ha promovido una arquitectura institucional exclusivamente asiática, que margine a Estados Unidos de la región de Asia. Mientras, Estados Unidos intentó aprovechar la plataforma del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico, para proponer iniciativas de integración económica regional, que excluyen a China, reposicionándose en la región. En estos casos, se demuestra que la dinámica de relaciones institucionales en Asia está sujeta a los intereses de la potencia hegemónica estadounidense y de la potencia emergente china.

Finalmente, el debate teórico sobre el efecto de la interdependencia en el sistema internacional surge de la necesidad neorrealista por responder al planteamiento neoliberal. El neoliberalismo considera que el volumen de intercambios económico-comerciales y de flujos financieros entre los países, genera una situación en la cual las decisiones de los Estados tendrán un impacto sobre los otros Estados del sistema (Keohane & Nye, 2001). Por lo tanto, China y Estados Unidos, difícilmente entrarían en conflicto, pues ambos son socios comerciales entre sí y sostienen flujos de inversión extranjera directa. No obstante, el neorrealismo rechaza la hipótesis de un mundo crecientemente interdependiente, donde la cooperación de los Estados se desarrolla en el marco de las instituciones internacionales. Waltz denuncia el mito de la interdependencia por “ocultar las realidades de la política internacional y afirmar una falsa creencia a propósito de condiciones que promueven la paz” (Waltz, 1979).

De acuerdo al neorrealismo, quienes perciben la interdependencia como un factor de paz cometen dos errores. En primer lugar, los liberales se equivocan al visualizar la interdependencia como una condición que acerca a los Estados por el impacto de eventos en un tercer Estado sobre ellos. En este sentido, “la interdependencia implicaría intimidad y aumentaría las perspectivas

de conflictos ocasionales; que en caso de incrementarse aceleradamente podría generar un escenario de guerra" (Waltz, 1979). Además, la interdependencia como catalizador de paz proviene de una interpretación económica del mundo, la cual ignora la importancia de la desigualdad, como característica central de la política internacional (Mearsheimer, 1995).

El neorrealismo reconoce que los intercambios económico-comerciales y financieros, la agenda global en relación a pandemias y calentamiento global generan intereses en común para los Estados, los cuales se relacionan en una red de relaciones complejas en el sistema. Por ende, el neorrealismo propone una nueva definición, políticamente pertinente, de interdependencia que distinga entre los casos donde exista una dependencia mutua entre las partes y aquéllos donde el costo de romper sus relaciones o disminuir sus intercambios son iguales para cada uno (Batistella, 2003). De esta manera, el concepto de interdependencia del neorrealismo se compone no sólo de elementos económico-comerciales, sino de elementos político-militares, los cuales contribuyen a un análisis más amplio en la relación bilateral de China y Estados Unidos en el siglo XXI.

El segundo error de la interdependencia es su visión reduccionista, cuya concepción se centra en las unidades y no en la estructura. El neorrealismo plantea que la interdependencia entre unidades semejantes se limita, a partir de una relación entre iguales, reducida por la disparidad en las capacidades nacionales (Waltz, 1979). En el entendido que la interdependencia sería una relación entre iguales, ésta disminuiría a medida que las diferencias en capacidades de los Estados incrementen. Es decir, la interdependencia en el sistema se fundamentaría en el nivel de dependencia entre las potencias hegemónicas. Ello explica el dilema de estrategias de equilibrio entre China y Estados Unidos en el siglo XXI, donde ambas potencias rivalizan en la expansión de su influencia, pero mantienen un vasto flujo de intercambios económico-comerciales.

Si bien, ambas corrientes teóricas comparten la epistemología positivista, el objetivo de enmarcar las relaciones internacionales en una teoría coherente con su propia metodología y onto-

logía, existen diferencias significativas para analizar y explicar las relaciones entre dos Estados con intereses opuestos. Estados Unidos pretende mantener su hegemonía en Asia; mientras China desea reposicionarse como la potencia hegemónica regional, generando momentos de tensión e incertidumbre en la región político-económica más dinámica del siglo XXI. Considerando lo expuesto en este capítulo, el neorrealismo ofrece un marco teórico de mayor alcance al de otras teorías clásicas de Relaciones Internacionales, como el neoliberalismo; y sobre todo, a las teorías críticas, que no presentan epistemología y ontología suficientemente rigurosas para sustentar la investigación. En la tercera parte del capítulo, se presenta el contexto histórico, la epistemología y la ontología de la teoría neorrealista, que constituye el marco teórico de la presente investigación.

Neorrealismo: contexto histórico, ontología y epistemología

Contexto histórico de la emergencia neorrealista

Si bien la crisis del realismo clásico se agudizó tras el final de la Guerra Fría, había comenzado en la década de 1970, a partir de los cuestionamientos de teorías pluralistas y marxistas tales como, las liberales, transnacionales e interdependentistas, cuyas premisas criticaban la ontología realista estatocéntrica y su normativa conservadora. En 1979, Kenneth Waltz publicó *Theory of International Politics*, considerado el libro fundador del neorrealismo. En su libro, Waltz no menciona explícitamente el nombre de la nueva teoría, pero deja entrever que el realismo y la disciplina de Relaciones Internacionales son prácticamente un sinónimo. La obra de Waltz surge de 25 años de reflexión y debate en el seno realista para cimentar las bases epistemológicas de la teoría y relanzarla como una doctrina válida en un mundo en transición.

Epistemología neorrealista

La innovación del neorrealismo a la epistemología de la escuela realista fue resolver la cuestión metateórica sobre la naturaleza de la teoría, que había estado ausente en los debates de la disciplina des-

de finales de la Guerra Fría hasta la década de 1980. Waltz reconoce que para formular una teoría se debe delimitar su campo de estudio. Es decir, se requiere de una idea clara de lo que forma parte, y no, de la disciplina. Contrario al argumento de Raymond Aron sobre la complejidad de las relaciones internacionales para elaborar una sola teoría, Waltz, señala que precisamente la teoría es un medio para tratar la complejidad (Waltz, 1990).

Por lo tanto, Waltz decidió construir una teoría de la política exterior, caracterizada por el enfoque realista. No obstante, él no buscó determinar leyes generales de la política internacional, pues éstas no formarían teorías. El autor propone una concepción “instrumentalista” de la teoría, donde no se juzga por su comprobación, sino por su utilidad, pues “es una construcción intelectual, mediante la cual seleccionamos hechos e interpretaciones. El desafío es que la teoría estudie los hechos que permitan la explicación y la predicción” (Waltz, 1990). Por ende, la utilidad de la teoría neorrealista se manifestaría en la comprensión, explicación y predicción de fenómenos en un sistema determinado.

La concepción neorrealista de Waltz se orienta más al positivismo que su antecesora el realismo clásico; enfatizando las nociones de explicación y predicción, a partir de regularidades y repeticiones (Waltz, 1990). Waltz rechaza el empirismo realista por considerarlo una “ilusión inductiva”, que se centra en la obtención de casos y de correlaciones que no permitirán directamente el conocimiento causal. Si bien afirma que el neorrealismo es mayormente deductivo, no descarta completamente la inducción y reconoce que tanto deducción e inducción son necesarias para la construcción de una teoría. “La deducción puede dar respuestas seguras, pero no novedosas. Mientras la inducción da nuevas respuestas, pero no seguras” (Waltz, 1979).

Kenneth Waltz considera que la construcción de una teoría implica tanto el proceso de enunciación de premisas como la organización del contenido. Por ende, la teoría tendría por objetivo ordenar y simplificar la realidad, a fin de encontrar la tendencia central, dentro de varias tendencias; de elegir el principio catalizador entre otros existentes; y de buscar los factores esenciales, donde muchos factores son presentes (Waltz, 1979). La verificación de la

teoría fue un tema central en la concepción teórica de Waltz, pues proponía que el investigador se orientara a la identificación de casos que pudiesen confirmar la hipótesis, sin abandonarla ante el primer intento fallido. Waltz explica que si la hipótesis fracasó en el primer intento, no es necesario rechazarla inmediatamente. Al contrario, se debe preguntar si la hipótesis falló completamente o si puede regenerarse, mediante la reducción del alcance explicativo de su pretensión (Waltz, 1979).

Ontología del neorrealismo

Waltz se preocupaba por la utilidad y el contenido de la teoría en la política internacional. De tal suerte que la ontología del neorrealismo se convirtió en un aspecto crucial de la visión neorrealista en la disciplina de RRII. El neorrealismo se diferenció de otras corrientes teóricas en las innovaciones en el plano ontológico. Kenneth Waltz aclaró que la construcción de la teoría comenzaba por la delimitación de las fronteras de la disciplina. Por lo tanto, el neorrealismo aborda una teoría de la política internacional en particular y no una de las Relaciones Internacionales en lo general. Ello no implica el abandono neorrealista por la preocupación tradicional del realismo sobre las relaciones políticas entre los Estados, la noción de fuerza o las causas de la guerra o condiciones de paz. Waltz considera necesaria la separación de la política internacional de la interior, a fin de otorgarle la suficiente autonomía para crear su propia teoría (Waltz, 1990).

El neorrealismo propone como unidad de estudio el sistema internacional aislándolo de sus unidades bases, para formar una teoría de la política internacional que cimiente una disciplina diferente. En otras palabras, el sistema internacional existe en sí mismo (Waltz, 1979). Los realistas clásicos consideran a los Estados como las unidades dentro del sistema, que configuran el sistema internacional. El neorrealismo pretende corregir el limitado desarrollo del realismo clásico sobre el sistema, definiéndolo como “el conjunto de unidades interactuando recíprocamente entre ellas. En un nivel, el sistema consiste en una estructura y la estructura es el componente que facilita pensar en las unidades como partes de un conjunto y no como un simple ensamblaje. En otro nivel, el

sistema se constituye de unidades que interactúan entre sí” (Waltz, 1979). El análisis neorrealista del sistema privilegia el comportamiento de los actores internacionales, sobre sus medios.

Como se ha explicado, el neorrealismo identifica tres elementos cruciales en la estructura del sistema internacional: el principio de orden, la diferenciación funcional entre las unidades y la repartición de las capacidades entre los Estados (Waltz, 1979). El neorrealismo contempla dos principios de orden: la jerarquía, donde existe una autoridad superior reconocida por todos los miembros en el sistema; y la anarquía, donde ninguna autoridad superior puede ejercer legalmente su voluntad contra otros miembros del sistema. En el caso de la anarquía, Waltz explica que los Estados sólo pueden contar con sus propios medios, o *Self-Help*, para defenderse (Waltz, 1979). Los realistas clásicos conciben a la anarquía como la principal característica del sistema internacional; mientras en la concepción neorrealista, y en la neoliberal, la anarquía representa una estructura en sí.

Una de las convergencias en la escuela realista es la concepción del Estado como el principal actor en el sistema internacional. El neorrealismo considera que la anarquía provoca que los Estados sean funcionalmente semejantes. Ello no implica igualdad entre los mismos, pues no existe tal en términos de fuerza y de capacidades materiales. Lo que el neorrealismo plantea es una semejanza en las tareas a desarrollar. “La anarquía aborda relaciones de coordinación entre las unidades de un sistema y ello implica su similitud. Cada Estado decide por sí mismo cómo enfrentará sus problemas internos y externos, incluida la decisión de buscar o no la ayuda de otros, pues al hacerlo podría limitarse su propia soberanía en relación a otros miembros del sistema” (Waltz, 1979).

Por otra parte, el neorrealismo reconoce que, a pesar de la preponderancia de los Estados en el sistema internacional, existen otros actores, como las empresas transnacionales, que tienen un impacto en el sistema. No obstante, ni Waltz ni los neorrealistas otorgan un papel indispensable a las multinacionales, ya que la mayoría de ellas provienen de potencias hegemónicas, principalmente Estados Unidos, con dominio en el sistema. Contrario a la idea general de “un mundo donde la actividad económica es trans-

nacional, con fronteras nacionales permeables y hombres de negocios tomando decisiones sin pensar en ellas [...]. La perspectiva estadounidense predominará” (Waltz, 1979). El neorrealismo reconoció la influencia del transnacionalismo en las relaciones internacionales, pero no consideró que modificara el funcionamiento de la estructura del sistema internacional.

De acuerdo al neorrealismo, los Estados se asemejan a partir de sus funciones, pero se distinguen los unos a los otros a través de sus capacidades materiales. Los Estados se asemejan en las tareas que cumplen, pero no en sus capacidades para cumplir sus objetivos. Robert Gilpin considera que el poder se materializa en “las capacidades militares, económicas y tecnológicas de los Estados” (Gilpin, 1981) para alcanzar sus objetivos en el sistema. La definición de Gilpin sobre el poder estatal, coincide con la definición de “poder” por parte de China, desarrollada en el concepto de poder nacional comprensivo, el cual establece que los progresos económicos, militares y tecnológicos son capacidades estratégicas de un Estado para alcanzar sus objetivos en el sistema internacional (Goldstein A., 2005). En este libro se utilizará el concepto de “poder nacional comprensivo” para referirnos a las capacidades materiales del Estado y medir sus avances en la maximización de su poder en el sistema.

Es necesario entender el concepto de “poder nacional comprensivo” en el marco de la teoría neorrealista, la cual explica la noción de poder como un “medio útil, cuya distribución y cambios definen las estructuras del sistema” (Waltz, 1990). El neorrealismo establece que el uso del poder genera la “aplicación de las capacidades en aras de cambiar el comportamiento de un tercero en distintas maneras” (Waltz, 1979). Esta definición es importante, dado que permite la capacidad de maniobra de una potencia emergente (China) para influir en un sistema unipolar dominado por una potencia única. En este caso, el recurso a la fuerza militar para imponer su voluntad sobre otros sería un símbolo evidente del fracaso de otros medios estatales, como su diplomacia y su crecimiento económico; así como el deterioro del poder estatal en el sistema.

El neorrealismo se orienta a establecer la distinción entre Estados débiles y fuertes. Un Estado es fuerte “a medida que in-

fluya más sobre los otros, que los otros sobre él” (Waltz, 1979). Por ende, las potencias mundiales determinan la naturaleza y estructura del sistema. “La teoría, como la historia, de la política internacional se escribe en términos de las potencias hegemónicas de una época” (Waltz, 1979).

Una vez comprendida la distinción entre Estados débiles y fuertes a partir de la desigualdad en la distribución de poder en el sistema, el neorrealismo presenta uno de sus conceptos clave: la polaridad. Las potencias hegemónicas tienden a construir centros o esferas de influencia a su alrededor, que constituyen un aspecto fundamental en la estructura del sistema. En general, existen tres modelos de polaridad. La unipolaridad, definida por la dominación de una sola potencia hegemónica en el sistema. La bipolaridad, que implica la existencia de dos potencias hegemónicas con capacidades semejantes. La multipolaridad, caracterizada por dos o más centros con potencias hegemónicas en el sistema (Battistella, 2003) En este sentido, los realistas clásicos y neorrealistas no coinciden sobre cuál sistema internacional resulta más adecuado para garantizar largos períodos de paz. Morgenthau y Kissinger prefieren la multipolaridad. Kenneth Waltz asegura que es la bipolaridad, pues “la simplicidad de las relaciones en un mundo bipolar reduce la incertidumbre en el sistema internacional y disminuye el riesgo de una guerra” (Waltz, 1990).

En esta investigación no se pretende explicar cuál es el sistema internacional que garantice la paz en Asia, sino entender que el ascenso de una potencia emergente y las medidas de la potencia hegemónica, en un contexto de transición sistémica, generan inestabilidad. Entrar en el debate sobre cuál modelo de polaridad sistémica representa mayor estabilidad sería complejo. Dentro del mismo neorrealismo no existe un consenso. Gilpin considera que “la bipolarización de un sistema internacional multipolar en dos bloques hostiles es extremadamente peligrosa, pues genera una situación de suma cero” (Gilpin, 1981). Algunos autores neorrealistas cuestionan la asociación de la bipolaridad a la estabilidad del sistema, argumentando que un sistema multipolar posee mayor adaptabilidad a cambios necesarios que uno bipolar. El mismo Waltz, en un su momento, reconoció que ha existido estabilidad en períodos

de sistemas multipolares. En todo caso, la escuela realista rechaza la idea de un sistema unipolar estable, pues “parece ser la configuración menos estable, dado que un solo Estado todo poderoso representa un peligro potencial para los otros; incluso si cree actuar a favor de la causa de la paz, la justicia y el bienestar del mundo” (Waltz, 1997).

La existencia de potencias hegemónicas en el sistema internacional permite desarrollar otro concepto clave del neorrealismo, que el realismo clásico definió limitadamente y el neoliberalismo no abordó significativamente: el equilibrio de potencias, cuya relevancia en la teoría ha sido catalogada como una teoría específicamente política de la política internacional (Waltz, 1979).

Según el neorrealismo, para garantizar su supervivencia, los Estados cuentan con dos estrategias: el bandwagoning y equilibrar. El primero se refiere a la tendencia de los Estados a aliarse al Estado o grupo más fuerte en el sistema. La segunda opción presenta dos dimensiones de equilibrio: el externo, que forma alianzas entre Estados y el interno, que implica el incremento e inversión en sus propias capacidades para contener o equilibrar el poder del Estado que represente una amenaza. Para los neorrealistas, el equilibrio de potencias es una consecuencia natural del sistema internacional anárquico, que no requiere de la voluntad general de los Estados, pues una vez que es perturbado por el ascenso o declive de una potencia, el equilibrio comenzará (Mearsheimer, 2003). La simple existencia de una potencia emergente con suficientes capacidades materiales para alterar el *status quo*, genera la desconfianza de otros Estados, principalmente la potencia hegemónica.

El segundo concepto, el de equilibrio de potencias está directamente vinculado al concepto de interés nacional del Estado, cuya definición en el realismo clásico se centró en la maximización de su poder en el sistema. Los neorrealistas rechazan la concepción clásica, ya que fundamentan el concepto en la supervivencia estatal, como una condición necesaria para la consecución de cualquier objetivo. Por ende, actuar en función del interés nacional supone que un Estado busque la satisfacción de sus necesidades de seguridad (Waltz, 1979). Gilpin, en una referencia evidente a la esfera económica como prioridad, agrega que un Estado

debe analizar los costos y beneficios de incrementar su poder contra aquellos objetivos socialmente deseables” (Gilpin, 1981). Por su parte, John Mearsheimer señala que la seguridad, como elemento clave en el concepto de interés nacional, no está simplemente relacionada con el deseo de maximizar el poder estatal; sino con el sentimiento legítimo que “en un mundo donde los Estados tienen la capacidad de atacarse, y podría estar motivados a hacerlo, todo Estado decidido a sobrevivir debe tener un mínimo de desconfianza de otros Estados” (Mearsheimer, 1995).

Existe otra condición que algunos neorrealistas estiman favorable para la seguridad entre Estados: la hegemonía. Gilpin se basa en la tesis de la estabilidad hegemónica del economista estadounidense, Charles Kindleberger (1973), quien asegura que la cooperación y seguridad dependen de la existencia de una potencia hegemónica, cuya fuerza estabilizadora sea capaz de imponer su visión de las relaciones internacionales y de garantizar el buen funcionamiento del sistema para sí misma y para el resto de los Estados (Kindleberger, 1975). La ausencia de una potencia hegemónica generará que otros Estados adopten políticas proteccionistas y egoístas contrarias a la cooperación. En 1987, Gilpin sólo veía un país con las condiciones para ejercer la estabilidad hegemónica: Estados Unidos, que asumió la responsabilidad de dirección, porque era de su interés económico, político e incluso ideológico. A fin de asegurar sus intereses en el largo plazo, Estados Unidos aceptaron cubrir los costos de corto plazo y los costos suplementarios del mantenimiento del sistema internacional económico y político (Gilpin, 1987).

El problema con la tesis de la estabilidad hegemónica es que funciona únicamente en un sistema regional y no global. Estados Unidos fue en los noventa y principios del siglo XXI la única potencia hegemónica en el sistema. Gradualmente, otras potencias como China y Rusia han buscado limitar el ejercicio del poder estadounidense en regiones como Europa del Este, Asia Central y Asia del Este. En el caso de Asia, la potencia estadounidense es ajena a la región, debiendo invertir recursos militares, económicos y tecnológicos para mantener su presencia en la región y alcanzar su objetivo de conservar su posición como potencia hegemónica.

El objetivo de Estados Unidos se opone inevitablemente al objetivo de ascenso de China como hegemonía asiática, provocando inestabilidad y tensión en la región. El neorrealismo reconoce que la estabilidad hegemónica ha funcionado en Asia del Este en el siglo XIX, pero con China como potencia en el marco de un sistema tributario (Duchesne, 2002).

Como se ha mencionado, los neorrealistas consideran posible el cambio en la estructura del sistema internacional. De tal suerte se explican los ascensos y declives de grandes potencias, incluido el fin del sistema jerárquico en Asia-Oriental en el siglo XIX y el surgimiento de Estados Unidos como potencia hegemónica en 1991. Tanto para Waltz como para otros autores neorrealistas el cambio se gesta en la distribución de las capacidades a través de las unidades del sistema. El ejemplo es la transición de la bipolaridad a la unipolaridad. Por ende, el cambio comienza al interior de las unidades, a partir de la adquisición de recursos, o capacidades, así como de la voluntad política y social de incrementar su influencia en el sistema (Waltz, 1993).

La transición hegemónica en Asia representa un cambio estructural en el sistema asiático. China ha acumulado suficiente poder nacional comprensivo para desafiar la hegemonía regional estadounidense en el siglo XXI. Gilpin afirma que las relaciones internacionales continúan siendo una lucha por la riqueza y el poder entre actores independientes en un sistema anárquico (Gilpin, 1981). El incremento del poder relativo de un Estado en relación a los principales actores del sistema es el precursor del cambio estructural y depende de la voluntad política del Estado para aprovechar las condiciones favorables a su ascenso. Gilpin establece que el principal medio histórico para solventar el problema del desequilibrio entre la estructura del sistema y la distribución del poder es la “guerra hegemónica”, la cual determinará al ganador del sistema internacional, cuyos intereses moldearán el nuevo orden mundial (Gilpin, 1981).

Gilpin podría estar en un error, si se considera que las transiciones hegemónicas no siempre se determinan con guerras. El colapso de la URSS en 1991 marcó la transición de la estructura bipolar a una unipolar con Estados Unidos como la potencia hege-

mónica a nivel mundial. El ascenso de China desafía actualmente la posición estadounidense. El neorrealismo afirma que en el siglo XXI “la paz se mantiene por un equilibrio delicado entre los límites internos y externos. Los Estados que poseen un exceso de poder, están tentados a ejercerlo; y los Estados más débiles, temen que ellos lo ejerzan” (Waltz, 2002)”. De acuerdo al neorrealismo, “se debe deplorar la unipolaridad estadounidense del período Postguerra Fría, pues el dominio militar convencional y estratégico de Estados Unidos obliga a otros países a actuar. La arrogancia se asocia a la dominación” (Waltz, 2002). Dos conceptos básicos del neorrealismo fueron objeto de debate en la nueva época Postguerra Fría: la nueva configuración del sistema internacional y el equilibrio de potencias en la unipolaridad.

La mayoría de los autores neorrealistas están de acuerdo con la existencia de la unipolaridad estadounidense. Algunos consideran que existe una “unipolaridad limitada”, como Samuel Huntington, quien señala que “la solución de los problemas internacionales claves exige la decisión de la superpotencia estadounidense, pero en colaboración con una combinación de Estados principales. La superpotencia puede imponer su veto a decisiones de otros Estados (Huntington, 1999)”. Huntington y Mearsheimer predicen la emergencia de un sistema multipolar regionalizado, donde cada región del planeta tendrá una potencia hegemónica responsable por el mantenimiento del orden. Esta transición en el sistema es compartida por Waltz, quien en *Theory of International Politics* afirma que la unipolaridad es la menos durable de las configuraciones internacionales.

Otro planteamiento establece que los Estados Unidos son simplemente demasiado poderosos en relación al resto de actores en el sistema internacional, que no existen las condiciones para que surja un Estado o coalición de Estados que deseen equilibrar la potencia hegemónica (Wholhforth, 2002). Posiblemente la hegemonía estadounidense, la cual se encuentra en un declive relativo evidenciado en la crisis financiera del 2007-2009 y en las guerras en Medio Oriente, no expire en la próxima década, pero es probable que su deterioro sea irreversible ante el ascenso acelerado de

potencias emergentes, como China, con voluntad y capacidades propias para equilibrar a su hegemonía.

El debate entre realistas clásicos y neorrealistas sobre el concepto de equilibrio de potencias se delimitó a la naturaleza de la unipolaridad y su duración probable, así como al surgimiento de un nuevo tipo de equilibrio generado por la persistencia del unilateralismo estadounidense. Si el poder económico-militar de la potencia hegemónica estadounidense es incomparable en el sistema. ¿Cómo se cumpliría la tesis del equilibrio de potencias neorrealista y la posible transición sistémica? Teóricos neorrealistas como Thaza Varkey Paul, Robert Pape y Stephen Walt promueven la noción de Equilibrio Indirecto (*soft-balancing*) definido por Paul como “la estrategia para limitar las acciones de la potencia hegemónica, a través de medios no militares (Varkey, 2005)”. Los medios no militares incluyen la participación en instituciones internacionales para frenar propuestas de la potencia, la promoción de bloques regionales que le resten influencia económico-comercial y la creación de grupos o coaliciones de Estados que limiten la acción de la súper-potencia.

El concepto de equilibrio indirecto surge en el contexto de políticas unilaterales de Estados Unidos en el siglo XXI, como la invasión a Iraq en el 2003. Pape constata que la “estrategia unilateral agresiva de Estados Unidos modifica la reputación de ‘intenciones benévolas’ del país, dando razón a otras potencias mayores de temer a la hegemonía estadounidense (Varkey, 2005)”. El ejercicio de la hegemonía sin límites podría provocar la transformación acelerada de un equilibrio indirecto a un equilibrio directo, que implicaría dos dimensiones: la externa y la interna. La primera dimensión supone la formación de alianzas militares con otros Estados y la segunda la inversión en incremento de sus propias capacidades militares. En el contexto de unipolaridad actual, China ha implementado una estrategia pragmática de equilibrio indirecto y directo para restringir el ejercicio del poder estadounidense en Asia del Este, favoreciendo al ascenso chino.

Uno de los desarrollos conceptuales más interesantes al interior del paradigma realista es la distinción entre realismo defensivo y realismo ofensivo. El realismo defensivo pretende que la

seguridad abunda en el sistema internacional. Por ende, los Estados deben actuar como si el conflicto fuese posible y no probable. Por su parte, los adeptos al realismo ofensivo afirman que la seguridad es escasa en el sistema y los Estados deben prepararse para una agresión probable, centrando sus esfuerzos en la maximización de su poder (Walt, 1998). La presente investigación se enfoca en el realismo ofensivo, el cual criticó la postura ambigua de Estados Unidos, en los noventa y principios del siglo XXI, respecto al ascenso de China (Mearsheimer, 2003).

Durante los noventa, en un contexto de unipolaridad ilimitada, Estados Unidos no logró implementar una estrategia coherente sobre el ascenso económico-militar de China. Por una parte, Estados Unidos supuso que el fortalecimiento de la relación económico-comercial con China, facilitaría la integración de ésta a la economía de libre mercado, así como su aceptación del marco institucional y normativo del sistema. Por otra parte, Estados Unidos se preocupó por los planes de modernización militar de China y por su postura asertiva en la crisis de Taiwán en 1997. El dilema estadounidense sobre su posición ante el ascenso chino, generó una estrategia ambigua de contención y cooperación, definida como *congame* (combinación de términos en inglés: *engagement* de cooperación y *containment* de contención) (Glaser, 2011). John Mearsheimer criticó la ambigüedad en la estrategia estadounidense, y aseguró que Estados Unidos debió reaccionar al ascenso de China, de acuerdo al realismo ofensivo, “que explica cómo las potencias hegemónicas se comportaron en el pasado y cómo se comportarán probablemente en el futuro (Mearsheimer, 2003)”. Según el realismo ofensivo, China perseguirá su interés nacional de ascenso, a pesar de la socialización en instituciones internacionales o el grado de interdependencia con las redes de producción global; lo cual amenazará a la hegemonía estadounidense.

Como se ha expuesto, el neorrealismo explica adecuadamente las implicaciones sistémicas de la relación bilateral sino-estadounidense en el siglo XXI, a partir de conceptos clave como el “interés nacional”, el “equilibrio de potencias”, el “dilema de seguridad” y la “polaridad sistémica”. El neorrealismo logró que el paradigma de la escuela realista de Relaciones Internacionales se man-

tuviera vigente en un nuevo contexto de unipolaridad y transnacionalismo. Al entender el escenario unipolar, interdependiente y globalizado, la teoría neorrealista se centró en el desarrollo y ampliación de conceptos realistas tradicionales, que habían perdido credibilidad ante el fracaso para prever la transición de bipolaridad a unipolaridad en 1991. El neorrealismo convirtió al sistema internacional en un objeto de estudio y revolucionó el “equilibrio de potencias” al desarrollar el concepto de “equilibrio indirecto”, fundamentando la estrategia de potencias emergentes, como China, para restringir la hegemonía estadounidense en el siglo XXI.

Tabla 1

Conceptos clave de la teoría de Relaciones Internacionales

Concepto	Definición
Empirismo	Enfoque epistemológico que pretende que la generación de conocimiento se base en la experiencia, a posteriori.
Epistemología	Rama de la filosofía que se ocupa de la adquisición y evaluación del conocimiento.
Holismo	Concepción de la teoría, que pretende que el sistema tiene una existencia en sí mismo y actúa, de acuerdo a sus propias reglas. Existe una distinción entre el sistema y sus partes constituyentes.
Metodología	Concepción general de las técnicas y métodos utilizados para realizar una investigación.
Ontología	Rama de la filosofía que se centra en los elementos que constituyen el campo de estudios de una teoría.
Positivismo	Concepción de ciencias sociales, que considera que éstas deben estudiarse de la misma manera que las ciencias naturales.
Paradigma	Concepción coherente que la ciencia que comparten los miembros de una comunidad científica.
Pragmatismo	Enfoque epistemológico que se centra en la utilidad del conocimiento y sus efectos prácticos.

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Concepto	Definición
Racionalismo	Enfoque epistemológico que pretende que la generación de conocimiento se base en la lógica, la reflexión y la inteligencia, estableciendo relación de causa-efecto, a priori.
Síntesis Neo-Neo	Término inventado por el politólogo, Ole Waever, que explica las convergencias epistemológicas y ontológicas entre el neorrealismo y neoliberalismo.
Teoría Explicativa	Enfoque teórico que pretende encontrar relaciones causales.

Fuente: Elaboración propia.

Tabla 2
Conceptos clave del neorrealismo

Concepto	Definición
Anarquía	Término utilizado para indicar la ausencia de autoridad central en el sistema internacional.
Bandwagoning	Estrategia de los Estados para garantizar su seguridad, aliándose al Estado más fuerte en el sistema.
Capacidades materiales	Atributos materiales (económicos, militares, tecnológicos), que constituyen el poder del Estado.
Equilibrio directo	Estrategia del Estado para garantizar su seguridad, a través de medios militares o formación de alianzas formales. Tendencia a aumentar sus capacidades militares frente a terceros.
Equilibrio indirecto	Estrategia de una potencia, en un contexto de unipolaridad, que consiste a limitar el ejercicio de la potencia hegemónica, a través de medios no militares, como los económico-comerciales, diplomáticos e institucionales.

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Concepto	Definición
Estado	Es el principal actor en el sistema internacional. Responde a su interés de seguridad y se distingue de otros por sus capacidades materiales.
Ganancias relativas	El Estado se preocupa por las ganancias que otros Estados obtengan en el sistema a costa de ellos mismos.
Hegemonía	Situación donde una potencia domina una región, o el sistema internacional, sin rivalidad u oposición de otros Estados.
Interés nacional	La principal motivación del Estado, para el neorrealismo, es la seguridad.
Polaridad	Expresión para distinguir la repartición de las capacidades materiales de los Estados en el sistema internacional. Si existen dos Estados con las mismas capacidades materiales, el sistema es bipolar. Si existe uno, es unipolar. Si existen más de tres es multipolar.
Self-help	Término que refiere a la necesidad del Estado de contar consigo mismo para garantizar su seguridad en el sistema anárquico.
Sistema Internacional	Conjunto de estructura y unidades que interactúan recíprocamente entre ellas. Representa un nivel de análisis para estudiar la política internacional.

Fuente: Elaboración propia.

Conclusiones

En el presente capítulo se presentó una perspectiva de la teoría de Relaciones Internacionales, a partir de la cual se generó el debate entre las corrientes neoliberal y neorrealista para fundamentar el marco teórico de la investigación, a partir de su conceptualización de la configuración del poder en el sistema, planteando las condiciones de ascenso y mantenimiento hegemónico de China y Esta-

dos Unidos. Se explicó por qué las teorías críticas no podrían fundamentar la presente investigación, partiendo de su enfoque constitutivo, que pretende comprender y no explicar el fenómeno; y seguido por la ausencia de una epistemología y ontología rigurosa, que planteara una alternativa a la epistemología empírico/racionalista del neorrealismo.

Se estableció que el neorrealismo explica mejor el ascenso y declive de potencias hegemónicas en el sistema internacional, a partir de la divergencia conceptual de las teorías neorrealista y neoliberal, que abordan los intereses de Estados, sus incentivos a cooperar, el efecto de la interdependencia y la visión de las ganancias relativas y absolutas en el sistema. En este sentido, el neorrealismo ofrece un marco teórico adecuado para explicar los resultados de una estrategia de maximización de poder por parte de una potencia emergente y otra estrategia de contención por parte de la potencia hegemónica.

Asimismo, se explicó que la disciplina de RRII no cuenta con una teoría unificada que permita la evaluación, explicación y predicción de los fenómenos que ocurren en el sistema internacional, pero ello no impidió el surgimiento de un paradigma hegemónico de la disciplina con una coherencia teórica suficiente para fundamentar la investigación. Se explicaron los elementos que constituyen a la teoría de Relaciones Internacionales: ontología, epistemología y metodología.

El paradigma hegemónico de la disciplina es compartido por las teorías neorrealista y neoliberal. Ambas teorías se ubican en la perspectiva positivista, comparten la misma epistemología empirista/racionalista y mantienen similitudes ontológicas. No obstante, en el debate teórico, el neorrealismo explica mejor la relación entre potencias hegemónicas y emergentes, debido al concepto reduccionista de interdependencia por parte del neoliberalismo, su enfoque optimista sobre las ganancias de los Estados en el sistema, el rol de las instituciones para socializar a potencias emergentes en el orden establecido y las posibilidades a largo plazo de cooperación. Estos conceptos fueron interpretados por el neorrealismo en un contexto de conflicto e intereses contrapuestos de la potencia hegemónica y emergente.

En el contexto de transición sistémica, la reciente aportación teórica del neorrealismo: equilibrio indirecto, proviene de las nuevas generaciones de neorrealistas que han consolidado a la corriente teórica como paradigma de la disciplina de Relaciones Internacionales, pues explican la estrategia de limitar y contener de una potencia emergente, sin medios militares, el ejercicio del poder de una potencia hegemónica; mientras se incrementan las propias capacidades materiales de la potencia en ascenso. Por ende, el neorrealismo ofrece un marco teórico conveniente para analizar la transición hegemónica en Asia del Este en el siglo XXI, ya que establece que la estructura anárquica del sistema genera incentivos para el ascenso de potencias emergentes, como China, cuya maximización del poder comprensivo desafía directamente la hegemonía estadounidense y potencializa la transición sistémica de unipolaridad a multipolaridad en el mundo.

Equilibrio directo de China y configuración del Sistema Regional Asiático durante la bipolaridad (1945-1991)

Introducción

Las potencias hegemónicas tienden a percibirse como garantes del orden internacional, creado y moldeado de acuerdo a sus intereses. Por ende, pretenden la continuidad o el mantenimiento de su posición dominante en el sistema (Waltz, 1979). En la década de los cuarenta, Estados Unidos tenía intereses para evitar la expansión japonesa en Asia y la alemana en Europa. Tras la Primera Guerra Mundial, EEUU había surgido como una potencia hegemónica. Su crecimiento económico lo convirtió en el principal acreedor mundial y de los principales productores de bienes manufacturados y comestibles, con una fuerza laboral que casi duplicaba a la británica y la alemana (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008). En septiembre de 1939, el conflicto militar iniciado en Europa había adquirido dimensiones globales, al firmar Italia, Japón y Alemania un pacto de asistencia, que comprometió dos frentes de guerra para Estados Unidos (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008). Tanto en Europa como en el Sudeste Asiático, el ejército estadounidense debió intervenir porque las potencias regionales, Francia y Gran Bretaña en Europa; y China en Asia, no pudieron detener el expansionismo alemán y japonés respectivamente (Kagan, 2013).

El proceso de equilibrio de potencias contribuyó a la evolución de la polaridad sistémica a mediados del siglo XXI, consuma-

do en el conflicto militar de la Segunda Guerra Mundial, pero confirmando un evidente elemento económico (Mearsheimer, 2003). Al finalizar la SGM, Estados Unidos se consideró una potencia hegemónica militar en Europa y Asia, pues había derrotado a las tropas japonesas en Asia del Este y había organizado la contraofensiva en Europa. Se debe resaltar que ambas operaciones militares se desarrollaron sin sufrir daños significativos en el territorio y en la infraestructura productiva o civil de EEUU. Por lo tanto, a mediados de los cuarenta, Washington no sólo era una potencia militar, sino económica, que “poseía reservas de oro por \$20 mil millones de dólares, casi los dos tercios del total mundial de 33 mil millones”. Además, “producía un tercio de la producción mundial de artículos de todos los tipos (Kennedy, 2009)”.

El esplendor económico se reflejó en su fuerza militar, cuya marina se convirtió en la más importante a nivel mundial, con capacidad de proyección en cualquier punto del planeta. En el aire, los bombarderos estadounidenses mostraron su eficiencia operativa en los frentes europeos y asiáticos (Reynolds, 2001). Pero sobre todo, EEUU surgió como la primera potencia nuclear, con capacidad de infligir a cualquier enemigo potencial un daño devastador como ocurrió en Hiroshima o Nagasaki. El vacío generado por el declive de las potencias europeas y asiáticas tradicionales fue ocupado por la consolidación soviética como potencia euroasiática y por Washington como potencia marítima. A mediados del siglo XX, la consolidación de las potencias hegemónicas estadounidense y soviética, provocaron la transición sistémica de multipolaridad a bipolaridad, integrando países a sus respectivas esferas de influencia.

Asia fue un escenario recurrente en la competencia entre las potencias por expandir su influencia. La configuración regional asiática del siglo XXI es herencia del período de Guerra Fría, a más de 20 años del colapso de la Unión Soviética. No sólo las potencias hegemónicas contribuyeron a la configuración actual de la región asiática. La fundación de la República Popular de China (RPC) en 1949, provocó un reequilibrio de la distribución de poder en la región con el suficiente potencial de inclinar la balanza a favor soviético o estadounidense. La RPC apareció en 1949 como un país de

450 millones de habitantes, una economía principalmente agraria, pero con un ejército numeroso y capacitado en técnicas de guerrilla (Bernkopf, 1983).

De acuerdo al neorrealismo, la principal preocupación de China era mantener su integridad territorial y garantizar su supervivencia ante las potencias hegemónicas (Mearsheimer, 2003). En la década de 1950, China implementó una estrategia de equilibrio directo frente a Estados Unidos, aliándose con la Unión Soviética e incrementando su capacidad militar. A medida que la alianza sino-soviética se deterioraba, el país debió equilibrar a ambas potencias, desarrollando su propia capacidad nuclear en 1964. La explosión de la primera bomba atómica china otorgó al país la capacidad de disuasión frente a las dos potencias, pero no modificó la arquitectura bipolar del sistema. A partir de 1970, bajo presiones de una posible invasión soviética, China modificó nuevamente su estrategia de equilibrio directo, aliándose con Estados Unidos, para contener a la Unión Soviética, hasta su declive en 1991 (Kuhn, 2003).

El objetivo de este capítulo es presentar un marco histórico de la evolución del sistema regional de Asia durante la bipolaridad, a fin de comprender el impacto sistémico de la actual reemergencia de China como una potencia militar y económica, que se opone a la visión de un mundo unipolar y pretende recuperar su estatus de potencia regional en el siglo XXI. Para comprender la estrategia actual de equilibrio indirecto de China y la respuesta que genera por parte de Estados Unidos, es necesario establecer como hipótesis central que durante la bipolaridad, el gobierno chino garantizó su seguridad, implementando una estrategia de equilibrio directo, fundamentada en el incremento de su poder comprensivo en la esfera interna: y el establecimiento de alianzas selectivas con cualquiera de las dos potencias para contrarrestar a la otra en la esfera externa (Terril, 2003).

La transición de una estrategia de equilibrio directo a una de equilibrio indirecto se explica en la configuración del sistema internacional. El análisis se realiza en el contexto de bipolaridad sistémica, conocido como Guerra Fría (1945-1991), enfatizando en el choque de intereses expansivos por parte de EEUU y la URSS; y de supervivencia en el caso de China, que contribuyeron a la con-

figuración actual de Asia. En dicho contexto, el establecimiento de alianzas para contener a una u otra potencia resultó una estrategia efectiva para China.

El segundo capítulo analiza la configuración asiática en el marco de la Guerra Fría, iniciando en la década de 1950 con el equilibrio directo de China contra Estados Unidos, a partir de su alianza con la Unión Soviética. Posteriormente se abordará la ruptura de la alianza sino-soviética en la década de 1960 y el equilibrio directo de China contra ambas potencias, fundamentado en su poder nuclear. En tercer lugar, se explicará el viraje en la estrategia de equilibrio china contra la Unión Soviética, aliándose con Estados Unidos durante la década de 1970. Finalmente, se analizarán las consecuencias del final del triángulo estratégico, que implementó el equilibrio directo chino en la década de 1980, tales como la marginalización soviética de la región y la transición sistémica de bipolaridad a unipolaridad. El análisis se fundamentará en conceptos de la teoría neorrealista de Relaciones Internacionales, como el equilibrio directo de potencias, dilema de seguridad, interés nacional y transiciones sistémicas.

El equilibrio directo de China y la confirmación de la bipolaridad

La confirmación de la bipolaridad: disuasión nuclear y oposición de modelos económicos entre Estados Unidos y la Unión Soviética

La necesidad de cooperación y entendimiento mutuo entre la Unión Soviética y Estados Unidos para derrotar a las potencias del Eje se había erosionado tras la victoria sobre Alemania. El nuevo orden mundial comenzaba a construirse a partir de dos potencias hegemónicas en oposición. Desde 1946, el programa económico quinquenal de la URSS preparó al país para un conflicto inevitable con bloque occidental, liderado por EEUU (Powaski, 2000). Por su parte, Estados Unidos surgió económica y militarmente fortalecido de la SGM. Su capacidad productiva no había sido afectada por los esfuerzos de guerra y se había consolidado como la única potencia

con poder nuclear. “El invento de las armas atómicas transformó el ‘panorama estratégico’, ya que dio a cualquier Estado que las poseyese la capacidad de una destrucción indiscriminada y en masa, incluso de la propia Humanidad (Kennedy, 2009)”. En el marco del dilema de seguridad, el hecho de que Estados Unidos fuese la única potencia nuclear del momento presionó tanto a soviéticos como a las potencias europeas (Francia y Gran Bretaña) y en su momento a China a desarrollar sus programas nucleares con fines de disuasión o de manifestación de superioridad científica y tecnológica (Gaddis, 2007).

La estructura de bipolaridad se definió en agosto de 1949, cuando la Unión Soviética anunció el exitoso estallido de su bomba atómica, equilibrando el poder nuclear estadounidense. Tras el estallido de la bomba nuclear soviética, EEUU propuso la creación de una “súper-bomba”, que en lugar de separar átomos, como la bomba atómica, los fusionara (Gaddis, 2007). Dentro del dilema de seguridad, Estados Unidos supuso que el desarrollo de bombas termonucleares representaría un factor de disuasión psicológica y enviaría un mensaje claro a sus aliados. De acuerdo al neorrealismo, los Estados pretenden la maximización de su poder para garantizar su seguridad. Para Washington, el no desarrollar una “súper bomba”, induciría al pánico entre sus aliados, en caso de que la URSS la obtuviera primero. En ese momento existían dos escenarios posibles para Estados Unidos. El primero implicó tener la “súper bomba” y la ventaja en la carrera de armas de destrucción masiva con la Unión Soviética. El segundo escenario planteó que ambas potencias la desarrollaran, generando una condición de contención preferible al escenario, donde la URSS monopolizara la bomba (Gaddis, 2007).

El debate interno sobre la moralidad en el desarrollo de la súper bomba fue eclipsado por el cálculo racional de Estados Unidos, que enfrentaba a un rival soviético determinado a igualar su capacidad militar para mantener o expandir sus esferas de influencia. El rechazo soviético al Plan Baruch, propuesto ante la Comisión de Energía Atómica de la ONU, para el control internacional de la energía nuclear, fue determinante en la carrera de armamentos nucleares que caracterizaría la Guerra Fría (Powaski, 2000). En

1947, Estados Unidos estableció que tendrían “por norma ayudar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación”. Esta doctrina estadounidense resultó ser el primer paso en una cruzada ideológica mundial contra el comunismo (Powaski, 2000). Un componente esencial de la doctrina sería la disuasión. La bomba atómica representaba el elemento coercitivo en la negociación estadounidense vis à vis la Unión Soviética. Al perder esa ventaja estratégica en 1949, Estados Unidos debía centrarse en el desarrollo de la bomba de fusión nuclear, o de hidrógeno.

La estrategia de contención estadounidense contra la Unión Soviética no se limitó a la esfera militar. En 1947, EEUU anunció el Plan Marshall, cuyo objetivo fue la reconstrucción económica de una Europa destruida por la guerra. Evidentemente, Estados Unidos pretendía fortalecer a sus aliados europeos, para evitar la expansión soviética en Europa Occidental. La respuesta de la URSS fue el rechazo del plan estadounidense y una propuesta propia de asistencia económica a sus aliados, conocida como el Plan Molotov (Powaski, 2000). El objetivo de contención del Plan Marshall era demostrar la superioridad del modelo económico de estadounidense, que proponía una economía de libre mercado, basada en la propiedad privada; frente al modelo soviético, que estableció una economía planificada, basada en la colectivización y socialización de los medios de producción. Esta diferencia entre dos modelos económicos, que dividió a Europa, también tendría sus implicaciones en Asia, África, Medio Oriente y América Latina. A finales de la década de los cuarenta, la Guerra Fría comenzaba a revelar sus dos principales esferas de competencia: la económica y la militar.

Surgimiento de China como evento integrador de Asia en la Guerra Fría

Tras la derrota de Japón en 1945, Estados Unidos se consolidó como potencia hegemónica en Asia, conteniendo la expansión de influencia soviética en la región. La otrora potencia regional, China, se encontraba sumida en una compleja guerra civil desde 1927 (Kuhn, 2003). Tanto la URSS como Estados Unidos pretendieron influir en el resultado de los conflictos internos de China para que el equilibrio de potencias en Asia del Este les favoreciera (Powaski,

2000). Ambas potencias consideraron que el resultado de la guerra civil en China tendría un impacto significativo en sus respectivos sistemas de alianzas y estrategias de equilibrio directo en la región. Es prudente señalar que la fundación de la República Popular de China en 1949 inició la integración de la región de Asia al contexto de la Guerra Fría.

En su momento, la Unión Soviética y Estados Unidos apoyaron al ejército nacionalista chino en su enfrentamiento con el ejército comunista por el control del país. El 14 de agosto de 1945, la URSS firmó un tratado de Amistad y Alianza con el gobierno nacionalista (Spence, 1991). Por su parte, EEUU ofreció asistencia económica y técnica al ejército nacionalista, a fin de revertir los efectos de la crisis económica china, como la inflación y la pérdida de poder adquisitivo, originadas en la impresión sin control de papel moneda y en el estancamiento de la actividad comercial en 1945 (Fairbank & Goldman, 2006). Estados Unidos y la URSS reconocieron que era preferible lidiar con una China nacionalista débil, que con una China comunista lejana a su esfera de influencia en una estructura sistémica bipolar.

En 1946, comenzaron una serie de manifestaciones de sindicatos y sociedad civil que fueron violentamente reprimidas por el gobierno nacionalista, el cual se ganó la antipatía de obreros y clase media en las ciudades (Spence, 1991). Fue justamente en un contexto de pérdida de credibilidad económica y política del gobierno nacionalista que el Partido Comunista forjó su definitiva victoria militar, modificando su estrategia de guerrillas a una guerra convencional. Para 1948, la Unión Soviética aprovechó el nuevo escenario en el conflicto interno de China para apoyar, vagamente, al ejército comunista, ofreciéndoles armamento. Estados Unidos respondió a la estrategia soviética, apoyando al gobierno nacionalista (Fairbank & Goldman, 2006).

En enero de 1949, el ejército comunista avanzaba en su ofensiva militar, controlando la mayoría de las ciudades y pueblos del país. Los nacionalistas buscaron la intervención de Estados Unidos y de la misma Unión Soviética, quienes preferían, como se ha explicado, la debilidad relativa de China en el sistema (Fairbank & Goldman, 2006). Ante la inminente derrota del gobierno nacio-

nalista frente al ejército comunista, la Unión Soviética intentó mediar entre ambos contendientes para evitar la resolución de la crisis de China (Wang Z., 2012). Sin embargo, la estrategia soviética resultó en vano, pues las tropas comunistas derrotaron a los nacionalistas, obligándolos a huir a Taiwán. Con el triunfo del ejército comunista, se proclamó el primero de octubre de 1949 la fundación de la República Popular de China (Powaski, 2000).

Al día siguiente, la URSS reconoció al nuevo gobierno chino, ganando un aliado (momentáneo) en su estrategia de equilibrio frente a Estados Unidos en la región (Kissinger, 1979). Mientras Estados Unidos no logró formar a inicios de la década de 1950 una política coherente sobre China (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008). El debate sobre China en EEUU polarizó las estrategias. Por una parte se propuso implementar una estrategia asertiva de contención frente a China; y por otra, se esperó a que China siguiera el modelo de Yugoslavia y no se integrara a la esfera de influencia de la URSS (Gaddis, 2007). De cualquier forma, la estrategia soviética de reconocimiento inmediato a China resultó, entonces, más eficiente que la respuesta tardía estadounidense.

La RPC surgió con dos objetivos precisos en las esferas doméstica e internacional. Al interior, el nuevo gobierno comunista debía controlar la inflación, reconstruir el sistema de producción agrícola, restaurar las industrias pesadas desmanteladas y mantener el Estado de derecho (Spence, 1991). Al exterior, como lo explica el neorrealismo, el interés nacional de China era garantizar su seguridad, buscando el reconocimiento de otros Estados y aliándose con una de las potencias hegemónicas para evitar la contención de la otra. Al ser la URSS el primero en otorgarle el reconocimiento, China optó por establecer una alianza con el bloque comunista. Dentro de su concepción de potencia regional, el gobierno de Beijing estaba dispuesto a establecer relaciones diplomáticas con cualquier Estado que respetara su equidad internacional e integridad territorial (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008).

El acercamiento entre los gobiernos de China y la URSS se explica en cuatro razones. La primera era la necesidad de Beijing de consolidar el control sobre sus fronteras desde Xinjiang y el Tíbet hasta la costa Este. La segunda respondía a una necesidad de

seguridad frente a Estados Unidos y sus bases militares en Okinawa, Japón, mismas que permanecen en la actualidad. La tercera razón fue la asistencia soviética a la economía china. La cuarta razón, que explica la alianza sino-soviética, en 1949, es la más importante y responde también a una necesidad de seguridad, pues China deseaba una relación estable con una de las potencias hegemónicas y un vecino amenazante (Nathan & Scobell, 2012).

La alianza establecida entre China y la Unión Soviética provocó tres estrategias de contención estadounidense contra la alianza sino-soviética. La primera fue el establecimiento de un perímetro de defensa estratégica en Asia, el cual se extendió desde Japón a las Filipinas, pero excluía de inicio a Taiwán y a Corea del Sur. La segunda estrategia de contención estadounidense contra China y la Unión Soviética fue incorporar a Japón como un bastión del perímetro de seguridad. La tercera estrategia de contención fue la anuencia estadounidense a apoyar los vestigios colonialistas de europeos en el Sudeste asiático (Ross & Changbin, 2001).

Las tres estrategias de contención estadounidense contra la alianza sino-soviética contribuyeron a la actual configuración sistémica de Asia. Para empezar, el perímetro de seguridad establecido por Estados Unidos en la década de los cincuenta es muy similar al actual en el siglo XXI. En la segunda estrategia, Estados Unidos centró su asistencia financiera y militar en Japón, firmando un acuerdo de seguridad, que se mantiene en el siglo XXI (Kuhn, 2003). Estados Unidos pretendió que la reconstrucción de Japón permitiera compartir con Tokio las cargas económicas y militares de la seguridad regional, participando en la estrategia de contención sino-soviética en Asia (Kennedy, 2009). En el caso de la India, estaba más preocupada por el movimiento de países no alineados que por establecer un equilibrio de potencias en la región. Por lo tanto, la estrategia de equilibrio de potencias estadounidense identificó a Japón como un baluarte de su política en Asia, generando evidentemente ansiedad y tensión tanto en la Unión Soviética, como en China (Preston, 1998). Finalmente, la tercera estrategia implicó el apoyo estadounidense al restablecimiento de las potencias colonialistas europeas en el Sudeste Asiático para compartir la

carga financiera y militar de la seguridad regional, lo cual originó un período prolongado de inestabilidad (Isaacs & Downing, 1998).

La subregión del Sudeste Asiático había aprovechado la retirada de los japoneses para organizar movimientos independentistas, que lograrían sus objetivos. Tal fue el caso de Indonesia, que declaró su independencia en 1947, enfrentando a las tropas neerlandesas hasta 1949. Malasia era responsabilidad de Gran Bretaña, pero la retirada británica de la India abrió camino a la independencia malaya en 1963. Filipinas obtuvo la independencia de Estados Unidos en 1946, pero el nuevo gobierno se mantuvo en manos de aliados estadounidenses (Isaacs & Downing, 1998).

El caso más representativo de las consecuencias sistémicas de la contención estadounidense en el Sudeste Asiático fue el de Indochina. Antes de 1949, Estados Unidos no se preocupaba por Indochina, en ese entonces bajo administración francesa. En 1946 surgió el movimiento independentista indochino en Vietnam. Estados Unidos no ofreció ningún tipo de asistencia a su movimiento (Powaski, 2000). Por ende, Vietnam buscó una alianza con la Unión Soviética y China, cuyos intereses nacionales se relacionaban con la eliminación de cualquier vestigio colonial europeo en el Sudeste Asiático (Ross & Changbin, 2001).

En una lógica neorrealista, si el gobierno estadounidense hubiese apoyado la independencia de Indochina, habría podido consolidar su posición en el Sudeste Asiático, eliminando los vestigios coloniales europeos, conteniendo la influencia soviética en la subregión y presionando la frontera meridional de China. Esta hipótesis se explica en el marco del dilema del prisionero, aplicable a escenarios de cooperación y desertión entre Estados, donde ninguno sabe con certeza la decisión del otro, complicando la cooperación. El rechazo de Estados Unidos a Indochina, provocó el pacto de Vietnam con la Unión Soviética en 1950 para lograr su independencia. La respuesta de Francia al pacto entre Vietnam y la URSS fue el reconocimiento de la independencia de Vietnam, Laos y Camboya el 6 de febrero del mismo año, dentro de la Unión Francesa (Gaddis, 2007).

El reconocimiento de independencia limitada por parte de Francia a sus colonias en el Sudeste Asiático, funcionó para man-

tener el *status quo* regional y evitar la confirmación de la influencia soviética en el Sudeste Asiático (McMahon, 1999). Estados Unidos apoyó a la Unión Francesa por dos razones. La primera, frenar la expansión soviética en el Sudeste asiático y la segunda, contar con el apoyo francés para contener a la Unión Soviética en Europa occidental. En mayo de 1950, estadounidenses y franceses firmaron un acuerdo de ayuda militar con la Unión Francesa. Ese mismo año, Estados Unidos se comprometió a proporcionar asistencia militar y económica a Birmania³ y Tailandia (Powaski, 2000).

El equilibrio de potencias en el Sudeste Asiático entre Estados Unidos, China y la Unión Soviética se había establecido a partir de la asistencia estadounidense al colonialismo francés y del apoyo económico-militar sino-soviético a movimientos independentistas como el originado en Vietnam. En el marco del análisis neorrealista sobre el expansionismo de las potencias hegemónicas, resultaba evidente que la alianza sino-soviética representaba una plataforma para el incremento de la influencia soviética en la región. En 1950, EEUU decidió redefinir su estrategia de equilibrio indirecto frente a la URSS y China, desarrollando una bomba de hidrógeno para contrarrestar el poderío nuclear soviético, incrementando la inversión militar estadounidense en la región, e incorporando a Taiwán en su esquema estratégico para equilibrar a China (National Security Council, 1950).

La implementación de la estrategia de equilibrio estadounidense en la década de los cincuenta, coincidió con la invasión de Corea del Norte a Corea del Sur. El 25 de junio de 1950, tropas norcoreanas cruzaron el paralelo 38, que dividía la Península de Corea en una esfera de influencia soviética al norte y otra estadounidense al sur (Powaski, 2000). La agresión norcoreana, que contaba con la anuencia soviética, modificó la configuración sistémica del Noroeste asiático, pues evitó la reunificación de Corea en el siglo XX; evidenció la necesidad de China por mantener un “Estado tapón” entre su frontera y las bases militares estadounidenses en Corea; e incluyó a Corea del Sur dentro de su perímetro de seguridad estadounidense en la región, vigente en la actualidad.

³ Actual República de la Unión de Myanmar.

Configuración de la distribución del poder en Asia del Este, durante la bipolaridad: Estrategias de Estados Unidos para contener la expansión de China y la Unión Soviética en el Noreste y Sudeste Asiático

Guerra de Corea (1950-1953): integración total de Asia del Este en la Guerra Fría

Si bien el triunfo comunista en China representó el primer paso de la integración del Este asiático a la dinámica de la Guerra Fría, fue la Guerra de las Coreas la que terminaría de integrar a la región a un subsistema particular del conflicto, que involucraba a las dos potencias hegemónicas y a una histórica, pero considerablemente inferior: China. Ante la invasión norcoreana, Estados Unidos incluyó de manera inmediata a Corea del Sur en su perímetro de defensa asiático y ordenó a las tropas estadounidenses en Japón que asistieran a las surcoreanas (Spence, 1991).

La invasión norcoreana se explica en la interpretación del equilibrio de potencias en la Unión Soviética, la cual supuso que al no incluir Corea del Sur dentro de su perímetro de defensa inicial, Estados Unidos no estaría dispuesto a enfrentar el costo de una guerra en la Península. Además, la unificación coreana, como un satélite soviético, consolidaría la posición de la Unión Soviética en el Noreste asiático y pondría presión a la posición estadounidense en Japón. Estados Unidos percibió las implicaciones del conflicto en Corea como una seria amenaza a las zonas de influencia y una posible escalada de invasiones soviéticas en Asia y Europa. Por ende, se movilizaron fuerzas terrestres, navales y aéreas estadounidenses en la península para contrarrestar el ataque. Asimismo, el ejército estadounidense aprovechó la ocasión para ubicar a la séptima flota naval entre China y Taiwán, extendiendo su política de contención a través de Asia Oriental (Herring, 2008).

En agosto de 1950, el gobierno chino percibió que la participación estadounidense en la Guerra de Corea, inclinaba rápidamente la balanza a favor de Corea del Sur, amenazando con invadir

completamente la península y unificarla bajo un satélite estadounidense en la frontera con China (Kuhn, 2003). El cálculo racional de Beijing forzaba al país a intervenir militarmente en el escenario de una invasión estadounidense en Corea del Norte. Efectivamente, el 7 de octubre de 1950, las tropas estadounidenses penetraron Corea del Norte, capturando la capital, Pyongyang, el 19 de octubre del mismo año (Gaddis, 2007). China respondió con el envío de más de 250 mil soldados, acostumbrados a guerras asimétricas, para replegar la coalición surcoreana y estadounidense.

El enfrentamiento entre tropas estadounidenses y chinas en la Península de Corea confirmó la determinación de China de equilibrar directamente la expansión estadounidense cercana a su territorio. El resultado fue el repliegue de la coalición surcoreana-estadounidense al sur del paralelo 38 en 1951. Un año después, tras el estallido exitoso de su primera bomba de hidrógeno, Estados Unidos amenazó a China y Corea del Norte con el uso de armas nucleares, a menos que negociaran un armisticio, el cual concluyó las hostilidades en julio de 1953 (Spence, 1991).

La guerra en Corea tuvo un impacto sistémico en la región tan importante como la Segunda Guerra Mundial en las relaciones asiáticas. En el Noreste Asiático, el conflicto directo entre tropas estadounidenses y chinas favoreció los intereses de Japón y Taiwán, quienes se beneficiaron de la asistencia técnica, militar y económica de la política de seguridad regional estadounidense, que los ubicaba como polos centrales de contención sino-soviética en Asia, principalmente con el fin de equilibrar la amenaza de China (Kuhn, 2003). En 1951, Japón recuperaría su soberanía, en vista de un tratado de paz con Estados Unidos y el mismo año se firmó un tratado tripartido con Australia y Nueva Zelanda para ampliar la cadena defensiva del Pacífico (Powaski, 2000).

Mientras, en el Sudeste Asiático, Estados Unidos apoyó los esfuerzos de guerra franceses contra la rebelión en Vietnam y amenazó con intervenir en Indochina si el ejército chino participaba en el conflicto (Ross & Changbin, 2001). En 1954, los esfuerzos de guerra franceses se agotaban y Francia solicitó la intervención directa de Estados Unidos, apelando a un efecto dominó en el Sudeste Asiático donde la pérdida de Vietnam podría representar la pérdi-

da de Laos, Camboya, Tailandia, Filipinas y Japón (Herring, 2008). Estados Unidos analizó la posibilidad de intervenir directamente, incluso con armas atómicas. No obstante, temía que su participación terminara dañando su imagen de invulnerabilidad, como ocurrió en Corea.

Al encontrar renuencia de sus aliados, franceses y británicos para formar una coalición. Estados Unidos debió aceptar reunirse en julio de 1954 en Ginebra, Suiza, para negociar con Francia, Gran Bretaña, China y la Unión Soviética el futuro de Indochina (Powaski, 2000). El resultado de la conferencia de Ginebra fue el reconocimiento francés de la independencia de Camboya, Laos y Vietnam, así como la partición de este último por el paralelo 17, hasta que se celebraran elecciones en 1956 (McMahon, 1999). Vietnam del Norte, con capital en Hanói, se convirtió en un Estado comunista. Mientras Vietnam del Sur, con capital en Saigón, se convirtió en aliado estadounidense.

La Guerra en Corea también tuvo consecuencias directas en la percepción y estrategias de las potencias hegemónicas y de China. Para empezar, Estados Unidos confirmó su determinación de actuar militarmente en cualquier frente regional para contener a la Unión Soviética y a China. Entre junio de 1950 y junio de 1954, las fuerzas armadas estadounidenses aumentaron de 1,460,000 a 3,555,000 efectivos (Herring, 2008). Al enfrentar exitosamente a Estados Unidos en Corea, China alcanzó el estatus de potencia media y salvaguardó su frontera en Manchuria al evitar una Corea unificada bajo el comando estadounidense (Powaski, 2000). El conflicto en Corea, reforzó la amenaza de la hegemonía estadounidense sobre el interés nacional de China en el sistema y la percepción de Estados Unidos como una potencia extranjera en el sistema asiático. Sobre todo, cuando Estados Unidos se interpuso en el objetivo de unificación china, al ofrecer asistencia militar y económica a Taiwán (Herring, 2008). Finalmente, la Unión Soviética no obtuvo los resultados esperados, sufriendo una derrota estratégica en la Península de Corea, ya que China emergió fortalecida de la guerra al enfrentar por sí sola a las tropas estadounidenses; y Estados Unidos reforzó su presencia militar en los frentes oriental y

occidental, presionando la posición soviética en la región (Spence, 1991).

Modificación de la estrategia de supervivencia china 1950-1954: del *Bandwagoning* con la URSS al incremento de su poder comprensivo

La lógica neorrealista explica que las potencias medias buscarán la maximización de su poder comprensivo para garantizar la seguridad en el sistema. Durante la década de los cincuentas, China entendió que sus capacidades materiales eran inferiores en relación a las potencias soviética y estadounidense. Por lo tanto, el gobierno chino emprendió un plan quinquenal de industrialización acelerada en 1953-1957, período durante el cual el PIB creció en promedio 8.9% (Ross & Changbin, 2001). El embargo comercial estadounidense, impuesto a partir del conflicto en Corea, obligó a China a depender de la asistencia soviética para implementar su plan de desarrollo a un costo elevado. Mientras el gobierno chino invertía \$25 mil millones de yuanes anuales en su industrialización. La Unión Soviética otorgaba \$60 millones en crédito, pagaderos en un plazo determinado (Fairbank & Goldman, 2006). Para China resultó evidente la necesidad de romper con la dependencia tecnológica y económica de la URSS.

La dependencia económica de China con la Unión Soviética representaba un obstáculo al interés nacional chino en relaciones internacionales. Después de la guerra de Corea, el ejército chino surgió como una potencia militar con capacidad de desafiar a una de las grandes potencias internacionales (Powaski, 2000). Por lo tanto, Beijing pretendió confirmar su prestigio internacional, alejándose de la influencia soviética y estableciendo su posición como un miembro responsable y confiable en la comunidad internacional (Kuhn, 2003).

Uno de los primeros objetivos de la política exterior china en los cincuenta para confirmar su libertad de acción en el escenario regional fue fortalecer vínculos con otros Estados en sus fronteras. En 1952 firmó un acuerdo económico-cultural con la República Popular de Mongolia. El mismo año firmó un acuerdo de reconstrucción económica con Corea del Norte (Spence, 1991). Además,

China había ofrecido ayuda logística al movimiento insurgente en Vietnam, construyendo un ferrocarril en la provincia de Guangxi para trasladar material de guerra a los vietnamitas en su enfrentamiento con las tropas francesas (Gaddis, 2007). Dentro de su política de “Coexistencia Pacífica”, China estableció conversaciones amistosas con India y con la entonces Birmania (Spence, 1991). Además de manifestar su voluntad de independencia de acción frente a su aliado soviético, el objetivo de dicha política exterior china era asegurar sus fronteras orientales y meridionales, ante posibles ataques de satélites estadounidenses, o incluso soviéticos.

La dependencia sino-soviética también abarcó la esfera militar. La Unión Soviética proveía a China de capacitación a sus comandos y de la transferencia de tecnología militar como los aviones MiG-15, los MiG-17 y algunos submarinos (Ross & Changbin, 2001). En el contexto del dilema de seguridad, donde los Estados dependen de sus propios medios para maximizar su poder y garantizar su seguridad, la URSS mantuvo límites en su ayuda tecnológico-militar a China, para evitar generar un enemigo potencial en la región. La URSS pretendía que China contuviera las fuerzas estadounidenses en Corea, pero no estaba dispuesta a equipar al ejército chino con misiles de largo alcance o una marina con capacidad de proyección mundial. Por su parte, Beijing no buscó una política permanente de “bandwagoning” con la Unión Soviética. La necesidad de desarrollar su propia capacidad nuclear y romper su dependencia militar con la URSS era prioritaria. Prueba de ello es que la inversión militar china de 1950 a 1955 pasó de \$2,827 millones de yuanes a \$6,500 millones (Spence, 1991).

Crisis del Estrecho de Taiwán en 1954: inicio de la ruptura sinosoviética

En los cincuenta, la estrategia de contención estadounidense contra la Unión Soviética y China implicó el intento de Estados Unidos por crear un acuerdo de seguridad en el Sudeste Asiático, equivalente a la OTAN en Europa, conocido como “Organización del Tratado del Sudeste Asiático” (SEATO, por sus siglas en inglés), que reunió a Gran Bretaña, Francia, Nueva Zelanda, Australia, Tailandia, Filipinas y Estados Unidos (Spence, 1991). China percibió la cons-

trucción de alianzas de seguridad estadounidenses en el Sudeste Asiático como una estrategia para proteger su posición en dicha región y proyectar su poder comprensivo en el Noreste Asiático, a partir de Taiwán (Kuhn, 2003).

En 1953 y 1954, Estados Unidos firmó pactos de defensa con Corea del Sur y Taiwán respectivamente (Kuhn, 2003). El acercamiento estadounidense a Taiwán amenazó directamente el interés nacional de reunificación de China. Por lo tanto, el 3 de septiembre de 1954, China ordenó a sus tropas en Fujian que comenzaran con el bombardeo de las islas Jinmendao, Mazu y Dachen, bajo control taiwanés. El ejército estadounidense respondió al bombardeo de China sobre Taiwán con la Resolución de Formosa de 1955, mediante la cual Washington se comprometió a utilizar los medios necesarios, incluido el nuclear, para proteger Taiwán (Powaski, 2000). La amenaza estadounidense del uso de armas atómicas contra China tuvo dos implicaciones. La primera fue obligar a China a detener su ataque sobre Taiwán y la segunda fue colocar a la Unión Soviética en la difícil posición de defender a China y arriesgar una guerra nuclear, o no participar en el conflicto y evidenciar los límites de la alianza sinosoviética (Blum, 1982).

China entendió que su alianza con la Unión Soviética no la protegería en un enfrentamiento contra EEUU. Por ende, utilizó una estrategia de equilibrio directo por alianzas con naciones pequeñas regionales para responder a los acuerdos de seguridad estadounidenses en el Sudeste Asiático. En 1955, un año después de los bombardeos a Taiwán, China participó en la Conferencia de Bandung, junto con Indonesia, Sri Lanka, Birmania, India, y Pakistán, donde aprovechó para acusar a Estados Unidos como un agente desestabilizador en Asia (McMahon, 1999). La declaración de Bandung fue, sin duda, un acercamiento importante entre China y el grupo de los No-Alineados que comenzaba a formarse a mediados de los cincuentas (Gaddis, 2007). Este acercamiento surgió como una estrategia de equilibrio chino contra la hegemonía de las potencias soviética y estadounidense.

El equilibrio directo de China en el período se confirmó al reanudar los bombardeos contra Taiwán en agosto de 1958. Estados Unidos respondió nuevamente, enviando los buques de guerra

de la VII flota para escoltar los barcos de abastecimiento de Taiwán (Ross & Changbin, 2001). Estados Unidos no estaba interesado en una guerra más amplia con China, pero tampoco estaba dispuesto a ceder Taiwán al gobierno chino. La solución al conflicto fue una negociación entre China, Estados Unidos y Taiwán que excluyó a la Unión Soviética. Las tres partes acordaron que la marina estadounidense dejaría de escoltar los barcos taiwaneses, que Taiwán renunciaría al empleo de la fuerza para reconquistar China y que China detendría los bombardeos (Powaski, 2000).

El acuerdo de facto entre China, Taiwán y Estados Unidos para resolver la segunda crisis del Estrecho de Taiwán en 1958, incrementó la influencia regional de China a costa de la soviética. La respuesta soviética al conflicto de 1958 fue amenazar a Washington con defender a China en caso de ataque. En un sistema anárquico, donde los actores deben adivinar las percepciones e intenciones de otros, la Unión Soviética lanzó sus amenazas contra Estados Unidos, cuando se aseguraron que los estadounidenses no tenían la intención de invadir China (Gaddis, 2007). En ambos conflictos del Estrecho, la URSS no supo implementar una estrategia de equilibrio de poderes que beneficiara a su posición. Por una parte, los soviéticos buscaron mantener a China como su aliado e incluso le ofrecieron apoyo para poner en marcha su primer reactor nuclear en 1958. Por otra parte, rechazaron que intervendrían en un conflicto entre China y Estados Unidos por Taiwán e interrumpieron en 1959 su asistencia técnica para construir el reactor, temiendo el desarrollo nuclear de China (Powaski, 2000).

La crisis del Estrecho de Taiwán de 1954 y 1958 fueron claros ejemplos de percepciones incorrectas y conflictos de intereses entre los involucrados. Estados Unidos no había entendido hasta el momento la valía estratégica de Taiwán. China supuso que Estados Unidos no se arriesgaría a entrar en conflicto directo por la defensa de la isla, como no lo hizo por Indochina. Taiwán deseaba provocar una guerra entre China y Estados Unidos para aprovechar el contexto y recuperar el territorio de China continental (Blum, 1982). Mientras la Unión Soviética envió mensajes ambiguos a Beijing y Washington sobre su participación en el conflicto. Las dos principales consecuencias del conflicto en el Estrecho de 1954 para el

sistema asiático, fueron el inicio de la ruptura sinosoviética, que implicó la urgencia de China por evitar todo tipo de dependencia tecnológica, militar y económica con la Unión Soviética; así como la prioridad de Beijing, en el marco del concepto “*self-help*”, por desarrollar su armamento nuclear, a fin de disuadir posibles ataques de la URSS y de Estados Unidos (Powaski, 2000). La emergencia de China como potencia nuclear en los sesentas, fue un evento que se gestó en las crisis del Estrecho y resultó sorpresivo para los estadounidenses y los soviéticos, pues la capacidad nuclear de China tuvo mayor impacto en el equilibrio de poderes regional que la misma reunificación con Taiwán.

Equilibrio directo de China por adquisición del poder nuclear en 1964, conflicto fronterizo con la URSS y participación en la guerra de Vietnam

Como se ha explicado, a finales de los cincuenta, China deseaba incrementar su poder comprensivo, para romper la dependencia con la Unión Soviética y equilibrar directamente la contención estadounidense. En 1958, el gobierno chino implementó un programa de industrialización, conocido como “Gran Salto Adelante”, el cual pretendía duplicar la producción de metal y bienes agrícolas en el país para exportación (Dawei & Yanjing, 2011). Los resultados fueron desastrosos, pues para 1960 habían muerto entre 20 y 30 millones de personas, debido al decremento de producción agrícola a raíz de la divergencia de la mano de obra campesina hacia las fundidoras y las condiciones climáticas desfavorables para la cosecha en el campo (Fairbank & Goldman, 2006). La Unión Soviética percibió en el proyecto del “Gran Salto Adelante”, la urgencia de China por deshacer la dependencia de asistencia económica y tecnológica soviética.

El deterioro de la relación bilateral China-URSS en los sesenta se agravó por el apoyo soviético a India en el conflicto fronterizo con China de 1959. En 1960, los soviéticos retiraron 1,390 expertos que trabajaban en China, entre ellos dos científicos nucleares (Spence, 1991). La relación se complicaría aún más en 1962, cuando China acusó a la Unión Soviética de provocar la crisis de los misiles cubanos y después la acusó de capitular ante presiones

estadounidenses (Powaski, 2000). En 1969 el escenario internacional sufrió una nueva modificación.

China mostró determinación por equilibrar a ambas potencias hegemónicas. En los sesenta, la relación sino-estadounidense no mejoró. La Revolución Cultural en China (1966-1976) generó una intensa asertividad tanto en la política interior como en la exterior, que se reflejó en la relación de Beijing con ambas potencias. Estados Unidos estaba decidido a no otorgar el reconocimiento a China y prefería negociar con la Unión Soviética sobre el tema nuclear y comercial, que levantar el embargo a China (Herring, 2008).

El gobierno estadounidense pretendía forzar a Beijing a abandonar sus aspiraciones nucleares, a través de una alianza con la otra potencia soviética, que permitiera frenar el programa nuclear chino (Blum, 1982). El acuerdo entre Estados Unidos y la URSS no funcionó, pues la URSS no se aventuró a unirse con su principal rival para invadir a otro país considerado aliado, dañando la estabilidad entre sus satélites. Finalmente, el 16 de octubre de 1964, China hizo estallar su primer artefacto nuclear, uniéndose al club de las potencias nucleares y adquiriendo un nuevo poder de disuasión (Powaski, 2000).

Con una China dotada del arma nuclear a mediados de 1960, EEUU enfrentó un serio desafío a su posición en el Sudeste Asiático. El conflicto interno en Vietnam se complicó a inicios de los sesenta. En 1961 la guerrilla comunista del Vietcong dominaba cerca del 80% del territorio del país. En 1963, Estados Unidos incrementó su presencia militar en Vietnam de 700 a 16,700 soldados para evitar que el país se integrara a la zona de influencia de China o de la Unión Soviética (Powaski, 2000). En 1965, el ejército estadounidense realizó una campaña de bombardeo continuo sobre Vietnam del Norte y se enviaron 50 mil soldados para proteger Vietnam del Sur.

A mediados de los sesenta, Vietnam del Norte aprovechó la ruptura en la relación sino-soviética para implementar la estrategia de *bandwagoning* con ambas potencias, beneficiándose de más de \$2 millones de dólares en asistencia militar, económica y técnica (Gaddis, 2007). La estrategia de Estados Unidos en Vietnam pri-

vilegió su relación con la URSS que con China, buscando otorgarle el trato de Nación Más Favorecida (NMF) a la Unión Soviética, a cambio de su apoyo para alcanzar un acuerdo conveniente en Vietnam (Blum, 1982). A pesar de que un acuerdo comercial con Estados Unidos hubiese podido ayudar a una economía soviética en estancamiento. La Unión Soviética pretendía desplazar a China como garante comunista del Sudeste Asiático, rechazando toda posibilidad de solución pacífica en Vietnam (Herring, 2008).

China mantuvo su propia estrategia de equilibrio directo contra Estados Unidos en Vietnam. Entre 1962 y 1968, Beijing envió 300 mil soldados a Vietnam del Norte para contener una invasión terrestre de soldados estadounidenses, que se establecieran en la frontera de China. Por su parte, el cálculo racional de Estados Unidos no implicaba otro enfrentamiento entre sus soldados y los chinos, como ocurrió en Corea, pues se arriesgaba a una escalada nuclear. China entendió que la asimetría entre su poder comprensivo y el estadounidense. Por ende, tampoco deseaba un enfrentamiento directo contra el ejército estadounidense (Kuhn, 2003). No obstante, China y Vietnam estaban dispuestos a perder más hombres que Estados Unidos, presionando a los estadounidenses a encontrar una salida rápida y decorosa del conflicto (Fairbank & Goldman, 2006).

A finales de los sesenta, las estrategias de contención y equilibrio directo de las potencias hegemónicas y de la potencia emergente produjeron distintos resultados. En 1967, la URSS se preocupó por la expansión de China en el Sudeste Asiático y buscó un acuerdo con Estados Unidos en el conflicto de Vietnam (Powaski, 2000). Estados Unidos entendió que su estrategia de contención en Vietnam contra China y la URSS no daría resultados, pues no logró convencer la participación de Japón y potencias europeas (Gaddis, 2007). China mantuvo su equilibrio directo contra Estados Unidos, evitando que Vietnam del Norte colapsara y se establecieran bases militares estadounidenses en su frontera. El conflicto se prolongó, presionando a las tres potencias a llegar a un acuerdo.

El fenómeno regional que generó el acuerdo para terminar el conflicto en Vietnam fue un nuevo equilibrio de poderes en Asia. En 1969, la Unión Soviética alcanzó la paridad en armas

de destrucción masiva con Estados Unidos, cuyo esfuerzo de guerra en Vietnam fragilizaba su posición internacional y doméstica (Gaddis, 2007). Estados Unidos percibió a la Unión Soviética como una amenaza grave a su hegemonía regional. Ese mismo año, el conflicto entre la Unión Soviética y China se agravó, cuando se registraron hostilidades entre soldados chinos y soviéticos en el río Ussuri, que separa a Manchuria de Siberia (Fairbank & Goldman, 2006). Los soviéticos movilizaron cuarenta divisiones en la frontera con China, incrementando el riesgo de una guerra entre una de las potencias hegemónicas y la emergente. De acuerdo al análisis neorrealista, el enfrentamiento militar entre la URSS y China, así como la paridad nuclear entre Estados Unidos y la URSS, generó incentivos para la creación de una alianza sino-estadounidense para equilibrar directamente a la Unión Soviética.

Es necesario recapitular en el análisis cronológico de la configuración sistémica de Asia a mediados del siglo XX, China estableció una alianza con la Unión Soviética en los cincuenta para garantizar su supervivencia frente a la hegemonía estadounidense y asegurar sus fronteras ante la amenaza potencial soviética. La respuesta estadounidense a la alianza sino-soviética influyó en la configuración sistémica de Asia que se mantiene en el siglo XXI, pues Estados Unidos definió un perímetro de seguridad que incluyó a Japón, como el pivote de su estrategia de contención frente a China y a la URSS.

La fundación de RPC en 1949 marcó el inicio de la integración regional en el sistema bipolar, que incluía a dos potencias hegemónicas y a una potencia histórica, pero debilitada: China. El evento que culminó la integración de Asia en el conflicto de la Guerra Fría fue la Guerra de Corea de 1950 a 1953, donde China equilibró directamente al expansionismo estadounidense en la Península de Corea, evitando la invasión surcoreana-estadounidense en Corea del Norte, que habría colocado bases militares de Estados Unidos en la frontera norte de China.

El impacto sistémico de la guerra de Corea fue el fortalecimiento del perímetro de seguridad estadounidense en el Noreste Asiático, que incluyó a Taiwán como plataforma de contención de EEUU frente a China. Entre 1954 y 1958, Beijing intentó reunificar

la isla, a partir de bombardeos y amenazas de invasión. El gobierno estadounidense advirtió al chino sobre la posibilidad de un ataque nuclear contra su territorio, ante el escenario de cualquier operación militar china en Taiwán. La amenaza de Estados Unidos modificó nuevamente el equilibrio de poder en la región, pues evidenció la fragilidad de la alianza sino-soviética y motivó a China adquirir su propia capacidad nuclear.

A mediados de los sesenta, China desarrolló con éxito su poder nuclear y abandonó la estrategia de “bandwagoning” con la Unión Soviética para implementar una de equilibrio directo contra la Moscú y Washington. China equilibró los esfuerzos estadounidenses en Vietnam, enviando soldados a Vietnam del Norte para prevenir una invasión terrestre de tropas estadounidenses. Nuevamente, en 1969, China equilibró militarmente a la Unión Soviética, enviando tropas para defender la integridad territorial de Manchuria frente a una posible invasión soviética.

A finales de los sesenta, el equilibrio de poder transitó de una alianza sino-soviética en los cincuenta a una sino-estadounidense, cuando la Unión Soviética enfrentó militarmente a China y alcanzó la paridad nuclear con EEUU, convirtiéndose en una amenaza en común para la hegemonía estadounidense y la supervivencia china.

Equilibrio directo por Alianza: Triángulo Estratégico de China con Estados Unidos y la Unión Soviética

Estrategia de equilibrio directo de China frente a la URSS: alianza sinoestadounidense de 1970 a 1980

El enfrentamiento armado entre los ejércitos soviético y chino de 1969 demostró a China que la Unión Soviética representaba una amenaza más grave a su seguridad que Estados Unidos. En la década de 1970, Beijing comenzó la estrategia de equilibrio directo contra los soviéticos, a través del fortalecimiento de la relación con los vecinos de la URSS, desde Japón hasta Irán (Ross & Changbin, 2001). Incluso, China apoyó a Japón en la disputa territorial

que sostenía con la Unión Soviética sobre las islas Kuriles (Nathan & Scobell, 2012).

El pilar de la estrategia china de equilibrio directo contra la Unión Soviética era Estados Unidos, cuyos intereses en la región se centraban en una salida decorosa de la guerra en Vietnam y en contener la influencia soviética en el Noreste y Sureste Asiático. En 1971, Estados Unidos finalmente accedió a otorgarle a la RPC su lugar en el Consejo de Seguridad de la ONU, retirando a Taiwán. Ese mismo año se levantó el embargo comercial con China y se interrumpieron los vuelos de espionaje (Ross, 1995). En 1972 se dio un encuentro histórico entre el presidente chino, Mao Zedong, y el estadounidense, Richard Nixon, cuyo resultado fue el anuncio de intereses mutuos en alcanzar la estabilidad regional. En el comunicado de Shanghái, Estados Unidos presentó su nueva política de una sola China, a la que pertenecía Taiwán, sin renunciar a su derecho de mantener una relación especial con la isla separatista (Spence, 1991).

China se conformó en ese momento con la posición ambigua de Estados Unidos en relación a Taiwán, pues la normalización de la relación bilateral favoreció la estabilidad de sus fronteras ante un hipotético ataque por parte de la Unión Soviética. La nueva relación bilateral sino-estadounidense se fundamentó en el interés mutuo de contener la influencia soviética en la región, lo cual reducía las posibilidades de que Estados Unidos atacara a su nuevo aliado o de que la Unión Soviética se aventurara a atacar a una potencia emergente, aliada de la otra potencia hegemónica.

La normalización de relaciones entre Washington y Beijing benefició a ambas naciones y contribuyó en una nueva modificación del equilibrio de poderes regionales. Para empezar, Estados Unidos logró su objetivo en 1973, al firmar un acuerdo de paz con Vietnam, en el cual intervino la presión de China sobre el gobierno vietnamita (Ross, 1995). A cambio, EEUU ejerció presión sobre Japón para que reconociera oficialmente a China (Nathan & Scobell, 2012). El retiro estadounidense de Vietnam modificó nuevamente la configuración de la distribución de poder en el Sudeste Asiático, pues fortaleció la alianza entre Vietnam y la Unión Soviética.

tica e influyó en la expansión soviética en Camboya y Laos en 1975 (Powaski, 2000).

A pesar de su posición como potencia emergente, China condicionó su participación en la alianza estadounidense contra la URSS a dos compromisos. El primero fue la presión del gobierno chino sobre el estadounidense para institucionalizar la regularización de sus relaciones bilaterales, enfatizando en la oportunidad de cooperación sino-estadounidense para impedir que los soviéticos impusieran su hegemonía en Asia (Powaski, 2000). Ambos países acordaron que la normalización de sus relaciones iniciara el primero de enero de 1979 (Spence, 1991).

El segundo compromiso implicó el reconocimiento tácito de Estados Unidos sobre la existencia de una sola China y el retiro de tropas y personal diplomático estadounidense de Taiwán. En este caso, Estados Unidos canceló el tratado de defensa mutua con la isla, pero mantuvo una reserva, conocida como Taiwán Act, que implicaba la venta de armamento defensivo y la relación comercial y cultural entre Estados Unidos y Taiwán (Sutter, 2013). A cambio, China prometió que la reunificación con Taiwán se resolvería pacíficamente.

La institucionalización de la relación bilateral sino-estadounidense provocó el remplazo de Taiwán por China en todas las instituciones internacionales promovidas por Estados Unidos, desde la Asamblea General de las Naciones Unidas, hasta el Banco para el Desarrollo de Asia (BAD). Ello fortaleció la presencia de China en el orden mundial, afectando la posición de Taiwán como actor autónomo en el escenario internacional (Nathan & Scobell, 2012).

La respuesta soviética al equilibrio directo de China y su alianza con Estados Unidos fue presionar las fronteras chinas, fortaleciendo su relación con Vietnam y respaldando la invasión vietnamita en Camboya en 1977, con el objetivo de contener a China (Segal, 1985). La expansión soviética en el Sudeste Asiático le permitió acceder a las bases vietnamitas de Cam Ranh y Danang, incrementando su proyección naval y aérea en el Océano Índico y el Mar Meridional de China (Nathan & Scobell, 2012). China respondió a la estrategia soviética, invadiendo Vietnam en 1979. El objetivo de la operación militar punitiva contra Vietnam era evitar la

expansión hegemónica de Vietnam en el Sudeste Asiático y enviar un mensaje claro en la región sobre los límites de su alianza con los soviéticos (Kuhn, 2003).

En 1979, la Unión Soviética invadió Afganistán, país limítrofe en la frontera occidental de China. Estados Unidos respondió ese mismo año, retirando a la Unión Soviética el estatus de NMF para otorgárselo a China, a quien le ofreció una línea de crédito y ventas de armamento y tecnología (Herring, 2008). A inicios de la década de 1980, la estrategia de equilibrio directo chino en su alianza con Estados Unidos ejerció una presión efectiva contra la Unión Soviética en Asia, asegurando la supervivencia de China y modificando el equilibrio de potencias a favor de Estados Unidos en relación a la URSS. Finalmente, la decadencia de la economía soviética y el reposicionamiento de Estados Unidos en el marco de la alianza con China, abrirían el capítulo final de la Guerra Fría en la región.

Cambio del paradigma en los fundamentos del poder comprensivo de las potencias regionales

El incremento del poder comprensivo de China y de Estados Unidos frente al declive de la Unión Soviética

El hecho de que China hiciera estallar su primera bomba de hidrógeno a mediados de 1960, no implicaba que el país se convirtiera en la tercera superpotencia de facto. El país mantenía serios desequilibrios económicos, exacerbados por la inestabilidad política en el período de la “revolución cultural”. Su importancia estratégica residía en emplear “con mucha astucia e incluso con descaro sus recursos políticos, económicos y militares disponibles. Frente a las superpotencias, la estrategia global de Beijing ha comprendido, en diversos tiempos, el enfrentamiento y el conflicto armado, la reconciliación parcial, la alineación informal y una separación lindante con la ruptura (Kennedy, 2009)”.

La independencia y autonomía china en un sistema bipolar generaba los cambios, en ocasiones impredecibles, en su políti-

ca exterior. Sin embargo, a finales de los setenta, China no deseaba ser un “peso ligero” estratégico en el equilibrio regional. El gobierno chino entendió que para consolidar su ascenso como potencia regional e impulsar un sistema multipolar en Asia, debía corregir su política económica y modernizar sus fuerzas armadas. En 1978 se determinó la orientación de las reformas económicas del país. La reforma inició en zonas rurales, donde se facilitó la autonomía de producción y administración a los campesinos. En 1979 se establecieron cuatro “zonas económico especiales” en las provincias de Guangdong y Fujian, lugares seleccionados por su accesibilidad y proximidad con el capital extranjero (Spence, 1991).

La apertura de la economía china al exterior tenía por objetivo el desarrollo de industrias locales y la captación de inversión extranjera directa que facilitara la transferencia tecnológica de Occidente. La privatización de empresas públicas implicó el reconocimiento jurídico de las empresas como principales unidades de competencia en un modelo “socialista de mercado”. La apertura fue gradual en seis etapas: 1) administrar las zonas económicas especiales; 2) abrir ciudades portuarias del litoral. 3) ampliar ulteriormente las zonas abiertas del litoral; 4) desarrollar la nueva área de Pudong en Shanghái; 5) abrir totalmente las capitales provinciales de las zonas fronterizas, costeras y del interior; 6) incorporarse a la OMC, marcando una nueva etapa de apertura (Dawei & Yanjing, 2011).

La apertura fue acompañada por la inversión estatal en infraestructura, salud y educación, así como un alto nivel de ahorro privado que generó un sistema bancario con suficiente capital para financiar la industria a un bajo interés. Los resultados fueron positivos, entre 1978 y 1992, el producto interno bruto de China aumentó a una tasa anual de 9.5% (Yongnian, 1999); y el número de gente en condiciones de pobreza disminuyó de 250 millones en 1978 a 80 millones a finales de 1993 (Stiglitz, 2006). En 1987, “The Economist” señaló que “para los militares (de China) que tengan paciencia para ver terminadas las reformas (económicas), habrá una recompensa (Kennedy, 2009)”. Como toda potencia emergente, la proyección del poder comprensivo en términos político-

estratégicos, depende de la construcción de su poder económico, como se observa en la tabla 3.

Tabla 3

PIB de China en millones de yuanes, precios corrientes 2012

Año	PIB
1985	9,040.70
1986	10,274.40
1987	12,050.60
1988	15,036.80
1989	17,000.90
1990	18,718.30

Nota: Elaboración propia. Fuente: *China Statistical Yearbook. National Bureau of Statistics of China*. 2013.

El caso de la Unión Soviética fue distinto al de la emergencia de China. De 1950 a 1980, la Unión Soviética logró la paridad nuclear con los Estados Unidos, desarrolló su Marina trasatlántica, logró el primer lanzamiento tripulado en el Sputnik y había ampliado su influencia en todo el mundo (Gaddis, 2007). No obstante, a finales de la década de los cincuentas, el crecimiento económico soviético disminuía a ritmo de 3 o 4% (Powaski, 2000). La inversión de capital se dedicó a la producción industrial a gran escala de la defensa, provocando la escasez de capital en otras industrias. El consumo personal era mantenido bajo para destinar los recursos a la industria pesada y militar. La producción agrícola disminuyó su crecimiento de un 4% en 1950 a un 3% en 1960 y finalmente un 1.8% en 1970 (Powaski, 2000).

En los años cincuenta, las economías soviéticas y estadounidenses compartían la producción manufacturera mundial. Para la década de 1970, nuevos competidores como Japón y la Comunidad Europea erosionaron su participación en la producción manufacturera (Kennedy, 2009). Además, el nivel de vida soviético nunca igualó el de Europa occidental. Las nuevas tecnologías en robótica, telecomunicaciones y computadoras de la década de los ochenta demostraron que los satélites soviéticos no podían com-

petir. La Unión Soviética podía invertir más capital a la industria, agricultura o tecnología, pero sería a costa de la defensa, que se mantenía como prioridad. En general, la tímida liberalización del sistema económico soviético en los ochenta no alcanzó a producir resultados (Kennedy, 2009). En las tablas 4 y 5 se demuestra el magro crecimiento de la economía soviética a mediados de los ochenta.

Tabla 4
Crecimiento anual del PIB per cápita soviético,
en el período 1950 a 1991

Período	Crecimiento promedio en %
Crecimiento económico acelerado (1950-1973)	3.60%
Estancamiento (1974-1984)	0.93%
Reformas: Perestroika (1985-1991)	-1.30%

Nota: Elaboración propia. Fuente: Maddison (2006). *An analysis of the Soviet economic growth from 1950's to the collapse of URSS*, pp. 478-479.

Tabla 5
Desempeño macroeconómico soviético, en el período 1985-1991

	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
Crecimiento PIB %	8	4.1	1.3	2.1	1.5	-4	-13
Déficit Presupuesto/ PIB %	2.4	6.2	8.8	11	9.5	8.3	20
Crecimiento Inversión Bruta %	3	8.4	5.6	6.2	4.7	-2.5	-6

Nota: Elaboración propia. Fuente: Estimaciones de la CIA, PlanEcon report 7, 9 de diciembre de 1991. *The Transition in Easter Europe*. Chicago University Press.

El declive paulatino de la Unión Soviética contrastó con la posición hegemónica de la economía estadounidense, la cual, apo-

yada en el sistema Bretton Woods, se convirtió en el motor de la economía mundial. La política monetaria de Estados Unidos definió la política monetaria del mundo, el flujo de dólares proveía la liquidez necesaria para el comercio internacional y la Reserva Federal se convirtió en el banquero mundial (Herring, 2008). A diferencia de la Unión Soviética que basaba su hegemonía periférica en su poder militar; EEUU financiaba su hegemonía global a partir del dólar, única moneda intercambiable en oro, principal moneda de reserva y de liquidez internacional.

El sistema del Bretton Woods colapsó a mediados de los sesenta, cuando Japón, los países recién industrializados de Asia y la Comunidad Europea implementaron estrategias de crecimiento económico orientado a la exportación, aumentando su participación en la producción manufacturera y el comercio internacional. Ello implicó un déficit en la balanza comercial estadounidense, que pensó subsanarse con la impresión de más dólares, generando inflación; y con la presión a Alemania Occidental y Japón para que revaluaran sus monedas (Gilpin, 1987). Es decir, la reducción del crecimiento económico estadounidense y la pérdida de competitividad de sus industrias en los sesenta y setenta acabaron con el compromiso de Estados Unidos a mantener el sistema de normas internacionales, como la de tipo de cambio fijo, por seguir sus propios intereses de política monetaria (Gilpin, 1987). Esto no significó que Estados Unidos perdiera su liderazgo económico mundial, ni su estatus como el mercado más grande del planeta. Al contrario, Estados Unidos mantuvo un alto crecimiento económico, ligando los ciclos de expansión y contracción de la economía mundial a su propio crecimiento (Kagan, 2013), como se observa en la tabla 6.

Tabla 6
 PIB EEUU en billones dólares, precios corrientes 2012

Año	PIB	Crecimiento %
1985	\$4,346,700	7.6
1986	\$4,590,100	5.6

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Año	PIB	Crecimiento %
1987	\$4,870,200	6.1
1988	\$5,525,600	7.9
1989	\$5,657,700	7.7
1990	\$5,979,600	5.7

Nota: Elaboración propia. Fuente: US Department of Commerce. *Bureau of Economic Analysis*. 2013.

En los casos de China y de Estados Unidos, el crecimiento económico favoreció la inversión militar, incrementando su poder comprensivo en el sistema. La Unión Soviética no logró transformar su aparato productivo para generar los recursos necesarios en la construcción de sus capacidades militares. El desgaste soviético en la carrera armamentista y tecnológica con Estados Unidos provocó que la liquidez del país se desperdiciara en aras de alcanzar la paridad, causando el posterior colapso del país. A diferencia de la URSS, China se mantuvo lejana a la carrera armamentista y prefirió atar su seguridad con la de Estados Unidos; mientras comenzó sus reformas estructurales, que fundamentaran el crecimiento de sus capacidades materiales. En la tabla 7 se presenta el gasto militar de China, EEUU y la URSS en el período de 1988 a 1991.

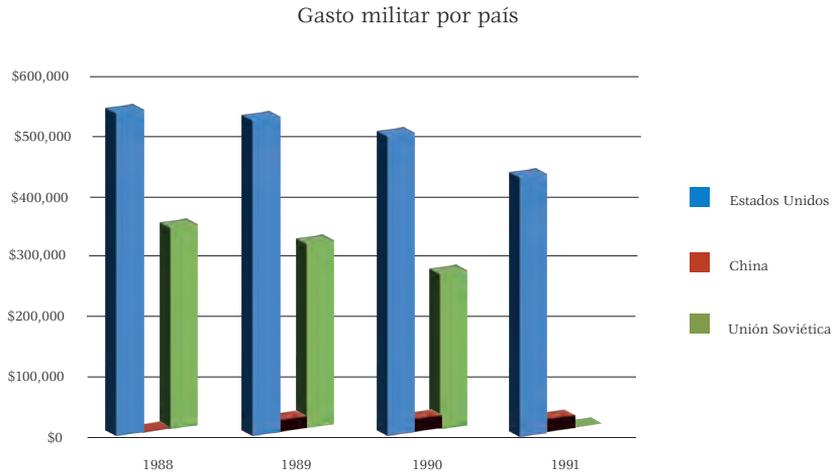
Tabla 7

Gasto militar por país en millones de dólares constantes 2011

País	1988	1989	1990	1991
Estados Unidos	\$557,522	\$551,839	\$527,174	\$463,013
China	ND	\$18,336	\$19,820	\$20,833
Unión Soviética	\$371,073	\$344,074	\$291,082	ND

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.



Nota: Elaboración propia. Fuente: Estimados SIPRI. Período 1988-2012. ND: No Disponible.

Fin del triángulo estratégico entre China, Estados Unidos y la Unión Soviética en la década de los ochenta

Inicios de la transición sistémica de bipolaridad a unipolaridad

En los ochenta, Estados Unidos decidió implementar un equilibrio directo asertivo contra la Unión Soviética, mediante restricciones económico-comerciales y al acceso a tecnología occidental. La estrategia estadounidense pretendía colapsar el frágil sistema económico soviético, arrastrándolo a una carrera armamentista, difícil de equiparar (Powaski, 2000). De 1981 a 1986, el presupuesto para la defensa estadounidense se incrementó de \$171 mil millones a \$376 mil millones de dólares. Se reactivaron programas como el bombardero B-1, el submarino Trident y se emprendió la creación de sistemas de defensa balística y armas antisatélite para presionar militarmente a la URSS (Herring, 2008).

La transición sistémica que comenzaba gestar en los ochenta fracturó el triángulo estratégico entre la Unión Soviética, Estados Unidos y China, generando inestabilidad en Asia del Este. Durante los setenta, la alianza estratégica entre China y Estados Unidos presentó un escenario favorable para contener la expansión soviética en la región. Una década después, el equilibrio de poderes en la región comenzó a modificarse a medida que la URSS se debilitaba, provocando una pérdida del interés estratégico de Estados Unidos en su alianza con China. De tal manera que, a pesar de la oposición china, Estados Unidos anunció que restauraría su alianza con Taiwán y mantendría sus ventas de armamento defensivo a la isla, provocando tensión en el Estrecho de Taiwán (Garver, 1997).

La gradual transición sistémica modificó el cálculo racional de Estados Unidos en relación al valor estratégico de China, la cual no contaba con el suficiente poder militar naval, aéreo y tecnológico para contrarrestar por sí sola la influencia soviética en el Sudeste Asiático, donde Vietnam y Camboya recibían apoyo soviético. Además, EEUU, en un contexto de incertidumbre en el escenario internacional, sabía que China amenazaba la posición estadounidense en el Noreste Asiático, al apoyar la supervivencia de Corea del Norte para evitar bases militares estadounidenses en su frontera. Por ello, el gobierno estadounidense decidió equilibrar directamente la influencia de China en la Península de Corea, añadiendo 1,600 soldados a los 36 mil que ya operaban en Corea del Sur (Powaski, 2000).

La estrategia de reposicionamiento militar estadounidense en la región, se fundamentaba en la debilidad estructural soviética, representó una nueva amenaza para China, quien criticó el aumento de la presencia militar estadounidense en Corea del Sur y el fortalecimiento de los vínculos económico-militares con Taiwán (Kuhn, 2003). No obstante, la relación bilateral sino-estadounidense no se fracturó, pues China requería de la asistencia técnica, militar y financiera de EEUU, la cual estaba condicionada en cierta forma a la aceptación china de las ventas de armamento defensivo a Taiwán (Sutter, 2013).

La estrategia de China en un contexto de transición sistémica

La asertividad estadounidense a principios de los ochenta fue contenida por una estrategia pragmática de China, que implicó la continuidad en la cooperación para equilibrar al régimen pro-soviético en Camboya y minar los esfuerzos bélicos de la URSS en Afganistán; con la apertura gradual de su mercado interno a la inversión estadounidense. En 1982, Washington debió modificar su política en relación a Beijing, pues las reformas económicas, iniciadas en 1978, ofrecían una atractiva oportunidad de inversión para el capital extranjero, apoyada en la estabilidad interna del país y la cooperación en el escenario internacional (Herring, 2008).

En la etapa de transición sistémica, los Estados ajustan sus estrategias de contención y expansión, a partir de cálculos racionales sobre el poder comprensivo de otros actores en el sistema. Estados Unidos percibió a una Unión Soviética en franco declive. Por lo tanto, su estrategia se centró en presionar, militar y económicamente, a la URSS en los frentes asiático y europeo. Estados Unidos pretendió compartir el costo de la seguridad regional en Asia del Este con su aliado: Japón. En 1981, el gobierno estadounidense solicitó a Tokio adquirir la capacidad de defensa aérea y rutas marítimas a una distancia no mayor de 1,600 kilómetros. En 1986, el gobierno japonés incrementó por encima del 1% permitido su presupuesto de defensa para contribuir a la seguridad regional (Powaski, 2000).

La remilitarización de Japón representó una amenaza para China y el resto de los países regionales, cuestionando la presencia estadounidense, cuyo beneficio era, precisamente, evitar dicha remilitarización. China, en posición de potencia emergente, debió tolerar las ventas de armamento de estadounidense a Taiwán, pero la participación activa de las milicias japonesas en una estrategia de seguridad regional constituía un desafío para la emergencia gradual del país (Ross, 1995).

La preocupación de China sobre la posible remilitarización de Japón, generó un nuevo cálculo racional del país sobre los beneficios de su alianza con Estados Unidos. China decidió modifi-

car el equilibrio de poder regional, acercándose nuevamente a la Unión Soviética, la cual, preocupada por la carrera armamentista estadounidense y desgastada económica y militarmente en Afganistán, se interesó en la restauración de relaciones con China, a fin de presionaran a Estados Unidos en el frente asiático (Sutter, 2013).

China impuso hábilmente las condiciones del acercamiento con la URSS, amenazando a Estados Unidos con implementar una nueva estrategia de equilibrio directo, a partir de la normalización de la relación bilateral sino-soviética. En un inicio, China solicitó a la Unión Soviética el final del agrupamiento de sus tropas en la frontera norte de China. El segundo punto era el fin de las operaciones militares soviéticas en Afganistán y el tercero implicaba el final de la ayuda soviética a las tropas vietnamitas que ocupaban Camboya (Sutter, 2013). La Unión Soviética no se comprometió oficialmente a cumplir de inmediato los tres puntos, pero era del interés de ambos reanudar sus vínculos económico-estratégicos. Por lo tanto, se negoció la apertura de los consulados en Shanghái y Leningrado, así como la venta de 17 portaviones soviéticos a China (Spence, 1991).

El acercamiento entre China y la Unión Soviética provocó el efecto esperado de China respecto a Estados Unidos, quien percibió en la nueva alianza sino-soviética una amenaza al equilibrio regional. Estados Unidos replanteó su estrategia sobre China, incrementando sus ventas de armamento, línea de crédito y asistencia técnica al gobierno chino; a cambio de que China mantuviera su apoyo logístico para el suministro de material bélico a Afganistán en el conflicto contra la URSS y su presión para el retiro vietnamita de Camboya (Nathan & Scobell, 2012).

Consecuencia de la transición de bipolaridad a unipolaridad: colapso de la URSS y ascenso de Estados Unidos como hiperpotencia

La Unión Soviética no respondió de inmediato a las exigencias chinas para el restablecimiento de sus relaciones. La principal preocupación soviética a inicios de los ochentas era la nueva carrera armamentista. En 1983, Estados Unidos anunció un programa de cinco años, con un valor de \$26 mil millones de dólares, para cons-

truir un sistema nacional de defensa antimisiles balísticos (Powaski, 2000). La estrategia estadounidense era presionar al extremo a la capacidad industrial y tecnológica de los soviéticos, rompiendo con la teoría sobre la estabilidad sistémica de paridad nuclear, que se sustentaba en el concepto de Destrucción Mutua Asegurada (MAD, por sus siglas en inglés) entre las potencias hegemónicas. Un sistema de defensa antimisiles contravenía la lógica de la época que implicaba la equivalencia entre vulnerabilidad y seguridad.

La posición estadounidense en los ochenta demostró la aplicación del neorrealismo ofensivo, el cual sostiene que las potencias hegemónicas buscarán la maximización de sus capacidades materiales, excediendo aquéllas de otros actores en el sistema. Estados Unidos se propuso tomar nuevamente ventaja nuclear en relación a la URSS (Gaddis, 2007). Las amenazas estadounidenses de emprender una carrera armamentista al límite, provocaron temor en el gobierno soviético, cuyos problemas estructurales arraigados al sistema económico le impidieron emprender una contraofensiva de inversión militar. De hecho, el enorme gasto de defensa y el mantenimiento de su sistema de alianzas era incosteable. Para mediados de los ochentas, la Unión Soviética padecía de un “sobrestiramiento imperial (Kennedy, 2009)”.

La solución a los problemas estructurales de la economía soviética era poner fin a la carrera armamentista, que permitiera al país invertir recursos en su producción industrial y agrícola, así como mejorar su imagen en Occidente para solicitar la ayuda económica necesaria. La nueva postura soviética reconoció como errores el abandono de las conversaciones sobre el control de armamentos con Estados Unidos, su rompimiento con China, la costosa invasión en Afganistán y el menosprecio a la Comunidad Europea (Powaski, 2000). El declive de la Unión Soviética en Asia se saldó con el cumplimiento de las tres exigencias de China, que fortalecieron la posición china a nivel regional. El 14 de abril de 1988, la Unión Soviética anunció su capitulación en el conflicto de Afganistán, en mayo del mismo año ejerció presión sobre Vietnam para que retirara sus tropas en Camboya y redujo las fuerzas soviéticas en la frontera con China (Nathan & Scobell, 2012).

Aunque el acercamiento entre China y la Unión Soviética reafirmó la independencia de acción china en el escenario internacional. Las debilidades estructurales soviéticas terminaron por afectar su poder comprensivo y limitar sus aspiraciones de expansión, lo cual afectó el impacto estratégico de una posible alianza sino-soviética contra Estados Unidos a finales de 1980 (Powaski, 2000). A principios de los noventa, el declive soviético era inevitable. Oficialmente el fin de la bipolaridad llegó el 31 de diciembre de 1991, cuando la Unión Soviética dejó de existir.

En Asia, el evento determinante del fin de la bipolaridad fue la ruptura del triángulo diplomático entre la Unión Soviética, China y Estados Unidos, donde las dos potencias hegemónicas y la potencia mediana equilibraban la distribución de poder regional, a partir de alianzas selectivas (Sutter, 2013). El final de esta configuración de poder dio inicio a la unipolaridad en el sistema internacional asiático, con Estados Unidos como potencia hegemónica única; y China como potencia emergente, con un poder comprensivo en aumento.

Inicios de la unipolaridad: pérdida del interés estratégico de China

El debate a principios de la década de los noventa se centró en qué clase de sistema se construiría a finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Algunos autores aseguraron que el sistema sería unipolar, con Estados Unidos como potencia hegemónica (Fukuyama, 1989). El vacío de poder creado por la Unión Soviética confirmó la nueva estructura mundial unipolar. Estados Unidos, en términos de poder comprensivo, era la potencia hegemónica única, poseía la vanguardia tecnológica gracias a los microprocesadores y al internet, tenía la mayor inversión militar del planeta y la economía más grande del mundo (Kagan, 2013).

Incluso, un año antes de la desaparición oficial de la Unión Soviética, Estados Unidos ya se encontraba en la posición de hiperpotencia o potencia hegemónica única, reforzando su presencia militar en el mundo. En diciembre de 1989, Estados Unidos invadió Panamá con 27 mil soldados e instaló un régimen pro-estadounidense. En enero de 1991, el mundo observó las capacidades mi-

litares de la nueva hiperpotencia contra Iraq, donde arrojó los primeros misiles inteligentes guiados por un sistema de navegación satelital y transportados por cientos de bombarderos B-52 (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008). No sólo se trató de la operación mejor coordinada y destructiva en la historia de las batallas aéreas, sino de un mensaje asertivo: Estados Unidos había abandonado el “síndrome de Vietnam”, al regresar la confianza en la capacidad de su milicia para utilizar la fuerza masiva unilateralmente.

En Asia, el colapso de la Unión Soviética provocó la pérdida del valor estratégico de China para Estados Unidos, que aprovechó un contexto de inestabilidad interna del país para decretar un embargo de armamentos contra el gobierno chino en 1989 (Herring, 2008). El embargo de armas a China supuso un doble objetivo en la estrategia de equilibrio de poder estadounidense. Por una parte, Estados Unidos pretendió atrasar la modernización de las fuerzas armadas chinas, las cuales ya empezaban a fabricar y vender armamento alrededor del mundo. El ejemplo fueron los misiles “gusanos de seda” (fabricados en China), que se lanzaron entre iraquíes e iraníes durante la guerra de 1980 a 1988 (Spence, 1991). Por otra parte, Estados Unidos no comprometió su inversión en el mercado chino, que en 1989 era de \$436 millones de dólares (Bureau of Economic Analysis, 2013), rompiendo relaciones diplomáticas con China o cancelando su estatus de NMF.

El interés estadounidense por Asia-Pacífico se centró en las variables económico-comercial y político-estratégica. Desde finales de 1970, el intercambio comercial entre Estados Unidos y Asia era superior al comercio estadounidense con Europa. La Cuenca del Pacífico había surgido como una región amorfa, comparada con Norteamérica o Europa, pero con mayor potencial económico-comercial que cualquier otra región del planeta (Katzenstein, 2005). Para 1980, la Cuenca del Pacífico se convirtió en la región de mayor crecimiento del mundo, remplazando a la Cuenca del Atlántico como el centro gravitacional de la economía mundial.

Estados Unidos era percibido en Asia no sólo como el principal mercado para sus exportaciones, sino como un garante de estabilidad regional, evitando la militarización de Japón, conteniendo la amenaza nuclear de Corea del Norte y asegurando el libre

flujo comercial por el mar Meridional de China. Japón y Australia propusieron institucionalizar las relaciones económico-comerciales en la Cuenca del Pacífico, a través de la fundación del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico en 1989. Sin embargo, la carencia de una estructura organizacional y el voluntarismo de sus miembros para la adhesión a acuerdos desincentivaron el interés estadounidense por la arquitectura institucional de la región (Yamazawa, 2000).

El poder comprensivo de la hiperpotencia estadounidense pareció imposible de rivalizar en el sistema. De acuerdo con algunos autores, Estados Unidos era tan poderoso, que las condiciones para que una coalición de Estados equilibrara su poder no existían y nada indicaría que pudieran existir en el futuro (Wohlforth, 2002). Esta aseveración era errónea, pues irremediablemente las transiciones sistémicas de multipolaridad a bipolaridad o de ésta a unipolaridad generan eventualmente un nuevo equilibrio de potencias, debido a la naturaleza anárquica del sistema internacional y a la búsqueda permanente de los Estados por garantizar su seguridad, a través del incremento de su poder comprensivo.

En la primera década de unipolaridad, Estados Unidos intentó integrar a China en un marco institucional, dominado por normas internacionales favorables a su hegemonía. La tesis liberal suponía que la socialización de China en instituciones liberales, su familiarización en las normas internacionales y su apertura económico-comercial provocarían la transformación de China en un Estado responsable y democrático en el sistema, de acuerdo a la concepción Occidental (Mearsheimer, 2003). Por ende, China no buscaría alterar la distribución de poder en el sistema unipolar, sino contribuir al mantenimiento del orden existente.

En la práctica ha sucedido lo contrario. China no tardó en expresar su oposición al nuevo sistema unipolar de la Posguerra Fría, asegurando que la unipolaridad no se mantendría por tiempo indefinido y que el país se orientaría a la construcción de un mundo multipolar (Kissinger, 1979). China estaba consciente de la asimetría de su poder comprensivo respecto a las capacidades materiales estadounidenses. La estrategia de equilibrio directo por alianzas, disuasión y enfrentamiento, que funcionó en la bipolari-

dad; ya no lo haría en el nuevo contexto de unipolaridad ilimitada, donde Estados Unidos ejercía un poder sin precedentes. Por lo tanto, la estrategia de equilibrio chino en los noventa y principios del siglo XXI frente a la hegemonía estadounidense, se basó en el concepto de “equilibrio indirecto”, sin descuidar el incremento sostenido de sus capacidades materiales necesarias para la consolidación de su poder comprensivo.

La normalización de la relación bilateral entre China y Estados Unidos permitió el regreso de China a organizaciones internacionales como la ONU, el reconocimiento del gobierno japonés y la seguridad de su frontera frente a la Unión Soviética. Para Estados Unidos, el restablecimiento de relaciones con China, implicó una salida decorosa del conflicto en Vietnam en 1973 y la contención de la expansión soviética en la región. La Unión Soviética respondió a la alianza sino-estadounidense, fortaleciendo su relación con Vietnam y promoviendo la invasión vietnamita en Camboya y Laos, lo cual provocó un ataque punitivo de China contra Vietnam para demostrar los límites de su alianza con la URSS.

En los setenta, China se había constituido como una potencia nuclear, pero no había alcanzado el poder comprensivo suficiente para ubicarse como una potencia regional. China entendió que la maximización de sus capacidades materiales dependía del crecimiento económico y la modernización militar. Por ello, a finales de los setenta, China emprendió una serie de reformas económicas, las cuales tenían por objetivo la gradual apertura y vinculación del sistema económico y mercado chinos en las redes de producción global. El crecimiento económico de China en los ochenta facilitó la inversión en sus fuerzas armadas, que colocaron a China como una potencia emergente.

A diferencia del crecimiento económico-militar de China, la Unión Soviética comenzó un declive acelerado en los ochenta, al orientar la inversión de su capital en la producción industrial de la defensa, provocando la escasez de recursos para otras industrias y sectores de mayor rentabilidad. El declive soviético coincidió con el fortalecimiento de la posición económica de Estados Unidos, cuya moneda financiaba su hegemonía mundial al constituirse como la única moneda intercambiable en oro y la principal

moneda de reserva. Estados Unidos se convirtió en el país con mayor inversión militar del mundo y el primero en revolucionar las operaciones militares con ataques guiados por satélite.

A mediados de los ochenta inició una nueva transición sistémica en Asia y en el mundo, generando inestabilidad regional. El sistema bipolar se transformaba en unipolar, a partir del declive de la Unión Soviética y la confirmación de Estados Unidos como potencia hegemónica. El final de la bipolaridad provocó la pérdida del interés estratégico de Estados Unidos por su alianza con China para equilibrar a la URSS. Por lo tanto, en la década de los noventa, en un contexto de unipolaridad ilimitada, China debió implementar una estrategia pragmática de equilibrio indirecto para restringir el poder unilateral de Estados Unidos en la región: mientras China invertía en la construcción de su poder comprensivo, que maximizara su posición en el sistema unipolar.

Conclusiones

En este capítulo se presentó un marco histórico del período 1945-1991 en Asia del Este, confirmando la hipótesis central que establece que China garantizó su seguridad, implementando una estrategia de equilibrio directo. El equilibrio directo de China consistió en dos puntos fundamentales: el incremento de su poder comprensivo y la formación de alianzas con las potencias hegemónicas. El poder comprensivo de China se construyó en el período a partir de la adquisición de capacidades nucleares, el crecimiento económico a principios de los ochenta y la participación en guerras regionales. La formación de alianzas de China tuvo una característica selectiva, al aliarse con cualquiera de las dos potencias hegemónicas para equilibrar a la otra en distintos períodos.

En los cincuenta, China entendía que sus capacidades materiales no equiparaban a las soviéticas y estadounidenses. Aun así, China enfrentó militarmente a la potencia hegemónica estadounidense en la Península de Corea, para proteger su frontera ante la expansión de Estados Unidos en el Noreste Asiático.

A mediados de los cincuenta, China intentó desarrollar su propia capacidad industrial, a fin de evitar la dependencia tecnológica, militar y económica con la Unión Soviética. Su plan de de-

sarrollo no funcionó en el momento, pero logró adquirir capacidades de disuasión en los sesenta, al desarrollar su arsenal nuclear.

En 1978, el gobierno chino decidió emprender reformas económicas, que impulsaran el desarrollo económico-estratégico del país, atrayendo inversión extranjera directa y financiando su modernización militar. Beijing entendió que la proyección de su poder comprensivo dependía de la construcción de su poder económico.

La alianza sino-soviética en 1949 comenzó la estrategia de equilibrio directo de China contra Estados Unidos, cuya reacción impactó la configuración regional en Asia. China se alió con la Unión Soviética para equilibrar a Estados Unidos y a su aliado Japón. Al mismo tiempo, China pretendió asegurar su frontera en Manchuria, aliándose con un vecino potencialmente amenazante: la Unión Soviética. La reacción de Estados Unidos frente a la alianza sino-soviética fue la formación de un perímetro de seguridad en el Noreste y Sudeste asiático, que comprendía de Japón a Filipinas.

Continuando con el componente selectivo de China en el establecimiento de sus alianzas con las potencias hegemónicas, la primera crisis del estrecho de Taiwán en 1954 fracturó la alianza de China con la Unión Soviética y estableció la estrategia de equilibrio directo contra las dos potencias hegemónicas. China no recibió asistencia militar soviética ante un inminente conflicto contra Estados Unidos y Taiwán. China decidió incrementar su poder comprensivo, a través de la ruptura de la dependencia con la Unión Soviética y el fin de su política de bandwagoning.

A partir de la década de 1970, China entendió que la Unión Soviética representaba la principal amenaza a su seguridad. Por lo tanto, concentró su estrategia de equilibrio directo contra la URSS. China se alió con Estados Unidos para contener la expansión soviética en Asia-Pacífico, refrendando un interés en común. Estados Unidos le concedió su reconocimiento a China y comenzó su asistencia económico-militar. China presionó a Vietnam para aceptar un acuerdo de paz con Estados Unidos en 1973. A cambio, Estados Unidos presionó a Japón para reconocer oficialmente a China. La Unión Soviética reaccionó apoyando la invasión vietnamita a Camboya en 1977 para presionar la frontera meridional de China,

quien respondió a través de una expedición punitiva contra Vietnam en 1979, respaldada por Estados Unidos.

En el contexto de declive de la Unión Soviética, Estados Unidos perdió el interés estratégico en China, obligando al gobierno chino a plantear un nuevo acercamiento con la Unión Soviética en los ochenta, para equilibrar directamente las decisiones de Estados Unidos en la región. Estados Unidos respondió al escenario de una nueva alianza sino-soviética, abriendo nuevas líneas de crédito, transferencia tecnológica y militar a China, a cambio de que mantuviera su presión contra la Unión Soviética en Afganistán y Camboya.

La estructura sistémica actual de la región de Asia tuvo su origen en las estrategias de las potencias hegemónicas y la potencia media en el período de bipolaridad. La Guerra de Corea (1950-1953) integró a la región de Asia en el contexto de bipolaridad y representó el surgimiento de China como una potencia mediana. Las consecuencias de la Guerra de Corea fueron el surgimiento de China como una potencia mediana con la capacidad militar de enfrentar directamente a una potencia hegemónica: Estados Unidos; China resguardó su frontera con Corea, evitando la unificación de la península bajo el control estadounidense; y Estados Unidos reforzó su posición militar en el Sudeste Asiático (Indochina) y en el Noreste Asiático (Corea del Sur, Japón y Taiwán).

El declive de la Unión Soviética modificó la distribución del poder en Asia, transformando el sistema de bipolaridad a unipolaridad. La Unión Soviética cedió a las presiones de China para retirar a sus milicias de la frontera entre Siberia y Manchuria, retiró sus tropas de Afganistán y presionó a Vietnam para terminar su invasión a Camboya. El declive de la Unión Soviética provocó la pérdida de interés estadounidense en su alianza con China, orientando su estrategia a la contención de la modernización militar de China.

El final de la estrategia de equilibrio directo por alianzas de China contra la Unión Soviética y Estados Unidos, que implicaba el acercamiento selectivo con cualquiera de las dos potencias, marcó el final de la bipolaridad y el inicio de la unipolaridad en Asia. Estados Unidos emergió como la hiperpotencia en el sistema inter-

nacional y en el regional asiático, con China como potencia en ascenso.

La Guerra Fría contribuyó a la configuración actual de Asia. Tres de las cuatro zonas conflictivas⁴ del período se encontraban en la región: la división de Corea, la división de Vietnam y la división de China. En Asia del Este se libraron la mayoría de los conflictos armados de la Guerra Fría, con graves pérdidas humanas, que totalizarían más de 10 millones de muertes, incluido el millón de bajas en la guerra civil china, los tres millones en la guerra de Corea, los dos millones en la guerra de Vietnam y el millón del genocidio en Camboya (IISS, 1997).

El inicio de la Guerra Fría en Asia rompió con el sistema regional tradicional, el tributario de China, y con el ambicioso, pero efímero, sistema imperialista japonés. El evento que definiría la región de 1950 a la fecha sería la guerra de las Coreas, donde China pierde la posibilidad de reunificar a Taiwán por asegurar su frontera norte; las dos Coreas surgen con identidades opuestas; Japón se beneficia de la asistencia económico-militar estadounidense como parte de la estrategia de seguridad de Estados Unidos en la región; y Estados Unidos refuerza su pertenencia a la región, so pretexto de garantizar la estabilidad regional.

Las transformaciones sistémicas en Asia se explican en la transición hegemónica de China imperial a Japón imperial entre 1930 y 1945. Luego de la transición hegemónica de Japón a Estados Unidos entre 1945 y 1950, para finalmente configurar la región durante la Guerra Fría entre 1950 y 1990. El sistema unipolar ilimitado a inicios de los noventa también representa una discontinuación de los tres sistemas precedentes, con indicios de una nueva transición sistémica hacia la multipolaridad en el siglo XXI.

⁴ La otra zona estratégica era la división de Alemania.

La estrategia de equilibrio indirecto de China y la respuesta estratégica de *conengagement* estadounidense al ascenso de China, durante el período 1991-2005

Introducción

El fin de la Guerra Fría marcó el final del sistema bipolar en Asia. La tesis del realismo clásico no logró explicar el fin de la bipolaridad, argumentando que se generaría un “vacío de poder” en las relaciones asiáticas, el cual provocaría desorden y caos regional. El argumento neorrealista se centró en las ventajas estabilizadoras de la bipolaridad, señalando que, en cualquier caso, era preferible a la unipolaridad (Waltz, 1964). En ningún caso la unipolaridad ofreció estabilidad sistémica en la primera década y media (Monteiro, 2011). De hecho, entre 1991 y el 2005, Estados Unidos movilizó más tropas en el extranjero, que durante el período 1945-1990 (LaFeber, Polenberg, & Woloch, 2008).

El realismo clásico no auguró un panorama de estabilidad y orden al sistema asiático de la Posguerra Fría, debido al “vacío de poder”, generado por el retiro de las súper potencias en el Sudeste Asiático. La Unión Soviética abandonó la Bahía de Cam Rahn en Vietnam y Estados Unidos desmanteló sus bases en las Filipinas (Shambaugh & Yahuda, 2008). La transformación del sistema asiático en la década de los noventa planteó la pregunta sobre quién llenaría el “vacío de poder” regional. La escuela realista favoreció

la transición a un orden asiático multipolar, donde EEUU competiría con el ascenso de China, la remilitarización de Japón y el potencial de India. No obstante, el crecimiento económico de doble dígito de China y su creciente inversión militar en los noventa convirtieron al país en el punto focal de la Escuela Realista.

Desde una perspectiva de transición de poder, el neorrealismo advierte sobre el inevitable conflicto entre el *status quo* de la hiperpotencia estadounidense y el ascenso hegemónico de China (Chan, 2008). Pero el camino para dicha confrontación fue desarrollado por el neorrealismo, el cual observa una inevitable tendencia en las potencias en ascenso al expansionismo. John Mearsheimer vinculó el ascenso de China en el siglo XXI al de EEUU en el siglo XIX, donde la potencia en ascenso construyó su esfera de influencia regional (Doctrina Monroe) para proyectar su poder a nivel global, a partir de su región (Mearsheimer, 2003). El expansionismo no ocurre porque las potencias en ascenso sean proclives al mismo, sino porque el sistema anárquico los induce a preocuparse por su supervivencia, incluso frente a actores de mayor poder. En otras palabras, para garantizar su seguridad, las potencias con suficientes capacidades materiales pretenderán la hegemonía regional. El resultado es la lógica de “expansión igual a supervivencia”.

En los noventa, la teoría neoliberal argumentó que la presencia militar de Estados Unidos en Asia, su apoyo a la construcción macro-regional de APEC, la promoción de sistemas democráticos en Japón y Corea del Sur, así como su influencia económica en la región son pilares de la estabilidad regional. Es decir, Washington es la base del orden, paz y prosperidad de Asia-Pacífico. Por lo tanto, ninguna coalición de Estados pretendería equilibrar su poder en la región (Benjamin, 2007). Contrario a la tesis neoliberal, el neorrealismo coloca al ascenso de China como el catalizador de inseguridad, ansiedad y conflicto potencial entre la potencia hegemónica, EEUU, y la potencia emergente, China.

En el período de 1990 al 2005 no existió el equilibrio directo entre Beijing y Washington, a través de alianzas o carrera armamentista, como ocurrió entre la URSS y EEUU en la Guerra Fría. Ello no quiere decir que no existió una estrategia de ascenso en China. Al contrario, desde los noventa China se reconoció militar,

económica y tecnológicamente inferior a Estados Unidos. Intentar equilibrar directamente al ejército estadounidense, como lo hizo la URSS, habría condenado el éxito de las reformas económicas en China. Por ello, la respuesta a su dilema de ascenso en un contexto de unipolaridad fue el equilibrio indirecto (Tazha, 2004) el cual limita, restringe y anula la contención de EEUU contra la emergencia de China, a través de políticas institucionales, diplomáticas y económicas, que permiten a Beijing construir a la par su poder comprensivo, expresado en crecimiento económico-militar.

El ascenso de China en la unipolaridad provocó la incertidumbre de Estados Unidos sobre las intenciones chinas que promueven instituciones exclusivamente asiáticas, su alianza con Rusia y sobre todo la modernización de sus fuerzas armadas. En un contexto de anarquía, los Estados se preocupan por el incremento de las capacidades materiales de sus vecinos. Estados Unidos se preocupó por el ascenso de China en el sistema unipolar, pero no implementó una estrategia coordinada y coherente, como lo hizo China. Washington osciló en su relación con Beijing entre la cooperación económico-comercial y la contención militar, sin lograr detener la modernización de las fuerzas armadas de China o la expansión de su influencia regional. La estrategia estadounidense en el período 1990-2005 se le denominó *congagement*, derivado de una fusión de conceptos ingleses (*containment, engagement*), que refiere a la integración de los conceptos contención y cooperación en uno mismo.

El objetivo del tercer capítulo es analizar los fundamentos y resultados de la estrategia de equilibrio indirecto de China y la estrategia de *congagement* de Estados Unidos en el período unipolar de 1990 al 2005. Se explicará cómo la maximización de la influencia y poder estatal de China, en un contexto de unipolaridad, garantizó su supervivencia en el sistema y se responderá a la pregunta sobre cómo China logró equilibrar a la hiperpotencia estadounidense en el marco de la unipolaridad ilimitada, a través de estrategias económico-comerciales, diplomáticas e institucionales.

El tercer capítulo se divide en dos partes. En la primera se explica la construcción del poder comprensivo de China, a partir del crecimiento económico y la modernización militar, así como la

agenda expansionista de China y los conflictos geopolíticos del período. La segunda parte abordará la estrategia de *congame*ment de Estados Unidos para cooperar y contener a China en la unipolaridad y la estrategia de equilibrio indirecto de China para limitar los esfuerzos estadounidenses por contener su ascenso o aislarla en el sistema.

Incremento del poder comprensivo de China en el período 1991-2005

La importancia del crecimiento económico en el marco de una estrategia de ascenso sistémico

La estrategia económica de China en la unipolaridad se considera una etapa preliminar en su estrategia de equilibrio frente a Estados Unidos en Asia. Es un elemento de “pre-equilibrio indirecto”, pues resulta fundamental para incrementar su poder comprensivo en términos militares y políticos (Christopher, 2006). En este contexto, los esfuerzos de China en los noventa y siglo XXI para proyectar su ascenso como “pacífico” o limitado a un “desarrollo interno”, reflejaron la preocupación del país sobre una inminente estrategia de contención por parte de Estados Unidos.

Es evidente que la oportunidad de China para ascender como potencia regional y, en última instancia, convertirse en la potencia hegemónica en Asia, dependerá de su capacidad para construir una sólida base económica. Por ende, el gobierno chino considera el desarrollo económico como una de sus principales prioridades. En el contexto de unipolaridad, al ascenso económico, se le asignó el término de “pacífico” y se reemplazó la palabra ascenso por “desarrollo”. Es necesario explicar cómo China hizo de su plan de reformas económicas, el pilar central de su estrategia de ascenso como potencia; así como explicar, en qué medida, China hace uso eficiente de su poder económico para equilibrar a Estados Unidos y otras potencias asiáticas.

En la década de los noventa, para sorpresa de la tesis de declive en Relaciones Internacionales, Estados Unidos no parecía disminuir en capacidades materiales o poder comprensivo. Al contrario, Estados Unidos consolidó su posición económica y estrate-

gia ante la ausencia de la Unión Soviética. China obtuvo sus propias conclusiones del cambio sistémico. “A largo plazo, el declive de la supremacía de Estados Unidos y la transición consecutiva hacia un mundo multipolar son inevitables; pero a corto plazo, el poder de Estados Unidos no entrará en declive, y su peso en el escenario internacional permanecerá intacto (Jisi, 2005)”. Ante el escenario unipolar, China debió ajustar su estrategia y objetivos en relación a la supremacía estadounidense. El tiempo es aliado de China, pero un cambio brusco en el sistema, que provoque una coalición de Estados vecinos o a la propia potencia hegemónica a contener el ascenso de China, dañaría gravemente las aspiraciones de potencia del país.

El desarrollo económico se convierte en la principal tarea del gobierno chino para consolidar su ascenso e impulsar su estrategia de equilibrio indirecto (Lampton, 2008). Favorecer el crecimiento económico rápido, el cual constituye el pilar de atracción de tecnología, capital y recursos naturales en el sistema internacional, reduciendo las amenazas externas, como la contención (Ross, 2004). La modernización económica fundamenta y sostiene la modernización militar. Ambas constituyen las columnas de la estrategia de ascenso. La diplomacia económica de China presentó en el contexto de unipolaridad dos componentes esenciales. El primero es establecer vínculos económicos con otras potencias regionales, generando atracción al mercado chino e interdependencia de flujos comerciales y financieros, haciendo de China un país indispensable para la región. El segundo es convertir a Beijing en un actor responsable y necesario en la comunidad internacional, con el objetivo de tranquilizar la incertidumbre de su ascenso en el sistema (Sutter, 2008).

La apertura económica de China y el impacto de las reformas en los noventa

Desde la implementación de las reformas económicas en 1978, el Producto Interno Bruto (PIB) de China se multiplicó por cuatro, con posibilidades de duplicarse a mediados del siglo XXI. Lo destacable de la economía china no sólo es su rápido crecimiento, sino el potencial del mismo, el cual se encuentra en el tamaño de su

población de 1,360,720 habitantes (National Bureau of Statistics of China, 2014), la modernización tecnológica del Estado y la productividad progresiva de sus industrias (Sutter, 2008). Las reformas iniciaron en 1978 con la creación de las zonas económicas especiales en la costa sureste, donde las comunidades rurales fueron desmanteladas y se les permitió a los campesinos adquirir control de la tierra (Jacques, 2009). La descentralización fue un aspecto importante, pues la toma de decisiones, incluido el derecho a la propiedad y la fiscalización se supeditó al control de gobiernos locales. El crecimiento económico pasó, aproximadamente, de 4 o 5 por ciento en el período de Mao a 9.5% de 1978 a 1992 (Jacques, 2009).

La apertura de China a las redes de producción global facilitó su acceso a mercados, capital y conocimiento, acelerando su crecimiento económico y sensibilizando a otros Estados, inversionistas, de los intereses de China en el sistema (Oashi, 2005). Las reformas de 1978 fijaron las bases del desarrollo chino en los noventa. Primero, establecieron cuatro Zonas Económicas Especiales (ZEE) para la recepción de capital extranjero. En 1984 extendieron los incentivos de inversión a 14 ciudades costeras. En 1988 abrieron toda la región costera y en los noventa retiraron cualquier restricción geográfica. A mediados de los noventa, casi todos los sectores de la economía china estaban abiertos a la inversión extranjera, excepto aquéllos considerados de seguridad nacional. Los flujos de inversión se incrementaron de cientos de millones de dólares en los ochenta, a miles de millones en los noventa. Entre 1985 y el 2005, Hong Kong contribuyó con el 45% del total de la inversión extranjera directa en China; Taiwán con el 12%; EEUU, Japón y la Unión Europea con 8% cada uno (Nathan & Scobell, 2012).

El crecimiento económico de China dependió de su habilidad para promover la eficiencia económica y administrativa de empresas privadas y estatales; mientras se protegió al sistema financiero de un contagio potencial de la crisis asiática de 1997-1998 (Sutter, 2013). La protección del sistema financiero fue una de las ventajas económicas de China, al negarse a la conversión del Yuan Renmimbi (RMB) a monedas internacionales en los mercados financieros. Esta decisión funcionó como un escudo ante el contagio financiero en las monedas asiáticas en 1997. Desde la década de

los noventa, China ha resistido la tentación de liberalizar la cuenta de capital, permitiendo a su moneda flotar, lo cual habría promovido la posición financiera de China y facilitado la inversión de empresas chinas en el exterior. Sin embargo, la posible pérdida del control de la moneda habría afectado la competitividad de las exportaciones chinas y habría expuesto su vulnerabilidad ante ataques especulativos. La crisis financiera asiática de 1997 presentó al gobierno chino una advertencia de un avance prematuro de liberalización financiera (Nathan & Scobell, 2012).

El modelo de crecimiento económico chino ha sido intensivo en recursos, demandando petróleo, tierra, bosque, agua y minerales. Los recursos naturales de un país representan una ventaja estratégica en el escenario internacional, pues permiten cierto grado de autonomía frente a otros exportadores. En la década de los noventa, Beijing se convirtió en importador neto de petróleo por la primera vez en su historia. Al mismo tiempo que China se convertía en el principal destino de capital y reinvertía su superávit en su modernización, el país incrementaba su dependencia de recursos naturales para mantener el crecimiento (Lanqing, 2010). La dependencia de materia prima extranjera que comenzó en la década de 1990 se compensó con el acelerado crecimiento del mercado interno chino, cuyo acceso constituyó una de las ventajas competitivas del país para generar vínculos duraderos de interdependencia económico-comercial con otros Estados.

Además del acceso a materias primas, el gobierno chino se propuso en los noventa incrementar su acceso a tecnología de vanguardia. Por ende, el país planteó el esquema de *joint venture* a empresas extranjeras con la condición de que éstas le transfirieran su tecnología (Jacques, 2009). China logró el acceso a la tecnología extranjera, a través de la copia, espionaje y compra de modelos tecnológicos de exterior. No obstante, la principal estrategia para hacerse de tecnología fue ofrecer el acceso a su mercado. El mercado chino en la década de los noventa era tan importante y atractivo para la mayoría de los países, que la idea de exclusión parecía absurda.

Consenso de Beijing: alternativa al Consenso de Washington

China manifestó su interés de participar en el marco institucional económico-comercial de la unipolaridad. Uno de sus objetivos era ser miembro de la Organización Mundial del Comercio (OMC). En el plano diplomático, con el deseo de ingresar a la OMC, China envió un mensaje sobre la participación responsable e institucional del país en el sistema. En el plano económico, el ingreso ofrecería a Beijing los derechos y beneficios comerciales de miembros con estatus de país subdesarrollado. El presidente estadounidense Bill Clinton deseaba incluir a China en la OMC como parte de su estrategia de socialización internacional, pero a cambio, solicitó al presidente chino, Jiang Zemin, realizar concesiones sobre reducción de barreras arancelarias y combate a la piratería, antes de firmar un acuerdo marco en 1999 y posteriormente convertirse en miembro oficial en diciembre 2001 (Walter & Howie, 2011).

A pesar de las concesiones, China no cedió en la expectativa estadounidense de liberalizar por completo su economía en el marco de la OMC. Al contrario, China utilizó su ingreso a la OMC para promover un nuevo modelo económico, donde convergía la planificación y centralización de la economía con la orientación globalizadora a los mercados internacionales. Algunos analistas hacen referencia al modelo chino post-OMC como “el Consenso de Beijing”, en distinción al “Consenso de Washington” de corte neoliberal (Nathan & Scobell, 2012).

La teoría económica neoliberal de la década de los noventa suponía el total abandono del Estado en la economía nacional. La privatización de empresas estatales era una de sus principales consignas. En Japón y Corea del Sur predominaban las empresas de capital privado. Por su parte, China forzó a sus empresas estatales a competir con empresas privadas y extranjeras en un mismo mercado. Por lo tanto, las empresas estatales que sobrevivieron fueron tan eficientes y competitivas como las privadas. En la década de los noventa surgieron casos de éxito de empresas estatales chinas como Baosteel, Chinalco o Shanghái Electric que ha competido directamente con Mitsubishi (Jacques, 2009).

El modelo de desarrollo económico chino que surge en los noventa tuvo diferencias con el modelo promovido por Estados Unidos. En el modelo chino, el Estado es hiperactivo y omnipresente en diversas maneras. Su interacción va desde proveer asistencia a empresas privadas y públicas, mantener control estricto en su política monetaria, invertir en infraestructura, salud y educación. Desde los noventa, la planeación industrial en un contexto de liberalización económico-comercial ha sido un modelo atractivo para otros países, principalmente los menos desarrollados.

A pesar de que existieron elementos de la teoría económica neoliberal en las reformas chinas, tales que la privatización de servicios estatales como la salud o educación, la privatización de empresas, el emprendimiento de su sociedad y la rápida reducción de barreras arancelarias; China rechazó adoptar la ortodoxia económica neoliberal, que implicaba terapias de shock. Las reformas se realizaron gradualmente. El Estado se mantuvo como el orquestador de las reformas. El deseo de China nunca fue la occidentalización política o económica, sino el deseo de sobrevivir en un nuevo escenario internacional que costó el colapso a la URSS (Suiheng, 2004).

En un análisis comparativo entre la experiencia de China y Rusia en la década de 1990, ambos Estados debieron confrontar el desafío de transitar de economías planeadas a economías de mercado. Rusia se sometió a la prescripción neoliberal de terapias de shock, que generaron hiperinflación, fuga de capital, devaluación monetaria y moratoria de deuda externa. En contraste, China implementó un modelo de crecimiento gradual y pragmático, que evitó la hiperinflación, la fuga de capital y la pérdida de confianza en los mercados financieros. En Rusia, el sector estatal fue desmantelado y privatizado. En China el total de empresas estatales fue reducido, pero se mantuvo la inversión en un relativamente pequeño número de grandes empresas estatales. En 1990, el PIB de China era dos veces menor al de Rusia. Para el 2003, el PIB de China era más de seis veces mayor. A diferencia de la economía china, la rusa depende de la estabilidad en precios de materia prima como el petróleo y el gas (Sutter, 2013). En la tabla 8 se presen-

ta un comparativo del PIB ruso y el chino en la década de los noventa.

Tabla 8

Comparación PIB China-Rusia, período 1992-1999, en millones de dólares a precios corrientes 2013

País	1992	1993	1994	1995
China	422,660	440,500	559,224	728,007
Rusia	460,205	435,060	395,086	395,528
País	1996	1997	1998	1999
China	856,084	952,652	1,019,458	1,083,277
Rusia	391,721	404,926	270,953	195,905

Nota: Elaboración propia. Fuente: Banco Mundial. 2012.

En el 2005, China se convirtió en la tercera potencia comercial en el mundo. Un año antes, China era la principal potencia comercial asiática (Lemoine, 2007). Entre el 2000 y 2005, el crecimiento económico chino fue en promedio de 9.5%; sus importaciones se triplicaron, pasando de \$225 mil millones de dólares en 2000 a \$660 mil millones de dólares en el 2005. En el 2000, la economía china aportó el 4% del crecimiento comercial en el mundo, 5 años después aportó el 12% (Bergsten, 2006). China ingresó al siglo XXI como un actor clave en el crecimiento mundial. Por lo tanto, su diplomacia económica se convirtió en los primeros quince años de unipolaridad en un elemento importante de su estrategia de equilibrio indirecto frente a Estados Unidos y otras potencias regionales.

En un contexto de unipolaridad, China ha logrado reducir el abismo que separaba su economía de la de Estados Unidos. Es decir, si la economía estadounidense era 31.5 veces mayor que la de China a finales de los setenta, para el 2002, el tamaño de la economía estadounidense era 7.6 veces mayor que la economía china (Kang, 2006). En los noventa, Beijing se convirtió, metafóricamente, en la fábrica del mundo. El Estado que atraía el capital extranjero por su mercado potencial, incentivos fiscales y mano de obra

abundante y barata. El ascenso económico chino, desde los noventa, se materializó en su superávit comercial y su crecimiento sostenido del PIB (Tkaick, 2008). A inicios del siglo XXI, China era una potencia económica.

En la fase inicial de la industrialización, tuvieron que pasar 50 años y 25 años para que Gran Bretaña y Estados Unidos, respectivamente, duplicaran su producción por habitante. Al gobierno chino le ha bastado una década para obtener el mismo resultado (Brzezinski, 1997). El desarrollo y modernización de la economía de china en los noventa y primeros años del siglo XXI, ubican al país como una superpotencia económica. Las reformas emprendidas por el gobierno de Deng Xiaoping a partir de los ochenta, impulsaron el desarrollo del poder comprensivo chino. Los indicadores macroeconómicos de China demuestran que el país ha gozado, desde los noventa, de un rol central en la economía mundial, que lo convierten en un actor estratégico indispensable. En cualquier caso, China comprendió que su supervivencia regional depende de su ascenso como potencia; el cual, a su vez, está vinculado al incremento de su poder comprensivo (económico-militar) y de la estabilidad sistémica, que reduzca el riesgo de amenazas y contención por parte de otros Estados.

Modernización militar de China en la unipolaridad: Razones para modernizar sus fuerzas armadas

En los noventa, el gobierno chino de Jiang Zemin, adoptó en la práctica el concepto de “Revolución de los Asuntos Militares con características chinas”, el cual consistió en una estrategia de defensa asimétrica, combinando tecnología militar clásica con la informatización de las operaciones militares, que compromete la posición hegemónica de EEUU (Christensen, 2001). Las guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo en los noventa, así como la de Afganistán e Iraq a principios del siglo XXI, demostraron a China que la integración de tecnologías de la información constituye la base de las operaciones militares modernas. La clave está en absorber el avance de las principales potencias militares en el mundo en materia de tecnología militar. Para asimilar tal aprendizaje, era necesario

abandonar la doctrina militar del siglo XX, que proponía la movilización de las masas en defensa del territorio (Klimenko, 2004).

La nueva doctrina priorizó la construcción de un sistema de largo alcance, que unificara las fuerzas aéreas, navales y terrestres. La contundente victoria estadounidense en la primera Guerra del Golfo (1990-1991), concientizó a China sobre el atraso tecnológico en el que se encontraba en relación a las capacidades militares estadounidenses. La movilización de buques de guerra estadounidenses en el Estrecho de Taiwán en 1995-1996, generó la urgencia de China de expandir su poder marítimo para garantizar su seguridad. China entendió en los noventa que un eventual conflicto armado con Japón o EEUU no se desarrollaría en territorio chino, sino en su periferia: Taiwán, Mar Oriental y Mar Meridional de China, Península de Corea o Vietnam (Nathan & Scobell, 2012). Las capacidades militares de China debían estar preparadas para librar una guerra rápida y asimétrica, donde el rival tuviese ventaja tecnológica. China buscó modernizar sus fuerzas armadas, a partir de una eficiente logística, un comprehensivo sistema de información sobre el campo de batalla y armamento de alta precisión.

La justificación oficial de la modernización militar de China, en el período de los noventa y primeros años del siglo XXI, fue la posibilidad de librar la guerra en un ambiente informatizado. En esta perspectiva, el gobierno estadounidense supuso que China tenía únicamente dos objetivos estratégicos. El primero era la reunificación coercitiva de Taiwán. El segundo, era la disuasión de la participación de EEUU en un eventual conflicto. Resulta erróneo interpretar el rápido crecimiento militar de China como una amenaza exclusivamente contra Taiwán. La verdadera ambición de Beijing en el sistema es consistente con su inversión militar, su diplomacia y su crecimiento económico (Chanda, 1995).

El objetivo del crecimiento militar de China no se limita a la simple preservación de su territorio, espacio marítimo y aéreo o a salvaguardar su interés nacional. Al contrario, se presenta en una amplia perspectiva de ascenso hegemónico en el siglo XXI (Agnihotri, 2008). El crecimiento del presupuesto de defensa, la adquisición de armamento avanzado (aviones y barcos) de Rusia, y el desarrollo de su industria militar demostraron la intención de China,

a inicios del siglo XXI, de proyectar su fuerza a nivel regional y no en un punto fijo. Para algunos autores resulta exagerado suponer que la compra de armamento sofisticado de Rusia sea representativa en los esfuerzos de modernización de China (Kelly, 2006), pero es una arista más de un plan que promueve el desarrollo de la industria militar nacional, la cual mejoró significativamente la calidad de sus fábricas y su capacidad de integrar tecnología de punta (Ross, 2005).

Inversión militar

En los noventa, gracias al crecimiento sostenido de la década previa, China incrementó a doble dígito el presupuesto de la defensa cada año. Entre 1989 y 1998 creció el doble y se duplicó nuevamente entre 1998 y el 2003. La principal prioridad de la inversión militar ha sido la marina china. En la década de los noventa, el complejo de armado de barcos chino comenzó a producir una docena de naves chinas con sistemas avanzados de armamento, incluyendo cuatro submarinos, cinco destructores con sistema de misiles guiados y tres tipos de fragatas con misiles (Nathan & Scobell, 2012).

La preocupación particular para EEUU fue el desarrollo de las capacidades electrónicas y anti radares del arsenal chino, que confieren una ventaja al país para disuadir o prevenir un ataque estadounidense en el Estrecho de Taiwán. La marina china construyó en la primera década de la unipolaridad submarinos de diésel y misiles con el potencial de hundir acorazados estadounidenses. En el mismo período, China adquirió cuatro destructores rusos, equipados con misiles *sunburn* y desarrolló sus propios destructores chinos, equipados con radares y sistema de misiles guiados (Godwin, 2001).

La inversión militar de China ha sido una variable constante en la unipolaridad. En el siglo XXI, el presupuesto de la defensa china se duplicó, pasando de \$14.5 mil millones de dólares en el 2000 a \$30.7 mil millones de dólares en el 2005 (Cabestan, 2005/2006). El gasto militar de Beijing en los noventa creció a un ritmo de dos cifras. En el 2005, un reporte del Pentágono estimó que el gasto militar real de China superaba los \$90 mil millones

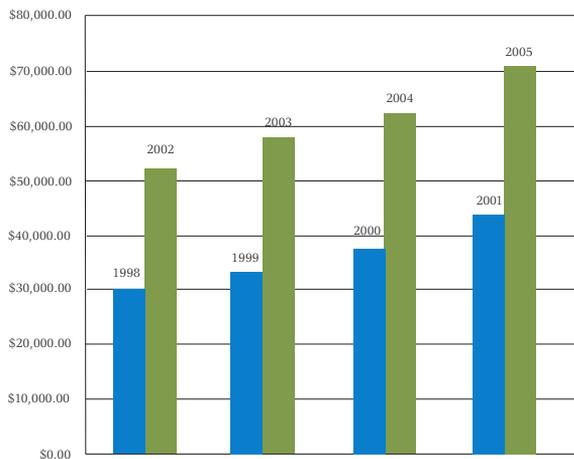
de dólares, consolidándose como el más importante en Asia y el tercero a nivel mundial, detrás de Estados Unidos y Rusia (Sutter, 2003); como ejemplo en la tabla 9 se expone la inversión militar de China en el período de 1998 al 2005. No obstante, existen estudios que aseguran que el gasto militar real de China en el 2005 fue de \$104 mil millones de dólares, colocando al país solamente atrás de EEUU (Odgaard, 2007).

Tabla 9

Inversión militar de China en el período 1990-1999 en millones de dólares, precios constantes 2011

País	1998	1999	2000	2001
China	\$29,901	\$34,454	\$37,040.00	\$45,422.00
País	2002	2003	2004	2005
China	\$52,832.00	\$57,390.00	\$63,560.00	\$71,496.00

Inversión militar de China



Nota: Elaboración propia. Fuente: SIPRI 2013.

En 1998, Jiang Zemin creó el Departamento General de Armamento, encargado de adquirir y desarrollar armas de vanguardia tecnológica (Nathan & Scobell, 2012). Ese mismo año, China

compró a Ucrania el portaaviones Varyag, el cual modificó y renovó durante los primeros años del siglo XXI para capacitar y entrenar a su ejército en la operación de este armamento. Gracias al acelerado proceso de globalización en los noventa, China alcanzó una rápida modernización de su ejército en niveles aeroespaciales, de información tecnológica, construcción naval y telecomunicaciones, aprovechando la transferencia tecnológica y comercial de Rusia e Israel (Ross, 2010).

La capacidad militar-tecnológica de China, aplicada a los sectores naval, aeroespacial y terrestre, representó un incremento del poder comprensivo chino en el sistema para asegurar su supervivencia. Durante la bipolaridad, la principal amenaza era la Unión Soviética. En la primera década de unipolaridad, la amenaza se centró en el Estrecho de Taiwán, enfrentando a una posible coalición estadounidense-japonesa.

Capacidad nuclear con fines de disuasión

Desde los sesenta, China desarrolló su capacidad nuclear con fines de disuasión. En 1963, el presidente estadounidense Lyndon B. Johnson consideró seriamente bombardear las bases nucleares de China; y en 1969, los soviéticos realizaron el mismo cálculo, pero una posible respuesta nuclear china contra posiciones estadounidenses y soviéticas cumplió con el objetivo de disuasión nuclear frente las entonces potencias hegemónicas. El progreso en armamento nuclear de China en los noventa fue impresionante, pero se ubicó en una estrategia, exclusivamente, de disuasión. A principios del siglo XXI, China poseía más de 40 ojivas nucleares con el potencial de alcance al territorio estadounidense (Lewis, 2007).

El elemento de disuasión nuclear es evidente en el cálculo e intenciones de Beijing. Durante la unipolaridad, el país ha concentrado sus esfuerzos nucleares en desarrollar una “disuasión nuclear limitada”, que le permita prevenir una escalada del conflicto en el Estrecho de Taiwán o en la Península de Corea. China se opuso a inicios del siglo XXI al programa de defensa antimisiles estadounidense, que amenaza directamente la capacidad de respuesta nuclear china. El reporte 2003 de la Defensa de Estados Unidos sobre las capacidades militares de China aseguró que ese año Beijing

realizó avances significativos en su fuerza aérea, sus misiles y sus sistemas de información (Defense, Secretary of, 2003). Estos avances constituyeron la respuesta del gobierno chino de Hu Jintao a la intención del gobierno de George W. Bush de implementar un sistema de defensa antimisiles en Asia-Pacífico.

En el 2003, China produjo un nuevo submarino nuclear, tipo 093, clase SSN; el cual podría lanzar torpedos guiados y misiles crucero (Defense, Secretary of, 2003). La evolución de la estrategia nuclear de China en el siglo XXI era natural, ante un nuevo panorama de sistema de defensa anti-misiles. El reporte reconoció que China emprendió un proceso de modernización de misiles nucleares para maximizar su capacidad de disuasión, incrementando el número de ojivas que EEUU podía interceptar.

China demostró interés de evitar la implementación de sistema de defensa antimisiles por parte de Estados Unidos y Japón, los cuales comprometerían su agenda de expansión regional. Ello explica por qué China propuso en 1999 el tratado sobre la prevención de una carrera armamentista en el espacio exterior, prohibiendo la militarización espacial. En los noventa, Beijing decidió unirse a los tratados de control de armamentos, para evitar una carrera armamentista que desgastara su crecimiento económico. Los esfuerzos diplomáticos para evitar dicha carrera armamentista en los noventa fueron los siguientes: en 1995, China publicó su primer libro blanco de defensa, donde promovió el control de armamento en la región; en 1993, Beijing ingresó a la Convención de Armas Químicas; en 1996, firmó el Tratado Comprehensivo de Prohibición y prometió que reduciría su cooperación nuclear con Pakistán (Nathan & Scobell, 2012).

A principios del siglo XXI, China se había suscrito a los principales mecanismos de control de armamento. Existen tres explicaciones. La primera era la condición estadounidense sobre la renovación del estatus comercial de China a cambio de la alineación de las políticas de no proliferación de Beijing con las de Washington. La segunda razón es que el gobierno chino percibió un beneficio al controlar el acceso a armamento químico o nuclear a otras potencias regionales. La tercera es que la reducción y control de armamento contribuirían a limitar el avance tecnológico de EEUU

en áreas como el espacio exterior. La disuasión nuclear se mantuvo como una opción del desarrollo militar de China en la primera década de unipolaridad, pero no la única. La modernización de las fuerzas armadas priorizó la implementación de sistemas tecnológicos en la aviación y marina para una proyección de fuerza regional, que permitiera ganar una guerra asimétrica en poco tiempo (Taylor & Smith, 1996).

La modernización militar convencional de China: guerras asimétricas, prioridad en el siglo XXI

La estrategia de equilibrio indirecto de China en los primeros 15 años de unipolaridad tuvo por objetivo limitar los esfuerzos de contención de EEUU y sus aliados, garantizando la estabilidad sistémica necesaria para mantener su ascenso. El interés nacional de Beijing es maximizar su poder en el sistema, para garantizar su seguridad. Por lo tanto, a la par de una estrategia de equilibrio indirecto, era necesario incrementar su poder comprensivo, a partir de la dimensión interna económico-militar. El crecimiento militar de China en el período de 1990 al 2005, confirma las aspiraciones de potencia regional del país (Jijun, 1997).

Durante las guerras de Vietnam y de Corea en el siglo XX, China empleó estrategias de combate terrestre, aprovechando el tamaño de su ejército. En un contexto de unipolaridad, donde la potencia hegemónica demostró su superioridad tecnológica, logística y de coordinación en el campo de batalla, China debió acordar una importancia igualitaria al desarrollo de sus fuerzas aérea y naval, así como a las aplicaciones tecnológicas de su ejército. Apparently el objetivo de la modernización militar china en los noventa era la reunificación coercitiva de Taiwán. Tras la crisis del Estrecho de 1995-1996, el gobierno chino entendió que el principal obstáculo a la reunificación era Estados Unidos. La modernización militar tuvo que cumplir con el objetivo de desafiar la tradicional supremacía estadounidense en Asia, mejorando el equipo y capacitación de las fuerzas convencionales de la potencia emergente (Mulvenon, 2006).

El despliegue del ejército estadounidense en Iraq (1990) y Kosovo (1999) sorprendió a China, quien debió acelerar su moder-

nización, aprovechando el nuevo concepto militar de “Revolución de Asuntos Militares”, agregándole flexibilidad, agilidad y eficacia a su ejército. En un plano operacional, la “Revolución de Asuntos Militares” de China en los noventa, consistió en la reducción del tamaño del ejército y en la búsqueda de eficiencia de la industria militar nacional. La segunda etapa implicó introducir los servicios militares a la época de operaciones interconectadas por los avances tecnológicos y de comunicación. Finalmente, Beijing entendió la necesidad de fortalecer su poder nuclear con fines disuasivos.

La respuesta de Estados Unidos a la inversión y modernización de las fuerzas armadas de China fue de preocupación. En el reporte 2005 del departamento de Defensa sobre las capacidades militares de China, se advirtió sobre el despliegue de 650 misiles chinos de corto alcance cercanos al Estrecho de Taiwán y los 700 aviones operacionales en un rango cercano a la isla (Defense, Secretary of, 2005). Asimismo, el reporte aseguró que China concluyó a finales del 2004 el bombardero de cuarta generación, F-10, y las mejoras técnicas al avión FB-7. En cuanto al desarrollo naval, el reporte señaló que en el 2005 el ejército chino contaba con 64 barcos de guerra, 55 submarinos de ataque, 40 naves anfibas y 50 patrullas costeras con misiles, posicionados principalmente en el Mar Meridional de China (Defense, Secretary of, 2005).

La importancia de desarrollar capacidades de combate asimétricas implica una estrategia de la carrera espacial, donde el ejército chino tendría la facilidad de atacar, mediante sistemas de láser y “jammers”, los satélites estadounidenses ante el estallido del conflicto. La pérdida de dichos satélites representaría una desventaja considerable para las operaciones militares de EEUU en Asia-Pacífico. En el plano estratégico, Beijing entendió en el siglo XXI que el dominio del espacio, a través de satélites, conferiría al país la capacidad de manejar los sistemas modernos de comunicación, vigilancia, supervisión, control, reconocimiento y organización (C4ISR) (Wortzel, 2007). Las capacidades militares convencionales de China tendrían la ventaja de recibir apoyo informático y de comunicación desde satélites militares. Por lo tanto, el concepto de “Teatro Espacial de la Guerra Global” cobró importancia para

dictar las prioridades tecno-militares de la industria de defensa china a inicios del siglo XXI.

Como parte de su estrategia de equilibrio indirecto de EEUU y aliados regionales, el gobierno de Hu Jintao anunció en el 2005 su política de “ascenso pacífico” para evitar toda alegación de expansionismo militar en relación a la modernización de su ejército. “China no ambicionará la hegemonía o supremacía en los asuntos mundiales. Ella promueve un nuevo orden político y económico, el cual debe construirse, a través de reformas profundas y la democratización de las relaciones internacionales” (Bijian, *China’s peaceful rise to great power status*, 2005).

A pesar de esta declaración, desde los noventa China adoptó en la práctica el concepto de “Revolución de los Asuntos Militares con características chinas”, el cual se consistió en una estrategia de defensa asimétrica, combinando tecnología militar clásica con la informatización de las operaciones militares, que equilibra la posición hegemónica de EEUU en Asia (Christensen, 2001). Las guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo en los noventa, así como la de Afganistán e Iraq a principios del siglo XXI, demostraron a Beijing que la integración de tecnologías de la información constituye la base de las operaciones militares modernas. La clave está en absorber el avance de las principales potencias militares en el mundo en materia de tecnología militar. Para asimilar tal aprendizaje, era necesario abandonar la doctrina militar del siglo XX, que proponía la movilización de las masas en defensa del territorio (Klimenko, 2004). La nueva doctrina priorizó la construcción de un sistema de largo alcance, que unificara las fuerzas aéreas, navales y terrestres.

Agenda expansionista: la reunificación de Taiwán y Mar Meridional (Mar del Sur) de China

En el contexto de unipolaridad, China pretendió adquirir la capacidad de emprender operaciones fuera del territorio nacional, en territorios disputados o de interés para el país (Kang D., 2007). El principal motivo fue la reunificación de Taiwán, a partir de medios

coercitivos. En la crisis del Estrecho de Taiwán 1995-1996, China se enfrentó al escenario de librar una batalla naval contra la hiperpotencia estadounidense. La ventaja tecnológica, informática y militar la tenía Estados Unidos. El gobierno de Jiang Zemin consideró ilegítima la movilización ordenada por la administración Clinton de aviones y naves estadounidenses en el Estrecho, por pertenecer legalmente a aguas soberanas de China.

En el 2005, China anunció su ley antisecesión de Taiwán, donde sostuvo el recurso de la guerra como una opción para evitar la independencia unilateral de la isla. El reporte 2002 de la Secretaría de la Defensa de EEUU sobre las capacidades militares de China, identificó el auge de un paradigma militar en China sobre el ataque preventivo y sorpresa, que generaría un efecto de choque favorable al ejército chino al inicio de las hostilidades. No obstante, en el 2002, el ejército estadounidense mantuvo la creencia que un posible ataque preventivo de China se reservaría exclusivamente a la reunificación coercitiva de Taiwán y no al ataque de alguna de sus posiciones en Asia-Pacífico (Defense, Secretary of, 2002).

Tras la crisis en el Estrecho de Taiwán en 1995-1996, China elaboró tres estrategias de reunificación coercitiva. La primera consistió en declarar a la isla en estado de rebelión, cortando los accesos por aire o marítimos a y desde Taiwán (Nathan & Scobell, 2012). El bloqueo enfrentaría a las fuerzas de resistencia taiwanesas contra las invasoras chinas, dando tiempo de reacción a EEUU. La segunda estrategia implicó preceder el bloqueo con una serie de ataques de misiles contra bases navales, aéreas y militares taiwanesas, destruyendo rápidamente las capacidades militares de la isla y concentrando el ataque posterior contra la intervención estadounidense (Nathan & Scobell, 2012). La tercera estrategia propuso una invasión anfibia, la cual ha sido un escenario recurrente desde 1999. En este caso, el ejército chino tendría que aprovechar un momento de tensión en la relación entre Estados Unidos y Taiwán, para atacar la isla (Fravel, 2008). A principios del siglo XXI, China percibió que no existía una opción de reunificación coercitiva de Taiwán de bajo costo. Por ende, centró sus esfuerzos de reunificación en una estrategia pragmática.

Tensión moderada en Asia Pacífico, durante el período unipolar de 1990 a 2005

Un conflicto armado entre China y otra potencia, en el contexto de unipolaridad, presentó como escenario probable el mar. La marina china requirió de recursos y nuevas capacidades de operación en distancias significativas de la costa de China, que permitieran bloquear a marinas de tecnología avanzada como la japonesa y la estadounidense (Fravel, 2008).

La estrategia de modernización militar de China en los noventa, consistió en adquirir la capacidad para impedir, limitar, e incluso, derrotar a la marina estadounidense en el Estrecho de Taiwán. El objetivo era desmantelar los satélites espaciales de EEUU, sabotear su red informática y atacar con misiles las bases estadounidenses en el Pacífico, para crear una zona “anti-acceso” o “restringida” que evitara la defensa de Taiwán (Nathan & Scobell, 2012).

En el reporte 2004 de la secretaría de la Defensa de EEUU, se destacó el incremento de misiles de corto alcance que pasaron de 450 en el 2002 a 500 en el 2004, así como el desarrollo de misiles C3 con precisión de ataque y capacidad anti-acceso (Defense, Secretary of, 2004). El énfasis del reporte del 2004 fue el desarrollo de la capacidad espacial de Beijing, a la par de la construcción y fortalecimiento de sus fuerzas aéreas y navales, las cuales incrementaron su capacidad para dañar la posición militar estadounidense en Asia. Por lo tanto, los principales escenarios de conflicto entre los ejércitos chino y estadounidense en el 2004 se ubicaron en el Estrecho de Taiwán y en el Mar Meridional de China (Defense, Secretary of, 2004).

En los noventa, China entendió que un conflicto militar con Taiwán implicaría de inmediato un conflicto militar con EEUU. Por lo tanto, el conflicto complicaría el proceso de crecimiento económico, que ha fundamentado en un círculo virtuoso el crecimiento militar. Además, la posibilidad de una reunificación coercitiva de Taiwán, confirmaría la percepción de amenaza entre otros Estados asiáticos, principalmente en el Sudeste de Asia (Scobell, A., 2001). De esta manera, China optó en la primera década de unipolaridad por equilibrar la influencia de Estados Unidos en Taiwán, fortale-

ciendo los vínculos de dependencia comercial entre la isla y China; sin descartar el uso de la fuerza para disuadir a Taiwán de un movimiento a la independencia, como ocurrió en 1995.

En cuanto al Sudeste Asiático, las posibilidades de conflicto entre China y los países regionales eran menores a las de China en el Estrecho de Taiwán o entre China y Japón por la soberanía de las islas Senkaku/Diaoyu. Los esfuerzos diplomáticos de China por participar en el marco institucional del Sudeste Asiático se construyeron a partir la creciente relación económico-comercial entre China y el Sudeste Asiático (Scobell, A., 2001).

A inicios de los noventa, China supuso que la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN, por sus siglas en inglés) se constituiría como un polo regional de importancia en un sistema multipolar (Chanda, 1995). Por lo tanto, ASEAN se convirtió para la estrategia de diplomacia china en una plataforma importante para promover la integración exclusivamente asiática y proteger sus intereses, desplazando a EEUU como principal socio comercial de la región. El ascenso militar chino y sus reivindicaciones en el Mar Meridional en los noventa, generaron incertidumbre entre los países de ASEAN. Beijing logró disipar la incertidumbre de sus vecinos, a través de políticas económicas y diplomáticas, que garantizaban un desarrollo pacífico e integrador en la región. Además, ASEAN no constituyó un bloque de políticas o acciones coordinado frente al ascenso de China. Es decir, el ascenso económico-estratégico de China en el período no provocó una respuesta en conjunto de los países regionales, sino esfuerzos individuales y tímidos de “bandwagoning” con Estados Unidos.

El ascenso de China como potencia regional comenzó en los noventa, fundamentado en su crecimiento económico y el restablecimiento de relaciones diplomáticas que beneficiaran la expansión de su comercio. El crecimiento promedio de 9.5% de China permitió reinvertir los recursos del país en la modernización de sus fuerzas armadas. Por lo tanto, es posible afirmar que el binomio de crecimiento económico-militar chino en el período incrementó su poder comprensivo en el sistema, confirmando sus aspiraciones de maximización de su posición en Asia.

Congagement de Estados Unidos frente a China

Inicio del *congagement* en la unipolaridad

Tras el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos consideró que todavía existían argumentos para mantener la cooperación con China, tales que la proliferación nuclear en la Península de Corea, la seguridad energética, el medio ambiente y el mantenimiento del sistema económico. Washington esperaba que Beijing contribuyera a resolver los problemas y modificara sus intereses, a través del ingreso a una compleja red de instituciones y acuerdos que convencieran a China a mantener el sistema internacional (Friedberg A. L., 2012). En 1991, el gobierno chino declaró que el nuevo orden internacional no podría permanecer indefinidamente unipolar y anunció que se orientaría hacia un mundo multipolar, manifestando abiertamente que contravendría la hegemonía única del sistema (Kissinger, 1979). La represión de Tiananmen 1989 funcionó como pretexto para que el gobierno de George H. W. Bush impusiera un aislacionismo diplomático contra China.

El aislacionismo impuesto a China por Estados Unidos duró poco. El tamaño del mercado chino y su rápido crecimiento económico convencieron al gobierno estadounidense en las administraciones de George H. W. Bush (1989-1993), Bill Clinton (1993-2001) y George W. Bush (2001-2009) de implementar una estrategia ambigua de contención-cooperación, conocida como *congagement*. Por una parte, Estados Unidos deseó cooperar con China en las esferas institucional y comercial; mientras contenía el ascenso militar de China, incrementando su presencia militar en Asia del Este e impidiendo la venta de armamento europeo y estadounidense (Lampton, 2002).

La estrategia estadounidense de *congagement* se desarrolló en los primeros 15 años de la unipolaridad, fundamentando un conjunto de políticas contradictorias. A mediados de los noventa, Estados Unidos consideró que el ascenso de China no implicaba riesgos a su hegemonía, en el supuesto que China se transformara en una democracia liberal preocupada por el mantenimiento del

orden económico internacional. En el análisis neorrealista, la percepción inicial del ascenso de China por Estados Unidos era errónea y generaría inestabilidad sistémica a medida que China equiparara su poder comprensivo al de Estados Unidos.

La ambigüedad de la política *congagement* que implementó Washington en el inicio de la unipolaridad, ha generado un serio dilema en la toma de decisiones estadounidenses. Entre 1950 y 1960, EEUU rechazó facilitar el acceso de China a recursos militares y tecnológicos, que habrían contribuido al desarrollo de su economía y su industria militar. En las décadas de 1970 y 1980, el gobierno estadounidense otorgó asistencia tecnológica y militar al gobierno chino a cambio de su apoyo frente a la amenaza común soviética. Después de 1989, Estados Unidos ha enfrentado el dilema de invertir en China y promover su intercambio comercial, el cual mantiene la rápida expansión de la economía china, que traslada la inversión al desarrollo de sus capacidades militares (Friedberg A. L., 2012). El acceso de China a los flujos de capital y el mercado estadounidense generan incremento en las capacidades militares del país, que provocan la reacción de contención estadounidense en la región. Es decir, el impulso a la cooperación económico-comercial entre China y Estados Unidos es directamente proporcional a la necesidad de EEUU de contener el ascenso militar de China.

De hecho, el embargo total de armamento contra China afectó los intereses económicos de sectores empresariales en EEUU. Durante la década de 1990 se esperaba que el embargo se redujera paulatinamente, pero ello no sucedió. Incluso, entre 1991 y 1993, la administración de George W. H. Bush prohibió la exportación de satélites a China. Las empresas estadounidenses presionaron al gobierno para aligerar las restricciones de las industrias tecnológicas y militares estadounidenses, que les permitieran competir con firmas europeas y japonesas en el mercado chino (Friedberg A. L., 2012). El atractivo mercado chino logró que en la década de 1990, la administración Clinton aprobara licencias a sus empresas para vender equipo para probar y construir semiconductores, herramientas de precisión y otros componentes, que se traspasaron a compañías y laboratorios chinos, encargados de de-

sarrollar radares militares, misiles y armas nucleares (Friedberg A. L., 2012).

En los noventa, surgen tres escuelas de pensamiento como guías de política exterior en EEUU. La primera supone un declive relativo en el poder estadounidense, instando a Washington para cooperar con otras potencias regionales como Rusia, China e India, las cuales se encontraban preocupadas por asuntos internos. Esta postura aseguraba que ninguna de estas potencias regionales buscaba contener el poder estadounidense, maximizando el propio. Por lo tanto, el sistema mantendría su característica unipolar (Walter, 2010). La segunda escuela proponía recortes masivos al gasto de defensa estadounidense y a su presencia militar en el mundo, centrando recursos y atención en asuntos internos del país. Esta escuela, conocida como “neo-aislacionista”, advertía que el costo de un “sobre-estiramiento imperial” tendría impactos negativos en los sistemas económico y político estadounidenses (Sutter, 2013). Sin una hiperpotencia hegemónica, el sistema transitaría rápidamente de unipolaridad a multipolaridad.

La tercera escuela recomendó el fortalecimiento de la posición hegemónica estadounidense en el sistema, facilitando el avance de sus intereses en las distintas regiones (Sutter, 2013). Esta escuela argumentaba que Estados Unidos debía utilizar su influencia política, económica y militar para alinear los intereses de otros países a los propios, evitando el surgimiento de rivales potenciales o estratégicos en las regiones. La primera y tercera escuelas tuvieron mayor influencia en el diseño e implementación de la política exterior estadounidense durante la primera década de unipolaridad. La segunda escuela tendría éxito en la segunda década del siglo XXI, durante la administración Trump. Por su parte, el gobierno chino aprovechó la ambigüedad de la política estadounidense en el período de unipolaridad, basando su estrategia de equilibrio indirecto en dos elementos fundamentales: el económico y el diplomático.

Congagement Post-Tiananmen

La represión de estudiantes chinos en la plaza de Tiananmen en 1989, provocó una reacción de desaprobación en Washington, cuyo

poder en el sistema comenzaba a remplazar al de la Unión Soviética, imponiendo su conjunto de valores contrarios a regímenes autocráticos (Walter, 2010). A principios de los noventas, EEUU entendió que, a pesar de la normalización de sus relaciones, China no compartía la visión de una expansión democratizadora en el mundo. El colapso de la Unión Soviética generó un cambio en la percepción de la alianza sino-estadounidense en Asia para contener al rival en común. Beijing perdió su condición estratégica para equilibrar directamente a cualquiera de las dos potencias, a través de alianzas. La opresión de Tiananmen constituyó un punto de inflexión en la relación bilateral, pues generó una percepción negativa en Washington sobre el obstáculo que representaría China al conjunto de valores democráticos que Estados Unidos promovería.

A finales de 1991, China se mostró menos temerosa a ser aislada en el sistema internacional por la estrategia de contención estadounidense. Se restablecieron relaciones con países vecinos y potencias europeas, los inversionistas y diplomáticos regresaron a China, el crecimiento económico se sostuvo y la falta de importaciones de tecnología estadounidense fue compensada por Estados europeos y Japón (Cohen, 2010).

En 1992 existían dos conflictos potenciales entre Washington y Beijing. El primero era la declaración unilateral de independencia en Taiwán, donde China manifestó su voluntad de reunificación. La segunda era la renovación del estatus de NMF. En el primer caso, China adquirió, en 1992, 24 aviones Sukhoi-27 de Rusia, incrementando su poder aéreo en relación a la fuerza aérea taiwanesa. El mismo año, EEUU decidió vender un paquete de 150 aviones F-16 a Taiwán, argumentando un compromiso pactado en el Acta de Relaciones con Taiwán para la defensa de la isla (Gates, 2009). En el segundo caso, Estados Unidos condicionó el estatus de NMF a China, a cambio de un “significativo progreso” en materia de derechos humanos en relación al movimiento independentista en Tíbet. China respondió liberando algunos prisioneros políticos, lo cual garantizó su inmediato acceso al estatus de NMF por otro año (Cohen, 2010).

En 1993, el gobierno estadounidense nuevamente condicionó la renovación del NMF a China y suspendió su venta de satéli-

tes al gobierno chino en represalia por la venta de misiles chinos a Pakistán. China sustituyó los satélites estadounidenses por europeos, afectando a corporaciones de la industria tecnológica estadounidense (Cohen, 2010). A partir de 1993, la administración Clinton volvió a modificar su estrategia de *congagement* considerando una eventual democratización de China, a medida que el país se integrara a las redes de producción global en un marco institucional. De acuerdo a esta visión, la diplomacia estadounidense debía evitar condicionar el comercio bilateral, a partir de acusaciones sobre derechos humanos, para concentrarse en expandir las relaciones.

Congagement Taiwán

A principios de los ochenta, la situación de Taiwán se había mantenido en un "impasse". Para 1990, Taiwán supuso que el gobierno chino colapsaría tras las manifestaciones de Tiananmen en 1989. Por lo tanto, no tomó en serio las amenazas de invasión china, cuando el presidente Lee criticó abiertamente al gobierno de Jiang Zemin (1989-2002), anunciando una posible declaración de independencia. China había ofrecido a Taiwán la reunificación bajo los mismos términos que Hong-Kong, respaldados en la política de "un país, dos sistemas" (Lijun, 2001). Taiwán respondió de manera desafiante y asertiva con la política de "dos países" e igualdad entre dos Estados.

A principios de los noventa, Taiwán invirtió mil millones de dólares en la industria de China continental. Tres años después, la cifra se incrementó a dos mil millones. Más de 27 mil empresas taiwanesas invertían en la industria manufacturera china y el monto total de la inversión en 1993 equivalía al 1.25% del PIB de la isla. La balanza comercial entre ambos representaba el 9.3% del total del comercio exterior de Taiwán en 1994 (Lijun, 2001). La situación de interdependencia económica era evidente a mediados de los noventa, pero no suficiente para contener el escenario de la reunificación coercitiva de la isla a China continental.

En 1995 el gobierno de Clinton otorgó una visa al presidente taiwanés, Lee Teng-hui, quien asistió a una conferencia en la Universidad Cornell, provocando una escalada militar en el Estre-

cho de Taiwán (Bush, 2004). La visita del presidente taiwanés proindependentista en EEUU, generó la percepción en China de que el gobierno estadounidense representaba un obstáculo a la unificación de Taiwán, provocando la cancelación del diálogo entre Taiwán y China, el retiro del embajador chino en Washington y el rechazo a aceptar las credenciales del embajador estadounidense en Beijing (Cohen, 2010). En julio de 1995, el ejército chino inició una serie de ejercicios militares en el Estrecho de Taiwán, incluyendo disparos de misiles al norte de la isla. EEUU reprobó los ejercicios militares y advirtió a China sobre las consecuencias. El gobierno de Jiang Zemin respondió que, a diferencia de 1950, el país contaba entonces con la capacidad nuclear para atacar ciudades estadounidenses (Cohen, 2010).

Era evidente que el *bandwagoning* de China en los noventa no era una prioridad para el país. La prioridad del gobierno chino era la integridad territorial, incluyendo a Taiwán. En febrero de 1996, el ejército chino movilizó tropas en el Estrecho y reinició los disparos de misiles. Estados Unidos respondió enviando al portaaviones, U.S.S Nimitz y dos más en defensa de Taiwán, persuadiendo a China de evitar la escalada militar (Bush, 2004). Ambos países obtuvieron sus conclusiones. Beijing entendió que Washington era el principal obstáculo a la reunificación de Taiwán y que intervendría ante cualquier intento de reunificación militar. EEUU percibió que China podría convertirse rápidamente en un peligroso adversario en el sistema, con la capacidad de desafiar su posición en Asia; pero se abstuvo de centrar esfuerzos en la contención diplomática, económica y militar de China, pues perdería acceso a su mercado frente a competidores europeos y asiáticos. Por lo tanto, en 1998, la administración Clinton finalmente garantizó al gobierno de Jiang Zemin su apoyo al principio de una sola China, su rechazo a la independencia de Taiwán y su veto a la participación de la isla en la ONU o en cualquier otro organismo internacional con membresía (Bush, 2004).

Congagement a principios del siglo XXI

A principios del siglo XXI, la estrategia de *conagement* del gobierno de George W. Bush en relación a China tuvo un nuevo giro, cata-

logando al país asiático de “rival potencial”. El bombardeo en 1999 de la embajada china en Kosovo por EEUU había dañado la relación bilateral, para agravarse después del choque entre el avión espía estadounidense y el avión de caza chino el 1 de abril de 2001 (Lenglet, 2010). Pareció que la estrategia de *congame* se definiría como de contención en el siglo XXI, cuando 22 días después del incidente entre los aviones, el gobierno de George W. Bush vendió destructores, aviones y submarinos a Taiwán, ante la evidente molestia de Beijing (Lenglet, 2010).

A pesar de la asertividad estadounidense a principios del siglo XXI, China no reaccionó de la misma manera, pues finalizaba una negociación internacional importante en sus planes de desarrollo: el ingreso en la Organización Mundial del Comercio. En diciembre del 2001, China se convirtió en el 143 miembro de la OMC, evitando la condicionante del estatus de NMF de EEUU y asegurando la exportación de sus productos sin restricciones en los mercados europeo y estadounidense (Lenglet, 2010).

En el 2001, China mantenía un crecimiento económico acelerado que, en paralelo, incrementaba la influencia del país en escenario internacional y el asiático en particular. En un sistema anárquico, donde la seguridad de los Estados depende de sí mismos, Washington carecía de certidumbre en relación a las intenciones de Beijing en el sistema. A inicios del siglo XXI, EEUU pretendió implementar una estrategia asertiva vis à vis de China, para maximizar sus capacidades materiales y garantizar su posición hegemónica en Asia. La estrategia implicaría fortalecer el poder económico y militar estadounidense en la región; mejorar la relación con aliados clave, como Corea del Sur, Japón y Australia; y normalizar la relación con otros dos centros del poder asiáticos: Rusia y la India (Swaine, 2011).

Todo indicaba que la ambigua estrategia de *congame* estadounidense frente a China se transformaría en una estrategia de contención en el siglo XXI. No obstante, los ataques terroristas del 11 de septiembre 2001 atrajeron la atención y recursos estadounidenses en una campaña masiva contra el terrorismo en Medio Oriente, abandonando la estrategia previa de reforzar su presencia en Asia (Sutter, 2013).

Tras el inicio asertivo de la política estadounidense sobre China, para el 2002 la relación se había estabilizado y regresó a la ambigüedad del *congame*nt. Por una parte, EEUU pretendía garantizar la estabilidad en Asia, mejorando su relación con China; mientras mantenía un frente militar en Medio Oriente (Sutter, 2013). Por otra parte, los estrategas de Washington mantenían la impresión de que el ascenso económico-militar chino amenazaba los intereses estadounidenses en la región (Defense, Secretary of, 2002).

En el 2003, existía un consenso entre estrategias estadounidenses que un equilibrio entre férrea contención y cooperación moderada, influiría a su favor en el proceso de toma de decisiones de China. Ese año, la administración de George W. Bush comenzó la invasión a Iraq. Por ende, debió depender en la capacidad de negociación y resolución de conflictos de Beijing cuando Corea del Norte restableció su programa nuclear (Sutter, 2013). A medida que el ejército estadounidense se involucraba en Medio Oriente, su atención y recursos abandonaban Asia del Este, beneficiando el ascenso de China.

Ante el nuevo contexto de la guerra contra el terrorismo en el siglo XXI, el embargo contra China parecía relegado en la agenda estadounidense y europea. En el 2004, la Unión Europea propuso levantar finalmente el embargo militar contra China. Se consideró que el embargo había cumplido su función de demostrar al gobierno chino el descontento occidental ante lo ocurrido en 1989. De acuerdo a la UE, levantar el embargo de 15 años, permitiría a las empresas europeas acceder a un mercado aeroespacial y electrónico en expansión. Sin embargo, el gobierno estadounidense se opuso a la iniciativa europea, fundamentado en la potencial amenaza de las capacidades e intenciones militares de China en un futuro (Friedberg A. L., 2012). La política de *congame*nt comenzaba a generar un serio dilema a Washington a principios del siglo XXI. ¿Contribuir al ascenso económico de China, esperando la apertura democrática? ¿Contener el ascenso militar de China, frenando su crecimiento económico y afectando los intereses comerciales propios? En los primeros cinco años del siglo XXI, se había demostra-

do que las políticas estadounidenses frente al ascenso de Beijing resultaron ambiguas y poco eficientes.

Para el 2005, la estrategia de *congagement* de Estados Unidos, que había mantenido cierta estabilidad en cooperación desde septiembre del 2001, generó nuevos puntos de fricción. En el 2005, el gobierno estadounidense acusó al gobierno chino de prácticas comerciales desleales ante la OMC, negando concesiones comerciales al país. Ese mismo año, preocupado por el creciente déficit comercial con China, EEUU exigió la revaluación del yuan para fortalecer la competitividad de sus exportaciones. Además, Washington acusó a Beijing de violación a la propiedad intelectual, de fomentar subsidios ilegales en su industria textil y de intentar comprar empresas en sectores estratégicos como el energético (UNOCOL) (Xuetong, 2010).

En la esfera militar, el reporte tetra anual del Pentágono sobre la defensa, publicado en el 2005, mencionó la responsabilidad de China en el sistema, pero ratificó la voluntad estadounidense de ejercer el derecho de ofensiva militar o “ataques preventivos”, donde se percibiera una amenaza a la seguridad nacional (Defense, Secretary of, 2005). El reporte del Pentágono se complementó con el reporte anual del director de la agencia nacional de inteligencia, quien aseguró que la expansión de influencia y militar de Beijing representaba un desafío a la hegemonía estadounidense en el mundo y catalogó a China como un “rival potencial” en el sistema internacional (Xuetong, 2010).

Congagement y equilibrio de Japón e India

En el contexto de unipolaridad, Estados Unidos no abandonó la opción de las alianzas estratégicas en Asia, como parte de su política de *congagement* frente a China. Entre 1997 y 2005, EEUU negoció con Japón la reducción de las barreras en su acuerdo de seguridad, comprometiendo al gobierno japonés a invertir más en el mantenimiento de la seguridad regional. En el acuerdo de 1997, Japón se responsabilizaría por intervenir en conflictos que no conciernen directamente su seguridad. No se especificó en qué área. Para el 2005, el acuerdo fue renegociado y se estableció explícitamente que Japón intervendría ante una eventual invasión de China a Tai-

wán (Friedberg A. L., 2012). A pesar del rompimiento de relaciones formales y el reconocimiento de una sola China desde 1979, Estados Unidos decidió involucrar a Japón en la defensa de Taiwán.

Desde finales del siglo XX y principios del XXI, Japón y China tuvieron una amplia perspectiva de cooperación, a partir de la complementariedad de sus economías, donde Japón ofreció capital y tecnología a China, a cambio de los recursos y mano de obra barata que ofrecía el mercado chino (Nathan & Scobell, 2012). A nivel geopolítico, ambos Estados mantuvieron intereses encontrados en áreas cruciales como Taiwán, Corea y el mar Meridional de China. La turbulenta dinámica de un sistema regional heredado de la bipolaridad complicó durante el período la relación bilateral. Tokio y Beijing tienen antecedentes de enfrentamientos militares por el control regional. La batalla por el dominio del Noreste Asiático, de 1894 a 1895, fue favorable a Japón, quien ganó a Taiwán como colonia, estableciendo las bases de la separación de la isla hasta el día de hoy.

Si bien Japón no se opone a la reunificación de Taiwán con China, en los noventa demostró que su interés es posponer dicha reunificación por la posición estratégica de la isla en relación a las principales rutas comerciales de la región; el esfuerzo militar chino concentrado en Taiwán, que podría ser orientado hacia Japón; y por el interés económico japonés en el mercado de Taiwán (Bush, 2004). Desde la normalización de relaciones entre Beijing y Washington, el gobierno japonés se alineó a los intereses estadounidenses, favoreciendo la “resolución pacífica” del estatus de Taiwán.

La gran estrategia de Japón, implementada después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido depender de la protección del ejército estadounidense y convertirse en la principal base del poder estadounidense en Asia. En los noventa, la URSS había desaparecido como amenaza a la seguridad de Japón. De cualquier forma, Estados Unidos insistió en la contribución económico-militar de Tokio al mantenimiento de la estabilidad regional. En 1997 ambos Estados agregaron al tratado de seguridad de 1960 una provisión que requería la cooperación japonesa “en situación en áreas cercanas a Japón”, comprometiendo a los japoneses a participar en eventuales conflictos en Corea y Taiwán (Nathan & Scobell, 2012).

En 1997, Japón expresó su preocupación sobre la capacidad balística de los misiles chinos y la expansión de su fuerza naval, lo cual generó un dilema de seguridad entre ambos países, provocando el inicio de la construcción de un sistema antimisiles en Japón, auspiciado por Estados Unidos (Nathan & Scobell, 2012). En el 2004, el gobierno japonés de Jun'ichiro Koizumi anunció explícitamente que China representaba una amenaza potencial. Al año siguiente, Japón triplicó el presupuesto de defensa de su guardia costera, la cual está mejor equipada y armada que la mayoría de las guardias costeras del país. Durante los noventa y principios del siglo XXI, se desarrolló el debate en Japón sobre la revisión del artículo 9 de la Constitución japonesa, que permitiría al país el uso de la fuerza (Samuels, 2007).

Por otra parte, China e India han rivalizado por la hegemonía en la región de Asia del Sur, donde India tiene intereses en mantener una zona de influencia sobre países vecinos como Sri Lanka, Bangladesh, Nepal y su rival Pakistán. China también tiene intereses de influir en las decisiones de la región, pues su proyecto de ascenso depende de las líneas de comunicación y comerciales de Eurasia y África. Después de su independencia en 1947, India no logró desarrollar sus capacidades materiales, principalmente las económico-militares, a la par de China. Por ejemplo, las reformas chinas a finales de los años setenta permitieron un crecimiento económico sostenido, una transición a un sistema de mercado, consolidación del mercado interno, incremento del consumo, acceso a abundantes recursos naturales, una tasa elevada de ahorro y un plan de desarrollo de tecnología e innovación. Mientras en India el proyecto de país independiente de Nehru provocó el cierre de la economía, la dificultad de contratación laboral para las empresas locales, la caída en la inversión extranjera directa y el aislacionismo del comercio internacional. Esto provocó que la participación india en el PIB mundial cayera de 2.4% en 1947 al 0.5% a principios de 1990.

La década de los noventa representó un cambio radical en la historia reciente de India con el objetivo de alcanzar el nivel de desarrollo que se observó en China desde los años ochenta y desarrollar sus propias capacidades materiales para competir con

China por la influencia en Asia del Sur. El ministro de finanzas, Manmohan Singh, propuso una serie de reformas exitosas como la apertura económica, reducción de aranceles, flexibilización laboral, atracción de inversión extranjera directa y formación de profesionistas en tecnologías de la información, lo cual permitió que en el período de 1991 al 2011 el PIB indio se cuadruplicara. Sin embargo, a diferencia de China, la infraestructura india ha sido un obstáculo para el desarrollo acelerado del país. China ha logrado un crecimiento sostenido debido a los planes de inversión en infraestructura orientada a la exportación de manufacturas. Mientras India ha carecido de la infraestructura vial, portuaria y aérea que permita a su base manufacturera competir contra China.

Resultaba evidente que el ascenso económico-militar de China en el período 1991-2005, generaría desconfianza y preocupación principalmente en Japón e India, rivales históricos de China en Asia del Sur y del Este. Las diferencias entre Japón e India en su relación con China se agudizaron en los noventa a partir de reivindicaciones territoriales en los mares Oriental y Meridional, así como en la estabilidad en la Península Coreana.

En 1996, Japón y China firmaron la Convención del Derecho del Mar de 1982, la cual expandió el tamaño de las zonas marítimas, sobre las cuales los Estados reclaman una jurisdicción (Bush, 2004). Este evento provocó el interés de varios países asiáticos, principalmente China, a reclamar como propio áreas marítimas de creciente valor económico y estratégico. China reivindica el grupo de islas, bajo dominio japonés, conocidas como Senkaku (Diaoyu en chino), las cuales están localizadas a 120 millas náuticas al noreste de Taiwán y poseen recursos energéticos y pesqueros. En 1996 Japón declaró la Zona Económica Estratégica que comprendía a las islas Senkaku. El gobierno chino protestó enérgicamente y movilizó submarinos, barcos y aviones dentro de las aguas territoriales de Japón (Scobell, 2004).

La otra diferencia entre ambas potencias regionales radicó en la estabilidad del régimen norcoreano, el cual amenazó la seguridad japonesa con sistema de misiles y armamento nuclear (Nathan & Scobell, 2012). China desea la estabilidad norcoreana, pues el país sirve como “zona de contención” ante un escenario de

una Corea unificada con bases militares estadounidenses. Por lo tanto, los intereses de China y Japón en la unipolaridad han estado condicionados a eventos geopolíticos, como la estabilidad coreana y a las disputas territoriales del Mar Oriental de China.

La humillante derrota del ejército indio frente a China en 1962 provocó la desconfianza de India sobre las intenciones chinas en su frontera norte y en Asia del Sur. Los resultados fueron el inicio del programa nuclear indio por orden del entonces primer ministro Nehru (1947-1964) y el monitoreo de las actividades chinas a lo largo del Himalaya y su alianza con Pakistán, rival estratégico de India. No obstante, la relación bilateral en la primera década del siglo XXI se basó en el respeto por la integridad territorial, la soberanía y la no agresión mutua.

Congagement y equilibrio de Vietnam

El primer obstáculo al ascenso de China como potencia regional en el Sudeste Asiático ha sido Vietnam. La tendencia natural de todos los Estados es garantizar su seguridad. Vietnam lo ha hecho a través de alianzas (con la URSS desde los sesenta) o de expansión territorial, dominando a sus vecinos de Laos y Camboya. China se ha opuesto a la estrategia de maximización de poder vietnamita. El colapso de la URSS en 1991 terminó con la estrategia de *bandwagoning* de Vietnam. Beijing aprovechó el contexto para mejorar su relación, temiendo que Hanói se alineara a EEUU. En 1996 se restablecieron los contactos ferroviarios. En 1999, ambos países firmaron el Acuerdo de Amistad y Buenos Vecinos, cuyo objetivo era la resolución de disputas fronterizas. En los noventa China se convirtió en el segundo socio comercial y principal inversionista de Vietnam (Shambaugh, 2005).

No obstante, las disputas territoriales en el Mar Meridional de China provocaron sospecha e incertidumbre en Vietnam sobre las intenciones chinas como potencia hegemónica regional, acercándose a EEUU para equilibrar el ascenso de Beijing. En 1995 Hanói y Washington normalizaron relaciones diplomáticas. En el 2001, se normalizaron las relaciones comerciales, facilitando el acceso de Vietnam a la OMC. En el 2007, Estados Unidos se convirtió en el principal mercado de exportación de productos vietna-

mitas y principal fuente de inversión extranjera directa para Vietnam. Asimismo, en los primeros años del siglo XXI, Vietnam y EEUU comenzaron a sostener intercambios militares (Nathan & Scobell, 2012).

Durante los primeros 15 años de unipolaridad, la estrategia de *conagement* estadounidense en relación al ascenso de China fue ambivalente y contradictoria. Por una parte, Estados Unidos contribuyó a la modernización de China, facilitando su acceso a la economía global, a mercados de capital y tecnología, garantizando la seguridad de las exportaciones e importaciones chinas en los océanos mundiales, previniendo la remilitarización de Japón. Por otra parte, EEUU incrementó el despliegue militar en la periferia de China, fortaleció su acuerdo de seguridad con Japón, aumentó su venta de armamento a Taiwán, favoreció movimientos separatistas en el Tíbet y Xinjiang, presionó la apertura financiera de China (Nathan & Scobell, 2012). ¿Cuáles son las intenciones del gobierno estadounidense en su relación con China? El neorrealismo presenta una explicación razonable. Cualquier país intentará garantizar su seguridad, a través de la maximización de sus capacidades. En un contexto de unipolaridad, a Estados Unidos no le convenía una China independiente y en ascenso en el escenario internacional.

Equilibrio indirecto de China frente a Estados Unidos

Importancia y esencia del equilibrio indirecto

En los noventa, China entendió la dinámica de la unipolaridad. Estados Unidos permanecería como la potencia militar mundial y regional en Asia; continuaría vendiendo armamento a Taiwán, fortalecería alianzas con Japón e India y mantendría sus críticas contra el sistema político chino, favoreciendo movimientos prodemocráticos en el país. Por ende, China implementó la estrategia de equilibrio indirecto para sobrevivir en un sistema unipolar, dominando por Washington, mientras desarrollaba sus capacidades materiales. De 1991 a 2001, China enfatizó la cooperación económico-diplomática con EEUU en temas de seguridad, comerciales y polí-

ticos que atañían a ambos, y que garantizaran la estabilidad sistémica necesaria para el crecimiento de su poder comprensivo (Sutter, 2013). El gobierno chino consideró que su crecimiento económico, reinvertido en el ascenso militar, maximizarían su poder e influencia en el sistema internacional, favoreciendo la transición de unipolaridad a multipolaridad y su emergencia como potencia regional asiática.

En los noventa, Estados Unidos subestimó el ascenso de China. Sin embargo, a principios del siglo XXI, Washington comenzó a percibir el ascenso de Beijing como una amenaza, pero sin medios reales de contención para prevenir su desarrollo (Backley, 2011). Es probable que el poder comprensivo de EEUU mantenga su liderazgo en las primeras décadas del siglo XXI. Por lo tanto, ambos continuarán con la construcción de sus capacidades materiales para contener al otro, esperando mantener su independencia en relación al otro para garantizar su seguridad. En el análisis neorrealista, a medida que Washington necesite de Beijing para su propia prosperidad económica y la resolución de asuntos como la desnuclearización de Corea del Norte o el libre flujo en el Mar Meridional de China, Estados Unidos preferirá una relación de cooperación a una de conflicto (Nathan & Scobell, 2012), facilitando el desarrollo del poder comprensivo de China y el cumplimiento de su interés nacional.

La esencia de la estrategia de equilibrio indirecto de China fue capturada en el libro “La Guerra Fuera de Límites”, publicado en enero 1999 por los coroneles chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui, donde se argumentó que la guerra del siglo XXI utilizaría todos los medios de fuerzas armadas y no armadas, militares y no militares, letales o no, para obligar al enemigo a someterse a los intereses propios (Liang & Xiangsui, 1999). Desde los noventa, China rediseñó la geografía industrial del mundo, atrayendo capital de otros países en un contexto de interconexión e incremento de flujos comerciales, financieros y económicos que limitan la contención de EEUU (Lenglet, 2010). En los primeros 15 años de unipolaridad, la estrategia de equilibrio directo, implementada por China en la bipolaridad, no habría resultado contra la hiperpotencia estadounidense.

China no pudo equilibrar a Estados Unidos directamente, porque deseaba tener acceso al mercado estadounidense, el más grande del mundo; al capital estadounidense, principal fuente de inversión extranjera directa en el mercado chino; y al apoyo estadounidense en el ingreso de China a instituciones internacionales financiero-comerciales. Además, Estados Unidos mantenía una posición estratégica en áreas sensibles de la periferia china. Notablemente en Japón, Corea del Sur y Taiwán. EEUU controlaba líneas marítimas de abastecimiento chino, vitales para su desarrollo económico (Sutter, 2013).

Dadas las circunstancias, resultaba evidente la cooperación de Beijing con Washington durante los noventa. La política ambigua de *congruence* fue aprovechada por el gobierno chino para implementar eficientemente el equilibrio indirecto y evitar un conflicto con la hiperpotencia. A pesar de la cooperación en puntos de común acuerdo, China no perdió perspectiva en el conflicto de intereses con EEUU sobre el equilibrio de poderes en el sistema, la presencia estadounidense en Asia, su apoyo a Taiwán, la alianza militar entre Tokio y Washington, así como el apoyo del gobierno estadounidense a movimientos prodemocráticos en China. De acuerdo al análisis neorrealista, la seguridad china estaría vinculada a la consecución de sus intereses regionales, los cuales implicarían el declive de influencia económica, política y militar estadounidense en Asia.

Objetivos y ventajas del equilibrio indirecto

El primer objetivo de la estrategia de equilibrio indirecto ha sido garantizar un contexto favorable al ascenso. En la década de los noventa, las relaciones bilaterales de China con sus vecinos, fundamentadas en un robusto flujo de intercambios económicos, desplazaron gradualmente el contexto asertivo y conflictivo del discurso de la Guerra Fría, por uno donde China es actor principal en la configuración regional (Friedberg A. L., 2012). El segundo objetivo consistió en estabilizar la relación con la potencia hegemónica, Estados Unidos. La cooperación en temas de interés común y la interdependencia económica de Beijing con Washington complicó la implementación de una estrategia de contención directa

de EEUU en la primera década de unipolaridad, período álgido del poder estadounidense (Friedberg A. L., 2012). El tercer objetivo fue la construcción sutil y gradual de un institucionalismo asiático que favoreciera a los intereses de China. El gobierno chino decidió participar en los mecanismos regionales existentes, como APEC y ASEAN; mientras construía en paralelo nuevos mecanismos regionales, como ASEAN+1 y la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS por sus siglas en inglés), donde se excluyó a la potencia estadounidense.

La estrategia de equilibrio indirecto de China generó tiempo suficiente para que China desarrollara sus capacidades materiales y obtuviera ventajas en el sistema unipolar. La importancia económico-comercial de China en el sistema provocó que la estrategia de contención estadounidense no fuese efectiva, produciendo resultados en concreto para la relación bilateral. El primer resultado fue la reiteración de Estados Unidos, tras la crisis de 1996, de su política de los Tres Nos, negando la independencia a Taiwán, su tesis de dos Chinas y su reivindicación de participar en organizaciones internacionales. El segundo fue el apoyo de EEUU para el ingreso de China a la OMC en 1999. El tercero fue alcanzar el estatus permanente de normalización de relaciones comerciales (Sutter, 2013). El principal objetivo del equilibrio indirecto de China en los noventa se cumplió al evitar una confrontación directa con EEUU, garantizando un entorno favorable para el ascenso de China.

Equilibrio indirecto por Instituciones

El fin de la bipolaridad y las dinámicas de la globalización contribuyeron a la expansión de ASEAN, durante los noventa. En un inicio, China prefirió negociar de manera bilateral con los países del Sudeste Asiático a tener que hacerlo con los 10 países en el marco de una organización regional. Sin embargo, el inicio de la participación de China en ASEAN en 1994, convergió con su estrategia de equilibrio indirecto en la región. Beijing entendió que cooperar con ASEAN mejoraría la percepción de su ascenso en Asia, minaría los contactos económicos y diplomáticos de los países miembros con Taiwán y legitimaría la opinión de China sobre asuntos de seguridad o económicos en la región, en detrimento de la influen-

cia estadounidense (Nathan & Scobell, 2012). ASEAN representó una plataforma estratégica para la proyección del equilibrio indirecto del gobierno chino.

La estrategia por equilibrio indirecto institucional implicó el envío de representantes chinos a organizaciones e instituciones regionales, a fin de fortalecer su participación, votación y análisis de situaciones en común. Beijing deseaba intervenir en los procesos de toma de decisiones regionales, influyendo en el marco institucional asiático. Rechazar el multilateralismo implicaba el riesgo de aislacionismo en la región. En 1997 firmó un acuerdo de “buen vecino y confianza mutua” con ASEAN e impulsó su evolución a ASEAN + 1 (China) y ASEAN + 3 (Japón, Corea del Sur y China) (Xuetong, 2006).

Para liberar la presión que ejercía Estados Unidos sobre la construcción y pruebas de su armamento nuclear, China decidió en la década de los noventa adherirse al Tratado de No-Proliferación de Armas Nucleares en 1992, al Régimen de Control Tecnológico de Misiles en 1992, a la Convención de Armas Químicas en 1993, y al Tratado de Prohibición Comprensiva de Ensayos Nucleares en 1996. El gobierno chino pretendía demostrar su responsabilidad como actor emergente del escenario internacional, limitando las críticas estadounidenses sobre su programa nuclear (Etzioni, 2011).

Además, en los primeros quince años de unipolaridad, el gobierno chino promovió organizaciones regionales que excluyeron deliberadamente a Estados Unidos. Por ejemplo, en 1994, China formó el Grupo de Shanghái con Rusia, Kirguistán, Kazajistán y Tayikistán para asegurar su frontera oriental, mejorando su relación con Rusia. En el 2001, el grupo se convirtió en la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS) con una oficina permanente en la metrópolis china y la inclusión de Uzbekistán (Jacques, *When China Rules the World: the End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, 2009).

Al mismo tiempo que se consolidaba la alianza centroasiática, China dedicó especial interés en ASEAN. El intercambio económico-comercial entre China y el Sudeste Asiático representó una oportunidad para que Beijing mejorara su relación con los países

miembros en los noventa (Jacques, 2009). El equilibrio indirecto por instituciones del gobierno chino durante los noventa tuvo tres objetivos. El primero era generar un crecimiento económico sostenido, vinculando a las economías de los países vecinos con la economía china. El segundo objetivo implicó el ingreso de China a la OMC, formalizando su aceptación del multilateralismo. El tercer objetivo era proyectar una imagen de actor responsable en el sistema, ejerciendo un papel activo en las organizaciones regionales, sin supeditarse necesariamente a la hiperpotencia hegemónica.

El crecimiento de la inversión militar de China en los noventa y principios del siglo XXI, generó incertidumbre y sospecha entre sus vecinos y en EEUU, provocando una escalada armamentista, producto del “dilema de seguridad”. La crisis financiera de los Tigres Asiáticos de 1997 a 1998 contribuyó al cambio de paradigma de los países respecto a China. De pronto, Beijing dejó de percibirse como un rival comercial o una amenaza estratégica. Las economías asiáticas en crisis sufrían de las medidas neoliberales impuestas por EEUU y el FMI, que ponían fin a un largo período de crecimiento económico.

Durante la crisis, China demostró solidaridad como socio comercial, evitando la devaluación del Renminbi que habría impactado severamente en sus monedas y extendiendo líneas de crédito sin interés (Jacques, 2009). El interés de Beijing por el Sudeste Asiático no terminó en la crisis asiática de 1997. En la reunión de ASEA + 1 en el 2001, China propuso la creación de un área de libre comercio con ASEAN. Era una propuesta interesante que incluiría más de 2 mil millones de personas y se convertiría en el área de libre comercio más grande del mundo (Jacques, 2009).

A la propuesta de área de libre comercio de China con ASEAN, le siguió la de Japón en el 2005, quien observaba cómo China lo desplazaba del Sudeste Asiático. ASEAN + 3 (incluyendo Japón, Corea del Sur y China) empezó a negociar la implementación de una gran área de libre comercio asiática para la segunda década del siglo XXI. Independientemente de su resultado final, la importancia del multilateralismo en el Sudeste Asiático que China manifestó en la década de los noventa contrastó con la realidad en el Noreste Asiático, donde la animosidad con Japón y los conflictos

geopolíticos en el Estrecho de Taiwán y en la Península de Corea obstaculizaron toda posibilidad de un marco institucional regional.

Durante la década de los noventa y los albores del siglo XXI, Beijing logró excluir a Washington de la construcción del multilateralismo asiático, oponiendo ASEAN+3 contra APEC, donde EEUU gozaba de preeminencia. Una de las iniciativas chinas para impulsar el multilateralismo asiático fue la Chiang Mai en el 2000, cuyo fundamento fue la crisis asiática de 1997. La iniciativa Chiang Mai implica acuerdos swap bilaterales entre ASEAN, China, Japón y Corea del Sur, permitiendo a los países asiáticos apoyar a cualquier moneda asiática que se encuentre bajo un ataque especulativo (Ocampo, 2006).

Los esfuerzos de China, en los noventa y principios del siglo XXI, por construir un marco institucional exclusivamente asiático, encontraron resistencia por parte de sus principales rivales regionales: Vietnam y Japón, provocando tensión militar en la región. En 1974, China derrotó a la República de Vietnam (Vietnam del Sur), asumiendo el control de las islas Paracel. En 1988, China derrotó en una batalla naval a Vietnam, ocupando las islas Spratly (Nathan & Scobell, 2012). A mediados de los noventa, China mostró asertividad en las disputas territoriales en el Mar Meridional de China. En 1995, Filipinas reclamó que China había construido una estructura permanente en el arrecife Mischief, obstaculizando la labor de pesca de barcos filipinos (Nathan & Scobell, 2012). En 1997, para mejorar la percepción de su ascenso y garantizar la estabilidad regional, China ratificó su adherencia a los “Cinco Principios de Coexistencia Pacífica” de 1955, en el marco de la reunión anual de ASEAN, celebrada en Malasia. En el 2002, China firmó la Declaración de Conducta de las Partes del Mar Meridional de China, que había sido redactada por ASEAN a solicitud de Vietnam, donde se comprometió la resolución pacífica de las disputas territoriales en el Mar Meridional de China (Wuthonow, 2008).

Sin embargo, Vietnam, principal rival de China en el Sudeste Asiático, decidió implementar en la unipolaridad la estrategia de *bandwagoning* con Estados Unidos. El acercamiento de Hanói con Washington a mediados de los noventa y principios del siglo XXI fue un ejemplo de la incertidumbre que provocaría el ascenso

asertivo de China. Si Vietnam no entraba a la esfera de influencia de China, China debía aislar a Vietnam, mejorando la relación con sus vecinos. La firma en el 2002 de la Declaración de Conducta de las Partes del Mar Meridional de China, en el marco de ASEAN, fue un mensaje de responsabilidad de Beijing como actor en el sistema, rechazando el uso de la fuerza para resolver las disputas marítimas con los países miembros. Ese acuerdo benefició la imagen de Beijing en Camboya y Laos, que, a partir del reconocimiento diplomático y relación económico-comercial, encontraron razones para alinear sus políticas a las de China (Johnston, 2003). Birmania siguió el ejemplo de Camboya y Laos a inicios del siglo XXI, aprovechando que la asistencia financiera de China no estaba condicionada al cumplimiento de Derechos Humanos.

El escenario subregional del Noreste Asiático era menos estable, al inicio de la unipolaridad, que el Sudeste Asiático. En 1996 Japón declaró la Zona Económica Estratégica que comprendía a las islas Senkaku, reclamadas por China como Diaoyu. El gobierno chino protestó enérgicamente y movilizó submarinos, barcos y aviones dentro de las aguas territoriales de Japón (Schaller, 2002). En el 2001, después de acusar a China sobre la explotación de yacimientos de gas en territorio marítimo japonés, Japón anunció la expansión de la cooperación defensiva con EEUU. China respondió nuevamente, pero esta vez con un elemento del equilibrio indirecto por instituciones, congelando las relaciones bilaterales y oponiéndose a la candidatura permanente de Japón en el Consejo de Seguridad de la ONU (Nathan & Scobell, 2012). La relación entre Beijing y Tokio en el contexto de unipolaridad presentó más riesgos y situaciones potenciales de conflicto que de cooperación y entendimiento diplomático. China emprendió en los primeros 15 años de unipolaridad estrategias de equilibrio directo e indirecto contra Japón, buscando minimizar el apoyo japonés a la independencia de Taiwán y bloqueando su influencia regional.

Equilibrio indirecto por políticas económicas

Tras la represión de Tiananmen, Estados Unidos no rompió inmediatamente los vínculos diplomáticos con China. La restricción de transferencia tecnológica y venta de armamentos cumplieron el

propósito de evitar una rápida modernización militar de China. No obstante, el gobierno chino mantuvo a finales de los ochenta su valor estratégico de contención contra la Unión Soviética en Asia. Ese valor estratégico se perdió, mientras la Unión Soviética se colapsaba en Europa y perdía su influencia en Asia. Sin una razón para cooperar, la reacción natural de EEUU, como potencia hegemónica, habría sido romper diplomática, política y económicamente con China, un rival potencial. Ya no existía la estrategia de equilibrio directo, que fundamentara su alianza.

No obstante, la pérdida del interés estratégico de la alianza sino-estadounidense para contener a la URSS fue sustituida por la interdependencia económico-comercial sino-estadounidense en los noventa. Desde 1978, las reformas económicas en China lograron atraer el capital estadounidense, formando una relación comercial interdependiente. Retirar el estatus de NMF a China habría originado severas consecuencias en la balanza comercial estadounidense, incrementando aranceles y disminuyendo en 50% las importaciones de EEUU (Cohen, 2010). Los consumidores estadounidenses no se beneficiarían de las importaciones baratas de China y las empresas estadounidenses no participarían en un mercado chino en expansión. Estados Unidos rompió los vínculos militares con China en 1989, pero en 1991 no pudo romper diplomática y económicamente con el gobierno chino. En un nuevo escenario de unipolaridad, China logró garantizar su seguridad, a través de su estrategia de equilibrio indirecto, fundamentada en sus políticas económicas de apertura.

El crecimiento económico de China reconfiguró la región asiática en la primera década de unipolaridad, a expensas de la hiperpotencia hegemónica estadounidense y su principal aliado: Japón. La importancia del crecimiento económico de China impidió el equilibrio directo de EEUU o Japón, al mismo tiempo que permitió la expansión de la influencia china en la región. El rápido crecimiento económico de China en los noventa eclipsó el rol de Japón como principal economía regional. Entre 1980 y 2002, las exportaciones chinas en Asia crecieron del 6 al 25%. Mientras las exportaciones japonesas en la región durante el mismo período disminuyeron del 50% al 30%. Las importaciones de China en

Asia durante el período mencionado crecieron del 8 al 21 %. Las de Japón se contrajeron del 48 al 27% (Jacques, 2009).

La estrategia de la diplomacia económica de China en la región era transformar al país en una locomotora de crecimiento regional, que proveyera a los países asiáticos de un mercado en expansión, así como acceso a tecnología y flujos de capital. La metáfora de los gansos voladores liderados por Japón en los sesenta fue remplazada en los noventa por la de una locomotora de crecimiento china, que genera atracción e interdependencia entre China y sus vecinos. La similitud entre el regionalismo que comenzó a construir China en los noventa y el sistema tributario radica en el poder de atracción de su economía (Jacques, 2009).

China comenzó a implementar su estrategia de equilibrio indirecto, a partir de políticas económicas, como acceso a su mercado interno y la oferta de mano de obra barata para el capital extranjero, constituyendo elementos estratégicos que limitaron el equilibrio directo estadounidense en su contra (Sutter, 2013). En 1994, la administración Clinton amenazó a China con negar el estatus de NMF, situación que no se dio, debido a pérdida de competitividad de las empresas estadounidenses en los mercados internacionales. Estados Unidos no arriesgó su participación en un mercado en consolidación y una economía de beneficios en costos. Incluso, el equilibrio indirecto por políticas económicas permitió que se fortaleciera la relación económico-comercial entre China y Estados Unidos, al grado de que el gobierno estadounidense favoreció la integración de China en la economía global. El gobierno de Bill Clinton propuso dos encuentros bilaterales en 1997 y 1998 con el presidente chino Jiang Zemin; en 1999, apoyó la candidatura de China a su ingreso en la OMC y en el 2000, Estados Unidos garantizó el estatus permanente de normalización de relaciones comerciales (Schaller, 2002).

La incertidumbre estadounidense sobre el ascenso de China contagió a rivales estratégicos de Beijing como Japón y Vietnam. Por lo tanto, desde los noventa, China utilizó la diplomacia económica para incrementar la dependencia de su mercado entre rivales potenciales y de la propia hiperpotencia. A principios del siglo XXI, Beijing aprovechó la ausencia de Washington en Asia,

concentrado en operaciones militares en Medio Oriente; para convertirse en el principal socio comercial regional y líder en organismos regionales (Xuetong, 2006).

EEUU debió ceder espacio a China en Asia Pacífico, ante la apertura de dos operaciones militares en Medio Oriente. Estados Unidos deseaba evitar un enfrentamiento directo con China, pues la “pérdida de China” ya no consistía en su alianza con la Unión Soviética, sino en la pérdida de más de 200 mil empleos generados por la exportación de \$11 mil millones de dólares a China y en la dependencia de la economía estadounidense de las importaciones baratas de China, que mantenían un bajo nivel de inflación (Herring, 2008).

En 1990, las exportaciones chinas al mercado estadounidense alcanzaron \$15 mil millones de dólares, tres veces más que los flujos a la inversa (Lenglet, 2010). Las sanciones de Washington contra Beijing por la opresión en Tiananmen encontraron una fuerte oposición en materia económica. Ése era justamente el espíritu de la estrategia de equilibrio indirecto de China contra la contención estadounidense. El crecimiento económico de China en los noventa ofreció vastas posibilidades de inversión a otros Estados, que no deseaban quedar marginados del mercado chino.

En 1992, el PIB de China creció 15% y los proyectos de inversión extranjera directa ese año alcanzaron los \$58.1 mil millones de dólares, cinco veces más que el año anterior. En 1993, la inversión extranjera directa alcanzó \$100 mil millones de dólares (Lenglet, 2010). El resto de los países en el sistema internacional entendieron que no podrían aislar a una economía dinámica y de gran tamaño como la china. El crecimiento económico de los noventa permitió que China expandiera su influencia en el Sudeste Asiático, cuestionando la presencia militar estadounidense en bases asiáticas y logrando la normalización de relaciones con Corea del Sur. Incluso, Reino Unido decidió negociar el retorno de Hong-Kong a China en 1997, a cambio de beneficiarse de dividendos del mercado chino (Lenglet, 2010).

El tamaño del mercado chino, su mano de obra barata y calificada, así como sus beneficios fiscales constituían ventajas competitivas de China y una nueva estrategia de negociación frente a

Estados Unidos. La amenaza de una alianza con la Unión Soviética ya no surtía efecto en el nuevo sistema unipolar, pero la amenaza con restringir el acceso al mercado chino al capital estadounidense representaba una nueva herramienta de poder en la estrategia de equilibrio de potencias chino. El comercio bilateral y la inversión estadounidense en China se convirtieron en aspectos fundamentales en la relación sino-estadounidense. En el período 1993-1999, ambos sostuvieron un intercambio comercial promedio de \$66,417 millones de dólares, con un superávit favorable a China, como se observa en la tabla 10 (United States Census Bureau, 2013).

Gradualmente, China se convirtió a principios del siglo XXI en uno de los principales socios comerciales de Estados Unidos y en uno de los principales destinos de la inversión extranjera directa estadounidense. En la tabla 11 se presenta la balanza comercial sino-estadounidense durante los primeros cinco años del siglo XXI; mientras en la tabla 12, se presenta el incremento de inversión extranjera directa de EEUU a China en los noventa. Por lo tanto, la relación económico-comercial otorgaba a China una nueva posición estratégica en los intereses estadounidenses.

Tabla 10

Comercio bilateral EEUU-China (1993-1999), en millones de dólares nominales

Comercio	1993	1994	1995	1996
Exportaciones	\$8,762.90	\$9,281.70	\$11,753.70	\$11,992.60
Importaciones	\$31,539.90	\$38,786.80	\$45,543.20	\$51,512.80
Total	\$40,302.80	\$48,068.50	\$57,296.90	\$63,505.40

Comercio	1997	1998	1999
Exportaciones	\$12,862.20	\$14,241.20	\$13,111.10
Importaciones	\$62,557.70	\$71,168.60	\$81,788.20
Total	\$75,419.90	\$85,409.80	\$94,899.30

Nota: Elaboración propia. Fuente: United States Census Bureau 2013.

Tabla 11

Intercambio bilateral EEUU-China en el período 2000 a 2005

Intercambio	2000	2001	2002
Exportaciones	\$16,185.20	\$19,182.30	\$22,127.70
Importaciones	\$100,018.20	\$102,278.40	\$125,192.60
Total	\$116,203.40	\$121,460.70	\$147,320.30
Balanza	-\$83,833.00	-\$83,096.10	-\$103,064.90

Intercambio	2003	2004	2005
Exportaciones	\$28,367.90	\$34,427.80	\$41,192.00
Importaciones	\$152,436.10	\$196,682.00	\$243,470.10
Total	\$180,804.00	\$231,109.80	\$284,662.10
Balanza	-\$124,068.20	-\$162,254.30	-\$202,278.10

Nota: Elaboración propia. Fuente: United States Census Bureau. 2012. Cifras en millones de dólares nominales estadounidenses.

Tabla 12

Inversión Extranjera directa de EEUU en China, en millones de dólares precios corrientes 2013

1990	1991	1992	1993	1994
\$354.00	\$426.00	\$563.00	\$916.00	\$2,557.00

1995	1996	1997	1998
\$2,765.00	\$3,848.00	\$5,150.00	\$6,350.00

Nota: Elaboración propia. Fuente: U.S. Department of Commerce: Bureau of Economic Analysis. 2012.

A inicios del siglo XXI, el ascenso de China se reforzó a partir de otro componente: el modelo de crecimiento económico. Durante los noventa, el gobierno estadounidense promovió en Asia y en el mundo la liberalización de flujos económicos, comerciales

y financieros, apoyado en instituciones que la hiperpotencia estadounidense había creado en el siglo XX, como el FMI y el Banco Mundial. En los noventa, el FMI recomendó la privatización de la economía. China se opuso tajantemente y prefirió reestructurar las empresas estatales para que compitieran en el mercado. En mismo período, el neoliberalismo proponía liberalizar la cuenta de capital de los países, permitiendo la convertibilidad de la divisa en los mercados internacionales. China también se opuso, manteniendo el control estatal sobre la entrada y salida de capitales, así como del valor de su moneda (Huang, 2008).

En el siglo XXI, China adquirió una consciencia del éxito de su ascenso, que fortaleció su confianza en el escenario internacional. El rechazo de China a permitir la liberalización de su moneda se justificó en la crisis asiática. El 2 de julio de 1997, el bath tailandés es objeto de ataques especulativos en mercados financieros inquietos por el crecimiento de la deuda tailandesa, provocando la devaluación de la moneda. El 11 de julio, el peso filipino se devaluó, siguiendo el 14 de julio las monedas malayas e indonesias. Dos meses más tarde, el FMI reconoció que las economías del Sudeste Asiático se encontraban en recesión. Las divisas perdieron el 80% de su valor (Lenglet, 2010). En medio de la crisis asiática, la preocupación de los Estados regionales era que China devaluara su moneda, lo cual agravaría la depreciación monetaria en los otros países. En este contexto, China anunció su solidaridad con los países asiáticos, rechazando la devaluación del yuan, a pesar de la pérdida de competitividad frente a las exportaciones de sus vecinos. Esta muestra de cooperación y solidaridad mejoró significativamente la posición de China en relación al Sudeste Asiático, pues se erigió como un pivote de estabilidad regional.

En el Noreste Asiático, la relación entre China y Corea del Sur se normalizó en 1992, incrementando el flujo de intercambios comerciales y de inversión entre los dos países. En el 2004, China reemplazó a EEUU como el principal socio comercial de Corea del Sur, convirtiendo al Estado surcoreano en el cuarto principal socio comercial de China. En el mismo año, Corea del Sur se posicionó como la tercera fuente de inversión extranjera directa para China (Kang D., 2007). El fortalecimiento de la relación bilateral entre

China y Corea del Sur convergió con el grado de influencia chino en Corea del Norte, que planteó un nuevo escenario para la Península en el siglo XXI: la posibilidad de una reunificación coreana, bajo el paraguas diplomático, económico y estratégico de China.

Desde los noventa, China desarrolló su propia estrategia de equilibrio directo e indirecto frente a Japón, la cual osciló entre la contención explícita y la diplomacia económica (Lampton, 2008). Gracias a la complementariedad de sus economías, Beijing y Tokio desarrollaron vínculos comerciales y de inversión, que ubicaron a ambos dentro de los principales socios comerciales en la década de los noventa (Nathan & Scobell, 2012). A diferencia de la relación con Rusia en los noventa, la cual se centró en institucionalizar la relación económica y política, la estrategia de China ha buscado contener la respuesta japonesa a su ascenso económico-estratégico; mientras mantuvo el interés en la transferencia tecnológica y de capital provenientes de Japón (Shambaugh, 2005).

Equilibrio indirecto por diplomacia

Al período de 1991-2005 se le considera unipolaridad ilimitado, dado que la hiperpotencia estadounidense comenzó a actuar asertiva y unilateralmente en el sistema. Estados Unidos invadió Iraq en 1991, intervino en el colapso de Yugoslavia, expandió la OTAN en Europa del Este, fortaleció su cooperación militar con Japón, estableció relaciones militares con Mongolia, Vietnam e India, impuso sanciones contra Corea del Norte e Irán y envió buques de guerra para defender a Taiwán ante una eventual invasión de China (Bin, 2005). El comportamiento de Estados Unidos en el sistema, durante el período mencionado, coincide con el análisis Neorrealista sobre la polaridad sistémica, donde la unipolaridad es considerada el menos estable de los sistemas, dado que no existen límites para la potencia hegemónica; mientras el resto de las potencias medianas buscarán maximizar su ascenso, provocando tensión en el sistema.

Un ejemplo de la actitud unilateral estadounidense en un contexto de unipolaridad fue la relación entre Estados Unidos y Rusia, otrora potencia hegemónica. Estados Unidos aprovechó la debilidad de los rusos para imponer modelos económicos y políti-

cos favorables a los intereses estadounidenses en el sistema. Por el contrario, China no buscó tomar ventaja de Rusia. Prefirió utilizar una estrategia neorrealista para institucionalizar su cooperación y mejorar la relación bilateral, garantizando la estabilidad en su frontera norte y meridional con Rusia y otros Estados centroasiáticos, para redistribuir su capacidad militar en la costa Este, frente al Estrecho de Taiwán (Jacques, 2009). China, en posición de potencia emergente, percibió a Rusia como una potencia estancada, pero con potencial, debido a su vasto territorio, su estratégica ubicación, sus recursos naturales y su tecnología, incluyendo nuclear y espacial. Construir una relación que sirviera a los intereses rusos y chinos, permitiría crear un marco de mutua atención hacia los intereses de seguridad del otro y equilibrar en Asia del Este a la hiperpotencia estadounidense.

Tanto Rusia como China se preocuparon por el ilimitado poder de Estados Unidos, en la primera década de unipolaridad. Por ende, decidieron firmar un acuerdo de sociedad estratégica en 1998. El crecimiento económico de China posiblemente represente una amenaza para la frontera noreste de Rusia, donde la migración china comenzó a fluir, tras la desmilitarización de la frontera. No obstante, el crecimiento en el intercambio comercial entre ambos países incrementó en el período 2000-2005, fortaleciendo la relación bilateral (Jacques, 2009). Rusia también ha sucumbido a la diplomacia económica de China. Si bien, la relación entre China y Rusia durante los noventa y los primeros años del siglo XXI se caracterizó por la colaboración económica, política y de seguridad; de acuerdo al neorrealismo, tiene un componente potencial de desconfianza entre dos Estados con aspiraciones hegemónicas. China supera a Rusia económica, militar y demográficamente. En los albores del siglo XXI, el equilibrio indirecto de China por diplomacia implicó un dilema para Rusia, sobre alimentar de petróleo y gas a un rival potencial o cooperar con China para frenar el expansionismo de la OTAN en Europa del Este o la intervención estadounidense en Medio Oriente y Asia (Jacques, 2009).

El cálculo racional de China y de Rusia sobre la configuración de poder regional, generó un nuevo acercamiento entre ambas potencias, manifestado en la “Declaración de Beijing”, la cual

fue anunciada en marzo de 1996, estableciendo un “pacto estratégico” sino-ruso. A partir del 2000, se institucionalizaron las reuniones anuales entre ambos países. En julio del 2001, ambos firmaron el “Tratado de Buen Vecino y Cooperación Amistosa”, el cual no era explícitamente un acuerdo de mutua defensa como en 1950, pero anunciaba un acuerdo para equilibrar el unilateralismo estadounidense, convergiendo en puntos como “mantenimiento del equilibrio estratégico global” (Nathan & Scobell, 2012).

Como parte del pacto de cooperación, el gobierno chino apoyó a Rusia en su oposición a la expansión de la OTAN en Europa del Este y ante las acusaciones de violación de Derechos Humanos de Rusia en Chechenia. En 1996, China fue anfitrión de la primera reunión anual de países de Asia Central (Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán), incluyendo a Rusia. La reunión concluyó con acuerdos de cooperación militar y la identificación de amenazas de seguridad en común, como el terrorismo, el fundamentalismo y el separatismo. No obstante, el principal logro de la reunión benefició la frontera oriental de China, pues los países signatarios acordaron desmilitarizar su frontera con China, retirando sus tropas cien kilómetros al interior (Taylor & Smith, 1996).

En el 2001, ingresó Uzbekistán al grupo, formando la Organización de Cooperación de Shanghái. Este mecanismo de integración regional aseguró la participación de China en Asia Central. Los resultados inmediatos de esta organización favorecieron a Beijing, pues garantizaron la seguridad de su frontera oriental, fortalecieron las relaciones militares entre China y Rusia, abrieron la oportunidad de participar a otros Estados con intereses regionales (Pakistán, India, Irán y Mongolia) y equilibraron la presencia de EEUU en Afganistán, solicitándole en el 2005 que estableciera una fecha para su retirada del país (Bin, 2005).

La cooperación sino-rusa no se limitó a la región asiática. En la ONU, China y Rusia cooperaron para restringir el impulso intervencionista de Estados Unidos en distintos puntos del planeta. En 1999, ambos bloquearon en el Consejo de Seguridad la aprobación para una intervención militar en Kosovo, la cual se emprendió de todas formas mediante la OTAN. Ambos también trabajaron para levantar las sanciones de la ONU contra Iraq y en el 2002 se

opusieron a la intervención militar estadounidense en Iraq, la cual se desarrolló de todas formas, mediante una colación entre EEUU, España y Reino Unido (Lampton, 2008). Durante los noventa y primeros años del siglo XXI, el tándem entre Rusia y China se opuso a la imposición de sanciones severas contra Corea del Norte, Irán y Sudán. Los esfuerzos diplomáticos de China, los cuales eran una arista de su estrategia de equilibrio indirecto, fueron respaldados por Rusia para atrasar, limitar y, en algunos casos, prevenir acciones de Estados Unidos en el sistema.

En un sistema internacional de orden unipolar, Rusia y China tuvieron un elemento significativo para cooperar: la asertividad de la hiperpotencia estadounidense. Su cooperación no implicó una estrategia de equilibrio directo, como durante la bipolaridad, pues habría debilitado aún más a Rusia y perjudicado el ascenso de China. Al contrario, la cooperación sinorusa en los noventa y principios del siglo XXI, dependió de la coordinada estrategia de equilibrio indirecto de China, que aprovechó la disponibilidad de Rusia para garantizar la estabilidad en su frontera norte y oriental; el suministro de armamento, tecnología y materia prima necesarios para el crecimiento de su poder comprensivo; y el apoyo diplomático para limitar el ejercicio del poder estadounidense en el sistema. Rusia temió por su seguridad ante la expansión de la OTAN en Europa del Este; mientras China temió por su ascenso, ante el incremento de la influencia estadounidense en su entorno económico y de seguridad. Ambas potencias tuvieron motivos para cooperar.

El ascenso económico-militar de China en los noventa y en el siglo XXI atrajo la atención de la hiperpotencia hegemónica y de otras potencias regionales como Japón. Era necesario que China asumiera un perfil bajo y declarara su intención de mantener la paz en el sistema para retirar la existente presión estadounidense o evitar una inmediata alianza entre EEUU y países vecinos para contener su ascenso. En la primera mitad de los noventa, China reconoció gobiernos, que previamente había desconocido, como el de Corea del Sur, Indonesia y Singapur. Formalizó relaciones con Vietnam, resolvió disputas territoriales con Rusia e India y estable-

ció una relación amistosa de vecindad con las repúblicas de Asia Central (Friedberg A. L., 2012).

Tras la crisis del Estrecho de Taiwán en 1995-1996, China reconoció que su asertividad podría provocar una reacción negativa por parte de Estados Unidos y Japón. Por ende, a mediados de los noventas, anunció el concepto de “Nueva Seguridad”, designado para asegurar al mundo sus intenciones pacíficas. China decidió aprovechar el contexto de normalización de relaciones con sus vecinos para firmar acuerdos de “sociedad” con Rusia en 1996 y en el 2001, con Japón en 1998, con Corea del Sur en 1998 y con Estados Unidos en 1997 (Friedberg A. L., 2012).

El crecimiento económico y militar de Beijing se sostuvo en los primeros años del siglo XXI, pero el país necesitaba de una nueva doctrina internacional para evitar la ansiedad y preocupación que su ascenso generaba en la región. En el 2004, el gobierno de Hu Jintao acuñó el concepto de “ascenso pacífico”, mediante el cual China reiteraba su compromiso de mantener la estabilidad y la paz sistémica (Bijian, 2005). El gobierno chino explicó en su nueva doctrina que entendía los problemas en la distribución de poder causados por otras potencias emergentes, pero solicitaba la confianza de la región para percibir el ascenso chino como una oportunidad y no una amenaza. El concepto de “ascenso pacífico” no convenció en su totalidad a la comunidad regional, desapareciendo del léxico oficial para ser remplazado por “desarrollo pacífico” (Friedberg A. L., 2012).

Las exhibiciones de poder militar estadounidense en los noventa y su tendencia a la intervención en asuntos internos de otros Estados, preocuparon a China. La invasión de Estados Unidos en Serbia, generó incertidumbre entre los estrategas chinos sobre la influencia de la ONU en las decisiones estadounidenses y sus aliados, así como ante el eventual escenario de que se repitiera una intervención similar en Xinjiang o en el Tíbet (Cohen, 2010). Por su parte, EEUU se preocupó por la respuesta china ante la crisis en el Estrecho de Taiwán de 1995-1996. A inicios del siglo XXI, Washington modificó su estrategia de *congagement* para dirigir esfuerzos de contención contra China. En abril del 2001, la colisión del avión espía estadounidense (EP3) contra un avión chino generó protestas

formales de China contra el gobierno de Estados Unidos, cuya disculpa fue negligente y tardía (Friedberg A. L., 2012). No obstante, Beijing evitó profundizar sus críticas contra Washington, pues su estrategia de equilibrio indirecto pretendía la estabilidad en el sistema, no la escalada de un conflicto potencial con la hiperpotencia estadounidense.

El tono asertivo y beligerante de la estrategia de contención de Washington contra Beijing a inicios del siglo XXI, disminuyó en intensidad a medida que EEUU requería de la cooperación de China en Asia. También era del interés de China mantener estable la relación bilateral, aprovechando la negligencia estadounidense en la región. Dos eventos demostraron la actitud de China. El primero fue evitar una escalada de conflicto en el Estrecho de Taiwán, cuando el gobierno de la isla declaró en el 2002 la existencia de dos países en cada lado del Estrecho. El segundo fue la abstención de China de vetar la invasión estadounidense en Iraq del 2003 ante el Consejo de Seguridad de la ONU (Schaller, 2002). China realizó cálculos racionales sobre el movimiento de independencia de Taiwán en el 2002 y sus intereses en Iraq en el 2003, contra la estabilidad de la relación bilateral con EEUU. Beijing concluyó que era prioridad la relación estable con Washington, pues el gobierno estadounidense no apoyaría la independencia de Taiwán en el marco de dos operaciones militares en Medio Oriente, arriesgando su relación con China. Además, dichas operaciones militares favorecerían, en el largo plazo, el ascenso regional chino, ante la ausencia prolongada estadounidense en Asia.

Conclusiones

El objetivo del tercer capítulo se cumplió al analizar la respuesta de China a la hegemonía estadounidense en el escenario unipolar y la reacción ambigua de Estados Unidos, explicada en el concepto de *congameant*. Las dos principales escuelas de las teorías de Relaciones Internacionales, la liberal y la realista, abordaron variables económicas, políticas y estratégicas para predecir el comportamiento de China en un sistema unipolar dominado por una hiperpotencia extranjera en Asia. En primera instancia, el realismo clásico habría supuesto una oposición vigorosa de China a la

hegemonía estadounidense a inicios de los noventa, emprendiendo una estrategia de equilibrio, que implicara el liderazgo de China en una coalición anti-hegemónica contra la hiperpotencia estadounidense.

Confrontada ante una superioridad evidente de Estados Unidos en materia económica, tecnológica y militar, China equilibró con pragmatismo el poder de la hiperpotencia en el sistema, a partir del fortalecimiento de alianzas con países regionales en su periferia; de la construcción de un marco institucional, que excluyera a Estados Unidos; del impulso a intercambios económico-comerciales entre China y la región; y del acceso al mercado en crecimiento chino y su apertura a los flujos de capital. Se puede afirmar que el equilibrio indirecto de China funcionó para restringir el ejercicio del poder estadounidense unilateral en el sistema, evitando la formación de una alianza entre Estados Unidos y rivales tradicionales como Japón y Vietnam, que participaran en una estrategia de contención al ascenso de China.

El equilibrio indirecto de China en el período se compuso de tres dimensiones. La primera fue el equilibrio indirecto por instituciones, el cual implicó la participación activa del país en instituciones regionales y mundiales existentes, como ASEAN y OMC, así como la construcción de nuevas instituciones regionales, que excluyeron a EEUU, como la OCS y ASEAN + 3. La segunda dimensión fue el equilibrio indirecto por políticas económicas, que consistió en otorgar o restringir a otros Estados el acceso a su mercado interno y la oferta de mano de obra barata para el capital extranjero, constituyendo elementos estratégicos que limitaron el equilibrio directo estadounidense en su contra. Finalmente, la tercera dimensión fue el equilibrio indirecto por diplomacia, el cual facilitó el establecimiento del pacto estratégico entre China y Rusia para limitar el ejercicio hegemónico de Estados Unidos en el sistema asiático; el anuncio de su estrategia de “desarrollo pacífico”, que garantizara las intenciones de ascenso en el sistema asiático; y el mantenimiento de la estabilidad de la relación bilateral con Estados Unidos.

El principal objetivo de la estrategia de China de equilibrio indirecto en los noventa y principios del siglo XXI, fue el estable-

cimiento de un entorno sistémico favorable a su ascenso; mientras desarrolló sus capacidades materiales (económico-militares) para incrementar su poder comprensivo en el sistema. Gracias a las reformas económicas, drásticas y audaces, de 1978, China alcanzó en los noventa un crecimiento de su Producto Interno Bruto, superior al 9%, que colocó al país a inicios del siglo XXI como una potencia económico-comercial de facto. Por lo tanto, el crecimiento económico sirvió a los intereses de seguridad de China, incrementando anualmente su gasto militar. En los noventa, Beijing demostró que había aprendido de las lecciones históricas sobre las carreras armamentistas, a través del colapso de la Unión Soviética e incluso de su propia historia imperial. Por ende, el gobierno chino logró, en la unipolaridad, un equilibrio entre la modernización militar y el desarrollo económico.

Sensibles a los desafíos estratégicos del escenario unipolar, China invirtió recursos en la modernización de sus fuerzas armadas, a través del concepto Revolución de Asuntos Militares, que implicaba la preparación de su ejército en guerras de alta tecnología. Para tal efecto, la doctrina militar china se recentró de una estrategia de los años sesenta de masas con un ejército principalmente terrestre, a una estrategia de profesionalización e informatización de las fuerzas armadas, a partir de la integración de las tecnologías de información en operaciones militares. El objetivo del crecimiento militar de China en el período, no se limitó a la preservación de su territorio, espacio marítimo y aéreo o a salvaguardar su interés nacional en Taiwán u otras latitudes regionales. Se presentó en una amplia perspectiva de ascenso hegemónico en el siglo XXI. La modernización militar a inicios del siglo XXI, cumplió con el objetivo de desafiar la tradicional supremacía estadounidense en Asia, mejorando el equipo y capacitación de las fuerzas convencionales de la potencia emergente para librar combates asimétricos en un contexto de guerra informatizada.

¿Cuál fue la respuesta de Estados Unidos al ascenso económico-militar de China en la región en los noventa y principios del siglo XXI? Fue una serie de estrategias ambiguas de cooperación y contención, definidas como *congagement*, que no lograron el objetivo de persuadir a China de disminuir o congelar el crecimen-

to de su presupuesto militar, ni la expansión de su influencia en Asia-Pacífico. En perspectiva, la estrategia de equilibrio indirecto de Beijing en el período tuvo mayor éxito que la estrategia ambivalente de *conagement* de Washington. La ambigüedad de la estrategia de *conagement* estadounidense se expresó en el conflicto del Estrecho de Taiwán. En 1995, Washington provocó a Beijing, concediendo la visita del presidente taiwanés en territorio estadounidense. En 1996, EEUU movilizó buques de guerra para evitar los bombardeos y la posible invasión de China a la isla. En 1998, Estados Unidos ratifica su política de reconocimiento a una sola China y su veto a la participación de Taiwán en instituciones internacionales.

Como se demostró, la estrategia de *conagement* fracasó al no contener el ascenso de China a principios del siglo XXI, manifestando ambigüedad en la relación sino-estadounidense. Por una parte, EEUU incrementó el despliegue militar en la periferia de China, fortaleció su acuerdo de seguridad con Japón, aumentó su venta de armamento a Taiwán, favoreció movimientos separatistas en el Tíbet y Xinjiang y presionó la apertura financiera de China. Por otra parte, Estados Unidos favoreció el acceso de China a la Organización Mundial del Comercio en 1999, y contribuyó a la modernización de China, facilitando su acceso a la economía global, a mercados de capital y tecnología, garantizando la seguridad de las exportaciones e importaciones chinas en los océanos mundiales, previniendo la remilitarización de Japón.

La confrontación China-Estados Unidos en el siglo XXI: Equilibrio asertivo y contención en el período 2006-2015

Introducción

De acuerdo a la teoría neorrealista, el primer quindenio del siglo XXI ha presentado la posibilidad real de cambios en la estructura y distribución del poder en el mundo y en particular en Asia. En la primera década del siglo XXI, se mantuvo un sistema unipolar, dominado por Estados Unidos, pero en la segunda década del siglo XXI, se observa un deterioro del poder comprensivo estadounidense por la emergencia de nuevos polos de poder, principalmente China, y por el sobreestiramiento imperial de la hegemonía estadounidense, a partir de las guerras en Medio Oriente y la crisis financiera del 2007-2009 (Zakaria, 2009). Debido a estos factores se puede afirmar, que estamos ante el posible nacimiento de un nuevo orden internacional multipolar, así sea en ciernes, donde coexisten distintas potencias regionales hegemónicas.

Mientras el poder comprensivo de Estados Unidos entró en un paulatino declive en el siglo XXI, China se encontró en una posición de crecimiento económico-militar de amplio alcance, que le permite influir en las relaciones institucionales y bilaterales de Asia, lo cual facilitó incidir en la naciente arquitectura regional, reafirmar sus reivindicaciones territoriales y establecer un conjunto de valores e intereses favorables a su ascenso (Inkenberry, 2013).

La manera en que China ejerza su poder en la región de Asia será un indicador importante sobre su conducta en el sistema internacional. Hasta las últimas décadas del siglo XIX, China era la potencia hegemónica en Asia del Este, dominando a los otros Estados, a través de un sistema tributario distinto al westfaliano de Occidente. Los Estados tributarios se reconocían inferiores en una estructura jerárquica en el sistema internacional, donde los componentes de la hegemonía china eran su poder económico y la superioridad de su sistema cultural, político y militar. El declive de China a finales del siglo XIX y el expansionismo japonés a principios del XX, provocaron el final del sistema tributario. El breve dominio de Japón en Asia del Este terminó con su derrota frente a Estados Unidos, quien se convirtió en la primera potencia hegemónica no asiática en la región.

Durante el siglo XX, China condujo su estrategia de equilibrio directo contra las hegemonías estadounidense y soviética para garantizar su supervivencia. Al inicio de la unipolaridad (1991-2005), China protegió su ascenso económico-militar, equilibrando indirectamente a la súper potencia hegemónica estadounidense. En lo que hemos determinado como el segundo período de la unipolaridad (2006-2015), China ha incrementado sus capacidades materiales y poder comprensivo, a partir de su ascenso económico-militar; ha implementado el equilibrio directo contra otros países asiáticos y la propia hegemonía estadounidense.

En la segunda década del siglo XXI, se observa en China una nación con mayor seguridad y audacia en sus decisiones, que sigue aprovechando su contribución mayúscula a la recuperación económica global reciente, para consolidar al mismo tiempo su presencia a nivel internacional (González J., 2014). A medida que China ha incrementado su poder comprensivo, sus aspiraciones hegemónicas se han manifestado en la asertividad de sus reivindicaciones territoriales contra países vecinos y en su oposición al *status quo* del sistema regional vigente. Por lo tanto, el ascenso de China en el siglo XXI, con tintes de aspiraciones hegemónicas en la región, se opone a la hegemonía regional estadounidense, presente desde mediados del siglo XX a la actualidad, provocando tensión regional.

El presente capítulo tiene por objetivo analizar el impacto sistémico de las estrategias de equilibrio directo e indirecto de China, así como el viraje regional de Estados Unidos en Asia, durante el período 2006-2015. El capítulo responderá a las preguntas sobre los motivos de China para cambiar la estrategia de equilibrio indirecto, la cual fue exitosa en los noventa, por una de equilibrio directo en el siglo XXI; y sobre cuál ha sido la respuesta de Estados Unidos y de los países regionales ante el ascenso de China en el sistema.

El capítulo se divide en dos partes. La primera aborda el equilibrio directo de China en la región y la implementación de la estrategia de contención de Estados Unidos. La segunda parte, presenta el regreso al equilibrio indirecto de China y la importancia geoestratégica de Taiwán en la transición sistémica. La idea central del capítulo es explicar que China percibió el declive regional de EEUU, a partir de la recesión del 2009; y pretendió modificar el equilibrio de potencias en Asia, a través de su expansión económica, comercial y diplomática en la región. No obstante, la reacción de contención estadounidense ante la asertividad china, modificó el cálculo estratégico de Beijing, regresando al equilibrio indirecto.

Equilibrio directo contra contención, período 2008-2010

Explicaciones del equilibrio directo de China en Asia del Este

Durante el gobierno del presidente Hu Jintao (2003-2013) se otorgó una importancia estratégica de la presencia china en el Mar Meridional, a fin de garantizar la apropiación de reservas de hidrocarburos y otros minerales, el control del tránsito de las principales rutas comerciales entre Asia Oriental, el Océano Índico y Europa y la posibilidad de proyectar su poder marítimo; toda vez que las islas artificiales servirían como porta-aviones fijos en la región, donde los aviones chinos se reabastecerían de combustible en la eventualidad de un combate (Hardy, 2014). A medida que consolida sus capacidades materiales, el gobierno chino reafirma sus reivindicaciones territoriales en el Mar Meridional, construyendo islas arti-

ficiales con pistas de aterrizaje en el archipiélago Spratly (Le Monde, 2015).

El equilibrio directo de China comenzó tras la recesión del 2008-2010, la cual representó un cambio drástico en el sistema internacional, pues el epicentro de la crisis fue Estados Unidos, la potencia hegemónica. A partir del 2008, Beijing percibió una debilidad sistémica de EEUU a nivel económico y militar. La recesión del 2008 y la prolongación de las guerras en Medio Oriente eran síntomas de un declive relativo estadounidense (Sutter, 2012). Al mismo tiempo, China consideró su ascenso económico-militar suficiente para adoptar una postura asertiva en temas de reivindicación territorial, frente a Japón y Estados del Sudeste Asiático, implementando el equilibrio directo para ratificar su interés nacional. Ante la asertividad del gobierno chino, la administración de Barack Obama (2009-2017) reaccionó con una política de viraje en Asia para contener la expansión de la influencia de China en la región, a costa de la supremacía estadounidense (Jisi, 2008). El neorrealismo considera que las transiciones sistémicas son potencialmente conflictivas, pues las potencias emergentes tienden a la asertividad en el sistema para confirmar su ascenso, provocando tensión con países vecinos y con la propia potencia hegemónica.

Los objetivos primarios del equilibrio directo de China en el 2008 fueron la perpetuación de su poder comprensivo; anunciar la defensa de su integridad territorial, a través de la postura sobre la reunificación de Taiwán y su reivindicación territorial en los Mares Oriental y Meridional; y mantener las condiciones adecuadas para la modernización de su economía, su milicia y el sector tecnológico (Sutter, 2012). Como se ha explicado, el interés nacional de China es garantizar la preeminencia regional en el siglo XXI, acumulando el suficiente poder comprensivo para que las otras naciones de Asia tomen en cuenta los intereses de Beijing en sus propias políticas. China considera que un Estado débil, debe aceptar la configuración de poder desfavorable, como sucedió cuando las potencias europeas invadieron China, durante el siglo XIX. Por lo tanto, un Estado fuerte o en vía de consolidación de poder, debe mejorar su posición y beneficios en el sistema (Lampton, 2014). Ello explica la visión estratégica china del escenario internacional post-

crisis financiera, donde las percepciones de Estados Unidos en declive paulatino tienen ramificaciones para la implementación del equilibrio directo contra Estados pequeños de Asia.

En un sistema unipolar, el poder colectivo de varios Estados pequeños no es suficiente para eclipsar el poder comprensivo de la potencia hegemónica (Gellman, 1992). Sin embargo, si un Estado con suficiente potencial para desarrollar su propio poder comprensivo emerge, la posición privilegiada de la superpotencia estaría en riesgo y el Estado emergente tendría los incentivos para perturbar el *status quo*. Por ende, el sistema de unipolaridad actual presenta las condiciones necesarias para que China, con un interés nacional (e internacional) de ascenso, busque la hegemonía regional y para que Estados Unidos, con un interés nacional (e internacional) de mantener su posición hegemónica, pretenda contener el ascenso chino y proteger su posición.

En el período 2008-2010, China se mostró asertiva y determinante, rechazando la apertura de bases militares estadounidenses en Asia y criticando los acuerdos de seguridad o ejercicios militares de Estados Unidos con Japón, Corea del Sur y Vietnam (Feldman, 2013). El gobierno de Hu Jintao comenzó, entre 2008 y 2010, a demostrar a los países vecinos, y a la propia hegemonía estadounidense, que estaba dispuesta a reaccionar a provocaciones.

El equilibrio directo de China demostró la confianza en su ascenso, que no se había percibido durante la bipolaridad y la primera década unipolar. El resultado inmediato del equilibrio directo de China en la región fue una escalada de tensiones en la relación de China con Vietnam, Japón y Filipinas, que alarmó a la potencia hegemónica estadounidense sobre el creciente poder comprensivo de China en el sistema. A partir del 2009, el gobierno estadounidense implementó una estrategia de contención, más clara y evidente que el *congameant*, contra el expansionismo chino. En el contexto de asimetría de poderes con Estados Unidos, en el 2010 Beijing debió regresar a su estrategia de equilibrio indirecto para responder eficientemente a la estrategia de contención implementada por Washington a partir del 2009 (Madeiros, 2009).

Equilibrio directo frente a Japón e India

Entre el 2007 y 2008, China y Japón mantuvieron la estabilidad en su relación bilateral, gracias al volumen del intercambio comercial entre ambos. Sin embargo, en el 2009, las relaciones de seguridad y políticas del gobierno chino en relación a Tokio se deterioraron. China reaccionó asertivamente al acercamiento entre Japón y Estados Unidos en el tema de Taiwán y a las reivindicaciones japonesas sobre las islas Diaoyu/Senkaku (Lee D. K., 2011). En su calidad de potencia emergente, el cálculo racional de Beijing frente a Tokio privilegió la competencia por la soberanía en el Noreste Asiático, que los intercambios económicos. El equilibrio directo de China contra Japón consistió en el envío de misiones de patrullaje cerca de las aguas soberanas japonesas, la intensificación de su competencia por el control de energía y recursos naturales en el Mar Oriental de China y en la modernización de sus fuerzas armadas con capacidad de despliegue en territorio japonés (Goldstein A., 2013).

El conflicto que inició el equilibrio directo de China contra Japón fue la soberanía de las islas Diaoyu/Senkaku. Se considera que el espacio marítimo del Mar Oriental de China, donde se encuentran las islas, contiene significantes depósitos de gas natural. Por lo tanto, en la lógica realista de competencia interestatal, resulta evidente que ambos países disputen el control de las dichas aguas, las cuales conferirían al país en posición de soberanía una importante ventaja en la competencia por adquirir recursos minerales, energéticos y alimenticios (Klare, 2013). El riesgo geopolítico de las islas Diaoyu/Senkaku, implica que el equilibrio directo de China contra Japón genere la necesidad japonesa de remilitarización, incrementando las posibilidades de un conflicto sobre sus reivindicaciones territoriales (Klare, 2008).

Entre el 2009 y 2010, China penetró el espacio aéreo japonés en 96 ocasiones, sobrevolando las islas en disputa y probando los alcances de la propia fuerza aérea japonesa (Stokes, 2011). La reacción estadounidense al equilibrio chino en el Noreste Asiático fue contener a China, a partir del fortalecimiento de la alianza de seguridad los gobiernos del ministro japonés Yoshihiko Noda y del presidente Barack Obama. A pesar del acercamiento entre Estados

Unidos y Japón, China mantuvo la estrategia de equilibrio directo contra Japón, con intervalos de equilibrio indirecto. En el 2011, el gobierno chino ordenó a sus fragatas, Yuzheng 310 y Yuzheng 311, patrullar las zonas económicas exclusivas del país (200 millas náuticas a partir del territorio reivindicado), junto con su fuerza aérea y corbetas ágiles como la Haijiang 51 (Luttwak, 2012). Tokio reaccionó a la violación de su espacio marítimo, catalogando a China como la principal amenaza para su seguridad (Przystup, 2014).

En el septiembre del 2012, el gobierno del primer ministro japonés, Yoshihiko Noda, provocó a China al nacionalizar tres de las cinco islas Diaoyu/Senkaku (Niquet, 2012). El anuncio de Japón rompió el *status quo* de las islas y tensó en lo sucesivo la relación bilateral. El representante del Ministerio de Asuntos Exteriores chino, Yang Jiechi, condenó el acto unilateral de Japón y anunció el envío de buques, fragatas y aviones caza a la región. A finales del 2012, China volvió a penetrar el espacio aéreo japonés, al enviar a un avión de caza chino a sobrevolar las islas Diaoyu/Senkaku. Japón reaccionó enviando dos aviones caza F-15. El gobierno chino replicó con el envío de otros dos aviones caza para contener la persecución de los F-15 japoneses. De inmediato Tokio solicitó explicaciones y disculpas sobre la violación de su espacio aéreo, pero Beijing respondió que el vuelo de su avión era comprensible y no presentaría disculpas, dado que las islas forman parte íntegra de su territorio (Le Monde, 2012). En diciembre del mismo año, cuatro buques chinos penetraron las aguas territoriales de Japón en las islas Diaoyu/Senkaku demostrando la determinación del gobierno chino por no ceder la soberanía del Mar Oriental (Le Monde, 2012).

La nacionalización de las islas Diaoyu/Senkaku representó un cambio brusco en las relaciones de poder del Noreste Asiático. Desde entonces, China ha reforzado su estrategia de equilibrio directo contra Japón. A mediados del 2013, cuatro barcos guardacostas se internaron en la zona de 22 km de las islas administradas por Japón (Le Monde, 2013). En noviembre del 2013, el ejército chino declaró una zona de identificación de defensa aérea, que incluyó a las islas Diaoyu/Senkaku (Le Monde, 2013). Nuevamente, la zona de identificación de defensa aérea mostró la determina-

ción de Beijing por no ceder en su reivindicación territorial, incluso si ello implica un conflicto armado con Tokio. De hecho, entre febrero y abril 2014, China volvió a equilibrar directamente la posición japonesa, enviando mensualmente un grupo de patrullaje, compuesto por tres guardacostas a aguas soberanas de Japón (Le Monde, 2014).

En cuanto al equilibrio de potencias entre China e India, la elección del nacionalista Nerendra Modi como primer ministro de India en el 2014 ha provocado una postura de equilibrio indirecto de India frente a la expansión china en el Océano Índico. India ha evitado una asociación directa con el sistema de alianzas que propuso Obama con Australia y Japón; pero ha desarrollado la capacidad tecnológica para detectar submarinos y barcos chinos en las costas de Sri Lanka y Pakistán. El gobierno indio entiende que estaría en desventaja frente a un conflicto militar abierto con China y no puede desarrollar una estrategia abiertamente de contención ante el ascenso de su vecino chino.

De hecho, entre el 2013 y 2015 se produjeron varios conflictos fronterizos en la región disputada de Cachemira entre los ejércitos indios y chinos. La escalada militar de ambos lados provocó una serie de reuniones entre los presidentes Modi y Xi Jinping a fin de evitar un conflicto de mayor alcance. Nueva Delhi desconfía de la creciente expansión de Beijing en Asia del sur, sobre todo de la militarización fronteriza y de la construcción de puertos controlados por China en el Océano Índico, que podrían funcionar como bases militares chinas. A nivel estratégico, el financiamiento de Beijing a los puertos de Gwadar en Pakistán en el 2015, Hambantota en Sri Lanka en el 2016 y la base naval de Djibouti en el 2017 facilitará la operación y maniobras del ejército chino en Asia del Sur. Por lo tanto, en la segunda década del siglo XXI, el gobierno indio ha optado por desarrollar sus capacidades materiales para hacer frente a una capacidad de altamar del gobierno chino y proteger su frontera de un posible ataque proveniente de Pakistán o de China.

Equilibrio directo de China en el Sudeste Asiático

El sistema anárquico, definido como la ausencia de una entidad que regule las relaciones interestatales, genera las condiciones de

dilema de seguridad, donde los Estados deben decidir entre enfrentar posibles desafíos o esperar a que se materialicen (Jervis, 1978). Por ende, esperar a que se materialice o no una amenaza, implica para el Estado un alto riesgo de perder su soberanía frente a otro actor. El ascenso de China en el siglo XXI ha planteado un escenario incierto para los países del Sudeste Asiático sobre su política a seguir en materia de reivindicaciones territoriales. Entre 1990 al 2005, China había garantizado a los países vecinos que su crecimiento reportaría beneficios económico-comerciales a la región y que no representaría una amenaza a su seguridad. El paradigma del “desarrollo pacífico”, sustentado en el equilibrio indirecto, cambió tras la crisis del 2008, que exhibió debilidades estructurales de Estados Unidos, el garante de la seguridad en Asia del Este (Morris, 2009). Además, la dependencia económica de los países del Sudeste Asiático del mercado chino y los avances en la modernización militar del país, generaron confianza en el poder comprensivo de China para manifestar una posición asertiva frente a otros actores, como Vietnam y Filipinas, en el tema de reivindicaciones territoriales a partir del 2009.

La importancia de controlar el Mar Meridional o Mar del Sur de China en el siglo XXI radica en su posición geoestratégica, la cual permite una proyección de poder desde el desierto de Sahara, hasta el archipiélago de Indonesia, contando con el Estrecho de Malaca como su principal acceso a rutas marítimas (Kaplan, 2014). El dominio funcional del Mar Meridional de China servirá como plataforma a China para ascender como potencia de dos océanos, teniendo acceso al Pacífico y al Índico. En el 2009 y 2010, la relación de China con Vietnam y Filipinas se deterioró gravemente por las reivindicaciones territoriales de los actores en el Sudeste Asiático. El equilibrio directo de China contra sus principales rivales del Sudeste Asiático, Vietnam y Filipinas, se fundamentó en la construcción de bases para submarinos con capacidad nuclear y un sistema de misiles en la isla de Hainan (Twomey, 2013); con el despliegue de sistemas de misiles chinos en la región, como medios disuasivos; y con el desarrollo de submarinos estratégicos de ataque (Murray, 2004), que han comenzado a operar lejos de la

costa china y tienen la capacidad de coordinar ataques con buques de guerra (Albon, 2010).

Conscientes de su estatus como Estados pequeños ante la potencia emergente de China, Vietnam y Filipinas optaron por la estrategia de *bandwagoning*, formando una coalición de Estados del Sudeste Asiático contra el expansionismo de China y solicitando la intervención de la potencia hegemónica estadounidense para garantizar su seguridad. Primero, Vietnam aprovechó el marco de la reunión de ASEAN en el 2010, para acusar a China como agente de inestabilidad regional y formar una coalición que contuviera su emergencia como potencia (Luttwak, 2012). En mayo del 2011, durante otra reunión de ASEAN, Filipinas intentó nuevamente formar una coalición contra el ascenso de China, que incluyó a Vietnam, Brunei y Malasia (Pañares, 2011). Los Estados miembros de ASEAN, principalmente Indonesia, se abstuvieron de formar una coalición que equilibrara a China (Economic Times, 2011), debido a la dependencia económico-comercial de los países regionales con el mercado chino. Al no funcionar la estrategia de coalición, tanto Vietnam como Filipinas recurrieron a Estados Unidos para contener las reivindicaciones regionales chinas (Kaplan, 2014).

Vietnam y Filipinas se oponen a China sobre la soberanía de las islas Paracel y Spratly, basados en un uso histórico desde el siglo XVII. El único rival con cierto peso estratégico para China en el conflicto del Mar Meridional es Vietnam, pues otros actores con intereses en dichas aguas no oponen la misma resistencia a la hegemonía china. Por ejemplo, Malasia está geográficamente distante de los archipiélagos; Indonesia no tiene una política exterior definida en relación a dichas aguas; Filipinas no tiene una fuerza naval con la capacidad de enfrentar a China y Singapur no cuenta con el tamaño suficiente (Kaplan, 2014). Del 2009 a la fecha (2021), el equilibrio directo de China contra Vietnam y Filipinas ha consistido en el patrullaje regular en el Mar Meridional y en la construcción de bases de submarinos nucleares en la isla. En septiembre del 2012, China puso en servicio su primer portaviones, el Liaoning, con sede en la isla de Hainan, en el Sudeste Asiático, donde reforzará la proyección de poder de China en las islas reivindicadas (Pflimlin, 2012). En el 2015, inició la construcción de su se-

gundo portaaviones, Shandong (17) que entró en operaciones en el 2017.

Sin embargo, la asertividad del equilibrio directo de China en el siglo XXI ha provocado el acercamiento de países de Asia del Este con Estados Unidos, entre el 2009 y 2011, pero no ha generado una coalición estable de Estados para contenerla. Por su parte, el gobierno chino no ha encontrado una oposición unificada y determinante como respuesta a la fractura del equilibrio y distribución del poder en Asia del Este por su ascenso económico-militar. Al contrario, en el Sudeste Asiático no existe el país que pueda rivalizar seriamente a China (Feldman, 2013).

Equilibrio directo de China frente a Estados Unidos

De acuerdo a la escuela realista de relaciones internacionales, las potencias hegemónicas y emergentes constituyen los principales actores en el sistema. Si bien los autores realistas difieren sobre la estabilidad de los sistemas unipolar, bipolar, tripolar o multipolar, todos coinciden en que son los momentos de transición sistémica, los que provocan tensión e inestabilidad en el escenario internacional. La teoría de la transición realista sostiene que el período cuando una potencia emergente alcanza la paridad con la potencia hegemónica es el más inestable y potencialmente conflictivo, describiéndolo como “punto de encuentro” (Kugler & Tammen, 2012). En este período de transición es probable que la potencia hegemónica emprenda estrategias de contención o, incluso un ataque preventivo, para evitar el ascenso de la potencia rival. Al mismo tiempo, la potencia emergente implementará estrategias de equilibrio directo o indirecto, para garantizar su ascenso. La aspiración de China, como potencia emergente, a recuperar su posición de potencia hegemónica asiática en el siglo XXI, contrasta con el objetivo estratégico estadounidense a mantener el *status quo*.

El equilibrio directo de China frente EEUU y Estados rivales en Asia ha impulsado el presupuesto de defensa, cuyo crecimiento ha sido superior al 10 por ciento durante años, ha oscilado en el siglo XXI oficialmente entre \$116 mil millones de dólares y \$180 mil millones (Hille, 2013), como referencia, observar la tabla 13, que muestra un comparativo de presupuestos militares de

los principales actores de seguridad en la región. Cronológicamente en la segunda década del siglo XXI, China comenzó a operar en el 2011 su primer portaviones y anunció su intención de construir varios más. En el 2012, la prensa oficial informó sobre el ambicioso plan de desarrollar misiles con capacidad de transportar varias ojivas, comprometiendo el escudo antimisiles de Estados Unidos. Además, durante los primeros quince años del siglo XXI, el ejército chino ha trabajado en la construcción de submarinos con misiles capaces de evitar los sistemas de alerta estadounidenses y ha invertido en la construcción de un programa espacial a fines civiles y militares (Bradsher, New York Times, 2012). A pesar de los significativos avances en modernización militar, el pilar del equilibrio directo de China frente Estados Unidos es el sistema anti-acceso y de negación aérea, el cual, aún en su fase de desarrollo, compromete el despliegue de fuerzas armadas estadounidenses en la región.

Tabla 13

Comparativo de inversión militar en Asia del Este
en el período 2006 al 2013

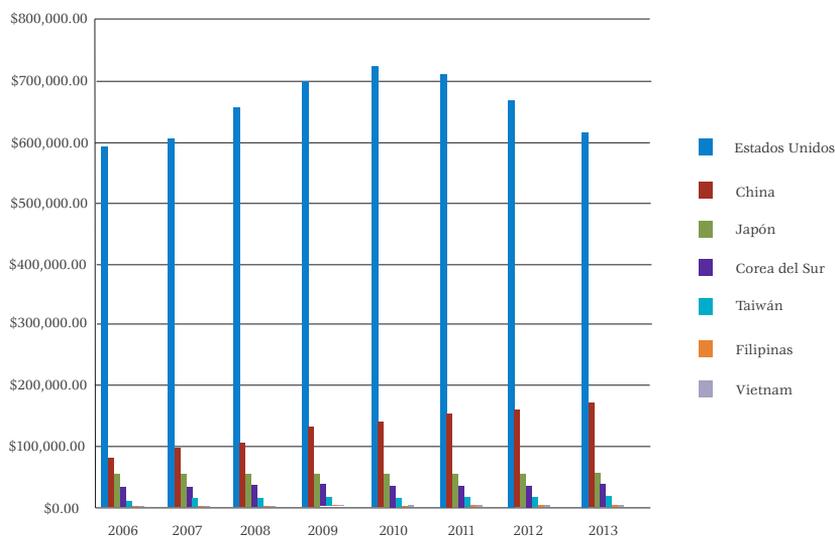
País	2006	2007	2008	2009
EEUU	\$588,837.00	\$604,292.00	\$649,003.00	\$701,048.00
China	\$83,928.00	\$96,782.00	\$106,640.00	\$128,734.00
Japón	\$60,892.00	\$60,574.00	\$59,140.00	\$59,735.00
Corea del Sur	\$25,613.00	\$26,773.00	\$28,525.00	\$30,110.00
Taiwán	\$9,031.00	\$9,556.00	\$9,730.00	\$10,478.00
Filipinas	\$2,401.00	\$2,630.00	\$2,630.00	\$2,532.00
Vietnam	\$1,850.00	\$2,386.00	\$2,350.00	\$2,581.00
País	2010	2011	2012	2013
EEUU	\$720,282.00	\$711,338.00	\$671,097.00	\$618,681.00
China	\$136,239.00	\$147,268.00	\$159,620.00	\$171,381.00

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

País	2010	2011	2012	2013
Japón	\$59,003.00	\$60,452.00	\$59,571.00	\$59,431.00
Corea del Sur	\$29,912.00	\$30,884.00	\$31,484.00	\$32,352.00
Taiwán	\$9,904.00	\$9,998.00	\$10,566.00	\$10,288.00
Filipinas	\$2,657.00	\$2,701.00	\$2,739.00	\$3,208.00
Vietnam	\$2,878.00	\$2,686.00	\$3,128.00	\$3,205.00

Comparativo de inversión militar en Asia



Nota: Elaboración propia. Gasto militar por país, expresados en millones de dólares, precios constantes 2011. Fuente: Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) 2013.

Por primera vez en la historia de la unipolaridad, a partir del 2008 China ha desarrollado una fuerza anti-acceso y de negación-aérea capaz de romper el “collar de perlas” estadounidense, comprometiendo la posición de garante de seguridad de Estados Unidos en Asia del Este (Cliff, Burel, Chase, & Eaton, 2007). La adquisición de las capacidades anti-acceso de China es un baluarte

de su estrategia de equilibrio directo frente Estados Unidos en la región, pues tiene el potencial de prevenir a las fuerzas navales y aéreas estadounidenses de intervenir a favor de Taiwán, en el marco de un conflicto en el Estrecho; y tiene el potencial de ampliación de sus capacidades anti-acceso al Mar Meridional de China, cubriendo las aguas disputadas con Filipinas y Vietnam, e incluso más allá de las islas Palao y Guam al suroeste del Océano Pacífico (Mahnken, 2011). De lograr la ampliación del anti-acceso, el sistema de Asia del Este sufriría un cambio drástico en la distribución del poder, pues China, potencia continental, dominaría la región frente a Estados Unidos, una potencia tradicionalmente marítima.

Como ejemplo de la determinación de equilibrar directamente a la potencia hegemónica en aparente declive, una flotilla china bloqueó en marzo del 2009 el acceso a una patrulla naval estadounidense, "The Impeccable", en el Mar Meridional. "The Impeccable" estaba colocando cables sonares, presuntamente para localizar submarinos. La flotilla china intentó cortar dichos cables y evitar que la nave estadounidense se retirara. La administración de Obama envió un destructor al área, facilitando la retirar de "The Impeccable" (Shanker, 2009). Este incidente refleja el conflicto de intereses y posiciones entre la potencia hegemónica actual y la potencia hegemónica emergente. En enero 2011, la Secretaría de la Defensa estadounidense, anunció públicamente su determinación para enfrentar efectivamente con el desarrollo militar de China (Bumiller, 2011).

Consciente de la reacción estadounidense, Beijing ha realizado en los últimos 10 años avances en la modernización de sus fuerzas armadas. China ha invertido en el desarrollo de sistemas espaciales, que amplían el área de espionaje, supervisión y reconocimiento de su milicia, así como el desarrollo de sistemas antisatélites para equilibrar la vigilancia y otros esfuerzos relativos de rivales estratégicos (Tellis A., 2013). China ha adquirido misiles cruce-ro con capacidad de rango, velocidad y precisión mejorada, los cuales se complementan con los programas de misiles balísticos, que contenga a misiles intercontinentales (O'Rourke, 2014). El ejército chino cuenta con sus propios barcos armados con capacidad antibuque, antisubmarino y armamento aéreo (Strecker, 2000). En

cuanto a su fuerza aérea, Beijing ha desarrollado un avión caza multirol, con sistemas avanzados de misiles aéreos, capacidad de recargar combustible aéreo y aviones no tripulados. A las fuerzas terrestres se les capacitó para emprender operaciones especiales y capacidad de invasión anfibia (Goldstein L., 2010). El progreso de China en la modernización de sus fuerzas navales, aéreas y terrestres es congruente con sus aspiraciones para competir por la hegemonía regional con Estados Unidos (Defense, 2010).

En los primeros quince años del siglo XXI, El ejército estadounidense se mantiene como la potencia militar en la región, gracias a su fuerza naval y aérea. No obstante, es posible que reduzca el número de submarinos y portaviones, debido a recortes presupuestales relacionados con su déficit. Por su parte, la marina china está creciendo significativamente en la región, construyendo e importando sus sistemas de misiles DF-21 y buques de guerra. Si China expande su flotilla de submarinos a 78, como se planeó, alcanzará la paridad con la flotilla estadounidense en cantidad (Kaplan, 2010). Los nuevos submarinos chinos son ágiles y silenciosos, adecuados para navegar en los congestionados litorales de Asia del Este. El submarino estratégico es un pilar del equilibrio directo de China, fortaleciendo la zona antiacceso y de negación de aérea que construye en la región. Por ello Beijing está construyendo una base subterránea para 20 submarinos nucleares en la isla de Hainan en el Mar Meridional de China (Marshall, 2010). La fuerza naval china proyectará a una potencia emergente, tradicionalmente continental, a operaciones en mar abierto, lo cual desafía directamente a la hegemonía marítima estadounidense.

Si China mantiene su crecimiento y modernización militar, es probable que posea en el 2050 nueve portaviones en los Océanos Pacífico e Índico, alcanzando la paridad con Estados Unidos (Kaplan, 2014). Beijing pretende equilibrar directamente a cualquier rival marítimo, especialmente al desplegado por la potencia estadounidense, a través de una transición gradual de una marina de tipo defensivo a otra de tipo control, que opere en mar abierto (Erickson, 2012). A la par de su estrategia defensiva de antiacceso, es probable que China desarrolle en un futuro una estrategia ofensiva designada a destruir portaviones estadounidenses. De hecho,

se espera que entre el 2018 y 2020, China desarrolle una quinta generación de aviones caza (Ross, 2009), para reforzar su zona de exclusión aérea.

En el marco del dilema de seguridad entre las potencias china y estadounidense, en el 2007 Beijing probó exitosamente un arma antisatélite. En el sistema internacional, los avances tecnológico-militares de una nación son interpretados en otra como una amenaza a su seguridad, forzándola a desarrollar sus propias capacidades. A principios del 2008, Washington utilizó la misma tecnología para destruir un satélite viejo, demostrando a China su habilidad y precisión de respuesta (Lampton, 2014). Cualquier avance en el programa espacial de China, con fines civiles o militares, será interpretado por Estados Unidos como una potencial amenaza a su operación militar, cuya base central es la coordinación de unidades por satélites y sistemas GPS.

De acuerdo al neorrealismo, los Estados tienden a evaluar las intenciones, poder y capacidades de otros Estados en el sistema, para calcular movimientos en la configuración del poder internacional. Por ende, la preocupación e incertidumbre de potencias hegemónicas, cuando un nuevo actor comienza su ascenso desarrollando sus capacidades tecnológico-militares, su crecimiento económico y su proyección geoestratégica de poder. En el 2011, China anunció su plan para lograr un aterrizaje en la luna de una nave tripulada (Lampton, 2014), y en junio 2012, China lanzó su cápsula tripulada, Shenzhou 9, para vincularla con módulo en órbita, el Tiangong I. La misión fue un éxito del avance tecnológico de China. La administración de Obama reaccionó alarmando a la comunidad internacional sobre los riesgos que la presencia de China tendría en la luna para el sistema internacional (Hickman, 2012).

El objetivo del equilibrio directo de China es el mismo que en la década de los sesentas: disuadir a su rival, ganando la batalla sin necesidad de una confrontación real. China pretende acelerar el crecimiento y modernización de sus capacidades militares ofensivas y defensivas para incrementar el costo de una operación militar de Estados Unidos en el Estrecho de Taiwán o en el Mar Meridional de China. Ello implica que la relación bilateral en las próximas décadas será definida principalmente por el potencial de Chi-

na para proyectar su influencia marítima en Asia, y no sólo por asuntos globales como el comercio, el cambio climático o los Derechos Humanos. A pesar del avance en la modernización naval, nuclear, aérea y espacial, China no posee en la actualidad la capacidad de vencer a Estados Unidos en un conflicto armado. En el escenario de un conflicto, Estados Unidos tiene la posibilidad de imponer un bloqueo marítimo contra China, cerrando sus principales líneas de aprovisionamiento (Ross & Feng, 2008), y utilizar su acuerdo de seguridad con Japón para intervenir en el frente del Noreste Asiático.

Por lo tanto, la estrategia de equilibrio directo de China se ha desarrollado en paralelo con la de equilibrio indirecto, en el marco de una distribución de poderes asimétrica entre China y Estados Unidos, en el período Post-2009. En noviembre 2012, China anunció que la inversión en la defensa nacional y fuerzas armadas sería en proporción a la posición del país en el sistema internacional, cumpliendo con sus necesidades de seguridad y desarrollo (Xinhua, 2012). Ello demuestra la confirmación de las aspiraciones hegemónicas de China en la región. De hecho, Beijing ha reafirmado su intención por competir en el desarrollo de sus sectores tecnológicos, cuya aplicación militar desafía el poder comprensivo de Estados Unidos. Por ejemplo, a finales del 2013, el programa espacial chino logró colocar un vehículo de exploración sobre la luna, el Chang'e 3, convirtiéndose en la tercera potencia, después de Estados Unidos y la Unión Soviética, en lograr operar sobre la Luna (Le Monde, 2013); y en enero 2014, el ejército chino probó con éxito un misil de largo alcance con ojiva nuclear, capaz de recorrer 8 mil kilómetros y golpear objetivos en territorio estadounidense (Le Monde, 2014). Estos avances ejemplifican el cambio gradual en la distribución de poder en Asia del Este.

Contención de Estados Unidos frente a China

Inicios de la contención y viraje de Estados Unidos en Asia

La contención de la administración Obama frente China en el período 2009-2017 se fundamentó en el viraje estadounidense en

Asia, la preocupación por el ascenso militarista de China en la región, el fortalecimiento de sus alianzas y en la expansión económica, diplomática y militar de EEUU en la región (Bader, 2012). No es casualidad que el equilibrio directo de China en Asia comenzara en el 2009. La crisis financiera de 2008, cuyo epicentro fue Estados Unidos; y la prolongación de las guerras en Iraq y Afganistán provocaron que Washington iniciara un declive relativo de su estatus como hiperpotencia (Goldstein A., 2013). El rápido ascenso económico-militar de China y el gradual desplazamiento de la influencia estadounidense en la región por el expansionismo chino, generaron un viraje estadounidense en Asia, basado en su estrategia de contención de China para recuperar terreno en la esfera económica y diplomática, asegurando su posición como potencia militar (Gates, 2009).

Detener el ascenso de China implica frenar su crecimiento económico, del cual depende su inversión militar. Una política de contención estadounidense frente a China, distaría de la aplicada contra la Unión Soviética, pues resulta imposible frenar el crecimiento económico de China, sin afectar a la economía global (Art, 2003). Si bien el gobierno de Obama buscó una participación activa en foros y organismos de Asia del Este, su estrategia de contención tuvo por componentes principales la esfera militar y la económica. Competir contra China económicamente implicaba reducir su influencia en las redes económico-comerciales de la región, a partir de acuerdos de integración económico-comercial, y desplazarla como primer socio comercial en Asia del Este, lo cual se percibió desde su inicio como un objetivo complicado. La contención militar, por otra parte, ha dependido en el siglo XXI de la redistribución de bases militares estadounidenses en la región, el fortalecimiento de sus alianzas de seguridad con India, Japón, Corea del Sur y Australia, en el desarrollo de nuevas alianzas de seguridad en el Sudeste Asiático, en la venta de armamento defensivo a Taiwán y en el mantenimiento de su superioridad militar tecnológica y operativa (Sutter, 2012).

Contención diplomática de Estados Unidos

Entre el 2009 y 2010, Estados Unidos fortaleció la relación de seguridad con sus aliados tradicionales en la región, como Japón y en menor medida Corea del Sur. Además, buscó el acercamiento entre oficiales de las milicias estadounidenses, vietnamitas y filipinas para abordar en conjunto las amenazas a la seguridad, provenientes de la asertividad de China. A partir del 2010, el gobierno de Obama buscó fortalecer sus alianzas, especialmente con Japón, a través de la revisión de su acuerdo de seguridad y con Australia, a partir de la apertura de la base militar; mientras construyó relaciones de seguridad con India, Vietnam, Indonesia y Filipinas. Al mismo tiempo, la contención estadounidense implicó una mayor participación estadounidense en las organizaciones regionales y una reinserción en las redes de producción y comercialización regional (Bader, 2012).

En el 2009, Estados Unidos lanzó la Iniciativa de Mekong Inferior, que agrupó a Vietnam, Camboya, Laos y Tailandia, excluyendo a China, sobre cuestiones de pesca y recursos hidráulicos en la región (AMCC, 2012). A partir del 2009 Estados Unidos se acercó a Filipinas, Indonesia y Vietnam para contener equilibrar la reciente presión de China sobre estos últimos (Twomey, 2013). En el marco del Foro Regional ASEAN sobre la seguridad, celebrado en Vietnam en el 2010, Estados Unidos anunció su postura de incluir el libre tránsito por el Mar Meridional de China en su política de seguridad, respondiendo al equilibrio directo de China, que había movilizado a su marina en la región dos años antes (Bader, 2012). La importancia del Mar Meridional de China para Estados Unidos es mantener abierto el acceso a las rutas marítimas en el Estrecho de Malaca, ubicado entre Malasia e Indonesia, por donde transita el 40% del comercio internacional (Kaplan, 2009).

Durante los noventa y primeros años del siglo XXI, Estados Unidos no se interesó en la construcción institucional de Asia del Este. Los motivos eran la característica voluntaria para asumir acuerdos en el institucionalismo asiático y la inversión masiva de atención y recursos de Estados Unidos en los frentes de guerra en Afganistán e Iraq (Emmers, 2011). En el 2009, Estados Unidos entendió que para contener la influencia de China en el instituciona-

lismo asiático, debía terminar con su negligencia y apatía en organismos como ASEAN, reactivando su participación y enviando oficiales de alto rango a las reuniones. Estados Unidos envió a su primer embajador ante ASEAN y abrió sus propias oficinas representativas en la base de ASEAN en Yakarta, Indonesia (Sutter, 2009). Ante el éxito de la contención diplomática de Estados Unidos al reinsertarse en el institucionalismo asiático, China siguió su ejemplo nombrando embajador ante ASEAN y abriendo su propia oficina en Yakarta, pero su reacción tardía se percibió como un intento desesperado por evitar que Estados Unidos ganara influencia regional a su costa.

Contención económica

Además de la participación en ASEAN, Estados Unidos decidió fortalecer sus vínculos económico-comerciales con la región. En el 2009, anunció su participación en el Acuerdo de Integración Transpacífica (TPP por sus siglas en inglés) (González J., 2013). En el 2011, durante la reunión de APEC, la administración de Barack Obama señaló que el TPP tendría un nivel prioritario como parte de su política exterior. El TPP fue diseñado con cláusulas sobre medio ambiente y mercados financieros que impiden la adhesión, en la práctica, de economías planificadas como China. Por lo tanto, se puede interpretar que el lanzamiento del TPP por Estados Unidos formó parte de la estrategia de contención económica del gobierno de Obama ante la consolidación de China como principal socio comercial en la región (Xinhua, 2011)

Otra dimensión de la contención económica de Estados Unidos contra China es su constante presión en el siglo XXI a la revaluación del yuan chino. Estados Unidos acusa a China de mantener subvaluada su moneda artificialmente, agravando el déficit comercial bilateral. En el 2005, las presiones del gobierno de George W. Bush lograron que China revaluara su moneda de 8.28 yuanes (RMB) por dólar a 8.11. A mediados del 2008, el RMB se ubicó en 6.82 por dólar, siguiendo una progresiva revaluación por otros tres años, hasta ubicarse en 6.40 RMB por dólar en el 2011 (Rikards, 2012). Entre el 2005 y 2011, China se vio forzada a revaluar su moneda por dos razones: la amenaza de Estados Unidos de eri-

gir barreras arancelarias contra países manipuladores de divisas y por la preeminencia del dólar en el sistema, que permite a Estados Unidos la impresión ilimitada de su moneda, la cual sirve como la principal reserva del mundo. China mantiene vinculado el RMB con el dólar estadounidense. Por lo tanto, la impresión masiva de dólares estadounidenses en el 2009 y 2010, provocó que China no pudiera absorber los nuevos dólares, sin causar inflación en su propia economía (Rickards, 2012).

A medida que China rechazaba revaluar su moneda, importaba inflación de Estados Unidos. En el período 2010-2011, Estados Unidos forzó el incremento del costo de producción de China, presionando por dos frentes: la revaluación o la inflación. De cualquier manera, la revaluación del RMB tendría un impacto marginal en la balanza comercial estadounidense. El déficit comercial de Estados Unidos no se determina por el tipo de cambio, sino por su extremadamente bajo nivel de ahorro y extremadamente alto nivel de consumo, en relación al resto del mundo, y especialmente China (Kirschner, 2008).

Contención militar

Estados Unidos ha basado su contención militar en Asia en el sistema de “collar de perlas”, el cual establece una zona de domino naval y aérea, que impone un alto costo de acción a cualquier rival estratégico con aspiraciones de proyectar su poder en el Océano Pacífico (Pollack, 1993). El carácter disuasivo de esta estrategia de contención sugiere que ningún rival potencial podría surgir, dado que las capacidades militares estadounidenses mantendrían la superioridad y el costo estratégico de la operación del oponente excedería por mucho al beneficio. Durante los primeros 15 años de bipolaridad, Estados Unidos manejó adecuadamente esta estrategia de contención.

Ante el actual desafío geoestratégico del ascenso chino, Washington ha respondido con una estrategia de contención fundamentada en el fortalecimiento de su alianza con Japón, quien, a su vez, percibe un beneficio en el apoyo militar y estratégico estadounidense para garantizar su seguridad frente a China. Por ejemplo, en el 2010, Estados Unidos ratificó su acuerdo de coope-

ración y seguridad de 1960 con Japón, incluyendo a las islas Diaoyu/Senkaku. Una prueba del fortalecimiento de esta alianza fue el Ejercicio Naval de la Cuenca Pacífico (RIMPAC, por sus siglas en inglés), celebrado en el 2012, donde se excluyó deliberadamente la participación de China (Hayashi, 2012).

El 27 de mayo 2015, nuevamente el gobierno de Obama manifestó su voluntad de contener la expansión china en el Mar Meridional, solicitando a China de detener las construcciones en el archipiélago disputado de Spratly (Whitlock, 2015). Estados Unidos acusó a China de amenazar la seguridad en Asia-Pacífico al pretender apropiarse, de manera unilateral, el conjunto de archipiélagos disputados en el Mar Meridional. Asimismo, como parte de su estrategia de contención, Estados Unidos reafirmó su voluntad de mantener el libre acceso y tránsito de dichas aguas (Le Figaro, 2015).

Estados Unidos se preocupa por la expansión de China en el Mar Meridional, amenazando a la proyección de la hegemonía marítima estadounidense. En enero del 2015, la Secretaría de Defensa estadounidense señaló que el ejército chino pretende establecer de manera unilateral su propia soberanía marítima y aérea a partir de la construcción de 800 hectáreas en los islotes pertenecientes al archipiélago Spratly y de la movilización de artillería motorizada (Sciutto, 2015).

En calidad de potencia hegemónica, Estados Unidos ha emprendido misiones de reconocimiento y patrullaje en los Mares Meridional y Oriental de China, cerca de aguas territoriales chinas (Twomey, 2013). Como potencia emergente, China rechaza el patrullaje estadounidense cercano a sus costas (Etzioni, 2011). A partir del 2008, ante el incremento de intervenciones asertivas del ejército chino en la región, Washington anunció su interés en monitorear la modernización de la fuerza naval de China, mediante las misiones de reconocimiento en aguas internacionales. Para el ejército estadounidense resulta crítico recolectar ese tipo de inteligencia sobre los avances chinos, a fin de mantener su supremacía naval y la ventaja militar ante un eventual conflicto en el siglo XXI (Luttwak, 2012).

En el Mar Meridional de China, la administración de Obama realizó ejercicios militares y patrullajes con el objetivo de disuadir a la fuerza naval china de un ataque preventivo sobre archipiélagos controlados por países regionales o a declarar una zona exclusiva. Por ejemplo, en el 2013, la marina estadounidense envió bombarderos B-52 a sobrevolar la zona aérea de identificación de China y en el 2015, Washington decidió enviar nuevamente aviones caza y buques a 22 km de las islas artificiales que construye China (Le Monde, 2015).

La supremacía marítima estadounidense sobre China podría garantizar el éxito de su estrategia de contención en caso del estallido del conflicto en cualquier punto de Asia del Este. Estados Unidos mantiene el equilibrio entre su fuerza naval y aérea en la región, facilitando operaciones en los mares Meridional y Oriental, a través de sus misiles crucero de largo alcance y sus bases militares en Asia-Pacífico (Secretary of Defense, 2006).

Durante la administración de Obama, EEUU fortaleció su posición en el Noreste Asiático. En marzo del 2010, Corea del Norte hundió la corbeta surcoreana Cheonan. Estados Unidos aprovechó el contexto del hundimiento para realizar una serie de ejercicios militares, que presionaran a Corea del Norte y enviaran un mensaje a China sobre el viraje estadounidense en la región (Bader, 2012).

Otro elemento de la estrategia de contención estadounidense frente a China fue el anuncio, en el 2015, de la movilización de la terminal área de defensa de alta altitud (THAAD por sus siglas en inglés) en territorio surcoreano, formando un sistema de defensa antimisiles con alcances de 150 a 200 km de altitud (Army Technology, 2015). La propuesta estadounidense generó incertidumbre en China, que manifestó su oposición inmediata al THAAD por considerarlo un agente de inestabilidad en la Península Coreana (Moon, 2015). En teoría, este sistema de defensa antimisiles se centra en la amenaza potencial de Corea del Norte, pero genera ansiedad e incertidumbre en China, que respondió con un alza en su presupuesto militar y la presión directa sobre Corea del Sur para rechazar su instalación, la cual terminó instalándose dos años después.

Otro punto geoestratégico importante para la hegemonía estadounidense en el Noreste Asiático es Taiwán, el cual sirve como plataforma de contención contra China. Mantener la influencia y soberanía de Taiwán es una de las prioridades de Estados Unidos en el siglo XXI. Así lo demuestran sus recurrentes ventas de armamento defensivo y el incremento en el contacto entre las esferas militares estadounidenses y las taiwanesas (Chase, 2005). En el 2010, el gobierno de Obama vendió un paquete militar con valor de \$6 mil millones de dólares, que incluía \$3 mil millones en baterías Patriot antimisiles y \$3 mil millones de helicópteros Blackhawk (Bader, 2012). El objetivo era contener la amenaza militar de China en el Estrecho, reforzar la relación de seguridad con Taiwán y refrendar el compromiso de garante de la seguridad de Estados Unidos en la región, ante otros aliados como Japón.

Riesgos de la contención

La estrategia de contención estadounidense en el siglo XXI, implica riesgos de sobre-estiramiento imperial con consecuencias para su estatus hegemónico, como ha ocurrido con otras potencias en la historia. Una nueva política de contención estadounidense, provocará la asertividad de China en un espiral de equilibrio directo. La cuestión no es la probabilidad de una guerra entre ambas potencias en Asia del Este, la cual tendría un alto impacto en el mundo. La pregunta principal es: ¿Estados Unidos podrá ajustarse a la estructura del sistema asiático, donde el ascenso de China se ha confirmado? De esta pregunta se desprende otra importante, ¿podrá Estados Unidos enfrentar los cambios estructurales de manera eficiente y distinta a la forma en que Gran Bretaña enfrentó el ascenso de Alemania y Japón en el siglo XX? De acuerdo al neorrealismo, las reacciones recientes de equilibrio directo de China y de contención de Estados Unidos son naturales cuando se enfrentan dos intereses opuestos de ascenso y de mantenimiento del *status quo* (Johnson, 2004). La inestabilidad generada de dicho enfrentamiento se resolverá al concluir la transición sistémica.

La contención militar de Estados Unidos a China durante la administración Obama parecía viable, pero no garantizó su éxito al no poderse vincular con el elemento económico. En este senti-

do, la contención económica resultó imposible, pues el pilar de la estrategia habría sido el bloqueo total de las importaciones chinas al mercado de Estados Unidos y como se abordará en el siguiente capítulo, afectaría directamente a la economías estadounidense y china, provocando la respuesta de Beijing diversificando sus mercados de proveeduría y rechazando una mayor compra de la compra de la deuda soberana estadounidense. La contención estadounidense en el período analizado, generó una respuesta de Beijing, a través de estrategias de equilibrio indirecto, económico, institucional y ciberespacial (Art, 2008). Estados Unidos entendió que no podría detener el ascenso económico de China, ni puede convencer a otros actores de hacerlo, por sí mismo.

El otro error en el cálculo del gobierno de Obama fue incluir a Japón como un país pivote en los ejercicios navales de la Cuenca Pacífico en el 2010, ya que la percepción de una remilitarización de Japón tiene un impacto severo en la relación estadounidense con los otros países regionales, principalmente Corea del Sur (Shirk, 2008). Si Estados Unidos permite el rearmamento de Japón en el siglo XXI para compartir el costo de la seguridad regional y contener a China, la estrategia podrá resultar contraproducente para el equilibrio de poder en Asia, pues la mayoría de los países asiáticos suponen que una de las funciones de seguridad de Estados Unidos en Asia es contener el militarismo japonés.

La segunda década del siglo XXI ha evidenciado la oposición de intereses y estrategias en Asia, entre la potencia emergente y la potencia hegemónica. El reciente equilibrio directo y asertivo de China se fundamentó en un incremento significativo de sus capacidades materiales, durante los noventa y principios del siglo XXI. Dicho incremento coincidió con un declive relativo de Estados Unidos en el siglo XXI, a partir de la crisis financiera (2007-2009) y la prolongación de su intervención en Medio Oriente. Estados Unidos respondió al equilibrio directo de China, a través de una estrategia de contención al ascenso chino. El enfrentamiento de estrategias entre Beijing y Washington ha provocado inestabilidad regional, cuya explicación es natural, a partir de la teoría neorealista, pues se oponen una agenda de expansión y otra de *status*

quo. De acuerdo al neorrealismo, la inestabilidad regional podrá resolverse al concluir la transición sistémica.

Regreso al equilibrio indirecto de China

El éxito de la economía china para sobreponerse de la crisis global del 2007-2009 fortaleció la confianza del país, impulsando un sentimiento nacionalista y asertivo en la formulación de estrategia de equilibrio en Asia. Desde el 2008, el gobierno de Hu Jintao adoptó una postura hostil y severa frente a países periféricos sobre temas de reivindicación territorial en los Mares Oriental y Meridional de China (Shambaugh, 2013). En un marco de ascenso, China ha utilizado su fuerza naval y aérea para demostrar su asertividad frente Estados pequeños, medianos e incluso ante la potencia hegemónica estadounidense. En el 2009, Estados Unidos respondió al equilibrio directo de China con una estrategia de contención económica, diplomática y militar, al inaugurar una nueva base militar en Australia, fortalecer alianzas con Japón y Corea del Sur, restablecer vínculos militares con Filipinas y Vietnam, y reinstaurarse en las redes económico-comerciales e institucionales de la región (Bodeen, 2011). En su momento, el gobierno de Hu Jintao entendió que la estrategia de equilibrio directo frente a la contención estadounidense afectaba sus aspiraciones hegemónicas en Asia. Por lo tanto, China decidió complementar el equilibrio directo con estrategias de equilibrio indirecto en materia institucional, económica y ciberespacial, progresando en su agenda de ascenso en el siglo XXI (Berkonpf, 2013).

La relación entre el equilibrio directo de China y la contención de Estados Unidos ha sido asimétrica en el siglo XXI. Ello implica que China no abandone, por completo, su estrategia de equilibrio indirecto contra la reinserción de Estados Unidos en la región y contra sus propios rivales regionales, como India, Vietnam y Japón. China ha utilizado su poder económico, sus avances en guerra ciberespacial y la vía institucional para lograr sus objetivos en la región. El principal métrico para evaluar el progreso y consolidación del ascenso de China en la región es el estatus de Taiwán. Desde el siglo XXI, China ha fundamentado su estrategia de reunificación en el equilibrio indirecto, con matices evidentes de

equilibrio directo. China no pretende invertir en la invasión de la isla (aunque se contemplaría tal escenario), su objetivo es minar el movimiento independentista de Taiwán, reforzando e incrementando sus vínculos culturales y económicos para alcanzar la eventual reunificación (Zakaria, 2009). Dicha reunificación marcará el final de la unipolaridad en Asia, modificando la configuración de poder regional a favor de China.

Equilibrio indirecto por instituciones

En un contexto de transición sistémica y cambios en el equilibrio de poder, Estados Unidos se preocupa en el siglo XXI por la participación activa y creciente influencia de China en instituciones y organizaciones internacionales. El ejemplo fue el veto de China a una intervención estadounidense en Siria en el 2012. El equilibrio indirecto por instituciones constituye un componente esencial de la estrategia de potencias medianas o emergentes. La alianza entre Rusia y China ha demostrado su eficacia sobre la restricción del uso del poder ilimitado de Estados Unidos para intervenir en el siglo XXI. Otro ejemplo sobre la destreza de Beijing para equilibrar indirectamente por instituciones es su participación en la OMC desde el 2001. Durante los primeros años como miembro, China reflejaba desconfianza y nerviosismo sobre el control de una organización, donde tenía escasa influencia y presentaba pocas quejas contra otros Estados (Wu, 2008). Actualmente, China presenta quejas ante los tribunales de la OMC, se defiende de las acusaciones de terceros y pretende utilizar y moldear la OMC en función a sus intereses (Ting, 2012).

El dinamismo mostrado por la diplomacia china en las instituciones internacionales en el período 1990-2005, representó un desafío implícito para la posición hegemónica de Estados Unidos en la región y su sistema de alianzas bilaterales. La integración de China en Asia del Este fortaleció su posición en relación a la hegemonía estadounidense. La lógica era rodearse de países aliados o de relaciones cordiales para evitar la contención de Estados Unidos contra el ascenso de China (Shirk, 2008). El gobierno chino aprendió del ascenso estadounidense en el sistema internacional y la construcción de una esfera de influencia y un ambiente favora-

ble para el desarrollo de sus capacidades materiales desde mediados del siglo XIX en el continente americano. Por ende, si China se comportaba, durante los primeros 15 años de unipolaridad, como un Estado responsable en el sistema, evitaría una coalición de Estados en su contra.

Entre el 2008 y 2015, China utilizó frente al viraje estadounidense en Asia estrategias de equilibrio indirecto, a través de instituciones y diplomacia (Sutter, 2012). En el inicio de la segunda década del siglo XXI, China ha tenido éxito equilibrando indirectamente la arquitectura institucional a nivel mundial y regional, al reunir 56 países, entre ellos aliados de Estados Unidos como Inglaterra, India y Corea del Sur, para la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) (The Asian Infrastructure Investment Bank, 2015). El BAII es presentado por China como una institución multilateral a diferencia el Banco Mundial, donde predomina Estados Unidos o del Banco Asiático de Desarrollo, donde tiene mayor influencia Japón. Para acentuar la diferencia entre el BAII y los otros bancos regionales y mundiales, China propuso en la reunión del 22 de mayo 2015 en Singapur la formación de un consejo de doce Estados miembros, de los cuales nueve serían asiáticos y los otros tres de otras regiones, con la posibilidad de veto (Thibault, 2015). El BAII represente el impulso de China al multilateralismo que limita y restringe el ejercicio del poder e influencia de Estados Unidos en la arquitectura regional.

El establecimiento del BAII no sólo generó una percepción de desplazamiento de Washington por Beijing en relación a países regionales como como Corea del Sur e India; también presionó la relación entre EEUU y aliados tradicionales como Francia, Alemania y Reino Unido, quienes decidieron ser miembros fundadores del banco en marzo 2015, argumentando que el BAII no representaría una oposición a la arquitectura institucional existente, como el Banco Mundial, sino otro medio de cooperación entre países en vías de desarrollo, como los asiáticos, y los países desarrollados (Le Monde, 2015). Desde una perspectiva neorrealista, el BAII refleja las aspiraciones hegemónicas de China para influir en el diseño de la arquitectura institucional de la región.

Asimismo, China ha resistido las peticiones de Estados Unidos para promover los Derechos Humanos y la democracia en organismos internacionales. China ha sido renuente en participar en acuerdos, propuestos por países desarrollados, para controlar la volatilidad en los mercados energéticos. China no se ha comprometido en ningún régimen medioambiental internacional, que pueda afectar la independencia y el crecimiento de la economía china. El gobierno chino ha rechazado la participación en la Iniciativa para la Proliferación de la Seguridad, respaldado por Estados Unidos, así como en el foro asiático de seguridad Shangri-LA, también promovido por Estados Unidos. Beijing ha mantenido su apoyo diplomático a Corea del Norte (por considerarlo en su interés) y ha cooperado en el desarrollo de armamentos con Pakistán, pese a las críticas estadounidenses. Finalmente, la diplomacia china ha utilizado el institucionalismo asiático que excluye a Estados Unidos, como ASEAN + 3, para presionar la reducción y retiro de la milicia de estadounidense en la periferia china.

El área de libre comercio CHINA-ASEAN, en vigor desde el primero de enero 2010, es el resultado del equilibrio indirecto de China durante el siglo XXI. Se firmó el acuerdo en el 2002 y entró en vigor ocho años después. El equilibrio indirecto de China en ASEAN, implica el desarrollo de una estrategia de “divide y vencerás”, que mantiene a cada miembro de ASEAN negociando por separado con China, en vez de hacerlo como una entidad unida (Kaplan, 2012). China utiliza ASEAN como un mercado para sus productos manufacturados de valor agregado; mientras importa productos agrícolas de bajo valor agregado del Sudeste Asiático (Dillon, 2005). De tal manera se puede considerar al Sureste Asiático como parte fundamental de la división de trabajo que se configura a partir del crecimiento y desarrollo de la economía china.

Equilibrio indirecto por economía

La crisis del 2008: cambio de paradigma en el sistema asiático

Mientras la crisis de créditos hipotecarios del 2008 en Estados Unidos se convirtió en una crisis financiera global y la demanda mun-

dial se contrajo; en China se lanzó un paquete de estímulo económico masivo, que permitió a su economía mantener el crecimiento. En el 2009, la economía china superó a la alemana como el principal exportador mundial y al año siguiente superó a la japonesa como la segunda economía del planeta (Delury, 2013). Las lecciones de la crisis del 2008 para China fueron su posición como la principal potencia económica en Asia; la efectividad en la gestión de la crisis, que le permitió, desde entonces, mantener el crecimiento económico por encima del promedio mundial; la importancia del crecimiento económico como catalizador del cambio sistémico, transformando la configuración de poder de unipolar a multipolar; la habilidad de implementar estrategias de equilibrio indirecto para limitar el poder comprensivo de Estados Unidos en materia monetaria, de financiamiento y comercial; y, finalmente, la velocidad, alcance y tamaño de la expansión económica de China en el escenario internacional, que ha generado la transición a un sistema multipolar en Asia (Dahlman, 2011).

Equilibrio indirecto por política monetaria

Desde principios de la segunda década del siglo XXI, el gobierno chino propuso diversificar sus reservas, para que otras monedas o un nuevo instrumento financiero internacional cumplieran con las funciones del dólar, equilibrando el poder geopolítico estadounidense en el sistema. China ha considerado injusta la posición global del dólar como principal moneda de intercambio, pues la impresión indiscriminada de dólares por la Reserva Federal deteriora el valor de las reservas chinas en esta divisa, sin posibilidades de colocar su inversión en otra moneda o invertir en *commodities* (Feldman, 2013). Un año antes del inicio de la crisis financiera, en el 2007, China se preocupó por diversificar sus reservas de moneda extranjera, las cuales se componían, en parte, de \$3 billones de dólares en deuda soberana estadounidense (Delury, 2013). Una de las soluciones fue crear un fondo soberano de inversión, la Corporación de Inversión de China, que tendría una cuota inicial de \$200 mil millones de dólares (Delury, 2013) y el objetivo de diversificar y optimizar los reembolsos de las inversiones en activos de países industrializados y en vías de desarrollo (Díaz, 2013).

El equilibrio indirecto de China contra la posición del dólar no implica la venta masiva de sus reservas en dólares, dado que el colapso del dólar provocaría una recesión en Estados Unidos, afectando el acceso de los productos chinos al mercado estadounidense y devaluando, por consiguiente, sus propios activos en dólares. La compra de bonos del Tesoro funcionó a inicios del siglo XXI para atar su economía a Estados Unidos e incrementar el costo económico-financiero de un ataque preventivo a China o una estrategia de contención directa. La crisis del 2007-2009 evidenció la debilidad estructural de la economía estadounidense y los efectos inflacionarios en el mundo a raíz de la política monetaria estadounidense, conocida como *Quantitative Easing* o flexibilización cuantitativa. Desde entonces, Beijing entendió la necesidad de equilibrar la posición dólar, a través de la diversificación de fondos y de la misma iniciativa de internacionalización del RMB (Ross, 1999). Un ejemplo de la preocupación china sobre el manejo de sus reservas es la inversión anunciada en el 2007 en el fondo de inversión estadounidense, Blackstone, que ofrece a las reservas chinas una alternativa distinta a los bonos del Tesoro (Balme, 2008).

En el 2009, en el contexto de la erosión del valor del dólar y la presión de Estados Unidos sobre la revaluación del RMB, China propuso la reestructuración del sistema económico y financiero mundial, creando una nueva reserva global (Huang, Dang, & Wang, 2011). China había desafiado la preeminencia del dólar antes, en el marco de la crisis asiática de 1997, cuando cofundó la Iniciativa Chiang Mai en Asia del Este, como una alternativa de acceso a reservas regionales. Después de la crisis del 2008, el programa Chiang Mai incrementó en un 50% (Lee Y. J., 2010), pugnando por el multilateralismo del sistema de reservas. Si bien la estrategia de diversificación de reservas en otras monedas tiene al momento pocas opciones fuera del dólar. China ha comenzado su diversificación comprando de recursos minerales, petróleo, cobre, oro e incluso agua. Entre el 2004 y el 2009, el gobierno de Hu Jintao duplicó sus reservas en oro, utilizando, sutilmente, uno de sus fondos soberanos de inversión, a fin de que los movimientos compra-venta no aparecieran en las cuentas de su Banco Central (Rickards, 2012). En las próximas décadas, el equilibrio indirecto de

China contra el dólar estadounidense se intensificará, expandiendo su programa de diversificación de reservas. Por lo pronto, Beijing ha propuesto abiertamente crear una moneda de reserva internacional o utilizar el activo de reserva del Fondo Monetario Internacional (FMI), Derecho Especial de Giro (DED, por sus siglas en inglés) para restar influencia al dólar (Lenglet, 2010).

Al mismo tiempo, China ha emprendido pasos para internacionalizar el RMB, sin pasar por los mercados financieros y riesgos de especulación, estableciendo acuerdos con socios comerciales para utilizar la moneda china como medio de intercambio (Lenglet, 2010). La internacionalización del yuan es otra herramienta del equilibrio indirecto económico de China, que implica riesgos a su base industrial y modelo de crecimiento por exportación, ya que la internacionalización del yuan generará automáticamente una apreciación de su moneda y pérdida en la competitividad de sus exportaciones. Sin duda, el yuan se internacionalizará, en función a que Beijing modifique su modelo de crecimiento por exportaciones a uno de consumo. No obstante, en los próximos años, es viable que China prefiera proponer una moneda de reserva internacional y utilizar el yuan como moneda de intercambio con algunos países de Asia del Este. El objetivo final es el mismo, reemplazar el dólar por el yuan, cumpliendo con la ley económica, que confiere a la potencia hegemónica la preeminencia monetaria.

En enero 2015, el RMB se convirtió, oficialmente, en la quinta moneda de mayor uso en el mundo representando el 2.2% de todas las transacciones SWIFT y superando al dólar canadiense y australiano, como se observa en el cuadro de abajo (Silk, 2015). Si bien el dólar estadounidense mantiene su dominio en las transacciones internacionales con un 44.6% del volumen total, como lo muestra el cuadro, la importancia estratégica del nuevo posicionamiento del RMB es que constituye una arista de la estrategia de equilibrio indirecto de China frente a la hegemonía del dólar estadounidense, a partir de un plan gradual de internacionalización y participación en los principales centros financieros del planeta. Es decir, en algún momento, el RMB puede convertirse en una opción real y alternativa al dólar en el sistema internacional.

Tabla 14

La creciente participación del RMB en los pagos internacionales, período 2013-2014

Enero 2013		Diciembre 2014	
Moneda	Porcentaje de transacciones	Moneda	Porcentaje de transacciones
Euro	40.20%	Dólar EEUU	44.60%
Dólar EEUU	33.50%	Euro	28.30%
Libra Reino Unido	8.60%	Libra Reino Unido	7.90%
Yen Japón	2.60%	Yen Japón	2.70%
Dólar Australia	1.90%	RMB China	2.20%
Franco Suiza	1.80%	Dólar Canadá	1.90%
Dólar Canadá	1.80%	Dólar Australia	1.80%
Dólar Singapur	1.10%	Franco Suiza	1.40%
Dólar Hong-Kong	1.00%	Dólar Hong-Kong	1.30%
Baht Tailandia	1.00%	Dólar Singapur	0.90%
Corona Suecia	1.00%	Baht Tailandia	0.90%
Corona Noruega	0.80%	Corona Suecia	0.80%
RMB China	0.60%	Corona Noruega	0.70%

Fuente: Wall Street Journal.

Equilibrio indirecto por políticas comerciales

China se ha convertido en el siglo XXI el centro de la proliferación de acuerdos comerciales regionales y bilaterales, así como del rápido crecimiento del comercio interasiático. Como potencia económica asiática, los diplomáticos chinos buscan modificar el marco institucional de Asia, reduciendo la influencia de EEUU (Ikenberry, 2008). El orden existente asiático, construido por Estados Unidos después de la SG2, comenzó a sufrir modificaciones desde el

ascenso de China en los noventa. La precondition para el cambio político se encuentra en la disyuntiva entre el sistema social existente y la redistribución de poder hacia los actores que se beneficiarán del cambio sistémico (Gilpin, 1981). Mientras China incrementa su intercambio económico-comercial con los países asiáticos, tendrá la posibilidad de influir en los procesos de toma de decisiones de países asiáticos, los cuales incrementarán su dependencia a tal grado de encontrarse en la posición de atar su seguridad con China (Ikenberry, 2008). Sólo una catástrofe nuclear o la desintegración territorial podrían evitar la emergencia de China como la economía más productiva del sistema internacional (Tammen, 2014).

En noviembre del 2012, China se unió a Japón, Corea del Sur, India, Australia, Nueva Zelanda y diez miembros de ASEAN + 6, para anunciar negociaciones del Acuerdo Económico Comprensivo Regional (RECP por sus siglas en inglés), el cual incluiría una población de tres mil millones y un Producto Interno Bruto de \$20 mil millones, aproximadamente 40% del comercio mundial (Feldman, 2013). Al excluir la participación de Estados Unidos, el RECP se constituyó como una respuesta de equilibrio indirecto chino a la estrategia de contención estadounidense del momento, pues representó una alternativa al Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP), promovido, entonces, por Estados Unidos (Curran, 2012). China, como potencia emergente del siglo XXI, ha restringido la contención estadounidense, a través del equilibrio indirecto por medios económicos, el cual facilita la creación de alianzas comerciales en la región, desarrollando vínculos de dependencia de los países vecinos con la economía china y reduciendo la influencia económica estadounidense.

Es necesario explicar que el equilibrio indirecto de China frente a Estados Unidos tiene el objetivo de limitar el ejercicio del poder estadounidense en la región. En el caso de su aplicación contra una potencia regional, como Japón, el equilibrio indirecto tiene por objetivo sancionar acciones específicas del rival. Por ejemplo, el 22 de septiembre 2010, China bloqueó todos los em-

barques de tierras raras⁵ con destino a Japón. La decisión de China provocó la consternación de Japón, pues afectó directamente a las principales industrias de exportación japonesas. La suspensión de los embarques fue la respuesta de China ante el arresto y detención de un capitán de barco pesquero chino, quien fue acusado de entrar en aguas soberanas de Japón (Bradsher, *New York Times*, 2010). Se estima que Beijing posee el 95% del total mundial de yacimientos de tierras raras (Hodge, 2010). El gobierno japonés tuvo que ceder ante la presión del equilibrio indirecto de China, liberando al capitán del barco algunos días después. La evidente victoria geopolítica de China sobre Japón ejemplifica la eficiente implementación del equilibrio indirecto y la confianza de una potencia hegemónica en consolidación.

En 1972, un año después del restablecimiento de las relaciones comerciales sino-estadounidenses, Estados Unidos importaba \$32.4 millones de dólares en bienes chinos y exportaba \$63.5 millones de dólares en bienes estadounidenses. Hasta noviembre 2014, Estados Unidos importó de China \$426 mil millones y exportó \$111 mil millones de dólares (Bureau, 2015). Durante el período 2008-2015, China se constituyó como el segundo socio comercial de Estados Unidos, su tercer mercado de exportación y su primer proveedor de bienes (Tellis A. , 2013). El establecimiento de vínculos comerciales, económicos y financieros de China hacia Estados Unidos ha sido una arista de la estrategia de equilibrio indirecto del país, pues le permitió evitar un ataque preventivo a inicios de la unipolaridad, y ha comprometido seriamente en el siglo XXI la estrategia de contención estadounidense en la región, ya que Estados Unidos no puede limitar o restringir el crecimiento económico de China, sin afectar su propio mercado y fuente de financiamiento.

Otro ejemplo de equilibrio indirecto de China contra Estados Unidos, ha sido la desindustrialización y la pérdida de empleos estadounidenses, que, simultáneamente, impulsan la emer-

⁵ Las tierras raras son un conjunto de elementos minerales utilizados en la industria electrónica y productos de alta tecnología, como celulares y automóviles híbridos. Los elementos que las componen, son: Holmio, Erblio, Tulio, Iterbio, Lutecio, Escandio, Disproσιο, Lantano, Cerio, Europio, Itrio, Praseodimio, Gadolinio, Neodimio, Terbio, Samario y Prometio

gencia de China como un rival potencial de alta tecnología. La desindustrialización se basa en la capacidad de China para manufacturar bienes a menor costo y exportarlos libremente a Estados Unidos, resultando en la destrucción de industrias manufactureras nacionales y la pérdida de empleos. De hecho, la desindustrialización estadounidense a favor de China fue uno de los antecedentes de la crisis financiera, pues impactó en la estructura del mercado laboral estadounidense, perdiendo millones de empleos en los últimos 20 años y abriendo el camino a una corriente populista-nacionalista representada en la candidatura de Trump en el 2016.

En ese mismo período, China atrajo muchos de los empleos perdidos por EEUU, gracias a su inversión en tecnología, educación e infraestructura, provocando una disminución de la participación estadounidense en la manufactura global (Stiglitz, 2013). Esta reconfiguración del trabajo internacional representó en la primera década del siglo XXI un serio dilema para Estados Unidos, cuyas empresas han decidido entre mudar sus fábricas a China para ser competitivos en el mercado global o reducir sus costos salariales, con implicaciones de deterioro del poder adquisitivo (Baugh & Yudken, 2006).

Equilibrio indirecto por políticas financieras

Otra expresión del equilibrio indirecto de China es su controversial estrategia de mantener una paridad fija frente al dólar, para impulsar sus exportaciones, China se ha convertido en el siglo XXI en uno de los principales mercados de financiamiento en el mundo. Es decir, el gobierno chino ha logrado reinvertir las reservas de su superávit en financiar a sus clientes para mantener sus exportaciones. No sólo Estados Unidos se beneficia del financiamiento chino en el siglo XXI. China ha logrado atraer aliados en la región y fuera de ella, a través de manufacturas a bajo costo, un mercado cercano a mil cuatrocientos millones de habitantes, inversión en infraestructura y financiamiento sin ataduras políticas (Kirschner, 2008). Esta estrategia de equilibrio indirecto por financiamiento ha desplazado a Estados Unidos como polo económico en Asia (Martin M., 2010). Por ejemplo, en 1995, el Banco de Exportación e Importación de Estados Unidos abrió \$20 mil millones de dólares

de líneas de crédito en todo el mundo. El mismo año, China tenía sólo un banco de crédito, que abrió \$4 mil millones de líneas. Desde el 2009, Estados Unidos ha mantenido sus líneas de financiamiento en \$20 mil millones de dólares; mientras que China ofrece \$250 mil millones de dólares, a través del Banco de Exportación e Importación (Moyo, 2012).

El hecho es que el financiamiento de China también ha presentado un desafío a la hegemonía estadounidense regional y un cambio significativo en el equilibrio del poder económico en Asia del Este, durante el siglo XXI. En el 2008, Beijing ayudó significativamente al Wong surcoreano, realizando una transferencia swap con valor de \$26 mil millones de dólares (Sutter, 2012). Al mismo tiempo, China comenzó pruebas piloto para operar cuentas comerciales con países del Sudeste Asiático, utilizando el yuan como moneda de intercambio internacional. En abril de 2009, China anunció un conjunto de inversión y créditos, tasados en \$25 mil millones de dólares, para los países del Sudeste Asiático (Wang X., 2009). Si bien la prioridad de China era sostener el crecimiento doméstico, a través de un estímulo económico orientado a la infraestructura, la extensión de inversión y líneas de crédito en la región reafirmaron el liderazgo económico de China en Asia y confirmó el incipiente grado de dependencia de las economías asiáticas con los mercados chinos.

La crisis del 2007-2009 marcó un cambio de paradigma económico a nivel mundial, fortaleciendo la confianza de la potencia emergente, que ofreció un modelo alternativo de desarrollo para economías mixtas y planificadas, así como sistemas políticos autocráticos (Pape, 2005). Ante la crisis financiera, Estados Unidos lanzó un plan económico orientado a duplicar las exportaciones y atraer inversión extranjera directa (House, 2010), siendo China la primera opción. En el 2011, las reservas de China alcanzaron el monto de \$3.2 billones de dólares, del cual 70% está denominado en dólares estadounidenses (Rosen, 2011). Para finales del 2016, China poseía \$150 mil millones de dólares de bonos del Tesoro estadounidense, constituyendo al financiamiento como uno de los pilares de su estrategia de equilibrio indirecto (Lampton, 2014).

Equilibrio indirecto en el ciberespacio

Un reciente campo del equilibrio indirecto en el mundo es el ciberespacio. Las operaciones financieras, comerciales y militares han mudado sus procesos sujetos a un espacio fijo a otro dirigido por satélites, cables de fibra óptica y transferencia de datos. A pesar de creencias populares sobre la ingobernabilidad del ciberespacio, el ciberespacio es global y está sujeto al control estatal. Es decir, el ciberespacio depende de infraestructura física y usuarios que están vinculados a las divisiones geográficas que conocemos (Singer, 2014).

Por lo tanto, los Estados pueden hacer uso de herramientas para controlar, manejar y disponer de información vital en el ciberespacio. El ciberespacio presenta una nueva arena de interacción para los Estados en el siglo XXI, la cual mantiene el componente anárquico del sistema internacional, pues al no ser regulada por una institución supranacional, se convierte en un escenario, similar al tradicional, donde se forjan alianzas o se perpetúan ataques. Un ataque en el ciberespacio puede ocurrir a la velocidad de la luz y sin límites geográficos o políticos. Tanto el ciberataque, como el ciberespionaje, tienen por objetivo principal otra computadora y la información que posee. Los resultados esperados pueden ser el daño físico de una instalación o el hurto de información sensible para el usuario. La complejidad del rastreo provoca que los ciberataques y ciberespionajes sean difíciles de atribuir a un actor particular (Singer, 2014).

Es decir, el ciberespacio se erige como un campo de batalla perfecto para causar daño al rival en condiciones de fuerza asimétricas, como sucede actualmente entre China y Estados Unidos. El ciberataque y el ciberespionaje no pueden catalogarse como estrategias de equilibrio directo, pues, a pesar de sus fines militares, no han existido ejemplos de destrucción física de infraestructura o pérdidas de vidas humanas por este medio. Hasta el momento, la operación en el ciberespacio ha sido limitada a contener, restringir e informar sobre las capacidades de la potencia rival.

En el primer cuarto del siglo XXI, los Estados ya no dependen de costosas estaciones terrestres, aeroplanos o barcos para espiarse entre sí y adivinar los posibles movimientos del rival. Las

actividades de inteligencia global han evolucionado a la par con el ciberespacio, requiriendo de conexión rápida a internet y el equipo de cómputo suficiente para extraer información valiosa de otros países. China se ha constituido como un pionero del ciberespionaje para robar secretos militares y diplomáticos de distintas naciones (Pannetta, 2012). El ciberespacio ofrece una dimensión adecuada para que potencias emergentes o medianas enfrenten enemigos superiores, a través de medios asimétricos. Para empezar, el ciberataque implica un cierto grado de anonimato; ocurre, generalmente, en secreto; y es un espacio, que todavía no ha sido regulado (Executive, 2011). En el 2009 se descubrió una red de 1,295 computadoras infectadas por un virus espía en 103 países. El supuesto rastreo del origen dio como resultado la isla de Hainan en China (Singer, 2014).

A inicios de su apertura económico-comercial en los ochenta, la economía china producía bienes, utilizando la propiedad intelectual extranjera. La fábrica china que ensamblaba los teléfonos móviles inteligentes ganaba un porcentaje muy pequeño del costo total del aparato. A medida que Beijing se convierte en la principal economía mundial, el país se orienta a producir herramientas de ciberespionaje para consolidar su ascenso. En el 2010, de 30 ciberespionajes económicos, exitosamente rastreados, 18 tuvieron vínculos directos con China. 96% de ciberataques dirigidos a empresas para el robo de secretos corporativos o propiedad intelectual en el 2012 se originaron en China (Drew, 2011).

Las operaciones chinas en el ciberespacio no se han limitado a sectores industriales. En junio del 2013, el Pentágono acusó a China de sustraer información militar valiosa sobre el sistema de misiles Patriot, el sistema de radar ultramoderno Aegis, el avión caza F-18, el helicóptero Black-Hawk y el programa más costoso actual de EEUU, el avión caza F-35 (Le Monde, 2013). El gobierno chino ha utilizado eficientemente el ciberespacio tanto para controlar la información que ingresa o se genera dentro del país como la información sensible para otros Estados en el sistema. Los ciberataques y ciberespionajes se han convertido en una herramienta útil para la implementación del equilibrio indirecto de China contra Estados Unidos.

China ha organizado competencias regionales de hackers para identificar usuarios talentos, quienes se han convertido en consultores del Buró de Seguridad Pública de Shanghái o miembros del grupo de Hackers Javaphile, que atacó a páginas web estadounidenses en el 2005 (Singer, 2014). En el primer cuarto del siglo XXI, el departamento de defensa de EEUU ha manifestado su sospecha sobre la infiltración en sus sistemas de hackers chinos para robar información sobre cadenas de suministro, agenda de movimientos, posiciones marítimas de buques y aviones y la situación logística de las bases estadounidenses en Asia-Pacífico (Clayton, 2011). Esta información es de gran utilidad para desarrollar planes de ataque convencional de China o una contraofensiva en caso de conflictos con Estados Unidos en Taiwán y los Mares Oriental y Meridional de China.

En el 2010, un accidente de software suspendió operaciones de 10 mil servidores militares del Sistema de Posicionamiento Global (GPS, por sus siglas en inglés) por dos semanas. Actualmente, más de cien sistemas de defensa estadounidenses, desde portaviones hasta misiles, dependen del sistema GPS para localizarse a sí mismos durante las operaciones (McGraw, 2011). Una serie de ciberataques bien dirigidos y estructurados por parte del ejército chino, sumirían a las bases militares estadounidenses en Asia en una parálisis y desorganización prolongada.

Ante un nuevo escenario de combate, menos predecible y controlable en el siglo XXI, Estados Unidos ha decidido invertir en la ciberseguridad. El objetivo de Washington es garantizar su superioridad en todos los dominios de orden militar. Ello enviará un mensaje a rivales potenciales sobre la intención del uso de la fuerza en caso de ataque. De hecho, en el 2014 Estados Unidos dedicó un presupuesto para la investigación y desarrollo de métodos de ciberdefensa y ciberataque 2.4 veces superior al presupuesto de la fuerza aérea (Singer, 2014). Asimismo, el ejército estadounidense ha reconocido a su similar chino como la principal amenaza en términos de ciberseguridad, debido a los recientes ataques, originados en China, contra servidores de empresas y agencias de gobierno estadounidenses (Capaccio, 2013). China se ha defendido públicamente de las acusaciones estadounidenses, señalando

que entre el 2009 y 2012 ha sido víctima de más de 90 mil ciberataques sobre agencias gubernamentales, originados en Estados Unidos (Singer, 2014).

La asimetría en una guerra convencional provoca que China concentre su inversión en planes de guerra informática, donde la estrategia defensiva dependerá de la protección de sus redes de información; mientras la ofensiva visará los nodos de comunicación, comando y coordinación del rival. La lógica de la estrategia de equilibrio indirecto en ciberespacio supone que un ataque convencional sobre Beijing se fundamentará en una eficiente coordinación técnica de sistemas navales y aéreos. Al infiltrar y suspender esa red de coordinación informática, China podrá crear “puntos ciegos”, que reforzarán su defensa y facilitarán la contraofensiva. La milicia estadounidense depende de las redes informáticas para operar. Por ende, un ciberataque bien coordinado tiene mayor potencial devastador en Estados Unidos que en China, cuya milicia está menos informatizada.

Equilibrio pragmático en Taiwán:

El fin de la unipolaridad

La importancia estratégica de Taiwán no es negociable para el gobierno chino, que busca su reunificación a toda costa, o al menos, mantener el *status quo* de la isla, hasta incrementar su poder comprensivo y reunificarla por medios coercitivos (Ross, 1995). En el siglo XXI, Taiwán no representa una amenaza militar para China y no existen bases militares estadounidenses en la isla, pero ello no significa que la reunificación coercitiva sea una aventura sencilla para China. Por su parte, el gobierno de Washington no pretende abandonar Taiwán en la esfera de influencia china, porque representaría un severo revés a su credibilidad como garante de la seguridad en Asia, poniendo fin a su hegemonía regional.

Ante el escenario del siglo XXI, después de distintas crisis en el Estrecho, China equilibra indirectamente la influencia estadounidense en Taiwán, fortaleciendo los vínculos económico-comerciales entre ambos lados del Estrecho. Ello mantendrá el *status quo* con la isla, que eventualmente conducirá a la reunificación, pues, a medida que crece la dependencia de la economía taiwa-

nesa al mercado chino, también China incrementa sus fuerzas armadas para disuadir una contraofensiva de Estados Unidos, en el marco de una reunificación coercitiva (Shirk, 2008).

La eventual reunificación entre China y Taiwán marcará el fin de la unipolaridad estadounidense y el comienzo de la multipolaridad. De acuerdo a estudios recientes, Estados Unidos no podrá defender a Taiwán de una invasión china para el año 2035 (Kaplan, 2011).

El poderío militar de China en el siglo XXI es muy superior al de Taiwán y pretende incrementar exponencialmente el costo de un conflicto armado para Estados Unidos, a tal grado de que ningún gobierno estadounidense se plantee la posibilidad de defender a la isla contra una invasión china. Ello provocaría inmediatamente el final de la hegemonía militar estadounidense en Asia (Ikenberry, 2004) y un cambio drástico en el equilibrio de poder en la región. La reunificación de Taiwán supondría que Corea del Sur y Japón entrarían en la esfera de influencia de China, como sucedió en el sistema tributario. ¿Cómo podría Estados Unidos defender a Corea del Sur y Japón ante el crecimiento militar de China, si decide no proteger a Taiwán?

A nivel sistema, la pérdida de Taiwán, en el siglo XXI, representaría la consolidación de China como potencia hegemónica en Asia del Este y la transición a un mundo multipolar, donde Estados Unidos sería una potencia regional entre otras. Para que se cumpla este escenario, Beijing necesitará implementar una estrategia de equilibrio pragmático contra Washington y el propio Taipei; que involucre el equilibrio indirecto y directo. Ese equilibrio pragmático implica la correlación entre el incremento en su capacidad militar para disuadir a Estados Unidos, como la profundización de los intercambios económicos, culturales y comerciales con la isla (Feldman, 2013).

Durante la primera década unipolar, China asumió una postura crítica y asertiva en contra del creciente movimiento proindependentista en Taiwán, provocando tensiones en el Estrecho en 1997 y la presencia de un portaviones estadounidense en el área. En el primer cuarto del siglo XXI, China ha invertido en fortalecer la relación cultural, económica y comercial con la isla, a fin de

atraer a Taiwán a su esfera económica de influencia, generando vínculos de dependencia con el mercado y la economía de China. El 2008, el cambio de liderazgo en Taiwán, marcó el inicio de una mejor relación bilateral entre China continental y la isla. La estabilidad en el Estrecho de Taiwán permitió a China enfocarse en otras disputas territoriales con Japón en el Mar Oriental y con Filipinas y Vietnam en el Mar Meridional. En el 2010, China y Taiwán firmaron un acuerdo de libre comercio, el cual privilegió el acceso de empresas taiwanesas al mercado chino, entre otros beneficios significativos para Taiwán (Brown, 2010). Incluso, China permitió que Taiwán participara como observador en la Asamblea Mundial de la Salud, liberando la tensión en la competencia mutua por reconocimiento internacional (Sutter, 2012).

A pesar de la venta de un paquete de armamento estadounidense a Taiwán con valor de \$6 mil millones de dólares, los beneficios de la estrategia de equilibrio indirecto de Beijing contra la contención de Washington en Taiwán, superaron a los costos. Para empezar, China evitó que Taiwán se sumara a los esfuerzos de contención de Estados Unidos en su contra, a partir del 2009. China también evitó que Taiwán incrementara su movimiento proindependentista (Ross, 2006) y logró que la economía taiwanesa dependiera del mercado China, a través de un acuerdo de libre comercio.

Conclusiones

Los argumentos sobre el aparente declive de Estados Unidos y el ascenso económico-militar de China comprobaron la hipótesis, con base a la teoría Neorrealista, sobre la modificación de la estrategia de equilibrio indirecto por una de equilibrio directo de China frente a la hegemonía estadounidense y las reivindicaciones de países asiáticos (Tellis A., 1998). El declive relativo de Estados Unidos en Asia en la primera década del siglo XXI facilitó a China el escenario ideal, los motivos y la oportunidad para alterar el orden regional, cuestionando la unipolaridad. El Realismo señala que las potencias emergentes tenderán a equilibrar el poder de la potencia hegemónica, a través de alianzas e incremento en sus capacidades militares. El período de transición sistémica es el más inestable y potencialmente conflictivo. En este período de transición, la poten-

cia hegemónica implementará la contención, que evite la paridad o crecimiento del poder comprensivo del rival. Al mismo tiempo, la potencia emergente implementará estrategias de equilibrio directo o indirecto, para garantizar su ascenso.

Entre el 2006 y 2010, China modificó su estrategia de equilibrio indirecto de los noventa, por una de equilibrio directo, debido al crecimiento sostenido de su economía y la modernización de sus fuerzas armadas. En el siglo XXI, China ha mantenido un crecimiento económico superior al promedio mundial e incluso en un contexto de una recesión global. El plan de estímulo económico del 2009 permitió al país crecer un 9.2% ese año y un 10.4% en el año 2010 (IBRD, 2014). El crecimiento económico de China en el período sirvió como catalizador de sus capacidades tecnológico-militares para equilibrar directamente el poder de la hegemonía regional y de otros Estados regionales, con quienes rivaliza en reivindicaciones territoriales. Para empezar, China ha invertido en el desarrollo de su fuerza aérea y naval, construyendo plataformas con proyección en el Estrecho de Taiwán, en el Mar Oriental y en el Mar Meridional. Recientemente, China ha desarrollado capacidades anti-satélites, misiles de largo alcance, capacidades antisatélites, y la capacidad de establecer una zona anti-acceso y de negación aérea, capaz de limitar el despliegue de fuerzas estadounidenses en el Mar Oriental de China.

Estados Unidos, consciente de la importancia del *status quo* en Asia, interpretó el ascenso de China en el siglo XXI como una amenaza a su hegemonía y decidió implementar una estrategia de contención económica, diplomática y militar contra la expansión de China en la región. La contención de Estados Unidos contra China en la segunda década del siglo XXI se fundamentó en el viraje estadounidense en Asia del Este, reforzando los acuerdos de seguridad con aliados tradicionales como Japón y Australia, buscando el establecimiento de nuevas relaciones de seguridad en el Sudeste Asiático, principalmente con Vietnam y Filipinas.

Asimismo, en el 2011, EEUU anunció la apertura de una nueva base militar en Australia y ha incrementado el patrullaje militar tanto en el Mar Meridional como Oriental de China. En el plano económico, Estados Unidos pretendió contener la influencia

económica de China en la región, priorizando la plataforma de integración económico-comercial transpacífica (TPP), la cual excluye China. A nivel institucional, Estados Unidos ha participado activamente en reuniones bilaterales y multilaterales de la región y anunció la apertura de una oficina de representación diplomática ante ASEAN, con sede en Yakarta, Indonesia. La reciente actividad estadounidense en Asia del Este ha contrastado con una década y media de unipolaridad, donde Estados Unidos centró su interés en Medio Oriente. El evidente ascenso de China y su modificación de equilibrio indirecto a directo, provocó una nueva percepción de Estados Unidos sobre su política de China y su posterior viraje en Asia, acompañado por una estrategia de contención al expansionismo chino.

La estrategia de contención estadounidense a partir del 2009, moderó el equilibrio directo de China y provocó el regreso al equilibrio indirecto a nivel institucional, económico y en el ciberespacio. El regreso al equilibrio indirecto no significó una suspensión definitiva del equilibrio directo de China, pues se desarrollaron maniobras militares en el Mar Oriental de China entre guardacostas chinos y japoneses, en torno a la reivindicación de las islas Diaoyu/Senkaku. De igual manera, China ha mantenido el crecimiento de su presupuesto militar y se aventuró en el 2013 a declarar una zona de identificación de defensa aérea en el Noreste Asiático. No obstante, ante la asimetría actual de poderes comprensivos entre Beijing y Washington, China ha implementado eficientemente la estrategia de equilibrio indirecto para restringir la capacidad de contención estadounidense.

A nivel económico, China ha afianzado su posición como principal socio comercial regional, ha impulsado su propio mecanismo de integración económico-comercial (RECP), ha propuesto la creación de una moneda de reserva alternativa al dólar y ha mantenido sus compras de bonos del Tesoro estadounidense, lo cual impide a Estados Unidos imponer un embargo sobre las importaciones de China. En el plano institucional, China estableció un área de libre comercio con ASEAN en el 2010 y se ha opuesto al foro de seguridad, propuesto por Estados Unidos, de Shangri-LA. El equilibrio indirecto de China en el siglo XXI presentó un nuevo

campo de batalla: el ciberespacio. En el ciberespacio, China ha sustraído secretos comerciales y militares de empresas y dependencias del gobierno estadounidenses.

Las economías china y estadounidense están entrelazadas en las redes de la interdependencia, pero existen suficientes elementos de competencia en la relación. La perspectiva en los próximos años presenta una competencia regional entre una potencia hegemónica en búsqueda del mantenimiento del *status quo* y una potencia emergente, que pretende cambiarlo. Esta posible competencia condicionará la estructura de la relación bilateral. En conclusión, China empleará el equilibrio indirecto para limitar el ejercicio de poder de Estados Unidos, cuyo poder comprensivo es superior al chino. Al mismo tiempo, el ascenso económico-militar de China provocará que el país implemente, a la par del equilibrio indirecto, estrategias de equilibrio directo contra países vecinos más débiles. La estrategia de contención estadounidense no funcionará, si Estados Unidos no frena el crecimiento económico de China, catalizador de su modernización militar. La transición sistémica en Asia está ocurriendo en el siglo XXI. El evento clave que confirmará la multipolaridad será la reunificación de Taiwán con China.

Los riesgos de la asertividad y la contención: relación bilateral China-Estados Unidos en el período 2016-2021

Introducción

La escuela neorrealista asume que todos los Estados en el sistema buscan garantizar su seguridad, a través de distintas estrategias. Los Estados con suficientes capacidades materiales o un poder comprensivo potencial aspirarán a ser potencias hegemónicas en sus respectivas regiones y a nivel mundial. Estados Unidos, desde el final de la bipolaridad, ha mantenido intereses fundamentales en conservar el estatus de hiperpotencia hegemónica. El principal beneficio de ser la potencia mundial es garantizar su propia seguridad y proyectar su poder a distintas regiones del mundo para imponer su voluntad (Feldman, 2013). En la unipolaridad ilimitada, Estados Unidos gozó de preeminencia en el comercio internacional, en la influencia sobre las instituciones y normas internacionales, y en el poder militar con capacidad de proyección en cualquier punto del planeta (Dobbs, 2009).

Por su parte, China ha sido históricamente la potencia hegemónica en Asia, con una proyección de poder a nivel continental y periférico. Durante siglos, China influyó en la organización social, política, económica y cultural de Japón, Corea, Vietnam, entre otros (Fogel, 2009). El estatus de potencia asiática de China se perdió tras las invasiones europeas y la derrota frente a Japón a finales del siglo XIX. Desde entonces, el nacionalismo chino

ha reclamado el regreso a la posición hegemónica regional. Sobre todo, a medida que su crecimiento económico ha sostenido el crecimiento militar en las últimas dos décadas.

Los intereses estratégicos de China en la región son concretos: la integridad territorial y la expansión de su influencia, a partir de su poder comprensivo. Como potencia emergente, China busca recuperar el control y dominio de su antigua esfera de influencia en Asia. Su principal obstáculo para recuperar su estatus de potencia hegemónica regional es Estados Unidos, que ocupa la posición desde finales de la SGM (Goldstein A., 2013). Por lo tanto, a medida que China sostenga el binomio de crecimiento económico-militar, buscará naturalmente la hegemonía regional; frente a una hiperpotencia occidental, con amplios alcances de proyección de poder.

La relación bilateral entre China y Estados Unidos es la de mayores consecuencias e impacto a nivel global en el siglo XXI. El crecimiento económico espectacular de China, su modernización militar y su participación activa en los organismos e instituciones internacionales atraen la atención y el análisis sobre las perspectivas de cooperación y conflicto entre la potencia emergente y la hegemónica (Obama, 2013). Desde el punto de vista del neorrealismo, el desarrollo de la relación bilateral en el siglo XXI no augura una paz Kantiana o la sencilla cooperación y acuerdos en distintas dimensiones de la relación. La competencia entre una potencia emergente y la potencia hegemónica resulta inevitable (Steinberg & O'Hanlon, 2014).

El triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales del 2016 generó un ambiente de tensión y hostilidad frente a Beijing. La política aislacionista de *America First* y el discurso anti-China de la administración Trump provocaron incertidumbre en la región asiática. En las primeras dos décadas del siglo XXI, los gobiernos de Asia han percibido inestabilidad en el liderazgo estadounidense, caracterizado por el abandono regional de George Bush, la ambivalencia en las políticas de Barack Obama y la imprevisibilidad de Trump. Por ende, los países de Asia del Este han aceptado la transformación del sistema internacional de la unipolaridad hacia la multipolaridad (Khanna, 2019). El cambio estructural del sistema internacional se explica por el ascenso geopolíti-

co de China, el crecimiento económico sostenido de India y el resurgimiento de Rusia han equilibrado el ejercicio de poder estadounidense en la principal región económico-comercial del mundo en el siglo XXI.

Mientras el sistema internacional sea bipolar o multipolar, una potencia debe actuar en relación a los principios del realismo. La arquitectura del sistema internacional tiene tres características. Los Estados son los principales actores. Las instituciones internacionales son actores secundarios. El sistema internacional es anárquico. Por lo tanto, el neorealismo propone al equilibrio de potencias como un medio para resolver la competencia entre los países. Los Estados son actores racionales que tienen la capacidad de desarrollar estrategias para sobrevivir en un sistema anárquico donde es difícil discernir sobre las intenciones de terceros. La desconfianza es un punto de partida de un país para el diseño e implementación de su estrategia en el sistema. Estados Unidos desconfía de las intenciones de ascenso de China; mientras China percibe las decisiones de EEUU en Asia como una estrategia de contención a su desarrollo (Mearsheimer, 2018).

El tránsito al nuevo sistema multipolar del siglo XXI plantea una compleja relación bilateral entre la potencia hegemónica asiática, Estados Unidos, y la potencia emergente regional, China, donde la extensiva cooperación económico-comercial complementará a la intensiva competencia geopolítica. Esta situación representa un grave riesgo, pues ambas potencias están inmersas en una interdependencia económico-comercial, pero también en una competencia de suma cero por la distribución del poder en Asia. Contrario a la tesis liberal de la Pax Comercial, la cooperación económica no es suficiente para evitar conflictos entre la potencia hegemónica y su principal rival emergente. La cooperación económica no elimina el conflicto geoestratégico, porque no puede separarlo del contexto de relaciones de fuerza y guerra. De acuerdo al neorealismo, los Estados son entidades racionales, que pueden entrar en guerra, cuando equivocan su juicio sobre las capacidades militares del enemigo y mantienen intereses opuestos (Fearon, 1995).

En este nuevo escenario, China y Estados Unidos ofrecen seguridad y acuerdos económicos a aliados potenciales, pero no

podrán gozar de una relación exclusiva con miras de convertirlos en Estados-clientes, como sucedió en la Guerra Fría (Feldman, 2013). Por lo tanto, la estrategia de alianzas en el siglo XXI deberá profundizar las relaciones de dependencia, principalmente económico-comercial, financiera, tecnológica y militar, entre la potencia hegemónica y los Estados regionales, para que éstos perciban sus intereses alineados a una de las potencias, en detrimento de la otra.

Asia se ha convertido recientemente en la principal región del juego de alianzas entre China y Estados Unidos. Estados Unidos, desde la bipolaridad, formó una red de relaciones bilaterales de seguridad con Japón, Corea del Sur, Taiwán y Australia para garantizar la seguridad de todos, sin formar una alianza militar o modelo organizacional como la OTAN en Europa. El ascenso económico de China ha desafiado fundamentalmente este orden de alianzas. En un contexto de unipolaridad, China ha remplazado a Estados Unidos como el principal socio comercial de los países regionales (OMC, 2014). En el primer cuarto del siglo XXI, Estados Unidos ha garantizado la seguridad de la región y China su estabilidad y crecimiento económico. China ha equilibrado indirectamente la presencia estadounidense en la región, forjando alianzas económico-comerciales con los países de Asia del Este. A medida que China crezca económica y militarmente, los países regionales vinculen su seguridad con los intereses de China (Tellis & Swaine, 2000).

No obstante, este período de transición sistémica y consolidación del ascenso hegemónico ha sido inestable. El ascenso económico-militar de China reforzó la percepción del presidente Xi Jinping sobre su estrategia de equilibrio directo y asertivo en la región. Sobre todo, en la resolución de disputas territoriales, a través de soluciones sinocéntricas. China esperará que sus rivales regionales acepten sus reivindicaciones o enfrenten el escenario de la diplomacia armada.

De hecho, el equilibrio directo de China, a partir del ascenso de Xi Jinping en el 2013, se ha basado en una supremacía militar incuestionable en relación a los pequeños países del Sudeste Asiático, e incluso, históricos rivales geopolíticos: Japón e India. Por otra parte, el gobierno chino ha establecido estrategias de equi-

librio indirecto frente a Estados Unidos y rivales geopolíticos como India y Japón, a partir de medios económico-comerciales como la nueva ruta de la seda y el plan “Hecho en China 2025”, así como su inversión en el ciberespacio. La asertividad de Beijing en el período posterior a la Gran Recesión del 2008 corresponde con el comportamiento de previas potencias hegemónicas, las cuales se han definido a partir de un poder coercitivo superior al resto de los Estados en su región y en el sistema internacional, contando con las capacidades materiales para influir en la distribución del poder en el sistema y en la configuración de su polaridad.

Adicionalmente, existen otras razones que suponen una postura asertiva de China en el período de transición sistémica. La primera es el “miedo”. A medida que las potencias emergentes crecen en poder relativo, buscan proteger su expansión contra las políticas de contención de otros Estados, utilizando los recursos necesarios, incluido el uso de la fuerza (Kim, 1996). El mantenimiento y refuerzo de la presencia militar estadounidense en Asia del Este provoca la ansiedad de Beijing y una respuesta de mayor asertividad al desafío.

La otra razón es que las potencias emergentes buscan expandir su influencia e intereses, mientras crecen económica y militarmente; a fin de controlar las normas y acuerdos en el sistema. El sistema de Asia en el siglo XXI está sujeto al impacto del crecimiento económico-militar de China, pues la consolidación de su poder comprensivo reforzará la postura inapelable sobre sus reivindicaciones territoriales en los Mares Meridional y Oriental de China, así como en el estatus de Taiwán.

Durante el período 2016-2021, las administraciones estadounidenses de Donald Trump y recientemente Joe Biden, así como el gobierno de Xi Jinping han mantenido una relación bilateral de mayor tensión y conflicto. Ambos gobiernos deben entender que el equilibrio de poderes, a partir de la interdependencia económica, así como la disuasión nuclear, son y serán en el siglo XXI los principales elementos de paz en la región. Tanto para China como para Estados Unidos actuar conforme a los principios del equilibrio de potencias ofrece mayor seguridad para alcanzar sus intereses que precipitarse en un conflicto por una conducta aserti-

va o la obstinación de revertir una balanza comercial deficitaria o imponer valores liberales a terceros.

El presente capítulo comprende tres dimensiones de análisis sobre el ascenso de China y la reacción de Estados Unidos y otras potencias asiáticas en el período 2016-2020. La primera es el equilibrio indirecto económico-comercial, que explica la actual guerra comercial entre Washington y Beijing. La segunda aborda las posibilidades de equilibrio directo de China frente a EEUU por capacidades materiales. Finalmente, la tercera presentará el equilibrio de potencias y dilema de seguridad en escenarios regionales como la Península de Corea, el Estrecho de Taiwán, el Océano Índico y los mares Oriental y Meridional. La hipótesis central de este capítulo es comprobar que la relación sino-estadounidense es la principal relación bilateral en el siglo XXI. Por ende, el consecuente equilibrio de potencias generará oportunidades y desafíos para distintos países y tendrá un efecto directo en la estructura del sistema regional asiático.

Equilibrio indirecto de potencias: estrategias económico-comerciales en el período 2016-2021

El inicio de la guerra comercial

Algunos pronósticos señalaron que para el 2030, el PIB de China será un cuarto más grande que el de Estados Unidos, tendrá el doble de la participación comercial de Estados Unidos en el mundo y el RMB habrá desplazado al dólar como la moneda de reserva en el escenario internacional (Subramanian, 2012). Análisis más recientes consideraron que la economía china superaría en tamaño a la estadounidense al final de la segunda década del siglo XXI, convirtiéndose la economía más importante del mundo (González J., 2012). En la primera década del siglo XXI, Estados Unidos perdió la supremacía económica en Asia. En el 2010, de acuerdo a métodos de paridad del poder adquisitivo, el tamaño de la economía china era de \$10 billones de dólares; mientras que el tamaño de la economía estadounidense se ubicó en los \$15 billones de dólares (World Bank, 2012). En el último trimestre del 2014, el tamaño de la economía de China superó oficialmente al de la economía esta-

dounidense, la cual había mantenido su posición de liderazgo desde 1872 cuando remplazó a la economía británica (Eveno, 2014). De acuerdo a cifras del FMI, calculadas en paridad del poder adquisitivo, la economía China en diciembre 2014 alcanzó \$17,632 billones de dólares; por \$17,416 billones de dólares de la economía estadounidense (IMF, 2014). Como se observa en la tabla, China es oficialmente la economía más grande el planeta, en términos de paridad de poder adquisitivo.

Tabla 15

Tamaño de economía China-Hong Kong y EEUU 2017-2020

País	2017	2018
China	\$19,887,033.88	\$21,229,363.69
Hong-Kong	\$442.38	\$454.98
EEUU	\$19,542,979.18	\$20,128,577.58
País	2019	2020
China	\$22,492,450.16	\$23,009,776.52
Hong-Kong	\$447.33	\$420.13
EEUU	\$20,563,591.67	\$19,846,716.17

Elaboración propia. Fuente: Banco Mundial. PIB Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) en billones de dólares EEUU a precios constantes, 2017.

El ascenso económico de China, desde finales de los años setenta, implicó la transferencia de industrias de países desarrollados y en vías de desarrollo a territorio chino. En los últimos treinta años, China se convirtió en el principal productor y exportador de manufacturas en el mundo. Por ello, Donald Trump apeló a la inconformidad de un sector de la sociedad estadounidense que sufrió la desindustrialización de su país frente al ascenso chino para ganar las elecciones del 2016. Una vez en instalado en la presidencia, Donald Trump aseguró que China (entre otros países) se beneficiaron injustamente de Estados Unidos para garantizar su desarrollo económico.

En el año 2018 el gobierno estadounidense inició la guerra comercial con China, acusando a su gobierno de “manipulación de divisas”. De acuerdo con la administración Trump, un infravalorado yuan era responsable del persistente déficit comercial estadounidense frente a China (Epping, 2020). Al margen de la relación bilateral sino-estadounidense, es importante precisar que Estados Unidos mantiene un déficit comercial con más de 80 países. Un país puede incrementar o reducir artificialmente el valor de su moneda interviniendo en el mercado mundial de divisas; a través de la compra-venta masiva de determinada moneda. Hasta el A principios de siglo, más de cien países manipularon sus monedas de una forma u otra. No obstante, la administración de Trump consideró que el ascenso económico de China es un elemento más de la relación de suma cero entre ambos países. Es decir, el crecimiento económico chino se desarrolla a costa de la economía estadounidense y tiene por objetivo destruir la base manufacturera del país. La política “Estados Unidos primero” del gobierno Trump complicó la relación de Washington con países considerados aliados y rivales. Trump anunció la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte; impuso aranceles al acero y aluminio de India y Europa; retiró a su país del TPP y endureció la política comercial con China, incrementando aranceles sobre productos de origen chino.

El 15 de junio de 2018, Estados Unidos anunció un incremento del 25% de aranceles en importaciones chinas equivalentes a \$34 mil millones de dólares, con un incremento adicional de otro 25% en mercancía importada de China por un valor de \$16 mil millones de dólares. China respondió con el incremento de aranceles sobre productos agrícolas estadounidenses por un valor de \$34 mil millones de dólares. La respuesta de Beijing a la imposición de aranceles de Estados Unidos a 232 productos de acero y aluminio fue un incremento calculado de aranceles en productos agrícolas estadounidenses (principalmente la soya, el segundo mayor cultivo en EEUU), que afectó a una parte de la base electoral estadounidense que votó por Donald Trump en las elecciones de 2016.

Para garantizar el suministro de bienes agrícolas, Beijing diversificó sus proveedores de soya en los mercados canadienses

y brasileños que permitieran cubrir su demanda doméstica. Por ejemplo, en el 2018, Brasil exportó más de 50 millones de toneladas de soya a China, un incremento del 15% en relación a 2017. En junio del 2019, China y Rusia implementaron un plan de cultivo de soya por campesinos chinos en territorio ruso con el objetivo de reemplazar a los agricultores de soya estadounidenses del mercado chino.

En un principio, la administración Trump asumió que China cedería a sus exigencias de revalorizar su moneda y comprometerse a reducir el déficit comercial, pues para algunos analistas del gobierno Trump, China había fracasado en su intento por construir un mercado interno sólido y una economía diversificada en Asia. Para Trump y sus asesores la economía china no parecía tan dinámica y sólida como lo reflejó su crecimiento sostenido por décadas. Por lo tanto, la estrategia era presionar a Beijing a acatar las demandas estadounidenses a través del incremento arancelario contra sus productos y servicios de exportación. La respuesta de China al incremento de aranceles fue una contra-ofensiva de aranceles chinos contra importaciones procedentes de Estados Unidos. A partir de marzo de 2018, las dos potencias económicas iniciaron una guerra comercial que cimbró la estructura financiera y comercial del mundo.

A finales del 2018, Donald Trump y Xi Jinping se reunieron, en el marco del G-20, en Argentina, donde pactaron una tregua de aranceles de 90 días y la promesa de China de cambiar su política que exige a empresas extranjeras en China transferir su tecnología a empresas domésticas; así como la promesa de proteger la propiedad intelectual. Para finales de ese año, el déficit comercial de Estados Unidos con China alcanzó \$419 mil millones de dólares, con exportaciones estadounidenses a China por un total de \$120 mil millones de dólares e importaciones chinas a EEUU por un total de \$539 mil millones.

Tabla 16
Comercio de bienes de EEUU con China en el 2018 en miles
de millones de dólares nominales

Mes	Exportaciones	Importaciones	Balanza
Enero	\$9,909.50	\$45,681.30	-\$35,771.90
Febrero	\$9,743.10	\$38,956.20	-\$29,213.10
Marzo	\$12,653.00	\$38,273.80	-\$25,620.80
Abril	\$10,509.60	\$38,227.80	-\$27,718.20
Mayo	\$10,397.80	\$43,866.60	-\$33,468.80
Junio	\$10,855.70	\$44,524.00	-\$33,668.30
Julio	\$10,152.00	\$47,009.80	-\$36,857.80
Agosto	\$9,278.10	\$47,796.20	-\$38,518.10
Septiembre	\$9,733.10	\$49,938.00	-\$40,204.90
Octubre	\$9,188.70	\$52,081.10	-\$42,892.40
Noviembre	\$8,650.50	\$46,344.60	-\$37,694.10
Diciembre	\$9,210.20	\$45,814.90	-\$36,604.60
TOTAL 2018	\$120,281.20	\$538,514.20	-\$418,232.90

Fuente: Elaboración propia con datos de Census.gov.

A inicios del 2018, el renminbi se cotizó en 6.25 por dólar y cerró el año en 6.95. Trump estaba preparado para declarar oficialmente a China como manipulador de divisas, pero el Tesoro de EEUU aconsejó esperar para evitar inestabilidad en el mercado financiero (LaRocco, 2019). Sin embargo, en el verano del 2019, Estados Unidos anunció que incrementaría aranceles del 10% al 25% en un total de productos chinos equivalentes a \$200 mil millones de dólares. En agosto del 2019, China respondió al anuncio de nuevos aranceles sobre sus productos con una estrategia de equilibrio financiero al devaluar su moneda a más de 7 renminbi por dólar, alcanzando el nivel más bajo de su valor desde el 2008. Ese mis-

mo mes, el Tesoro de EEUU colocó a China en su lista de manipuladores de divisas. La reacción de Beijing fue amenazar con identificar a empresas estadounidenses que no obedecieran el marco legal del país para imponer sanciones y restricciones de acceso a su mercado.

La administración Trump se equivocó en centrar su presión contra China en el déficit comercial. Con más de mil trescientos millones de habitantes, cuyos ingresos se han incrementado en los últimos 20 años, China se convierte para las empresas estadounidenses en un mercado lucrativo de bienes de consumo de mayor valor, como robots, películas, autos de lujo, entre otros equipos tecnológicos. Es evidente que una guerra comercial centrada en la manipulación de divisas y el déficit en cuenta corriente no es una buena decisión económica de largo plazo. En el 2019 se volvieron a reunir los presidentes Trump y Xi Jinping, en el marco del foro G-20, donde acordaron una tregua en la guerra comercial. Estados Unidos se comprometió a reducir las restricciones contra la empresa Huawei. China se comprometió a comprar más bienes agrícolas estadounidenses. El resultado de la guerra comercial en el 2019 fue la reducción del déficit en la balanza, pero a costa de reducir el comercio entre ambos países y generar incertidumbre en el mercado financiero.

Tabla 17

Comercio de bienes de EEUU con China en el 2019 en miles de millones de dólares nominales

Mes	Exportaciones	Importaciones	Balanza
Enero	\$7,104.50	\$41,368.60	-\$34,264.10
Febrero	\$8,083.50	\$33,101.10	-\$25,017.60
Marzo	\$10,576.60	\$31,187.40	-\$20,610.80
Abril	\$7,883.70	\$34,625.40	-\$26,741.70
Mayo	\$9,069.50	\$39,104.50	-\$30,034.90
Junio	\$9,166.50	\$38,871.00	-\$29,704.50

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Mes	Exportaciones	Importaciones	Balanza
Julio	\$8,699.40	\$41,377.10	-\$32,677.70
Agosto	\$9,409.00	\$41,079.80	-\$31,670.80
Septiembre	\$8,599.90	\$40,061.20	-\$31,461.30
Octubre	\$8,854.20	\$40,000.20	-\$31,146.00
Noviembre	\$10,102.60	\$36,398.00	-\$26,295.40
Diciembre	\$8,899.00	\$33,586.20	-\$24,687.10
TOTAL 2019	\$106,448.40	\$450,760.40	-\$344,312.00

Fuente: Elaboración propia con datos de Census.gov.

El 14 de febrero de 2020, China se comprometió a respetar la propiedad intelectual y a incrementar sus compras de bienes agrícolas. En realidad, la pandemia de la COVID-19 y sus efectos en la economía mundial forzaron a mantener la tregua comercial entre ambos países. Sin embargo, el promedio de aranceles estadounidenses a las importaciones chinas permaneció elevado en 19.3%; mientras los aranceles chinos a importaciones estadounidenses permanecieron en 20.7% y representaron el 58% del total de los bienes y servicios que exporta Estados Unidos a China (Peterson Institute for International Economics, 2021). Al cierre del 2020 el déficit de la balanza comercial de EEUU con China se mantuvo, prácticamente, a niveles del 2019.

Tabla 18

Comercio de bienes de EEUU con China en el 2020 en miles de millones de dólares nominales

Mes	Exportaciones	Importaciones	Déficit
Enero	\$7,153.70	\$33,173.30	-\$26,019.60
Febrero	\$6,828.40	\$22,720.90	-\$15,892.50

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Mes	Exportaciones	Importaciones	Déficit
Marzo	\$7,900.40	\$19,789.10	-\$11,888.70
Abril	\$8,624.40	\$30,922.80	-\$22,298.40
Mayo	\$9,671.60	\$36,551.70	-\$26,880.00
Junio	\$9,236.60	\$37,495.10	-\$28,258.40
Julio	\$9,088.30	\$40,658.00	-\$31,569.60
Agosto	\$10,961.70	\$40,791.50	-\$29,829.90
Septiembre	\$11,497.70	\$41,194.30	-\$29,696.60
Octubre	\$14,773.10	\$44,779.20	-\$30,006.10
Noviembre	\$14,219.70	\$44,839.30	-\$30,619.60
Diciembre	\$14,529.60	\$41,833.70	-\$27,304.10
TOTAL 2020	\$124,485.40	\$434,749.00	-\$310,263.50

Fuente: Elaboración propia con datos de Census.gov.

El presidente Trump mencionó en distintas ocasiones que bajo su administración China pagaría miles de millones de dólares de productos con aranceles más altos y se reduciría el déficit en la balanza comercial de su país frente a Beijing. En realidad, son las empresas importadoras y finalmente el consumidor estadounidense quien pagó los aranceles impuestos por el gobierno de Trump. Asimismo, casi el 80% de las reservas en dólares mundiales están en posesión de bancos centrales de países en desarrollo, principalmente China, que han invertido sus ingresos por concepto de exportaciones en bonos del gobierno estadounidense. Por lo tanto, el dólar estadounidense, al ser la moneda de reserva más importante del mundo, tiene un impacto en el déficit comercial del país. Es decir, una alta demanda internacional de dólares provoca que el valor de la moneda estadounidense se incremente, sus exportaciones resulten más caras, sus importaciones más baratas y por ende se genere un déficit comercial. Esto se conoce como *el dilema Triffin*, en

honor al economista Robert Triffin, quien aseguró que la emisión de dólares provocaría déficits crónicos a EEUU.

Por lo tanto, si el objetivo real del gobierno de Trump era financiar el déficit de la cuenta corriente de su país, habría recurrido a dos estrategias. La primera es convencer a más países de comprar empresas y productos estadounidenses. La segunda es vender bonos del Tesoro. Como se ha explicado, la emisión de billones de dólares estadounidenses se ha financiado por países con superávit comercial, principalmente China. En ese sentido, los productos importados por EEUU se equilibran con la compra de los bonos del Tesoro que realizan los extranjeros.

La guerra comercial ha tenido un impacto en el abastecimiento de grandes cadenas de venta al menudeo en Estados Unidos. Por ejemplo, China suministra a Walmart el 26% de sus productos; el 34% de los productos a Target y el 53% del catálogo de Bed Bath and Beyond. Los importadores estadounidenses han participado por décadas en el mercado global, enfocándose en la innovación y diseño de productos con manufactura en países terceros. No pueden reemplazar de inmediato a sus proveedores y cadenas de suministro en China por otros en Vietnam, Indonesia o en América Latina. China es líder; a partir de su capacidad instalada y costos de producción, que representan una ventaja competitiva en relación a otros países manufactureros en Asia. Los primeros en sufrir la guerra comercial de Trump fueron los importadores y consumidores estadounidenses.

Además, las constantes amenazas y promesas de la administración Trump sobre la negociación e imposición de aranceles ha provocado incertidumbre entre los propios aliados estadounidenses y los mercados financieros. En un mundo globalizado e interconectado nadie resulta claro vencedor de una guerra comercial. Estados Unidos pudo limitar su estrategia a un equilibrio indirecto económico-comercial presionando ciertos sectores industriales chinos, pero sin profundizar una guerra comercial que no contribuye al control de la inflación y ni a la promoción del libre comercio, factor clave en la estabilidad del sistema en Asia.

El triunfo de Joe Biden en el 2020 no representó un cambio en la política de contención de EEUU frente a China. La admi-

nistración Biden ha mantenido los aranceles sobre las importaciones chinas y ha establecido que se realizará una investigación y análisis sobre la relación bilateral sino-estadounidense, que abarca más allá de temas comerciales. La compleja relación bilateral implica un cambio estructural en el sistema internacional y regional de Asia en el marco del dilema de seguridad. Por ende, la guerra comercial iniciada por Trump y continuada por Biden es sólo una arista más del equilibrio de poderes entre Estados Unidos y China en Asia.

La nueva ruta de la seda confirma el ascenso de China en Asia

En 2013, el presidente Xi Jinping anunció los planes de su país para crear la nueva ruta de la seda, que incluiría la integración comercial vía marítima, terrestre y digital de Eurasia. La primera de las tres rutas será la antigua ruta que recorre de China a Roma, Italia. La segunda vincularía a Rusia y a China. La tercera conectará a China con Irán. En el mar, la ruta de la seda unirá los mares Oriental y Meridional de China con el océano Índico, el mar Arábigo y el Mediterráneo. El proyecto de la nueva ruta de la seda es el principal indicador del ascenso chino en el siglo XXI. Es el proyecto de integración económica-comercial más ambicioso que diferencia el proyecto de alternativa de globalización de China frente al proteccionismo estadounidense de la administración Trump. Más de 130 países han mostrado interés en la nueva ruta de la seda y de acuerdo con la consultora Refinitiv, el valor total de la nueva ruta de la seda asciende a \$3.67 billones de dólares (Chen, 2019).

La nueva ruta de la seda es un elemento clave del ascenso regional y mundial de China. Beijing pretende establecer vínculos de cooperación económica comercial con los países asiáticos, acercando sus mercados, bienes y servicios con Europa, Asia Central y el norte de África. La ruta marítima conectará la costa de China con el Océano Índico, el Mediterráneo, la península Arábiga, el estrecho de Malacca, la Bahía de Bengal y el estrecho de Ormuz. Además, se formarán seis corredores económicos. El primero conectará la región occidental de China con la de Rusia. El segundo es el corredor China-Mongolia-Rusia. El tercero es China-Asia Central-

Turquía. El cuarto es el corredor que conectará a China con el Suroeste Asiático. El quinto es el corredor de China-Pakistán. El sexto es el corredor China-Myanmar-India. Rusia es un país clave en la nueva ruta de la seda. La relación entre Putin y Xi se ha fortalecido con proyectos de desarrollo en el ártico a fin de conectar las aguas internas de Rusia con Asia. Esta ruta permitirá a Rusia exportar gas a China y tener un acceso más rápido a otros países asiáticos.

A raíz de la crisis económico-financiera del 2008, China avisó a su población que el crecimiento económico no sería de doble dígito y que su país se preparaba para reorientar el crecimiento a partir del consumo y mercado interno. La guerra comercial iniciada por Trump en el 2018 acelerará este proceso y otorgará mayor relevancia a la iniciativa de la nueva ruta de la seda de China, la cual busca la diversificación comercial de Beijing con la región de Eurasia. A propósito de la guerra comercial, el presidente Xi Jinping aprovechó el foro económico de Davos del 2018 para criticar el proteccionismo comercial y comprometerse con los principios del libre mercado, estableciendo vínculos de cooperación económico-comercial con otros países. El presidente Xi presentó al RCEP y a la nueva ruta de la seda como dos alternativas al proteccionismo comercial, enarbolado en la política “Estados Unidos primero” de Trump.

El equilibrio indirecto económico-comercial de China frente a Estados Unidos y otras potencias rivales, ejemplificado en la nueva ruta de la seda, es financiado por otra iniciativa china que puede considerarse como parte de su estrategia de equilibrio financiero: el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), con su capital inicial de \$100 mil millones de dólares, de los cuales \$40 mil millones serán destinados a la ruta de la seda. Asimismo, Nuevo Banco de Desarrollo (NBD), fundado por países como Rusia, India y China con intereses en Asia, aportará \$10 mil millones de dólares a la nueva ruta de la seda. Mientras el Banco de Desarrollo de China aportará \$890 mil millones de dólares para financiar proyectos en 60 países euroasiáticos. China ha establecido que el financiamiento otorgado por a estos países es vía préstamos, no apoyos financieros.

China está interesada en proveer internet y servicios de telefonía a países de Asia, a través de la iniciativa de la nueva ruta de la seda, donde las empresas de telecomunicaciones chinas tendrán participación preponderante, ante la ausencia de empresas estadounidenses. Otro aspecto relevante de la nueva ruta de la seda implica la internacionalización del renminbi, que funcionará como moneda de intercambio en este mecanismo de integración. Además, China ha anunciado su proyecto de digitalización de su moneda, el cual reduciría la preeminencia del dólar como medio de intercambio. El sistema de pagos de China reemplazaría a la red de pagos SWIFT. La primera fase del sistema de pagos de China inició en el 2015 en Shanghái donde empresas asiáticas y europeas pueden enviar remesas y transferencias a bancos chinos. La intención es la internacionalización gradual de la moneda china como uno de los principales métodos de pago en la nueva ruta de la seda.

La administración de Trump consideró que el financiamiento de China a proyectos de infraestructura en países del Sur y Sureste asiáticos representa “prácticas financieras abusivas y ventajosas”, dada una negociación asimétrica entre Beijing y sus vecinos. El secretario de Estado, Mike Pompeo, aseguró que el financiamiento de China a países regionales es una estrategia diplomática que generará una trampa de deuda, donde los países involucrados en la nueva ruta de la seda, no podrán pagar el financiamiento de China y tendrán que ceder parte de su soberanía a Beijing. Por su parte, Beijing reiteró que la ruta de la seda y el financiamiento a países participantes es una alternativa de integración y cooperación regional frente al proteccionismo de algunos países. Un mensaje contundente para los países asiáticos, cuya percepción de la presencia estadounidense en Asia sufrió un cambio negativo, principalmente a raíz de la incertidumbre del gobierno de Trump.

Estados Unidos utilizó el proyecto de Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP) para contener el ascenso económico-comercial de China. No obstante, en enero 2017, el gobierno de Donald Trump retiró a Estados Unidos de las negociaciones del TPP, cumpliendo su promesa de campaña de privilegiar acuerdos comerciales bilaterales con base a los intereses particulares de Estados Unidos. A finales de ese año, los gobiernos de Australia, Bru-

nei, Japón, Malasia, Singapur, Vietnam, Nueva Zelanda, México, Perú, Chile y Canadá continuaron con las negociaciones comerciales y modificaron el nombre del proyecto, llamándolo Acuerdo Amplio y Progresista de Asociación Transpacífico (CPTPP, por sus siglas en inglés) (Sistema de Información sobre Comercio Exterior, 2018), que entró en vigor en los países signatarios en el 2018. El TPP original, elemento de la estrategia estadounidense de contención económico-comercial frente a China, resultó un fracaso de la política de *conngement* del presidente Barack Obama que no logró transitar de una administración a otra y permitió a Beijing utilizar la plataforma de integración transpacífica para incrementar su influencia regional. China solicitó su adhesión al CPTPP el 16 de septiembre 2021, confirmando su creciente influencia comercial en la región al dirigir los esfuerzos de integración como el RCEP y la ruta de la seda. El aislacionismo del presidente Trump en el período 2016-2020 facilitó el desplazamiento de su país frente a China, quien se erigió como el garante del libre comercio en Asia-Pacífico (Global Times Staff reporters, 2021).

Trump pudo utilizar al TPP como mecanismo de integración regional de Asia-Pacífico y contención a la influencia comercial y neomercantil de China, pero perdió la oportunidad. La nueva ruta de la seda y la Asociación Económica Integral Regional son los acuerdos comerciales dominantes a nivel regional y estrategias clave del equilibrio indirecto de China para garantizar su ascenso. Parece distante un área transpacífica de libre comercio que incluya a Japón, India, China y Estados Unidos en un momento de rivalidad y equilibrio de potencias. El gobierno de Joe Biden debería promover una integración transpacífica que incluya a China para mantener el equilibrio de potencias regional.

Estados Unidos podría considerar incluir a su economía en la nueva ruta de la seda, pues ofrecería a los países signatarios (algunos aliados de Washington) el acceso al mercado y tecnología estadounidense y la plataforma de equilibrio a la creciente influencia regional de China. El gobierno de Estados Unidos debe poner atención a las estrategias de algunas de sus empresas, como HoneyWell, General Electric, Citigroup y Goldman Sachs, quienes participan en la iniciativa de la nueva ruta de la seda. Para Washington

resulta crucial tener influencia y poder de decisión en el proyecto de Beijing. De lo contrario, será marginado del plan de infraestructura e integración regional más ambicioso del siglo XXI. No obstante, en una lógica de competencia y equilibrio de potencias, es probable que la administración Biden antagonice los proyectos de integración regional de China.

En el caso de China, la nueva ruta de la seda representa dos soluciones de equilibrio indirecto frente a la hegemonía estadounidense. Una es resolver el dilema del estrecho de Malaca, por donde transitan más del 80% de las importaciones de recursos naturales y energéticos hacia China y cuyo acceso podría ser sujeto a un bloqueo por parte de Estados Unidos y aliados. El otro es el dilema de las reservas en dólares que posee Beijing (Manuel, 2016). Invertirlas en bonos del Tesoro estadounidense con un pago de interés muy bajo y en un contexto de hostilidad diplomática ya no parece la mejor opción. Una opción viable y segura para los estrategas chinos es invertirlo en préstamos para proyectos de infraestructura, que beneficien a China a partir del acceso a mercados y recursos naturales en Eurasia. Por lo tanto, se puede afirmar que la nueva ruta de la seda es un pilar estratégico de equilibrio indirecto económico-comercial, financiero y diplomático de China frente a EEUU y a rivales regionales como Japón e India.

El plan hecho en China 2025 y la transformación económica para garantizar el ascenso en Asia

En 1991, el presidente George H. W. Bush declaró que el nuevo orden mundial se caracterizaría por la competencia económica entre países y regiones. El presidente esperaba que esa competencia se desarrollara en términos amistosos y de prácticas leales de comercio. China ha utilizado estrategias de equilibrio indirecto económico-comercial para presionar a Japón en el Mar Oriental, sancionar a Corea del Norte y equilibrar la influencia de Estados Unidos e India en la región. La competencia económica en Asia se ha desarrollado en un contexto de tensión geopolítica y desconfianza entre los actores, cuyo cálculo racional les permite fortalecer sus vínculos económicos.

En mayo del 2015, China publicó su plan “Hecho en China 2025” que incluye un plan de acción de 35 páginas, cuyo objetivo es transformar al sector manufacturero del país de un exportador de bienes de bajo valor agregado en un proveedor global de servicios y productos de alto valor agregado en las áreas de robótica, tecnologías de la información, medicina y semiconductores. Para ello, China estableció sus prioridades estratégicas: innovación manufacturera, automatización del sector manufacturero, incrementar la base industrial, posicionar marcas chinas a nivel internacional, promover fuentes de energía renovables y desarrollar sectores clave como el aeroespacial, el de automatización, el químico, el biomédico, el eléctrico automotriz y la construcción de transporte marítimo (II, 2020).

El plan “Hecho en China 2025” es un mensaje que China está preparada para adaptar nuevas tecnologías en la era de la automatización en el sector manufacturero. Conscientes del incremento en costos, las empresas chinas participaron en el plan del gobierno para incrementar la productividad y optimizar los procesos productivos dependiendo menos de la mano de obra barata. El plan se origina de una política industrial de Beijing con el objetivo de dominar el mercado mundial de manufacturas de alto valor agregado

La Gran Recesión del 2008 y la guerra comercial con Estados Unidos de 2018 son los catalizadores de la visión transformadora de la economía de China en el siglo XXI. Beijing busca transitar de una economía dependiente de exportaciones a una economía con un sólido consumo interno y orientada a los servicios. En el 2014, el presidente Xi anunció que su país pasaría de un crecimiento económico de doble dígito a uno de entre 6% y 7%, a fin de estimular el consumo interno, la innovación y desarrollo de nuevas tecnologías y la promoción de mercados sustentables. Asimismo, el objetivo de China es de incrementar su PIB per cápita de \$7,329 dólares en 2017 a \$10 mil dólares para 2025.

El plan quinquenal de China en 2016 tiene por objetivos transitar a una economía sustentable de energías renovables, promover el crecimiento de sus empresas de tecnología e inteligencia artificial, erradicar la pobreza, mejorar los servicios públicos e in-

dustrializar áreas rurales. De manera contrastante, el foro de Davos del 2018 posicionó a China como defensor del libre comercio y actor principal contra el cambio climático, frente al discurso de proteccionismo comercial de Trump y su rechazo al acuerdo sobre el cambio climático de París. La estrategia de China, similar a la implementada en la década de los ochenta, es incrementar subsidios a empresas y promover la cooperación Estado-academia-empresa para impulsar industrias clave como la de autos eléctricos, semiconductores, tecnología agrícola, aeroespacial, biomedicina, ingeniería marítima e infraestructura de trenes de alta velocidad.

El desafío de China es competir con Estados Unidos en la manufactura de semiconductores, que representan la principal fuente de innovación el desarrollo de hardware y software para artefactos eléctricos. Asimismo, la manufactura de los semiconductores otorgará una ventaja a Beijing en su plan por modernizar sus fuerzas armadas, utilizando la integración de inteligencia artificial, satelital y de ciber-ataque a su arsenal. Estados Unidos se ha quejado ante la OMC de las transferencias forzadas de tecnología de empresas occidentales cuando participan en el mercado chino. Beijing ha negado que dichas transferencias sean forzadas, pues las empresas extranjeras que operan en China deciden “compartir voluntariamente” sus secretos corporativos a cambio de ingresar en el lucrativo mercado chino, ser acreedores a préstamos del sistema bancario chino y obtener beneficios fiscales.

Es probable que el PIB nominal de China supere al de Estados Unidos antes del 2030. La mayoría de la población china ingresará a la clase media y el país se convertirá en líder de manufacturas de alto valor agregado y tecnologías de la información. De acuerdo a cifras del Banco Mundial, en 1978 el PIB de China era de \$149.54 mil millones de dólares. Al cierre del 2017, el PIB chino fue de \$12.24 billones de dólares. El crecimiento promedio de la economía china de 1978 al 2017 fue de 9.4% anual. Ningún país en la historia ha logrado un ritmo similar de crecimiento sostenido. El ascenso económico, diplomático y militar de China en el siglo XXI es un *fait accompli*. La cuestión es determinar las consecuencias y reacciones de otros países a este hecho. Por ejemplo, si la guerra comercial con Estados Unidos persiste en los próximos

años, China tendrá más incentivos por diversificar su sector exportador, buscando fuentes alternativas de suministro de materias primas (como la soya) en otros mercados; así como la participación de sus empresas en otros países que reemplacen parcialmente la pérdida de sectores del mercado estadounidense. Si China y EEUU logran un acuerdo comercial, ambos se beneficiarán de los beneficios de la interdependencia a nivel económico y la estabilidad política que provee en el sistema.

Equilibrio indirecto en la era digital: la carrera por el dominio de la inteligencia artificial y la red 5g

El desarrollo de la inteligencia artificial tiene dos ramas de estudio. La primera son los sistemas expertos, donde los programadores intentan enseñar a una máquina a codificando una serie de reglas lógicas. En este caso es necesario que el software sea diseñado a partir del conocimiento del programador. El otro enfoque es el de “redes neuronales artificiales”, donde no se pretende enseñar a la computadora procesos dominados por el cerebro humano, sino replicar el modo de razonamiento del cerebro humano. Este modelo implica suministrar a las redes neuronales artificiales una gran variedad de datos de determinado fenómeno para que éstas identifiquen por sí mismas los patrones dentro de los datos. El gobierno central chino estableció un plan ambicioso de desarrollo de Inteligencia Artificial (IA) en el horizonte temporal 2020-2025 para convertir a China en el centro mundial de la innovación de IA, con un claro liderazgo en teoría, tecnología y aplicación.

Silicon Valley ha mantenido su dominio en el desarrollo de las dos ramas de inteligencia artificial durante el siglo XXI, pero China comienza a realizar avances significativos en su propio clúster. Beijing no pretende imitar y copiar los logros estadounidenses. El gobierno de Xi desea convertir los algoritmos en negocios rentables y sustentables. Desde el 2013, las empresas de tecnología chinas han creado una impresionante red de distribución y comercialización digital en las ciudades del país. Los repartidores chinos entregan toda clase de bienes y servicios en motocicletas y bicicletas a clientes que realizaron y pagaron su pedido en línea. La visión de una China donde las transacciones digitales remplazaron

al efectivo se ha convertido en realidad en los últimos 5 años. Empresas como WeChat no sólo ofrecen un servicio de mensajería similar a Whatsapp o Twitter; también ofrecen la oportunidad de pagar las compras, programar citas con médicos, desbloquear bicicletas compartidas, declarar impuestos o comprar boletos de tren o avión.

Empresas como Google y Facebook son ejemplos del dominio digital estadounidense en el siglo XXI. Su influencia en el mundo es equiparable al poder militar y económico de EEUU en el sistema internacional. China, como potencia en ascenso, ha desarrollado su propio clúster de innovación digital, similar al Silicon Valley de California, en el barrio Zhongguancun de Beijing. Ahí es donde los sectores académico, empresarial y gubernamental de China invierten recursos y tiempo para competir en la era digital (Lee, 2018).

De acuerdo con PricewaterhouseCoopers, firma internacional de servicios fiscales, la inteligencia artificial aportará \$15.7 billones de dólares al PIB mundial para 2030, de los cuales China se beneficiará con \$7 billones, duplicando el ingreso de Estados Unidos, estimado en \$3.7 billones de dólares (Rao, 2018). Esto representa un cambio del paradigma de innovación y desarrollo a nivel mundial. Algunas *startups* estadounidenses comenzaron con una misión idealista y construyeron un negocio lucrativo a partir de ella. Por su parte, las empresas chinas tienen como principal objetivo la rentabilidad y buscan adaptarse, crear o satisfacer las necesidades del mercado. No importa de donde venga la idea, lo importante es su ejecución en un negocio rentable. El ejemplo es la empresa Alibaba, fundada en 1999 por Jack Ma, quien copió el modelo de negocio de eBay para adaptarlo al mercado chino. Ma creó Taobao, una plataforma de compra-venta similar a eBay, y resolvió el dilema de confianza del consumidor con un sistema de mensajería en la plataforma y con un motor de pago funcional: Alipay.

La estrategia de ascenso de Beijing implica la transición de un modelo de desarrollo basado en la exportación de manufacturas a uno de crecimiento de innovación digital. En el 2014, el primer ministro Li Keqiang declaró, en el Foro Mundial de Davos, que su país necesitaba de mayor emprendimiento e innovación. Al año si-

guiente, China anunció exenciones fiscales y subsidios a inversionistas que participaran en un programa de incubadoras de empresas digitales. El resultado fue la creación de más de seis mil startups en el país. Los servicios de internet en China han invertido en el desarrollo de servicios digitales con el modelo *online-to-offline* (*O2O Revolution*) que implica convertir acciones en línea en servicios fuera de línea. Los sitios comercio electrónico como Amazon o Alibaba son el mejor ejemplo. Además, el continuo uso de las plataformas O2O permite a las empresas recopilar información del usuario para encontrar patrones de consumo y hábito. Esta minería de datos es de utilidad para las empresas que ofrecen nuevos productos y/o servicios en el mercado.

En el 2017, el total de transacciones en celulares de China superaron los \$17 billones de dólares, mayor al PIB del país. Un año después, las empresas chinas superaron a su competencia estadounidense en entregas de comida rápida y pagos en línea con el celular. Actualmente, el volumen de las compras electrónicas en China duplican al de las compras en Estados Unidos.

En el 2021, Estados Unidos mantiene el liderazgo en desarrollo de inteligencia artificial, gracias a las optimizaciones en sectores como el de seguros, bancario e industrial, cuya minería de información permite a sus programadores maximizar sus aplicaciones. Sin embargo, China busca competir por el liderazgo digital en el siglo XXI. Entre el 2017 y 2021 la Zona de Desarrollo Económico y Tecnológico de Nanjing ha invertido más de 3 mil millones de RMR en desarrollo de inteligencia artificial; China ha logrado crear varias incubadoras de empresas orientadas a la inteligencia artificial; Shenzhen se ha convertido en el clúster de hardware del país y automatización de los procesos productivos.

Por otra parte, el equilibrio de potencias entre Beijing y Washington se ha centrado en el desarrollo de la red 5G, la cual se puede considerar el pilar de la Cuarta Revolución Industrial, pues será clave en el desarrollo potencial de autos eléctricos, cirugías a larga distancia, automatización manufacturera, realidad virtual y hogares y ciudades con aplicaciones inteligentes. Actualmente, la red 4G puede dar servicio a 2 mil equipos conectados por kilómetro cuadrado. La tecnología 5G podrá dar servicio a un millón de

aparatos conectados en el mismo espacio. En este rubro, la empresa de telecomunicaciones china Huawei ha alcanzado el liderazgo en el desarrollo de la red 5G, financiada por subsidios de Beijing y el capital humano de universidades chinas. Al 2021, Huawei tiene contratos para el desarrollo de la red 5G y opera la red 4G en 170 países.

Desde el 2015, la inversión de China en la red 5G supera en \$8 mil millones de dólares la inversión de EEUU. La reacción de Estados Unidos a los planes de red de telecomunicaciones de China es utilizar una alternativa de banda de espectro electromagnético para su tráfico 5G, que se diferenciaría del resto del mundo. China y otros países planean que su red móvil 5G use una banda sub-6 GHz, que permitiría una mayor cobertura con menos torres. Este cambio aislaría, desde una perspectiva tecnológica, a Estados Unidos.

Equilibrio directo en Asia: poder comprensivo chino frente a la contención directa de EEUU

La asimetría de capacidades materiales entre China y EEUU

En la década de los ochenta, el presidente Reagan promovió la cooperación militar sino-estadounidense al firmar la decisión directiva de Seguridad Nacional de 1981, la cual permitió al Pentágono vender tecnología naval, aérea y terrestre a China. La decisión de Reagan se explica en una lógica de equilibrio de potencias, iniciada por el acercamiento de Nixon con China, para equilibrar a la Unión Soviética (Gingrich, 2019). Mientras en los noventa y principios del siglo XXI, los presidentes George W. Bush y Bill Clinton asumieron que la socialización de China en el sistema internacional y el creciente intercambio comercial del mundo con Beijing producirían la transición democrática, gradual, de la sociedad china.

La idea liberal de la socialización de China en el sistema no funcionó. De hecho, durante el gobierno de Donald Trump (2016-2020), el director de Seguridad Nacional de EEUU, John Bolton, consideró a China como “enemigo del Estado” y “amenaza a la paz mundial”. Para Bolton y otros políticos en Washington, China bus-

ca desarrollar capacidades materiales de guerra informática, a través de la modernización de sus sistemas informáticos y de comunicación; así como el uso de la inteligencia artificial para desarrollar una “inteligencia de guerra”. Los ciberataques de China a servidores estadounidenses y de otros países tienen por objetivo robar secretos militares con el fin de otorgar al ejército chino una ventaja decisiva en materia de inteligencia artificial y satelital. China ha negado reiterativamente estas acusaciones y declarado que su inversión militar forma parte de su estrategia de desarrollo económico, pues la industria militar genera millones de empleos en el país.

Por el momento, China no cuenta con las capacidades materiales para competir con Estados Unidos en una guerra armamentista o menos en una guerra por la hegemonía mundial. Las aspiraciones de Beijing se centran en un ascenso regional y mayor participación en el sistema multipolar. La inversión para modernizar su ejército, su plan espacial y su modelo de desarrollo económico está guiada por una estrategia de equilibrio indirecto y una lógica de conflicto asimétrico (Gingrich, 2019). De acuerdo con Pillbury, la estrategia de Beijing para garantizar su posición hegemónica en el siglo XXI se centra en nueve elementos que combinan equilibrio directo e indirecto. El primero es no provocar, prematuramente, a la potencia hegemónica. El segundo es convencer al mundo que su desarrollo será pacífico y no militarista. El tercero es mantener la paciencia, calculando fortalezas propias y ajenas. El cuarto es robar tecnología de la principal potencia militar. El quinto es entender que el equilibrio directo, a través de la milicia, no es el factor decisivo en una competencia a largo plazo. El sexto es reconocer que la potencia hegemónica puede reaccionar al ascenso chino de forma imprudente y extrema. El séptimo es no perder el enfoque en el desarrollo de sus capacidades materiales (economía, demografía, seguridad). El octavo es implementar métricos para evaluar su posición en relación a sus competidores. El noveno es evitar ser contenido por una coalición de países que perciban el ascenso chino como una amenaza.

Ante la disparidad de capacidades materiales en el dominio militar, los estrategas en Beijing consideran seis escenarios de alto riesgo para su país. El primero es un plan de EEUU para esta-

blecer un bloqueo de su línea costera. Los militares chinos temen que la cadena de islas entre Japón y Filipinas pueda ser utilizada en su contra como un bastión militar estadounidense. Por lo tanto, la discusión interna se centra en un plan de acción marítimo-militar para romper un hipotético bloqueo de dichas islas. El segundo es su incapacidad de desarrollar una fuerza marítima significativa que garantice su hegemonía en los mares oriental y meridional. El tercero es el bloqueo en el estrecho de Malaca que pondría en riesgo el suministro energético de China. El cuarto es la amenaza de una invasión terrestre, dado las 14 fronteras que comparte con otros países asiáticos. El quinto es un posible financiamiento estadounidense a grupos rebeldes dentro de china. Sobre todo en las provincias del oeste, como Xinjiang o Tíbet. El sexto es la amenaza constante de la hegemonía estadounidense representada por sus portaviones y presencia militar en Corea del Sur y Japón.

Un conflicto armado convencional en el mar entre Beijing y Washington podría tener mayor viabilidad que uno terrestre. Estados Unidos no le conviene una guerra en tierra contra un ejército de más de dos millones de activos (Tse, 2019). Como se ha explicado, China movilizó 200 mil soldados en la península de Corea, sin ser detectados por el ejército estadounidense. Si bien Washington poseía una ventaja aérea y militar, la estrategia de guerra asimétrica de Beijing funcionó al sorprender y desintegrar a la segunda división del ejército estadounidense en los bosques de Corea del Norte. No obstante, China no ha alcanzado el nivel tecnológico y militar de Estados Unidos, tiene experiencia histórica en conflictos asimétricos en territorio asiático. Su participación en la guerra de Corea ejemplifica la voluntad y capacidad del gobierno chino para enfrentar a un ejército superior con resultados favorables.

Resulta complicado predecir con precisión el futuro del crecimiento militar de China, incluso en un período de crecimiento económico sostenido. No obstante, la complejidad del análisis prospectivo no implica que China abandone su política de ascenso, cuyo fundamento es el binomio económico-militar (Kagan, 2013). La inversión de China en la modernización de sus fuerzas armadas en la segunda década del siglo XXI se mantendrá, incluso ante perspectivas de menor crecimiento de su economía (Gilboy, 2012).

Como respuesta al ascenso militar chino, la administración de Biden ha buscado reposicionarse militarmente en Asia Pacífico, sin posibilidades reales de detener la inversión de Beijing en el desarrollo de su propia milicia.

En el siglo XXI, China ha mantenido un crecimiento en el presupuesto de defensa, ligeramente, superior al crecimiento económico (Erickson, 2013). De acuerdo a estudios recientes, es probable que el gasto anual de China en defensa supere la cifra de \$300 mil millones de dólares a finales de la segunda década del siglo XXI, acercándose a los \$500 mil millones de dólares que invierte en promedio Estados Unidos (International Institute for Strategic Studies, 2013). La paridad en la inversión militar de ambos países dependerá del crecimiento económico y la distribución de sus recursos. Hasta el 2020, existe una diferencia significativa en la inversión militar de ambos países a favor de Estados Unidos, quien mantiene la hegemonía militar mundial.

Tabla 19

Inversión militar de EEUU y China en millones de dólares a precios constantes 2019

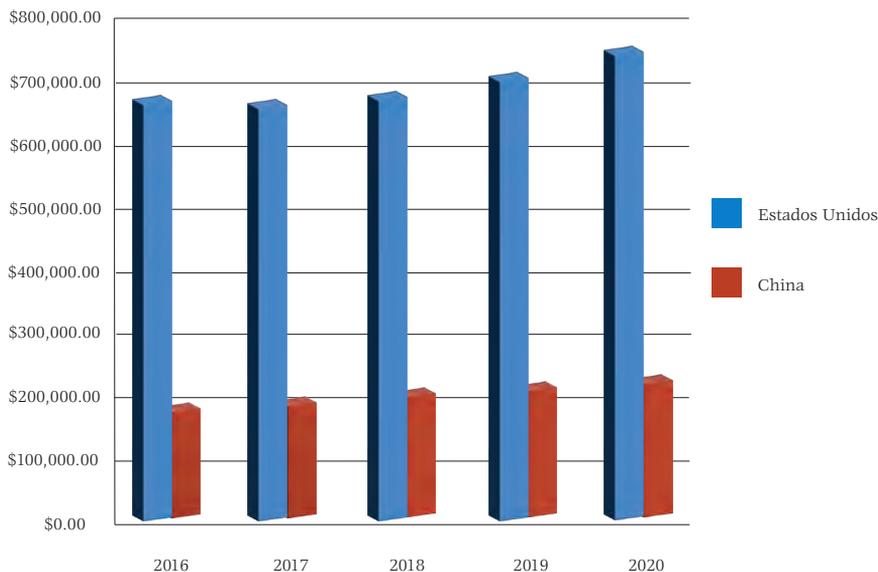
País	2016	2017	2018
EEUU	\$681,579.84	\$674,557.21	\$694,859.58
China	\$203,944.22	\$216,487.10	\$229,168.10

País	2019	2020
EEUU	\$734,344.10	\$766,582.83
China	\$240,332.56	\$244,933.51

Continúa en la página siguiente.

Viene de la página anterior.

Inversión militar de EEUU y China



Nota: Elaboración propia. Fuente: SIPRI 2021.

El regreso militar de Estados Unidos en Asia en las administraciones de Obama, Trump y Biden, puede aparentar estabilidad para países pequeños como Singapur, Vietnam y Filipinas, frente a la amenaza de la expansión china. No obstante, de acuerdo a la teoría neorrealista, el regreso militar de Estados Unidos generará tensión e inestabilidad regional al buscar contener el ascenso de China. De hecho, ante el viraje de Asia, durante el gobierno de Obama, Beijing anunció el desarrollo de capacidades de operación militar marítimas, para garantizar la defensa de sus intereses económicos, comerciales y territoriales en la región (Nasr, 2013). Tal anuncio representa la oposición de intereses de expansión, por parte de China, y de mantenimiento de *status quo*, por parte de Estados Unidos en el marco de equilibrio de potencias.

La disuasión nuclear en Asia del siglo XXI

En Asia se encuentran cuatro potencias nucleares reconocidas: China, Rusia, India, Corea del Norte y Pakistán. La disuasión nu-

clear entre China, Pakistán e India implica cierta estabilidad en Asia del Sur, pero una amenaza latente en el Noreste Asiático por la beligerancia de Corea del Norte. Rusia y China comparten el interés de desnuclearizar a Corea del Norte, cuyo régimen ha actuado de manera provocativa y desafiante desde el arribo al poder de Kim Jong Un en 2011.

Kim Jong-un percibió la presidencia de Trump como una oportunidad para legitimar su régimen en el sistema internacional. Kim Jong Un y Donald Trump se reunieron en dos ocasiones (Kaplan, 2018). La primera en Singapur en 2018 y la segunda en Vietnam en 2019. El objetivo de las reuniones para Trump era detener el desarrollo del proyecto de misiles intercontinentales y programa nuclear de Corea del Norte. El resultado de ambas reuniones decepcionó a Estados Unidos y a sus aliados, Corea del Sur y Japón. En realidad, el gobierno de Kim pretendía utilizar las reuniones como una estrategia de equilibrio diplomático frente a China, Rusia y el propio Estados Unidos, al realizar cumbres bilaterales entre la potencia estadounidense y el régimen norcoreano, que otorgaba la legitimidad deseada a Pyongyang. En realidad, Corea del Norte no tiene incentivos para abandonar su programa nuclear, que es el pilar de la supervivencia de su régimen. Trump cayó en la trampa diplomática de Kim al aceptar un diálogo bilateral, excluyendo a sus aliados surcoreanos y japoneses, así como a los otros actores determinantes como China y Rusia.

Tanto a Beijing como Moscú no les agrada compartir frontera con un país que posee las capacidades militares para escalar un conflicto a una guerra nuclear. Por su parte, Japón, Corea del Sur y a Estados Unidos consideran el programa nuclear norcoreano como una amenaza a la seguridad regional y han manifestado su interés en evitar una crisis nuclear en la región. Ninguna de las cumbres y reuniones, con el objetivo de evitar la desnuclearización de Corea del Norte, ha funcionado.

Durante la bipolaridad, Estados Unidos y la Unión Soviética anunciaron una doctrina de vulnerabilidad mutua (Tratado de Misiles Antibalísticos) para no agravar el dilema de seguridad nuclear en el sistema. En el siglo XXI, Estados Unidos nunca ha reconocido una doctrina similar con China, la potencia emergente. (De-

partment of Defense, 2010). En un contexto de unipolaridad ilimitada, durante los noventa, Estados Unidos manifestó sus intenciones de desarrollar un sistema de defensa contra misiles balísticos de teatro, que provocó la preocupación de China y el rápido desarrollo de misiles con múltiples ojivas, bases subterráneas para misiles nucleares y un sistema anti-acceso (Fingar, 2011).

En la segunda década del siglo XXI, Washington anunció la reducción de sus ojivas nucleares de 5,000 a 1,550 (Department of Defense, 2010), sin alterar la estabilidad sistémica, pues mantiene una superioridad significativa en despliegue y cantidad de armamento nuclear en relación con China. El actual equilibrio de fuerzas nuclear debería ser aceptable para las dos partes, pues otorga a Estados Unidos la superioridad nuclear, pero permite a China la capacidad de respuesta nuclear en el escenario improbable de un ataque. Existen tres escenarios de inestabilidad nuclear en el Noreste Asiático. El primero, y más viable, es la continuación del programa nuclear norcoreano. En el verano de 2021, Corea del Norte reinició operaciones de un reactor con el potencial de desarrollar uranio y plutonio de grado armamentístico (Smith, 2021). El segundo representaría a Estados Unidos retomando el proyecto del sistema de defensa antimisiles o el incremento de sus ojivas, amenazando la respuesta de contra-ataque de China e impulsando al gobierno chino a alcanzar la paridad nuclear (Gompert & Saunders, 2011). El tercero, el más improbable al momento, sería el desarrollo nuclear de Corea del Sur o Japón.

Carrera por el dominio del espacio exterior y ciberespacio

La ciberseguridad se ha convertido en un asunto crítico de seguridad nacional en el siglo XXI. Estados Unidos tiene plantas eléctricas, químicas y otra infraestructura potencialmente vulnerable conectada al internet. Se estima que el daño posible a la infraestructura estadounidense, en caso de ciberataque, excedería \$1 billones de dólares (Wald, 2012). Es muy probable que en existan incidentes relacionados con ciberataques y ciberespionaje en la relación sino-estadounidense, durante la segunda década del siglo XXI. La competencia entre la potencia hegemónica y la emergente en el

ciberespacio resulta preocupante por dos razones. La primera deriva del dilema de seguridad, pues Estados Unidos está convencido de que China expande sus capacidades ofensivas en el ciberespacio con potencial de dañar infraestructura civil y militar. Mientras, China acusa a Estados Unidos de utilizar sus capacidades en el ciberespacio para apoyar la separación de provincias como Xinjiang y Tíbet o sustraer información militar (Osnos, 2013). La segunda razón es que ambas potencias han incrementado la dependencia de su operación militar en tecnologías de la información. Es improbable que en los próximos cinco años exista un ciberataque sorpresa de China o de Estados Unidos que tenga un impacto significativo, pero la competencia por el dominio tecnológico con aplicaciones militares podría incrementar los riesgos de conflicto en la próxima década.

El espionaje de China no necesita tener por objetivo, necesariamente, las aplicaciones de defensa del ejército estadounidense para representar una eficiente forma de guerra asimétrica. Los ciberataques de China se han centrado en sectores estratégicos de EEUU como los semiconductores. En el 2018, un juzgado federal estadounidense recibió una acusación contra una empresa estatal china que robó información sensible de la empresa de semiconductores Micron con sede en Idaho. En el 2019, la empresa de energía Phillips 66 descubrió a un empleado robando archivos sobre secretos corporativos de la empresa con un valor de mil millones de dólares para venderlos a una empresa paraestatal de China. Desde el ingreso de China a la OMC en el 2001 hasta el inicio de la presidencia de Trump en 2016, Estados Unidos ha realizado más de 20 acusaciones contra China por espionaje corporativo, subsidios ilegales de sectores económicos y violación de acuerdos comerciales (Gingrich, 2019).

La aplicación china de redes sociales, TikTok, es un buen ejemplo de cómo los tecnócratas chinos pueden utilizar el reconocimiento facial y la minería de datos a gran escala para desarrollar capacidades de inteligencia artificial con otras aplicaciones. Por ejemplo, el anuncio del sistema de crédito social de China en 2014 pareció una idea robada del libro 1984 de George Orwell, pues toda la población de China estará sujeta a un sistema de puntuación,

que permitirá al gobierno central evaluar y monitorear a sus ciudadanos, a partir de sus sistemas de vigilancia, minería de datos y patrones de consumo. Analistas, políticos y estrategas en EEUU han expresado su preocupación por el uso de este tipo de aplicaciones de redes sociales en su país, que podrían servir a Beijing como aplicaciones de recolección de información. De hecho, El FBI estima que el ejército chino cuenta con 30 mil militares de ciberespionaje, más de 15 mil expertos privados en informática, cuyo objetivo es robar secretos tecnológicos y militares de Estados Unidos (Federal Bureau of Investigation, 2021).

La carrera espacial es otro ámbito de competencia entre Beijing y Washington. En 1961, Estados Unidos envió su primera misión espacial tripulada. En 1973, se lanzó la estación espacial temporal Skylab. En 1998, Estados Unidos comenzó a operar un módulo en la Estación Espacial Internacional. En el caso de China, su primera misión espacial tripulada se realizó en el 2003. El mismo año China lanzó su primera estación espacial temporal Tiangong-1. En abril del 2021, China lanzó el módulo central de su estación espacial a largo plazo (Ju, 2021). El rápido progreso del sistema espacial de China se realizó en menos de 20 años, superando lo hecho por la NASA en 40 años. Estados Unidos ha perdido gradualmente su ventaja en el espacio. En marzo del 2019, había 900 satélites estadounidenses en órbita contra 299 satélites chinos. El presupuesto de la NASA promedia \$20 mil millones de dólares anuales; mientras el presupuesto del programa espacial chino es de \$11 mil millones de dólares anuales.

La decisión del gobierno de Trump de negar la venta de equipo al gigante de telecomunicaciones chino ZTE en 2018 provocó que China acelerara su plan de autosuficiencia tecnológica. China ha invertido \$20 mil millones de dólares en el sector de semiconductores para fabricar chips de 14-nanómetros y en enero 2019, el gobierno de Xi Jinping anunció su intención de construir una central de energía solar en el espacio. El plan es lanzar un satélite geosincrónico que capture los rayos del sol, convierta la energía solar en rayos dirigidos a una estación terrestre que los transforme en electricidad. De esta forma, la central de energía podría generar 24 megawatts de electricidad para 2040, similar a los 22 me-

gawatts generados por su central hidroeléctrica de las Tres Gargantas. China alcanzará la autosuficiencia energética y podrá convertirse en un proveedor mundial de energía renovable para el 2050 (Gingrich, 2019).

El contexto de dilema de seguridad en el ciberespacio y autosuficiencia de energía explican las estrategias de contención de Estados Unidos y de desarrollo de China en proyectos de ciberseguridad y espacial. Washington buscará mantener su dominio tecnológico en el siglo XXI y China proyectará su poder comprensivo a partir de un equilibrio asimétrico. Por ello, Xi Jinping ha otorgado a su programa espacial el estatus de sector estratégico para el desarrollo del país. Del nuevo sistema satelital de Beijing dependerán los pilares de su ascenso en el siglo XXI, como la modernización de su ejército, el nuevo modelo de crecimiento y los proyectos de integración regional.

El equilibrio de potencias en escenarios regionales

Dilema de seguridad en la Península de Corea

El hundimiento de la fragata surcoreana, Cheonan, y el bombardeo de isla surcoreana de Yeonpyeong por parte de Corea del Norte en 2010 demostraron la fragilidad de la estabilidad en la Península de Corea, incrementando las perspectivas de un conflicto armado entre las dos Coreas con consecuencias para la región (Fackler, 2010). Si la guerra estallara entre Corea del Norte y Corea del Sur, es probable que los 30 mil soldados estadounidenses en Corea del Sur intervengan, provocando una respuesta inmediata del ejército chino (Bechtol, 2012). No obstante, un conflicto armado no es el único evento probable que generaría la inestabilidad peninsular. El colapso del régimen norcoreano podría ser otro argumento para que Estados Unidos y Corea del Sur formen una coalición con el objetivo de neutralizar el ejército norcoreano, controlar su territorio y restaurar el orden en la Península de Corea.

Ante la amenaza nuclear norcoreana, la ex presidenta surcoreana Park Geun-Hye aceptó la propuesta estadounidense del escudo antimisiles THAAD en 2016 para culminar su instalación

en septiembre de 2017 con el objetivo de proteger Corea del Sur ante un posible ataque de Pyongyang. La instalación del THAAD, anunciada desde el 2015, fue percibida por China y Rusia como una amenaza directa a la seguridad en el Noreste Asiático y elemento de la estrategia de contención estadounidense frente al ascenso de Beijing. En sí mismo, el THAAD desplegado en Corea del Sur no tiene la capacidad de detener misiles intercontinentales chinos dirigidos a Estados Unidos, pero sus radares tienen suficiente potencia para alertar al sistema de defensa estadounidense sobre lanzamiento de misiles desde China continental.

En cuanto al régimen de la familia Kim, se puede asumir que, eventualmente, colapsará. Incluso si no es el deseo e interés de los principales involucrados en la península. Desde la perspectiva neorrealista del dilema de seguridad y equilibrio de potencias, se pueden presentar algunos escenarios. En el primero, Estados Unidos podría mantener entre 10 y 15 mil soldados en Corea unificada, como parte de su compromiso por “estabilizar el Noreste Asiático”, protegiendo a Corea del militarismo japonés y del ascenso de China. Este escenario podría tener un horizonte temporal limitado, pues un gobierno nacionalista en Seúl pediría el retiro de las tropas estadounidenses de su territorio. El segundo escenario es el fortalecimiento de la alianza nipona-estadounidense que acerque, involuntariamente, a una Corea unificada a la esfera de influencia de China. El tercer escenario es reemplazo de la familia Kim por otro gobierno norcoreano supeditado a los intereses y voluntad de Beijing. De hecho, este tercer escenario sería el más viable, pues en el siglo XXI China ha invertido en infraestructura a lo largo de su frontera con Corea del Norte, preparando el terreno para la construcción de una zona de amortiguamiento o *buffer zone* en la península. Este escenario no desagradaría a Seúl y a sus ciudadanos, pues el proyecto de reunificación de Corea implicará una gran inversión de los contribuyentes surcoreanos (Kaplan, 2018).

Ante una invasión de la coalición estadounidense y surcoreana en territorio norcoreano, se considera viable la intervención de China para proteger su interés nacional de mantener un “Estado tapón” entre su frontera y las bases estadounidenses en Corea del Sur (Wortzel, 2008), provocando un conflicto armado a mayor

escala. La presencia militar estadounidense en la frontera con China es un escenario inaceptable para el gobierno chino. Por lo tanto, Beijing tendría dos opciones. La primera sería mantener sus tropas en la Península, so pretexto de garantizar la estabilidad de la misma. La segunda sería retener parte del territorio norcoreano y formar un nuevo gobierno que cumpla las funciones de “Estado tapón”. De acuerdo a la teoría neorrealista, que considera posible la resolución de conflictos entre dos potencias antagónicas; en el escenario de un conflicto en la Península de Corea, China y Estados Unidos podrían definir un nuevo paralelo para establecer sus tropas en una Corea unificada.

Perspectivas de conflicto en el Estrecho de Taiwán

Una contingencia en el Estrecho de Taiwán representa la principal fuente de conflicto entre Estados Unidos y China en el siglo XXI. Es muy probable que China incremente en la próxima década su poder comprensivo en relación a Taiwán, generando un alto costo de intervención estadounidense en el escenario de una invasión china a la isla. En las primeras dos décadas del siglo XXI, ha existido estabilidad en la relación entre China y Taiwán, gracias a los intercambios económico-comerciales, diplomáticos y culturales. Como lo explica la teoría Neorrealista, la interdependencia económica entre ambos lados del Estrecho no garantizará la estabilidad de la relación en un futuro. Beijing mantiene su oposición a la independencia de Taiwán y a la relación especial entre la isla y Estados Unidos, la cual incluye la venta de armamento estadounidense. Si el conflicto entre China y Taiwán estalla, Estados Unidos deberá responder militarmente para salvaguardar sus intereses regionales, pues la reunificación coercitiva de Taiwán con China, proyectaría la incapacidad estadounidense para garantizar la seguridad de sus otros aliados en la región, como Japón o Filipinas.

Del 2007 al 2018, la venta de armamento estadounidense a Taiwán ascendió a \$25 mil millones de dólares. China ha protestado cada una de dichas ventas y el patrullaje de fuerzas aéreas y navales de EEUU en el estrecho de Taiwán. El presidente Xi ha asegurado que ante la declaración de independencia unilateral de Taipéi, utilizarán la fuerza para lograr la reunificación. El ejérci-

to taiwanés no rivaliza con el chino, pero Taiwán se percibe protegido por Estados Unidos. La creciente asertividad nacionalista del gobierno de Xi Jinping podría establecer como fecha límite para la reunificación de Taiwán con China el año 2049, fecha conmemorativa del centenario de la fundación de la República Popular China (Kapur, 2020).

Sin embargo, las manifestaciones pro-democráticas de Hong Kong han demostrado al gobierno de Taipéi, y a parte de su población, que la estrategia de unificación con China, a través de la fórmula “un país-dos sistemas” no es viable para el futuro de la isla. El gobierno de Xi mantiene la postura histórica de China sobre la unificación con Taiwán y en enero de 2019 pidió al gobierno de la isla aceptar que la unificación “es y será” inevitable. Asimismo, Xi solicitó a las fuerzas armadas de la provincia costera de Fujian mantener el estado de alerta en relación a un eventual conflicto (Kapur, 2020).

Para Beijing existen tres reivindicaciones territoriales no negociables: la protección de sus fronteras de Xinjiang, el Tíbet y la reunificación con Taiwán. En segundo grado, China pretende mantener un control de la navegación en los mares Oriental, Meridional y el Océano Índico para asegurar sus líneas de abastecimiento comerciales y la estabilidad social y económica de su país. Señalar estos intereses territoriales como no negociables e invertir en un poder naval, con proyección de alta mar, señalan, son evidencia del ascenso hegemónico de China en Asia.

Por su parte, en 2018, Estados Unidos aprobó el Acta de Viajes a Taiwán para establecer las visitas bidireccionales entre ambos países (Kapur, 2020). También se aprobó en el congreso estadounidense el acta de iniciativa de reiteración en Asia, que fortalece la relación diplomática entre Washington y Taipéi, abordando el incremento en la venta de armamento a la isla. El presidente Xi parece perder la paciencia sobre el asunto de Taiwán. China nuevamente anunció ante el acercamiento entre la isla y EEUU que la reunificación con Taiwán era un asunto de seguridad interna y que se realizaría por la vía voluntaria o de liberación coercitiva. El estatus de Taiwán puede ser el principal catalizador de conflictos entre las grandes potencias de Asia en el siglo XXI.

En el escenario de una invasión sorpresiva de China que dañara las unidades de la marina taiwanesa, Estados Unidos enviaría sus buques de guerra para romper el bloqueo de China contra Taiwán y preparar la contra-ofensiva. La intervención estadounidense, en este punto, incrementaría los riesgos de la prolongación e impacto del conflicto, pues, como se ha explicado, China posee actualmente la capacidad de limitar la maniobrabilidad de la marina estadounidense, a partir de misiles balísticos y submarinos apuntando al Estrecho de Taiwán. El gobierno de Xi Jinping podría amenazar no sólo los buques estadounidenses próximos a Taiwán, sino sus bases militares Guam, Corea del Sur y Japón (Krepinevich, 2012). En consecuencia, con el interés nacional chino por alcanzar la reunificación de Taiwán, China no cederá ante la intervención estadounidense y no aceptará la independencia taiwanesa. Si Washington derrota a Beijing en el Estrecho de Taiwán, no se recuperará la estabilidad. En el mejor de los casos, China mantendrá un acoso de bajo nivel contra Taiwán, hasta reconstruir sus fuerzas militares y planear una contraofensiva en un plazo determinado, lo cual provocará un nuevo período de guerra fría entre China y Estados Unidos.

El dilema de seguridad en los mares Meridional y Oriental de China

En el siglo XXI, las operaciones militares de China en los mares Oriental y Meridional, desafían la hegemonía marítima de Estados Unidos, la cual se había mantenido incuestionable desde mediados del siglo XX. Si China remplace a Estados Unidos como potencia en Asia del Este, ¿quién garantizará la seguridad de las vías marítimas, por donde transita más del 40% del comercio mundial? Hasta el momento, China se ha negado en compartir el costo financiero de la seguridad internacional y regional. Ello es natural por dos razones. La primera es que China, en los noventa y principios del siglo XXI, no quiso alarmar sobre sus aspiraciones de ascenso a los países regionales. La segunda razón es que, aun manifestando una postura asertiva en la segunda década del siglo XXI, China no desea financiar, por sí sola, la seguridad de las vías marítimas, dado que todavía es una potencia en ascenso. No obstante, una vez que

confirme su hegemonía económico-militar en la región, China deberá aceptar la responsabilidad de mantener la estabilidad asiática, necesaria para su propia supervivencia.

En el siglo XXI el Océano Índico, el Mar Oriental y el Mar Meridional de China se han convertido en los escenarios de la rivalidad y equilibrio de potencias en Asia. China ha desarrollado una estrategia de flota de alta mar para defender sus reivindicaciones territoriales y proteger sus líneas de abastecimiento. India ha proyectado su poder naval más allá del Golfo de Bengala. Japón, Australia y Estados Unidos mantienen sus ejercicios navales en la región (Kapur, 2020).

De acuerdo a la Convención de las Naciones Unidas sobre el derecho del Mar, con suscripción abierta desde 1982, los países costeros tienen el derecho de controlar áreas específicas adyacentes a sus territorios. Esta ley internacional creó el concepto de zonas económicas exclusivas que deben ser adyacentes al territorio marítimo del país y se pueden extender 200 millas náuticas a partir del territorio. Estados Unidos no ha ratificado esta convención, pero aceptó, junto con otros países, que los países costeros no ejercerán control sobre actividades militares realizadas por países terceros dentro de sus zonas económicas exclusivas. China rechazó esta interpretación de la ley marítima y aseguró, junto con otros 30 países, que su gobierno tiene derecho a controlar tanto las actividades comerciales como militares de países terceros en territorio marítimo del país.

En junio 2016, un tribunal de La Haya rechazó las reivindicaciones territoriales chinas a favor de Filipinas en el Mar Meridional, a partir de argumentos fundamentados en la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (Kapur, 2020). Sin embargo, el gobierno de Manila prefirió declinar el veredicto del tribunal, favoreciendo el diálogo y acercamiento con Beijing a cambio de que el gobierno chino mantuviera su apoyo financiero a Filipinas.

Los países asiáticos han creado sus propias instituciones regionales como el Foro Regional de ASEAN, el Banco de Desarrollo Asiático, el Banco para la Inversión en Infraestructura Asiático y la Asociación Económica Integral Regional con el objetivo de promo-

ver el crecimiento económico-comercial de la región y mantener la estabilidad geopolítica en el sistema asiático. ASEAN reconoce que es una organización con una diplomacia débil y frágil. La mayoría de los países ha preferido negociar directamente con China.

Por ejemplo, en Myanmar y Pakistán reconocen a China como principal socio comercial y estratégico. Indonesia se ha abstenido de equilibrar al ascenso chino. Desde el golpe militar de 2014, los líderes de la junta militar tailandesa se han acercado más a Beijing. Las Filipinas, en la administración de Rodrigo Duterte, rechazaron el veredicto favorable del tribunal de La Haya sobre sus derechos en el Mar Meridional, a fin de evitar antagonizar a China. Malasia ha equilibrado a China, estableciendo alianzas con India, Japón y Estados Unidos. No obstante, Malasia ha recurrido a la inversión de China para modernizar y ampliar su construcción en puertos clave como el de Malaca. Vietnam es el país del Sures-te Asiático que ha establecido una estrategia de equilibrio directo frente a China. Hanoi no teme enviar a su flotilla a competir con los patrullajes chinos en la región y ha participado en los ejercicios militares de EEUU. Sin embargo, las fortificaciones chinas en las islas Paracel y la militarización del Mar Meridional presionan a Vietnam para negociar con Beijing.

En septiembre 2018, un buque de guerra rápido estadounidense estuvo cerca de entrar en colisión con un buque de guerra chino cercano a las islas Spratly en el Mar Meridional. El buque de guerra chino informó al estadounidense que debía maniobrar para evitar la colisión, pues ellos no modificarían el curso. Esto demuestra la asertividad y confianza del ejército chino en sus capacidades materiales para asegurar su dominio en territorio en disputa. El presidente Xi Jinping estableció como horizonte temporal el año 2035 para contar convertir al Ejército de Liberación Popular en una fuerza militar moderna y a la vanguardia tecnológica, capaz de defender los intereses estratégicos de China en la región y en el mundo. China ha enfatizado en contar con una flotilla de altamar que permita realizar operaciones a nivel mundial dentro de los próximos cinco años y eliminó el carácter civil de la guarda costera para supeditarla directamente a la Comisión Central Militar.

Por su parte, Rusia se ha convertido en un aliado estratégico en la estrategia de equilibrio directo de China frente a otras potencias en Asia y Estados Unidos. El gobierno de Putin, presionado por las sanciones económicas impuestas por Washington y Europa, tras la toma de Crimea en el 2014; decidió orientar los sectores de gas, militar, minería y petróleo para satisfacer la demanda del mercado chino. Por ejemplo, más de dos tercios del equipo militar de China provienen de Rusia, como los aviones caza y los misiles S-400 que Beijing utiliza en su patrullaje en el Mar Meridional. Incluso, en el 2019, el ministro de defensa chino, general Wei Fenghe, visitó Moscú con la intención de demostrarle a Estados Unidos cuán unidos eran las fuerzas armadas de China y Rusia.

En 2018, China logró un acuerdo con el gobierno de Myanmar para construir un puerto de aguas profundas en el Golfo de Bengala por \$1.3 mil millones de dólares. El lugar es el puerto de Kyaukpyu que se sumará a los puertos de Gwadar en Pakistán y Hambantoto en Sri Lanka. A partir de esos tres puertos, China logrará una proyección significativa de poder naval en el Océano Índico. El dominio de China sobre el Mar Meridional y el océano Índico permitirán a Beijing, desde una perspectiva estratégica-militar, proyectar su poder naval en el Pacífico y consolidarse como la potencia hegemónica regional. China podrá establecer un bloqueo efectivo sobre Taiwán y complicar la intervención estadounidense en el Noreste y Sureste Asiáticos.

A medida que sus capacidades materiales han incrementado en el siglo XXI, China ha manifestado una postura asertiva de equilibrio directo frente a países regionales como Vietnam para confirmar sus reivindicaciones territoriales en aguas disputadas, pero ha establecido un equilibrio indirecto frente a países como Filipinas a partir de elementos diplomáticos-comerciales. En el Mar Oriental, China mantiene disputas territoriales con Japón sobre las islas Diaoyu/Senkaku. En el Mar Meridional, China compite por la soberanía de las islas Spratly y Paracel, principalmente con Vietnam y Filipinas (Takahashi, 2013). La reciente asertividad de China frente a Japón, Vietnam y Filipinas sobre los conflictos territoriales, provocó que dichos países fortalecieran sus vínculos de seguridad con Estados Unidos. Sin embargo, China ha utilizado estra-

tegas de equilibrio indirecto en ASEAN para evitar que se forme una coalición de Estados asiáticos que contenga su ascenso regional (Perlez, 2013). Por lo tanto, es probable que en la próxima década, China equilibre directamente a los países regionales, a través de la movilización de su mariana en aguas disputadas o el fortalecimiento de restricciones en su zona de identificación aérea. Al mismo tiempo, China procurará utilizar su influencia diplomática y económica en instituciones regionales, para evitar una resolución multilateral del conflicto, que otorgue mayor peso en la negociación a los Estados asiáticos: e impulsar una negociación bilateral, donde los intereses de Beijing predominen (Glaser, 2012).

Equilibrio de potencias asiáticas: Japón e India frente al ascenso de China

El gobierno de Trump abandonó el sistema de alianzas, promovido por Obama, en Asia, para privilegiar un enfrentamiento económico-comercial y diplomático con China. La administración Trump estableció a Rusia y a China como “competidores estratégicos”, reforzó los patrullajes en aguas cercanas a Taiwán; denunció a China como manipulador de divisas y de piratería intelectual; y ha acusado a Beijing por la propagación del virus CODIV-19. La estrategia de *conngement* de Estados Unidos frente a China ha sido reemplazada por una estrategia con más elementos de equilibrio directo después del triunfo de Trump en 2016 y se ha mantenido con la administración de Biden. No obstante, la formación de alianzas resulta un aspecto fundamental del equilibrio directo de potencias. El gobierno de Biden se ha esforzado por recuperar la confianza de países asiáticos como Japón, la India y Australia, pero será una tarea complicada, pues el gobierno de Trump, y algunos políticos y ciudadanos estadounidenses, dejaron claro en Asia que Estados Unidos puede abandonarlos con un giro proteccionista en cualquier momento.

El ascenso económico-comercial de China permite al país persuadir a países asiáticos, como Pakistán, Myanmar, Indonesia, Filipinas e incluso Japón, Australia e India de evitar formar parte de una alianza estratégico-militar de EEUU para contener a Beijing. China representa el principal socio comercial, inversionista y

prestamista para muchos de la mayoría de los países en el Sur y Sureste Asiáticos. Para las potencias medianas de Asia, la importancia estratégica de China en la región se suma a un histórico rechazo de sus naciones por el pasado imperialista occidental y la fractura de la credibilidad estadounidense como garante de seguridad regional, a partir de las guerras de Bush en Medio Oriente y el giro proteccionista de Trump.

Los militares estadounidenses, japoneses, indios y chinos están entrenados y capacitados para plantear los peores escenarios para sus países, así como la respuesta adecuada a los mismos. Actualmente ese dilema de seguridad militar en Asia predomina. La solución al dilema podría ser la construcción de una cooperación multilateral entre las principales potencias asiáticas y Estados Unidos a partir de puntos en común como el cambio climático, el terrorismo, el comercio, el sistema financiero y recientemente la pandemia. Estados Unidos, India y Japón deben aceptar el ascenso de China en el sistema internacional y su influencia como potencia hegemónica en la región, pero restringir sus acciones con elementos de equilibrio indirecto, evitando un conflicto militar a gran escala por el uso excesivo del equilibrio directo político-militar.

El objetivo inmediato de las potencias china, estadounidense, japonesa e india es el establecimiento de procedimientos para controlar y evitar incidentes en el mar o crisis políticas, así como un mecanismo de diálogo con Europa y Rusia para abordar asuntos de ciberseguridad y mantenimiento de rutas de comunicaciones marítimas y aéreas.

La cooperación entre los países no es automática ni se construye de un día para otro. Se requiere de práctica a nivel diplomático, comercial, financiero y cultural para establecer los vínculos y canales de comunicación adecuados. La competencia en el sistema internacional persistirá, mientras exista el Estado-nación como actor principal. El dilema de seguridad existirá durante décadas del siglo XXI provocado por el ascenso chino y el declive regional estadounidense. Sin embargo, los países deben priorizar la cooperación y estabilidad del sistema; mientras resuelven sus conflictos y diferencias en privado. Un diálogo constructivo es mejor que una guerra comercial y amenazas militares.

El análisis del equilibrio de potencias plantea el dilema de seguridad, que se nutre de posiciones como la venta de armas a Taiwán, los ejercicios militares de EEUU con países asiáticos, la política de viraje de Obama o la guerra comercial de Trump. Además, el dilema de seguridad se nutre de la asertividad de China en el gobierno de Xi, al construir bases militares en islas artificiales del Mar Meridional, presas que redireccionan el agua en la frontera con India, discursos nacionalistas anti japoneses y el despliegue de su flota naval en la región.

Japón debe de aliarse y coordinar su política internacional con Estados Unidos, independientemente del inquilino de la Casa Blanca. Durante la administración de Obama, Japón obtuvo el apoyo diplomático-militar de EEUU. Sin embargo, la posición nacionalista-proteccionista del gobierno de Trump ha marginado a Japón de la visión estratégica estadounidense.

A medida que China asciende como potencia hegemónica asiática, la política interna de Japón se ha vuelto más nacionalista y existe un consenso entre partidos políticos sobre una postura de militarización de su país ante la asertividad territorial de China. En la segunda década del siglo XXI, el gobierno japonés cuestiona la idea de la década de los noventa de que la alianza nipona-estadounidense era un garante de la estabilidad de Asia. Recientemente, el gobierno japonés de Shinzo Abe ha criticado la constitución pacífica de su país y ha pugnado por cambios constitucionales que permitan el desarrollo militar de Japón. De hecho, en 2007, los gobiernos japonés y australiano firmaron un acuerdo de seguridad. El primero que firmó Tokio con un país tercero, adicional al tratado de seguridad con EEUU de 1952. Asimismo, Japón está interesado en la participación activa de India en el sistema de seguridad de Asia del Este que equilibre al ascenso chino.

De cualquier manera, la seguridad de Tokio depende de dos variables. La primera es la coordinación de su política internacional con la de Estados Unidos, independientemente del inquilino de la Casa Blanca. Durante la administración de Obama, Japón obtuvo el apoyo diplomático-militar de EEUU. Sin embargo, la posición nacionalista-proteccionista del gobierno de Trump marginó a Japón de la visión estratégica estadounidense. La segunda es la in-

versión y desarrollo de sus capacidades materiales en tecnología satelital y de vigilancia en el Mar Oriental donde la presencia de submarinos nucleares y flotilla de Beijing representan una amenaza a la seguridad de Tokio.

El crecimiento de India ha posicionado al país como una potencia regional de proyección económica, diplomática y militar. En 2030, algunos demógrafos predicen que India será el país más poblado de la Tierra y desplazará a Japón como la tercera economía más grande del mundo, después de Estados Unidos y China. El gobierno indio ha mantenido su propio equilibrio de potencias frente a los gobiernos chino y estadounidense, sin intervenir deliberadamente a favor de uno u otro. India ha apoyado proyectos de integración regional de China y ha apoyado el discurso estadounidense de tránsito libre en el Mar Meridional de China. En el 2014, cuando Modi asumió el poder, Xi Jinping visitó la India y declaró que sus países deberán fortalecer su relación, a través de la cooperación en organismos regionales como la Organización para la Cooperación de Shanghái. No obstante, el incidente fronterizo en Doklam de 2017 y la rivalidad de ambas potencias por influir en países de Asia del Sur ha ensombrecido la relación y resaltado la histórica desconfianza entre ambos países (Huiyun Feng, 2019).

La rivalidad entre China e India en la región de Asia del Sur ha tenido tres dimensiones principales. La primera es la disputa territorial fronteriza que no se ha definido por ambos países. La segunda es la creciente presencia naval de China en el Océano Índico. La tercera la competencia diplomática-económica entre los dos países para incrementar su influencia en la región. En el siglo XXI, la India de Narendra Modi ha logrado un ritmo de crecimiento similar al de China desde el 2015, pero no se ha proyectado significativamente en el desarrollo de una infraestructura interna adecuada o en la inversión de sus capacidades militares. Por lo tanto, se puede afirmar que el resultado del crecimiento indio ha sido insuficiente para alcanzar un desarrollo comparable con el de China, debido a la parálisis parlamentaria y las políticas públicas descentralizadas en India. En la siguiente tabla se observa el crecimiento económico de Beijing, Tokio y Nueva Delhi, así como su inversión militar en el período 2015-2018.

Tabla 20

Gasto militar de China, Japón, India expresado en millones de dólares precios constantes 2017. Porcentaje de crecimiento de PIB en el periodo 2015-2018

País	Gasto militar 2015	Crecimiento PIB %2015	Gasto militar 2016	Crecimiento PIB % 2016
China	\$192,843.13	7.40%	\$203,944.22	6.48%
Japón	\$47,599.80	1.50%	\$47,311.94	0.75%
India	\$56,773.06	7.90%	\$62,567.47	8.25%
País	Gasto militar 2017	Crecimiento PIB % 2017	Gasto militar 2018	Crecimiento PIB % 2018
China	\$216,487.10	6.94%	\$229,168.10	6.75%
Japón	\$47,349.68	1.67%	\$47,426.45	0.55%
India	\$67,522.12	6.70%	\$69,285.42	6.50%

Fuente: Elaboración propia con datos Banco Mundial y SIPRI.

El plan estratégico de China en el siglo XXI ha permitido la coordinación de los factores de producción en beneficio de sus empresas exportadoras y del continuo crecimiento económico. Se puede considerar a China, desde la óptica del neorrealismo, como una potencia mercantilista con una estrategia industrial, fundamentada en la acumulación de reservas, la inversión en infraestructura y el financiamiento de su sector manufacturero de exportación. India no cuenta con una estrategia similar, pero el crecimiento de su economía en el siglo XXI ha permitido a Nueva Delhi invertir más de \$1,600 millones de dólares en países vecinos como Afganistán, Sri Lanka, Bután y Bangladesh. Por su parte, China ha equilibrado la influencia india en Asia del Sur, a través del acercamiento diplomático-económico con Pakistán, la inversión en el puerto de Chittagong en Bangladesh y el financiamiento en infraestructura en Sri Lanka (parte de la estrategia de la ruta de la seda). En el siglo XXI el Océano Índico se ha convertido en un es-

cenario de equilibrio indirecto entre Nueva Delhi y Beijing para expandir su influencia regional.

Asimismo, China ha otorgado préstamos para proyectos de infraestructura en países de la región con la condición del pago, o en su ausencia, el derecho de Beijing de explotar los recursos naturales de los países involucrados. En el 2015, Beijing anunció el financiamiento de casi 3 mil kilómetros de carreteras, vías de alta velocidad, oleoductos y la expansión del puerto pakistaní de Gwadar. Esta inversión es de importancia estratégica para China, pues la proyección de un puerto de alto mar en Pakistán a la par de una ruta terrestre entre Medio Oriente y el oeste chino facilitarían el tránsito de petróleo hacia China. De esa manera, China evita el tránsito de 9 mil kilómetros por el Estrecho de Malaca y el corredor comercial sino-pakistaní excluiría a India de una de las principales cadenas de suministro en la región.

El gobierno chino ha aprovechado las relaciones tensas entre India y sus vecinos, especialmente Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka y Nepal. China ya desplazó a la India como el principal socio comercial de Bangladesh y ha fortalecido los vínculos económicos con Nepal, Bután, Sri Lanka. Por ejemplo, además de la inversión en el puerto de Gwadar, Beijing ha invertido \$1,400 millones de dólares en un puerto en Sri Lanka. El gobierno indio también ha utilizado el equilibrio indirecto frente a China en la región, invirtiendo en un puerto en Irán para tener acceso en Afganistán, sin pasar por Pakistán, aliado de China. Además, India ha buscado en los últimos cinco años fortalecer su presencia en Bután, quien no reconoce al gobierno de Beijing oficialmente.

La rivalidad de las potencias china e india abarca la dimensión territorial y de seguridad regional. Por una parte, el gobierno de Beijing considera que el estado indio de Arunachal Pradesh le pertenece. Mientras Nueva Delhi reclama a China la posesión ilegal de 38 mil kilómetros cuadrados de territorio en Aksai Chin que fueron cedidos por Pakistán a China. Por lo tanto, a partir del 2015, India comenzó a formar una alianza de cooperación militar con Japón, Estados Unidos y Australia para equilibrar el ascenso asertivo de China. Una alianza entre los países mencionados podría ejercer un bloqueo y cerco militar en las costas chinas.

De tal manera, el gobierno de Xi Jinping optó por utilizar el suministro de agua como estrategia de equilibrio directo entre su país y Nueva Delhi. El gobierno chino ha construido presas en el nacimiento de los ríos en Tíbet para redireccionar el agua de las montañas del sur a las áridas regiones del norte. Estas presas son percibidas con desconfianza y alarma por el gobierno indio. El río Brahmaputra fluye de la planicie tibetana y realiza un giro en U entrando a los estados indios de Arunachal Pradesh y Assam. Sin embargo, el río fluye en el territorio disputado entre China e India, que provocó la guerra de 1962. Éste es un punto de tensión geopolítica entre ambos países, pues si China decide direccionar el flujo del río Brahmaputra representaría un acto de guerra en India.

Si bien la interdependencia económico-comercial entre China e India podría percibirse como un argumento contra toda causa bélica, a nivel político no se ha desarrollado la confianza entre ambos países para establecer mecanismos de cooperación viables. El Tíbet posee una importancia estratégica como zona de contención entre China e India, pues la cadena montañosa de Himalaya actúa como barrera entre los ejércitos indios y chinos. Además, el Tíbet es la fuente de muchos ríos que fluyen en la región. Como se ha explicado, el gobierno indio no querría que China cortara el suministro de agua a sus estados norteños.

La rivalidad geopolítica y el equilibrio de potencias en Asia ha sido la norma en la región desde el siglo XX. Corea, China y el Sureste asiático requirieron la ayuda de Estados Unidos y la Unión Soviética para frenar al imperialismo japonés. Pakistán buscó la alianza con Washington para equilibrar a India en la década de los cincuenta; y posteriormente formó una alianza con China para el mismo propósito. India se alió con la Unión Soviética y después con EEUU para equilibrar a China. Japón y Corea del Sur se mantienen bajo el paraguas de seguridad estadounidense con el fin de protegerse frente a la amenaza norcoreana y el ascenso asertivo de China. Estados Unidos y China se aliaron para equilibrar a la Unión Soviética; mientras en el siglo XXI Beijing y Moscú son aliados para equilibrar a la presencia estadounidense en Asia.

Es contrastante el cambio de estrategia de equilibrio de EEUU en Asia en la segunda década del siglo XXI. Obama privi-

legió los acuerdos de integración transpacífica y la formación de alianzas que acercaron a Japón, Filipinas, Vietnam y Australia. Mientras Trump anunció su política de *America First* que pretendió centrarse en los asuntos internos del país, abandonando sus compromisos internacionales como potencia hegemónica y acusando a otros países (aliados o no) de tomar ventaja en su relación con Estados Unidos. Actualmente, el gobierno de Biden espera recuperar la credibilidad como potencia en Asia, manteniendo una postura de equilibrio frente a China y buscando su reingreso a acuerdos como el TPP (Brunnstrom, Hunnicut, Nomiya, & Spetalnick, 2021). La administración de Biden desarrollará su estrategia de reingreso en Asia a partir de la contención de China y la percepción de la presencia estadounidense como factor clave de estabilidad regional.

En la segunda década del siglo XXI, China ha cometido el error de abandonar súbitamente su estrategia de equilibrio indirecto y su proclamación de ascenso pacífico. China es una potencia en ascenso, pero atrapada entre numerosas fronteras terrestres y rivales potenciales en su zona costera. Desde el enfrentamiento entre China e India en junio de 2020, el gobierno de Narendra Modi decidió formar una estrategia de largo plazo para equilibrar el ascenso regional chino. La población taiwanesa vio con horror la supresión de manifestaciones pro-democracia en Hong Kong y ha confiado el destino de la isla a políticos anti-Beijing. Australia también ha manifestado su molestia y sospechas contra Beijing por los ciberataques de junio 2020 contra hospitales, empresas y escuelas australianas. Si se agrega a esto la histórica rivalidad sino-japonesa y sino-vietnamita, Beijing se encuentra en una posición vulnerable ante una posible coalición de países que frenen sus ambiciones territoriales.

El gobierno de Xi Jinping debe centrarse en la promoción de integración euroasiática a partir de la nueva ruta de la seda y su deseo de poseer mayor influencia en organismos regionales como ASEAN. Por ejemplo, en el contexto de la pandemia (2020-2021), el gobierno de Beijing se comprometió con países del Sureste y Sur asiáticos a enviar equipo médico y vacunas (diplomacia del cubre

bocas), pero ha mantenido la construcción de islas artificiales y la militarización en el Mar Meridional.

En el período 2008-2021, China ha utilizado más elementos de equilibrio directo frente a rivales regionales, como la India o Japón, y al propio Estados Unidos. Esto puede explicarse en el plan de renovación nacional de Xi y la percepción entre los estrategas chinos que su país ha aguardado suficiente tiempo y es momento de ejercer mayor protagonismo global. China debe aprender las lecciones del militarismo japonés del siglo XX y del sobre estiramiento de la hegemonía estadounidense en el siglo XXI, que resultaron perjudiciales al desarrollo y capacidades materiales de Japón y Estados Unidos. Beijing debe ser más cauteloso y prudente en su política exterior, evitando conflictos innecesarios con potencias regionales y ocupaciones territoriales cuyo costo supere a los posibles beneficios.

Conclusiones

Estados Unidos mantiene el liderazgo tecnológico, financiero y militar en el planeta. No obstante, su habilidad para influir en las decisiones de otros países ha disminuido en la segunda década del siglo XXI comparado con los años noventa. El ascenso chino en el escenario internacional y su influencia en Asia son incuestionables. A inicios de los años noventa, China representaba menos del 2% del PIB mundial. Actualmente, en el 2021, representa el 16%. Desplazó a Estados Unidos en las categorías de la economía más grande en paridad de poder adquisitivo y como la potencia exportadora de bienes. El ascenso de China y su asertividad en el escenario internacional comienzan a trazar la ruta de un mundo multipolar, con distintas potencias influyendo en sus respectivas regiones y dos potencias principales (Estados Unidos y China) con intereses de cooperación y contención.

El concepto de Chinamérica, sugerido por los académicos Niall Ferguson y Moritz Schularick, que plantea la interdependencia económica sino-estadounidense, se ha diluido ante la asertividad del gobierno de Xi Jinping y el fortalecimiento de la estrategia de contención del gobierno de Trump y recientemente de Bi-

den. Entre el 2016 y 2021 se han producido más puntos de tensión que de acuerdo en áreas geopolíticas, comerciales y tecnológicas.

La estrategia de contención de Obama, con matices de cooperación, se transformó en una estrategia de contención directa por parte de los gobiernos de Trump y de Biden, que han acusado a China de ocultar información sobre el origen de la pandemia del COVID-19, de violar derechos humanos en Hong Kong y de manipular su divisa para obtener beneficios comerciales a expensas de Estados Unidos. La postura asertiva de contención de Washington se explica en el desarrollo de las capacidades materiales de China en las últimas dos décadas y en el fracaso de la política de cooperación estadounidense con la esperanza de observar la transición del gobierno chino al liberalismo y la democracia.

Los gobiernos de Biden y de Xi deben evitar recorrer el camino de las potencias a inicios del siglo XX, que provocaron dos guerras mundiales. Se debe construir una cooperación duradera y sólida entre China y EEUU a partir de desafíos en común como el calentamiento global, el terrorismo, la pandemia y la estabilidad del sistema financiero-económico mundial. Estados Unidos debe aceptar que el sistema unipolar ilimitado no regresará. China debe entender que la asertividad en sus reivindicaciones territoriales y la opacidad del régimen para castigar ciberataques generan incertidumbre y preocupación entre sus vecinos. El sistema multipolar puede ser inestable si las potencias hegemónicas y medianas privilegian el conflicto sobre la cooperación. No obstante, la base institucional del sistema internacional y la percepción de desafíos comunes podrían construir canales de cooperación entre los países.

En este sentido, la transición a la multipolaridad en Asia ofrecerá tres posibilidades de escenarios regionales. El primero es una versión sinocéntrica de la globalización, representada en la iniciativa de la nueva ruta de la seda y la asertividad militar de China en la región, con Estados Unidos, Japón, Australia y la India como potencias regionales que equilibren los excesos de la potencia hegemónica china. El segundo escenario implica conservar el frágil *status-quo*, donde Estados Unidos ofrece a otros países mantener el paraguas de seguridad, la libertad de navegación y el respeto a “buenas prácticas” comerciales. El tercer escenario podría

ser la resolución de conflicto y establecimiento de acuerdos a partir del consenso y los valores asiáticos que propone la integración regional de ASEAN. Este último escenario tiene menos probabilidades de desarrollarse, pues algunos miembros de ASEAN empiezan a encontrar en China a un aliado estratégico para su economías y sistemas políticos. Por ejemplo, Filipinas, Myanmar, Camboya y Malasia han aceptado en la última década un acercamiento a la esfera de influencia de Beijing, gracias al financiamiento, inversión y acceso al mercado chino.

Washington debería entender que el mantenimiento del *status quo* y la unipolaridad en el sistema asiático son insostenibles frente al ascenso de China. El sistema de alianzas estadounidense con India, Japón y Australia se fracturó durante el gobierno de Trump y será complicado reestructurarlo en la administración Biden, debido a la incertidumbre que generó la política aislacionista estadounidense durante cuatro años. Por su parte, Beijing tendría que reanudar su estrategia de ascenso pacífico y equilibrio indirecto. Al parecer, Xi entiende esto, juzgando la reacción de sus vecinos asiáticos ante la asertividad china en los últimos siete años.

Ninguna potencia hegemónica en la historia ha surgido en un contexto intrincado e interconectado de redes de cooperación y defensa como el actual. Los ejes del equilibrio indirecto de China en la segunda década del siglo XXI tendrán que ser el comercial, con la nueva ruta de la seda; el diplomático, a través de los esfuerzos de vacunación para superar la pandemia del COVID-19 en 2021 y 2022; el económico-financiero, con la creación del Banco de Infraestructura Asiático. Estos esfuerzos por ofrecer alternativas a la potencia estadounidense en el sistema internacional no deben implicar el abandono de Beijing a instituciones regionales e internacionales como ASEAN3, la OMC, la ONU, la OMS o el mismo acuerdo de París. Al contrario, Beijing debe mantenerse como un actor racional y respetuoso del orden internacional, con una propuesta de interés para países emergentes.

Las decisiones de política exterior estadounidense en el marco de la unipolaridad, como el bombardeo a Kosovo, la segunda Guerra del Golfo y las invasiones a Iraq y Afganistán, difícilmente se reproducirán en un sistema multipolar. Washington ten-

drá que equilibrar los excesos de una eventual potencia hegemónica china en Asia, a través del equilibrio indirecto; usando a la interdependencia económico-comercial como principal elemento de estabilidad en el sistema, la disuasión nuclear y la red de alianzas con otros países asiáticos para evitar que la asertividad de China provoque una escalada militar en alguno de los puntos de tensión en la región.

En conclusión, los gobiernos de Biden y de Xi deben evitar recorrer el camino de las potencias a inicios del siglo XX. Se debe construir una cooperación duradera y sólida entre China y EEUU a partir de desafíos en común como el calentamiento global, el terrorismo, la pandemia y la estabilidad del sistema financiero-económico mundial. La lógica del neorrealismo dicta que ambas potencias competirán en el sistema en el marco del dilema de seguridad. No obstante, si Estados Unidos acepta que el sistema unipolar no regresará y China entiende que la asertividad en sus reivindicaciones territoriales y la opacidad del régimen para castigar ciberataques generan incertidumbre y preocupación entre sus vecinos; el sistema multipolar asiático podría ser estable. La condición para alcanzar la estabilidad en un contexto de equilibrio de potencias es que dichas potencias hegemónicas y medianas privilegien la cooperación sobre el conflicto.

Conclusiones generales

El objetivo de esta investigación fue analizar las estrategias de equilibrio y contención de Estados Unidos y China para alcanzar sus intereses de expansión y mantenimiento de su poder comprensivo en el sistema, a través de los períodos de polaridad sistémica. Las estrategias de China, como potencia emergente, y de Estados Unidos, como potencia hegemónica, se centran, principalmente, en Asia, donde ocurre la competencia por la hegemonía regional. Como se ha explicado, el ascenso de China genera reacciones de los países regionales, los cuales implementan estrategias de *bandwagoning* o de contención a fin de adaptar sus intereses a los cambios sistémicos provocados por el crecimiento chino y la respuesta estadounidense.

El análisis se realizó en el marco de la teoría neorrealista de la disciplina de Relaciones Internacionales, a partir de un debate teórico entre el neorrealismo y el neoliberalismo para determinar cuál corriente teórica presenta un marco adecuado para analizar la relación bilateral sino-estadounidense en un contexto de competencia hegemónica. El neorrealismo explica mejor que el neoliberalismo la relación bilateral entre una potencia hegemónica y una potencia emergente, utilizando conceptos básicos para evaluar las decisiones, acciones e intenciones de los Estados involucrados en un sistema internacional anárquico. Los principales conceptos utilizados en esta investigación fueron equilibrio directo e indirecto por parte de China, así como contención y *congamegment* por parte de Estados Unidos.

Aplicando el marco teórico en la relación bilateral sino-estadounidense del siglo XXI, la asimetría de las capacidades materiales entre Beijing y Washington existe desde el siglo XX, pero se

ha reducido significativamente en el siglo XXI, a través del desarrollo económico, tecnológico y militar de China. De esta manera, el libro abona al estudio de las Relaciones Internacionales, a partir de uno de los principales conceptos del neorrealismo: el equilibrio de potencias. A medida que China equipare las capacidades materiales de EEUU; el sistema internacional transitará, gradualmente, de la unipolaridad a la multipolaridad regionalizada.

En los primeros quince años del sistema unipolar, China implementó estrategias de equilibrio indirecto para garantizar su desarrollo y evitar la contención estadounidense. Entre 2008 y 2010, China utilizó el equilibrio directo frente a la hegemonía estadounidense. El problema que aborda esta tesis es la inestabilidad en Asia del Este, resultado de la competencia hegemónica entre China y Estados Unidos en el siglo XXI, la cual genera una contraposición de intereses, presentando el dilema de seguridad entre una potencia hegemónica y otra emergente. La solución a dicho problema es la transición exitosa de la hegemonía estadounidense a la china en Asia, dado que las estrategias de ascenso de Beijing y su posición hegemónica tradicional en la región, presentan mayores perspectivas de éxito que las estrategias de contención estadounidenses y su posición como potencia extranjera en Asia.

Como se planteó en el capítulo II, las acciones de Estados Unidos para contener a China y equilibrar a la Unión Soviética en la primera década de la bipolaridad modificaron la configuración de Asia, cuya estructura permanece casi intacta en el siglo XXI. En 1949, Estados Unidos no reconoció a China, forzando la alianza sino-soviética, la cual pretendería equilibrar el poder estadounidense regional. Dicha alianza provocó que Estados Unidos formara un perímetro de seguridad, incluyendo a Japón y Filipinas. La Guerra de Corea (1950-1953) amplió el perímetro de seguridad estadounidense, incluyendo a Taiwán y a Corea del Sur. Japón y Taiwán vincularon su seguridad a la de Estados Unidos, a través de una estrategia de *bandwagoning*.

Durante la bipolaridad, China decidió implementar el equilibrio directo frente a Estados Unidos y la Unión Soviética, a fin de asegurar su independencia en el sistema internacional. La alianza sino-soviética de los cincuenta se deterioró tras la Guerra de Corea,

provocando que el gobierno chino buscara romper su dependencia económico-tecnológica con la Unión Soviética. China enfrentó militarmente a Estados Unidos y a la Unión Soviética en distintos momentos. En los cincuenta tropas chinas frenaron a las estadounidenses en Corea para evitar la presencia militar de Estados Unidos en su frontera norte. En 1969, China se enfrentó a la Unión Soviética en Manchuria, defendiendo su integridad territorial. El dilema de seguridad en la región se agravó cuando el ejército chino realizó con éxito su primer ensayo nuclear en 1964, adquiriendo la capacidad de disuasión nuclear necesaria para equilibrar la configuración sistémica. A partir de la década de los setenta, el gobierno chino abandonó el equilibrio directo frente a ambas potencias y optó por la alianza con Washington para equilibrar directamente a la Unión Soviética en el Sudeste y Noreste Asiático.

Como se explicó al final del capítulo II, la transición sistémica en la década de los ochenta generó un período de tensión en la relación sino-estadounidense. El equilibrio directo de China y Estados Unidos frente a la Unión Soviética funcionó, hasta la década de los ochenta, cuando el declive acelerado de la Unión Soviética provocó la pérdida de interés estratégico de China en Estados Unidos.

A mediados de los ochenta, China comenzaba a incrementar sus capacidades materiales, a través de las reformas económicas de finales de los setenta. En el sistema anárquico, Estados Unidos interpretó el desarrollo de China como una amenaza potencial y adoptó una postura asertiva. China buscó nuevamente aliarse con la URSS en declive, provocando la modificación de la actitud estadounidense, quien deseaba evitar perder el apoyo de China en la etapa final de la bipolaridad.

El colapso de la Unión Soviética terminó con el triángulo estratégico que formaron China, Estados Unidos y la Unión Soviética en la bipolaridad. El final de la bipolaridad generó el surgimiento de Estados Unidos en 1991 como la hiperpotencia en el sistema internacional, ejerciendo su poder de manera unilateral. China declaró su rechazo a la unipolaridad y pugnó en un inicio por la construcción de un sistema multipolar. Estados Unidos regresó a una postura de contención frente al desarrollo económico-mili-

tar de China, imponiéndole un embargo de armamento y tecnología, el cual permanece (2021).

La transición de bipolaridad a unipolaridad creó incertidumbre para China, que como potencia emergente, en los ochenta, buscó adaptarse a las condiciones sistémicas de los noventa, donde Estados Unidos amenazaba su independencia y seguridad regional. Como se explicó en el capítulo III, China no podía regresar al equilibrio directo por alianza con Rusia, pues esta última había sido relegada de la posición de potencia en el sistema. Por lo tanto, China implementó una estrategia de equilibrio indirecto frente a Estados Unidos en el período de 1991-2005, a fin de garantizar su ascenso económico-militar y restringir el ejercicio del poder estadounidense.

China incrementó sus capacidades materiales en Asia, al priorizar el crecimiento económico como catalizador de su poder comprensivo. En los noventa, China registró tasas de crecimiento de dos dígitos, lo cual permitió reinvertir parte de su superávit comercial en la modernización de sus fuerzas armadas.

El pilar del crecimiento económico de China en el período fue el modelo de Estado dirigista, el cual se fundamentó en políticas industriales, gradual apertura económico-comercial y protección a sus sectores financieros. El resultado fue un crecimiento promedio de 9.5% entre el 2000 y 2005, que permitió el crecimiento del presupuesto de defensa, la adquisición de armamento avanzado (aviones y barcos) y el desarrollo de su industria militar. El binomio económico-militar de China en la unipolaridad demostró la intención del país de proyectar su fuerza a nivel regional y global, desafiando la estructura unipolar del sistema. Tal como lo planteó la teoría neorrealista.

En los noventa y principios del siglo XXI, el gobierno estadounidense desconfió de las intenciones de ascenso de Beijing al desarrollar sus capacidades, pero no implementó una estrategia de contención, similar a la década de los cincuenta. La estrategia estadounidense en la primera década de unipolaridad fue ambigua e ineficiente, pues combinaba contención y cooperación a la par. Dicha estrategia se le conoció como *congagement*. Para ejemplificar el *congagement* en la unipolaridad, Estados Unidos intervino con bu-

ques de guerra en el Estrecho de Taiwán, durante la crisis de 1996, pero en 1998 ratificó su postura de reconocimiento a una sola China. En los noventa, Washington condicionó en repetidas ocasiones el estatus de NMF a China, pero en 1999 promovió su ingreso a la OMC. La ambigüedad de la estrategia estadounidense favoreció el ascenso de China en el siglo XXI, librándola de una estrategia de contención, la cual habría sido una respuesta natural de una potencia hegemónica frente a una emergente.

Frente a la estrategia de *conagement*, Beijing equilibró indirectamente el ejercicio del poder de Washington, a través de políticas económicas, diplomáticas e institucionales en el período. En los noventa, China decidió normalizar y restablecer relaciones con países regionales, a fin de evitar el *bandwagoning* con Estados Unidos. Asimismo, China decidió participar activamente en las institucionales regionales existentes, como ASEAN, proponiendo un nuevo marco institucional que excluyera a Estados Unidos (ASEAN+3). En 1994, el gobierno chino garantizó su seguridad fronteriza, formando el grupo de Shanghái, que incluye a Rusia, Kirguistán, Kazakstán, Tayikistán y Uzbekistán. De hecho, la relación con Rusia fortaleció la estrategia de equilibrio indirecto de China en el plano institucional, económico y militar.

En la unipolaridad, China se convirtió en un actor indispensable para la región. En el 2000, el gobierno chino propuso la iniciativa Chiang Mai, que constituía un acuerdo multilateral en Asia del Este para asistir a países regionales, cuyas monedas se encontraran bajo un ataque especulativo. La iniciativa Chiang Mai fue la respuesta de China ante la crisis asiática de 1997 y entró en vigor en el 2010.

El crecimiento económico de China evitó la contención de Estados Unidos, pues generaba vínculos de dependencia de las economías asiáticas con el propio mercado chino. El crecimiento económico chino elevó el costo de un rompimiento diplomático o comercial entre Estados Unidos y el resto de los países asiáticos. China ha desplazado gradualmente a Japón y Estados Unidos en el siglo XXI como principal socio comercial de Asia. El propio crecimiento económico facilitó el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Sur, Indonesia, Singapur y Vietnam.

El equilibrio indirecto de la potencia en ascenso china, frente a la hegemonía estadounidense, se originó en la asimetría del poder comprensivo entre ambos países. A partir de 2007, el gobierno chino ha modificado su estrategia de equilibrio indirecto por un equilibrio directo, que implica la asertividad en reivindicaciones territoriales en la región, las críticas al intervencionismo estadounidense y la inversión en su desarrollo tecnológico-militar. El catalizador del equilibrio directo de China en el siglo XXI es incremento de sus capacidades materiales en un contexto de declive relativo de Estados Unidos, que ha generado una nueva etapa de tensión bilateral.

La crisis financiera de 2007-2009 y la prolongación de las guerras en Medio Oriente, provocaron la negligencia y el declive de EEUU en Asia. China aprovechó la ausencia de la hegemonía estadounidense en la región, para ratificar su interés nacional de expansión, a través del equilibrio directo frente a Japón y rivales del Sudeste Asiático. China adoptó una postura asertiva en las reivindicaciones sobre las islas Diaoyu/Senkaku, así como Spratly y Paracel. Asimismo, estableció un área anti-acceso y de negación aérea en el Noreste Asiático, para contener, suficientemente, la respuesta estadounidense ante una invasión china en Taiwán.

A partir del 2009, Estados Unidos modificó su antigua estrategia de *conngagement* por una de contención del ascenso de China, que garantizara la continuidad de su hegemonía regional. Estados Unidos fortaleció sus alianzas de seguridad con Japón y Australia, y estableció conversaciones sobre seguridad y tránsito marítimo en el Sudeste Asiático con Filipinas y Vietnam, rivales de China en la región.

La contención estadounidense frente a China implicó un reposicionamiento de su hegemonía en Asia del Este. En el período, Estados Unidos nombró, por primera vez en la historia, un embajador permanente en ASEAN, buscando contrarrestar la influencia china en el marco institucional regional. En 2009, Washington anunció su prioridad de fortalecer el acuerdo de integración económico-comercial en Asia-Pacífico, conocido como TPP, proyecto del cual China se mantiene al margen, debido a sus cláusulas restrictivas. Al mismo tiempo, Estados Unidos mantuvo su presión so-

bre China en temas de liberalización de sus mercados financieros y la revaluación del RMB.

En el plano militar, la contención estadounidense priorizó la estrategia de “collar de perlas” en Asia-Pacífico, la cual consiste en la distribución de sus fuerzas armadas en bases militares actuales y la apertura de nuevas bases como la de Australia en 2011. La estrategia de contención de Estados Unidos frente al ascenso de China en el siglo XXI, resulta viable y sólida en el plano militar, pero no garantiza su éxito sin incluir una contención económica efectiva, la cual difícilmente se desarrollaría sin atacar el crecimiento económico de China y, por ende, el propio financiamiento estadounidense.

China respondió a la estrategia de contención estadounidense en 2009 con el regreso del equilibrio indirecto por diplomacia, economía y en el ciberespacio. Para empezar, China se negó a apoyar iniciativas estadounidenses relacionadas con Derechos Humanos; se negó a participar en el foro para la seguridad regional de Shangri-la, impulsado por Estados Unidos; y ha utilizado la plataforma de ASEA + 3 para proponer una alternativa de integración distinta a APEC. De hecho, en 2010, China propuso el acuerdo de integración regional RECP como alternativa al TPP, promovido por Estados Unidos.

En el plan económico, China ha equilibrado al dólar en el sistema, a través de la diversificación de sus reservas, la compra de oro y materias primas, así como el apoyo a una nueva moneda internacional que remplace al dólar como unidad de reserva. Incluso, Beijing ha anunciado la intención de internacionalizar gradualmente su moneda RMB, a fin de impulsar transacciones regionales sin necesidad de recurrir al dólar.

El ciberespacio se convirtió en el siglo XXI en una plataforma anónima de espionaje y ataque, donde los responsables son difíciles de rastrear. China ha desarrollado operaciones de espionaje y ciberataques contra servidores de departamentos y agencias estadounidenses para sustraer información valiosa de planos militares. Las capacidades de operación en el ciberespacio conceden a China una ventaja estratégica en un conflicto asimétrico con una potencia militar ampliamente superior.

En el período 2016-2021, las administraciones estadounidenses han mostrado mayor asertividad frente al ascenso de Beijing, utilizando estrategias de equilibrio directo como la contención militar por alianzas con Australia, Vietnam y Japón, la venta de armamento a Taiwán, el despliegue de un escudo anti-misiles en Corea del Sur y la guerra comercial iniciada en marzo de 2018. Por su parte, China ha mantenido el desarrollo de sus capacidades materiales con el lanzamiento de su segundo portaaviones, la construcción de islas artificiales en el Mar Meridional y la estrategia de equilibrio en el ciberespacio. Asimismo, el gobierno chino ha remplazado a Washington como garante del libre comercio y la integración comercial regional, a partir de iniciativas como la nueva ruta de la seda y su postulación de ingreso al TPP, RCEP, entre otros acuerdos comerciales.

De esta manera, la hipótesis central de la investigación se cumplió al demostrar que la relación bilateral de China con Estados Unidos ha estado determinada por estrategias de equilibrio directo e indirecto, en los períodos de bipolaridad (1946-1991), unipolaridad ilimitada (1991-2006) y en la actual transición sistémica (2007-a la fecha), que han restringido el ejercicio del poder estadounidense en el sistema, a partir de políticas económicas, diplomáticas, institucionales y militares.

Asimismo, es necesario mencionar que las perspectivas de la relación bilateral sino-estadounidense en la segunda década del siglo XXI mantienen el carácter conflictivo y de rivalidad, dado el incremento del poder comprensivo de China, sus intenciones de expansión y el interés estadounidense por mantener su posición dominante en el sistema regional. Si bien las capacidades militares chinas distan de equiparar a las estadounidenses, el mantenimiento del crecimiento económico de China generará una rápida modernización de sus fuerzas armadas que elevará el costo del conflicto para Estados Unidos. La reunificación de Taiwán con China representaría el fin de la unipolaridad en Asia del Este, pues enviaría un mensaje inequívoco al resto de los países regionales sobre el poder de China y la voluntad de acción de Estados Unidos.

La tensión que domina en las relaciones regionales en la segunda década del siglo XXI se explica en la actual transición sisté-

mica. La solución a dicha tensión será la emergencia de una nueva configuración de poder en Asia, donde Beijing desplace a Washington como potencia hegemónica regional. En la investigación se explicó por qué se considera que China tiene mayores posibilidades de ascender en detrimento del poder estadounidense, que Estados Unidos de permanecer como potencia hegemónica regional. La principal razón es la diferencia de estrategias. La contención de Estados Unidos no es suficiente para frenar el incremento del poder comprensivo de China, pues carece del componente económico. La guerra comercial no ha beneficiado la posición estadounidense en Asia, ni ha impedido el ascenso chino en la región. Por otra parte, el equilibrio directo e indirecto de China frente a Estados Unidos, durante los períodos de unipolaridad y la transición a la multipolaridad, ha funcionado para restringir el ejercicio de la hegemonía estadounidense en la región.

La hegemonía regional de China y la participación de EEUU como una potencia asiática beneficiarán al sistema multipolar asiático, pues ambas potencias ejercerán su poder en una lógica neorrealista, donde los intereses y voluntades de potencias medianas y países pequeños restringirán la actuación de las potencias. Por lo tanto, Estados Unidos tendrá tres opciones en el tránsito del sistema unipolar al multipolar. La primera es una retirada de asuntos de terceros que no afectan directamente intereses estadounidenses. El ejemplo es su salida de Medio Oriente. La segunda es permanecer activo en intervenciones militares y diplomáticas en otros países, que generan altos costos de operación y fractura de su prestigio internacional. Finalmente, la tercera opción es intentar mantener el mayor tiempo posible el *status quo* ante el ascenso de otras potencias en el sistema. Estados Unidos se resiste a la primera opción y ha optado por mantener el *status quo* en el sistema internacional, que incrementa su costo de operación de las distintas bases militares y sin ofrecer una alternativa de integración viable a la propuesta por China.

Por lo tanto, en esta investigación se presentaron suficientes argumentos que afirman el ascenso de China, durante la tercera década del siglo XXI, como la potencia hegemónica de Asia en un sistema multipolar. Estados Unidos y otras potencias medianas

CONCLUSIONES GENERALES

deberán aceptar la hegemonía regional de Beijing y podrían limitar el ejercicio del poder chino a través de estrategias de equilibrio indirecto. De esta manera, la estabilidad del sistema dependerá del cálculo racional de los actores para establecer límites a políticas asertivas y facilitar la cooperación en temas de interés común.

Epílogo:

La relación sino-estadounidense durante la pandemia del COVID-19

El primer caso de una persona enferma de SARSCOV2 se registró en diciembre del 2019 en la ciudad de Wuhan, en la provincia de Hubei, China. Se trató de un hombre de 55 años. Al momento (noviembre 2021) no se sabe si él es el paciente cero. Tampoco se ha determinado el origen del virus. Incluso, el debate sobre si el virus proviene de un laboratorio o un mercado chino ha tenido grandes implicaciones en la relación bilateral sino-estadounidense en 2020.

En Occidente, principalmente en Estados Unidos, el gobierno chino es criticado por la opacidad en el manejo de la información relacionada al virus y especialmente por silenciar la alarma del doctor Li Wenliang, quien avisó a otros colegas sobre el potencial de transmisión del virus en diciembre de 2019. En ese momento, las autoridades de Hubei advirtieron al doctor Li sobre las consecuencias de sus alarmas. Desafortunadamente, el doctor Li sucumbiría ante el virus en febrero de 2020. Un mes antes, en enero 2020, el gobierno chino fue forzado por la propagación del virus a declarar estado de emergencia y cuarentena en Hubei. Fue muy tarde. Para ese entonces, millones de personas habían entrado y salido de China con rumbo a Europa, África, Oceanía, Asia y América. A finales de enero, la Organización Mundial de la Salud (OMS) anunció que el virus representaba una “emergencia de salud pública”. Nuevamente tarde, pues en ese momento ya había registro de casos en 18 países. En marzo de 2020, la OMS declaró la propagación del COVID-19 como pandemia. Los países en el mundo co-

menzaron a imponer cuarentenas, con resultados variables y cuestionables para contener al virus.

En abril de 2020, el presidente Donald Trump acusó al gobierno de Xi Jinping de ocultar información sobre el COVID-19, provocando su propagación. Además, consideró que la OMS estaba supeditada a las presiones de Beijing y decidió retirar \$400 millones de dólares del financiamiento estadounidense a la organización (el 15% del financiamiento de la OMS). El retiro del financiamiento estadounidense a la OMS y el fracaso para contener la propagación del virus en el país son ejemplos del debilitamiento de la hegemonía estadounidense en el escenario internacional. El enemigo en común de los gobiernos en Beijing y Washington era el virus COVID-19, pero el dilema de seguridad y las estrategias de equilibrio y contención de China y Estados Unidos obstaculizaron una respuesta coordinada de ambos países frente a la amenaza de la pandemia. Cada país persiguió su interés nacional, implementando sus propias cuarentenas, pruebas de detección y restricciones de actividades.

El origen del virus fue motivo de disputa entre los gobiernos de Washington y Beijing. En el inicio de la pandemia, China impidió el acceso a investigadores independientes extranjeros en Wuhan y atrasó las investigaciones de la OMS sobre el virus. Ello despertó suspicacia en el mundo y fue aprovechado por Trump para instigar que el COVID-19 fue creado en un laboratorio chino. Existen dos laboratorios en Wuhan que estudian los coronavirus en los murciélagos y su posible transmisión en humanos. Uno es el Instituto de Virología de Wuhan y el otro es el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades de Wuhan. Los estudios que se realizan en dichos laboratorios no implican necesariamente una estrategia de desarrollo de armas biológicas. El propio Instituto de Virología de Wuhan admitió que tenía códigos de coronavirus de murciélagos en abril de 2020, pero negó que tuvieran parecido a la enfermedad SARS-COV2. China asegura que el virus COVID-19 es de transmisión zoonótica⁶ con un posible origen en un merca-

⁶ Enfermedad zoonótica: es una enfermedad que puede transmitirse entre seres humanos y animales.

do de alimentos, donde se consume la carne de murciélago. Hasta el momento (diciembre 2021), se desconoce y debate el origen del virus. ¿Accidente en un laboratorio chino o transmisión zoonótica en un mercado? La pregunta sigue generando tensión entre Beijing y Washington.

Al margen de la coordinación de políticas y estrategias para combatir el COVID-19, China posee una herramienta de equilibrio indirecto que afectaría gravemente al suministro de medicamentos en el mercado estadounidense. Ello podría representar un cambio de paradigma de suministros para empresas farmacéuticas de Estados Unidos y el mundo. En el siglo XXI, China se ha posicionado como uno de los principales proveedores de ingredientes necesarios para la fabricación de antibióticos, quimioterapias, antidepresivos, anticonceptivos y vitaminas. A partir del inicio de la pandemia en marzo de 2020, la comunidad internacional comprendió que China es un actor clave en las cadenas de suministro de las principales farmacéuticas internacionales (Singh, 2018). Sin los ingredientes o medicamentos chinos, las farmacias del mundo lucirían vacías.

Por ejemplo, en el siglo XXI, China controla más del 60% del mercado de vitamina C. Es el principal proveedor de componentes para catéteres, equipos de resonancia magnética, implantes dentales, oxímetros, guantes quirúrgicos, sillas de ruedas, cubre bocas quirúrgicos y válvulas de infusión. El posicionamiento chino en la fabricación y comercialización de insumos e instrumentos médicos comenzó con el programa de inversión para el desarrollo del complejo activo en la penicilina a partir de 1980. Dos décadas después, las empresas chinas paraestatales y privadas alcanzaron una capacidad instalada de producción de penicilina muy superior a las de sus pares estadounidenses y europeas.

En su momento, las farmacéuticas europeas y estadounidenses se quejaron de la estrategia de dumping de las empresas chinas, que les permite vender medicamento o equipo médico en todo el mundo por debajo de su costo en el mercado internacional, a partir de subsidios y apoyos del gobierno chino. Para Beijing es muy importante controlar el suministro y producción de medicamentos. Ello se refleja en el plan “Hecho en China 2025”, el cual

propone la creación de al menos dos empresas farmacéuticas chinas con alcance global e ingresos superiores a los \$15 mil millones de dólares. Como se explicó en el capítulo quinto, el plan de “Hecho en China 2025” implica transitar de una fabricación de bajo valor agregado a una manufactura de diseño y creación de valor en China. En este sentido, el sector médico es catalogado por Beijing como estratégico y de seguridad nacional. Existen más 80 mil graduados chinos de universidades de prestigio para contribuir con sus conocimientos técnicos en el desarrollo de la industria farmacéutica china.

El dominio de China del suministro de equipo médico y activos para medicamentos resalta la ironía de la inversión estadounidense de miles de millones de dólares en la actualización y desarrollo de submarinos nucleares y aviones de combate; mientras el suministro de los medicamentos del personal que opera su aparato militar proviene de su rival estratégico en Asia. Incluso algunos artículos y compuestos utilizados por las fuerzas armadas estadounidenses dependen de un 90% del suministro de elementos conocidos como tierras raras, entre ellos el lantano, que provienen de China. De tal manera, el ejército de Estados Unidos depende de una gran variedad de ingredientes activos y bloques químicos de origen chino. Por lo tanto, la guerra comercial que inició Trump contra Beijing no puede escalar a un nivel que afecte el suministro de productos o compuestos químicos para las farmacias y el ejército estadounidense.

A medida que el virus COVID-19 se propagaba por el mundo en 2020-2021, China y Estados Unidos continuaron librando la guerra comercial, provocando mayor incertidumbre en la recuperación de sus economías y la geopolítica asiática. El presidente estadounidense Joe Biden ha continuado con la política de contención del gobierno de Trump frente al ascenso de China en Asia. En septiembre de 2021, Biden sostuvo una conversación con el presidente Xi Jinping, en la cual reiteró el compromiso de EEUU por averiguar el origen del COVID-19. Asimismo, Biden amplió la lista de empresas chinas a las cuales ninguna empresa estadounidense tiene permiso para vender tecnología o realizar operaciones de compra-venta de activos. Esto ejemplifica cómo la rivalidad geopo-

lítica sino-estadounidense se ha desarrollado en los últimos dos años (2020-2021) en el marco de una pandemia, que amenaza la estabilidad socioeconómica en ambos países.

La respuesta a la pandemia de China y de Estados Unidos ha sido contrastante y refleja el estado de transición hegemónica en el sistema. Por una parte, la administración Trump pasará a la historia por los más de 500 mil estadounidenses que perdieron la vida y por la negligencia de grupos anti-vacunas que han obstaculizado la inoculación contra el COVID-19. Por su parte, China implementó una estrategia de contención del virus, que implicó la construcción de dos hospitales de atención a pacientes de SARSCOV2 en 15 días, la aplicación de millones de pruebas en todo el país, el monitoreo de casos sospechosos, cuarentenas generales en distintas provincias y la vacunación completa, a fines de 2021, de más de mil millones de personas.

Durante 2021, los gobiernos de Estados Unidos y de China han intentado posicionar su influencia en Asia a partir de la “diplomacia de las vacunas”. China prometió, en enero de 2021, ayudar a los gobiernos del Sureste asiático a acelerar sus planes de inoculación contra COVID-19, vendiendo y donando vacunas de Sinopharm en la región. De hecho, Filipinas, Malasia, Indonesia, Camboya, Laos, Singapur y Tailandia representan el 25% de las ventas de vacunas chinas en el mundo y el 29% de los donativos de vacunas de Beijing. Si la intención del gobierno de Biden era cubrir el vacío de poder que dejó la administración Trump en Asia, su esfuerzo por competir con China en la carrera contra el virus ha empezado tarde. El presidente Biden no ha desarrollado un plan adecuado contra la propagación del virus en Asia. Apenas en julio de 2021, propuso a Indonesia realizar un proyecto en conjunto para construir un centro de fabricación de insumos para las vacunas.

En 2021, China ha donado 22 millones de vacunas y vendido más de 700 millones de dosis. Estados Unidos ha donado más de 500 millones de dosis en todo el mundo. Ello representa un esfuerzo de ambos países para detener la pandemia. El objetivo no se ha logrado, pero ha mitigado el impacto de las nuevas variantes. Es probable que el virus continúe mutando y amenace la eficiencia de las vacunas de cualquier farmacéutica. Por ende, las dos

principales potencias asiáticas deben entender que, al margen de la competencia por expandir su influencia regional, la diplomacia de las vacunas funcionará a medida que exista una coordinación de ambos países en relación a la producción y suministro de equipo e insumos médicos que permitan salvar vidas y ponga fin a la pandemia.

Glosario

Alianza

De acuerdo al neorrealismo, el origen de las alianzas es sistémico, pues se trata de una estrategia de Estados para garantizar su supervivencia en el sistema anárquico, formando una coalición para equilibrar a la potencia hegemónica; o alineándose a la misma por razones de seguridad (*bandwagoning*).

Actor internacional

Tanto para los realistas clásicos como para los neorrealistas, los actores principales del sistema internacional son los Estados. Las instituciones y organizaciones internacionales son el reflejo del poder de las potencias hegemónicas.

Anarquía

Término que describe una ausencia de autoridad central, aplicado al sistema internacional. Los neorrealistas consideran que la anarquía es el principal catalizador del sistema.

Bipolaridad

Repartición del poder en el sistema internacional, entre dos Estados hegemónicos.

Bretton Woods Sistema

Sistema originado de una serie de acuerdos multilaterales, que mantuvo los tipos de cambio estables, pero ajustables, de 1950 a 1971. El sistema Bretton Woods terminó cuando Estados Unidos decidió, unilateralmente, abandonar dichos acuerdos por no convenir a su interés. Desde entonces, el sistema financiero internacional mantiene el tipo de cambio flotante.

Capacidades

Son los atributos materiales de un Estado para mantener o reforzar su posición en el sistema internacional. Para los neorrealistas las capacidades materiales constituyen el poder de un Estado en el sistema. Para efectos de ejemplificar mejor el concepto neorrealista de capacidades, la presente investigación lo reemplaza por el concepto de *Poder comprensivo*, que abarca las áreas militar, tecnológica y económica del Estado.

Cooperación

La perspectiva neorrealista considera a la cooperación entre Estados posible, pero en condiciones donde los intereses de los involucrados coincidan.

Congagement

conjunto de políticas de cooperación y contención que implementó Estados Unidos frente al ascenso de China, durante la unipolaridad. El autor neorrealista, John Mearsheimer, criticó esta estrategia estadounidense por considerarla ambigua e ineficaz ante el desafío a la hegemonía estadounidense, por parte de la potencia emergente de China.

Dilema de seguridad

Realistas clásicos y neorrealistas lo definen como un efecto estructural de la anarquía, donde la emergencia militar de un Estado genera la percepción de amenaza potencial para otros, provocando un círculo vicioso de defensa y contra-defensa.

Dilema del prisionero

Producto de la teoría de juegos, el dilema del prisionero ilustra resultados variables entre dos actores con posibilidades de cooperar o traicionarse entre ellos. Este modelo aplicado al sistema internacional ejemplifica los cálculos racionales entre los Estados, los cuales desconocen las intenciones y decisiones de un tercero.

Disuasión

Amenaza de punición o de represalia de un actor contra los otros, para evitar agresiones o ataques. Para el neorrealismo, el concepto de disuasión mantiene un componente estratégico del Estado, a fin de influir en las decisiones y acciones de los otros en el sistema internacional.

Equilibrio de potencias

Es una situación donde ningún Estado o coalición de Estados domina el sistema internacional. Los realistas clásicos la perciben como una política pública. Los neorrealistas la consideran una tendencia natural del sistema internacional que surge cuando el equilibrio se ha roto por un momento unipolar.

Equilibrio directo

Comportamiento natural de un Estado frente a otro a una coalición de Estados más fuertes que amenazan potencialmente su seguridad. El equilibrio directo en lo externo, implica la formación de alianzas con otros Estados para equilibrar a la potencia hegemónica. En lo interno, el equilibrio directo se constituye por el incremento de las capacidades materiales del Estado frente a la potencia hegemónica.

Equilibrio indirecto

Estrategia de potencias emergentes en un sistema unipolar, que consiste en implementar políticas no militares para limitar el ejercicio de poder de la potencia hegemónica.

Estructura

La estructura del sistema internacional se define por la organización de sus partes. De acuerdo al neorrealismo, la estructura se constituye de la distribución de las capacidades materiales de los Estados y de la anarquía.

Ganancias relativas

Concepto clave del neorrealismo que explica la preocupación de los Estados en el sistema internacional por las ganancias relativas

que otros Estados, amigos o enemigos, pudiesen obtener en relación a sí mismos. Esta preocupación puede generar incertidumbre y obstaculizar la cooperación.

Guerra Fría

El periodista estadounidense William Lippmann (1947) fue el primero en otorgar el nombre de “Guerra Fría” al período de bipolaridad sistémica, caracterizado por la competencia entre la potencia estadounidense y la soviética entre 1946 y 1991.

Hegemonía

La mayoría de realistas clásicos y neorrealistas la definen como una situación, donde un Estado es lo suficientemente poderoso en relación a otros para dominar, sin oposición, una región en particular o el sistema internacional.

Interés nacional

Como actores racionales, los Estados encuentran motivación en la defensa de su interés nacional. Los realistas clásicos lo interpretan como la maximización de su poder. Mientras los neorrealistas se enfocan en la seguridad del Estado como prioridad nacional.

Multipolaridad

Situación donde más de dos Estados o coaliciones concentran el poder en el sistema internacional. Los neorrealistas la consideran una situación potencialmente inestable, pero preferible a la unipolaridad.

Poder

Los neorrealistas lo interpretan como la capacidad de un Estado de imponer sus objetivos y posiciones en el sistema internacional. El análisis neorrealista considera que las capacidades materiales definen el poder estatal.

Revolución en asuntos militares

Revolución de la manera de combatir en una guerra informatizada, a través de la introducción de nuevas tecnologías militares, cuyo

impacto se ha manifestado en la teoría y doctrina militar de los Estados. Este concepto surgió en 1991, durante la Guerra del Golfo Pérsico.

Seguridad

La preocupación fundamental de los Estados de asegurar su defensa militar.

Self-Help

O auto-ayuda, que explica la situación del Estado en un sistema anárquico, donde sólo cuenta con sus propios medios para sobrevivir.

Sistema internacional

Se construye a partir de la estructura y de la interacción entre los actores. Los neorrealistas señalan que el sistema internacional representa el óptimo nivel de análisis para estudiar la política internacional.

Transición hegemónica (teoría)

Teoría desarrollada por Organski en 1958, perteneciente a la tradición realista de relaciones internacionales, que aborda la configuración del poder en el sistema, determinando la estabilidad del mismo a partir de la repartición de capacidades materiales entre los actores.

Unipolaridad

Situación donde un Estado domina el sistema internacional. La mayoría de los neorrealistas coincide que la unipolaridad evolucionará eventualmente a un sistema multipolar.

Bibliografía

- Aggarwal, V., & Morrison, C. (2000). APEC as an international institution. En I. Yamazawa, *Asia-Pacific Economic Cooperation: Challenges and tasks for the twenty-first century* (pp. 298-325). Londres: Routledge.
- Agnihotri, K. K. (2008). China's national defense in 2008: An Analysis. *Maritime Affairs*, 108-114.
- Albon, C. H. (2010). Get off the fainting couch. En *Proceedings*, 286.
- AMCC (enero de 2012). *Alliance mondiale contre le changement climatique*. Recuperado el 11 de octubre de 2014, de www.gcca.eu/fr/programmes-regionaux
- Army Technology. (30 de mayo de 2015). *THAAD Terminal High-Altitude Area Defence, United States of America*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de <http://www.army-technology.com/projects/thaad/>
- Aron, R. (1967). Qu'est qu'une théorie des relations internationales? En *Revue française de science politique*, 837-861.
- Art, R. (2003). *A Grand Strategy for America*. Nueva York: Cornell University Press.
- Art, R. (2008). The United States and the Rise of China: implications for the long haul. En R. R. Geng, *China's Ascent: Power, Security and the Future of International Politics* (p. 267). Cornell University Press.
- Axelrod, R., & Keohane, R. (1993). Achieving Cooperation under Anarchy: Strategies and Institutions. En D. Balwin, *Neorealism and Neoliberalism: the Contemporary Debate* (pp. 85-115). Nueva York: Columbia University Press.
- Backley, M. (2011). China's Century? Why America's Edge will endure. En *International Security*, 43.
- Bader, J. (2012). *Obama and China's rise: an insider's account of America's Asia strategy*. Washington: Brookings.
- Balme, S. (2008). *Chine/États-Unis: Fascinations et rivalités*. París: Autrement Mondes et Nations.
- Batistella, D. (2003). *Théories des Relations Internationales*. París: Presses Science Po.
- Baugh, B., & Yudken, J. (2006). Is desindustrialization inevitable? En *New Labor Forum*, 55-64.

BIBLIOGRAFÍA

- Bechtol, B. (2012). Maintaining a Rogue Military: North Korea's Military Capabilities and Strategy at the End of the Kim Jong-Il Era. En *International Journal of Korean Studies*, 160-191.
- Benjamin, G. (2007). A Liberal Peace in Asia? En *Journal of Peace Research*, 5-27.
- Bergsten, F. (2006). *China: the Balance Sheet*. Nueva York: Public Affairs books.
- Berkonpf, N. (2013). The Evolution of U.S.-China Relations. En D. Shambaugh, *Tangled Titans the United States and China* (p. 45). Lanham: Rowman and Littlefield.
- Bernkopf, N. (1983). *Patterns in the Dust*. Columbia University Press.
- Bijian, Z. (2005). China's peaceful rise to great power status. En *Foreign Affairs*, 18-24.
- Bijian, Z. (2005). China's Peaceful Rise to Great Power Status. En *Foreign Affairs*, 18-24.
- Bin, Y. (2005). China and Russia: Normalizing their strategic Partnership. En D. Shambaugh, *Power shift: China and Asia's new dynamics* (p. 236). Berkeley: University of California Press.
- Blum, R. (1982). *Drawing the Line: the Origins of the American Containment Policy in East Asia*. Nueva York: W.W.Norton.
- Bodeen, C. (17 de noviembre de 2011). *Washington Times*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.washingtontimes.com/news
- Bradsher, K. (22 de septiembre de 2010). *New York Times*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de www.nytimes.com/world
- Bradsher, K. (24 de agosto de 2012). *New York Times*. Recuperado el 15 de octubre de 2014, de *New York Times*: www.nytimes.com/2012/08/25/world/asia/chinas-missile-advances-aimed-at-thwarting-us-defenses-analysts
- Brown, D. (2010). Economic Cooperation Framework Agreement signed. En *Comparative Connections*, 77-79.
- Brunnstrom, D., Hunnicut, T., Nomiya, C., & Spetalnick, M. (15 de abril de 2021). *Biden and Japan Suga project*. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://www.reuters.com/world/china/biden-welcome-japans-suga-first-guest-key-ally-china-strategy-2021-04-16/>
- Brzezinski, Z. (1997). *Le grand échiquier. L'Amérique et le reste du monde*. París: Bayard.
- Bumiller, E. (9 de enero de 2011). *The New York Times*. Recuperado el 15 de septiembre de 2014, de *The New York Times*: www.nytimes.com/2011/01/09/world/asia/09military
- Burchill, S. (2001). *Theories of International Relations*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Bureau of Economic Analysis. (18 de diciembre de 2013). *Direct Investment Position Data*. Obtenido de Bureau of Economic Analysis. Obtenido de

- <http://www.bea.gov/iTable/iTable.cfm?ReqID=2&step=1#reqid=2&step=10&isuri=1&202=1&203=30&204=10&205=1,2&208=2&209=85&207=20&200=1&201=1>
- Bureau, U. C. (5 de enero de 2015). *Trade in goods with China*. Recuperado el 7 de enero de 2015, de www.census.gov/foreign-trade/balance
- Bush, R. (2004). *At Cross Purposes: U.S.-Taiwan Relations since 1942*. Londres: Routledge.
- Buzan, B. (1998). Asia-Pacific: what sort of region in what sort of world? En A. McGrew, & C. Brook, *Asia-Pacific in the New World Order* (pp. 68-87). Londres : Routledge.
- Cabestan, J. P. (2005/2006). Chine, des armes pour quoi faire? En *Politique Internationale*, 38-40.
- Capaccio, T. (10 de junio de 2013). *Bloomberg*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.bloomberg.com/news/2013-06-10/pentagone-five-year-cybersecurity-plan-seeks-23-billion
- Chan, S. (2008). *China, the U.S., and the Power-Transition Theory*. Abingdon: Routledge.
- Chanda, N. (1995). Defense: Fear of the Dragon. En *Far Eastern Economic Review*, 19-28.
- Chase, M. (2005). Defense Reform in Taiwan: Problems and Prospects. En *Asian Survey*, 1-26.
- Chen, N. (18 de septiembre de 2019). *REFINITIV*. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://www.refinitiv.com/perspectives/future-of-investing-trading/green-leadership-belt-road-initiative/>
- Christensen, T. (2001). Posing problems without catching up: China's rise and challenges for U.S. security policy. En *International Security*, 5-40.
- Christopher, L. (2006). The unipolar illusion revisited: the coming end of the United States' unipolar moment. En *International Security*, 9.
- Clayton, M. (2011). The New Cyber Arms Race. En *Science Monitor*, 37.
- Cliff, R., Burel, M., Chase, M., & Eaton, D. (2007). *Entering the Dragon's lair: Chinese anti-access strategies and their implications for the United States*. Santa Mónica: Rand Corporation.
- Cohen, W. (2010). *America's Response to China: a history of sino-american relations*. Columbia University Press.
- Cox, R. (1983). Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method. En *Millennium*, 162-175.
- Curran, E. (2012). Asia Leaders Push Regional Trade Pact. En *Wall Street Journal*, 10-25.
- Dahlman, C. (2011). *The World under Pressure: How China and India are influencing the Global Economy and Environment*. Stanford University Press.
- Dawei, C., & Yanjing, S. (2011). *Historia de China*. Beijing: China Intercontinental Press.

BIBLIOGRAFÍA

- Defense, S. o. (2010). *Military and Security developments involving the People's Republic of China*. Washington: Office of the Secretary of Defense.
- Defense, Secretary of (28 de julio de 2002). *Annual Report on the Military Power of the People's Republic of China*. Recuperado el 2 de Enero de 2012, de <http://www.defense.gov/news/Jul2002/d20020712china.pdf>
- Defense, Secretary of (28 de julio de 2003). *Annual Report on the Military Power of the People's Republic of China*. Recuperado el 2 de enero de 2012, de <http://www.defense.gov/pubs/2003chinaex.pdf>
- Defense, Secretary of (28 de julio de 2004). *Annual Report on the Military Power of the People's Republic of China*. Recuperado el 2 de enero de 2012, de <http://www.defense.gov/pubs/d20040528PRC.pdf>
- Defense, Secretary of (28 de julio de 2005). *Annual Report on the Military Power of the People's Republic of China*. Recuperado el 2 de enero de 2012, de <http://www.defense.gov/news/Jul2005/d20050719china.pdf>
- Delury, O. S. (2013). *Wealth and Power: China's long march to the twenty-first century*. Nueva York: Random House Publishing Group.
- Department of Defense (28 de julio de 2010). *Nuclear Posture Review Report 2010*. Recuperado el 3 de diciembre de 2014, de www.defense.gov/npr
- Díaz, J. (2013). *Política China*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.politica-china.org
- Dillon, D. (2005). China's quest for Asia. En *Policy Review*.
- Dobbs, R. (6 de diciembre de 2009). *Mckinsey Economic Studies*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de http://www.mckinsey.com/insights/economic_studies/an_exorbitant_privilege
- Drew, C. (4 de junio de 2011). *New York Times*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.nytimes.com/2011/06/04/04security
- Duchesne, R. (2002). Between Sinocentrism and Eurocentrism: Global Economy in the Asian Age. En *Science and Society*, 428-463.
- Economic Times (5 de noviembre de 2011). *Economic Times*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de economictimes.indiatimes.com/news/politics/south-china-sea
- Emmers, R. (9 de noviembre de 2011). *RSIS Commentaries*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://dr.ntu.edu.sg/bitstream/handle/10220/8079/RSIS1632011.pdf?sequence=1>
- Epping, R. C. (2020). *The New World Economy: a beginner's guide*. Nueva York: Vintage Books.
- Erickson, A. (2012). Beijing starter carrier and the future of steps. En *Naval War College Review*, 1-41.

- Erickson, A. (12 de marzo de 2013). *China's Military Development: Beyond the numbers*. Recuperado el 21 de noviembre de 2014, de The Diplomat: www.thediplomat.com
- Etzioni, A. (2011). Is China a responsible stakeholder? En *International Affairs*, 539-553.
- Etzioni, A. (2011). Is China a Responsible Stakeholder? En *International Affairs*, 64.
- Eveno, A. (14 de octubre de 2014). *Le Monde*. Recuperado el 3 de noviembre de 2014, de La Chine premiere puissance economique dans le monde: www.lemonde.fr/international
- Executive, N. C. (1 de octubre de 2011). *Report to Congress on Foreign Economic Collection and Industrial Espionage*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de <http://www.cfr.org/cybersecurity/office-national-counterintelligence-executive-foreign-spies-stealing-us-economic-secrets-cyberspace/p31052>
- Fackler, M. (26 de noviembre de 2010). *South Korea Reassesses its Defenses after Attack*. Recuperado el 1 de enero de 2011, de www.nytimes.com/2010/11/26/world/asia/26korea.html
- Fairbank, J., & Goldman, M. (2006). *China a new history*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University.
- Fearon, J. (1995). Rationalist Explanations for War. En *International Organizations*, 379.
- Federal Bureau of Investigation. (6 de junio de 2021). *The China Threat*. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://www.fbi.gov/investigate/counterintelligence/the-china-threat>
- Feldman, N. (2013). *Cool War: the future of global competition*. Nueva York: Random House.
- Fingar, T. (2011). Worrying about Washington. En *Nonproliferation Review*, 51-68.
- Fogel, J. (2009). *Articulating the Sino-sphere: sino-japanese relations in space and time*. Cambridge: Harvard University Press.
- Fravel, T. (2008). *Strong Borders, Secure Nation: Cooperation and Conflict in China's Territorial Disputes*. Princeton: Princeton University Press.
- Friedberg, A. L. (2012). *A Contest for Supremacy: China, America and the contest for mastery in Asia*. Nueva York: Norton and Company.
- Friedberg, A. L. (2012). *A Contest for Supremacy: China, America and the struggle for mastery in Asia*. Nueva York: Norton and Company.
- Fukuyama, F. (1989). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: The National Interest.
- Gaddis, J. (2007). *The Cold War*. Nueva York: Penguin Books.
- Garver, J. (1997). *Face Off: China, the United States and Taiwan's Democratization*. Washington: University of Washington Press.

BIBLIOGRAFÍA

- Gates, R. (2009). A Balanced Strategy: Reprogramming the Pentagon for a New Ager. En *Foreign Affairs*, 35.
- Gates, R. (2009). Balanced Strategy reprogramming the Pentagone for a new age. En *Foreign Affairs*, 28-40.
- Gellman, B. (11 de marzo de 1992). Keeping the U.S. First: Pentagon would preclude a rival superpower. *Washington Post*, p. 2.
- Gilboy, G. (2012). *Chinese and Indian Strategic Behavior: Growing power and alarm*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilpin, R. (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilpin, R. (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilpin, R. (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilpin, R. (1986). The Richness of the Tradition of Political Realism. En R. Keohane, *Neorealism and its Critics* (pp. 301-321). Nueva York: Columbia University Press.
- Gilpin, R. (1987). *The Political Economy of International Relations*. Chichester: Princeton University Press.
- Gilpin, R. (1987). *The Political Economy of International Relations*. Chichester: Princeton University Press.
- Gingrich, N. (2019). *Trump vs China: facing America´s greatest threat*. Nueva York: Hachette Book Group.
- Glaser, B. (2012). Potential Flashpoints in the East China Sea. En M. McDevitt, *Workshop One: The Yellow and East China Seas* (pp. 37-41). Center for Naval Analyses.
- Glaser, C. (2011). Will China´s Rise Lead to War? En *Foreign Affairs*, 80-91.
- Global Times Staff reporters (17 de septiembre de 2021). Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://www.globaltimes.cn/page/202109/1234550.shtml>
- Godwin, P. (2001). *Compensating for deficiencies: doctrinal evolution in the People´s Liberation Army:1978-1999*. Santa Mónica: RAND.
- Goldstein, A. (2005). *Rising to the Challenge. China´s Grand Strategy and International Security*. Stanford: Stanford University Press.
- Goldstein, A. (2008). *Rising to the challenge: China´s Grand Strategy and International Security*. Singapur: National University of Singapore.
- Goldstein, A. (2013). U.S.-China interactions in Asia. En D. Shambaugh, *Tangled Titans: The United States and China* (p. 265). Lanham: Rowman and Littlefield.
- Goldstein, L. (2010). *Five Dragons Stirring up the sea: Challenges and Opportunities in China´s improving Maritime Enforcement Capabilities*. Rhode Island: China Maritime Studies.

- Gompert, D., & Saunders, P. (2011). *The Paradox of Power: Sino-American Strategic Restraint in an Age of Vulnerability*. Washington: Center for the Study of Chinese Military Affairs.
- González, J. (2012). El proceso de reforma económica de China: nuevas enseñanzas para México. En C. N. Universitarios, *Estrategias económicas exitosas en Asia y en América Latina* (pp. 123-151). Ciudad de México: Juan Pablos Editor.
- González, J. (2013). China frente al Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (TPP). En A. O. García, *El Acuerdo de Asociación Transpacífico: ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?* (pp. 121-143). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- González, J. (2014). China y su visión del desarrollo pacífico. En *Comercio Exterior*, 12-24.
- González, J. (2014). China y su visión del desarrollo pacífico. En *Comercio Exterior*, 12-24.
- Grieco, J. (1988). Anarchy and the limits of cooperation: a realist critique of the newest liberal institutionalism. En *International Organizations*, 488.
- Hardy, J. (30 de septiembre de 2014). *IHS Jane's Defence Weekly*. Recuperado el 15 de Enero de 2015, de China builds another island in South China Sea: <http://www.janes.com/article/43757/china-builds-another-island-in-south-china-sea>
- Hasenclever, A., Mayer, P., & Rittberger, V. (1997). *Theories of International Regimes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hayashi, Y. (13 de septiembre de 2012). *Wall Street Journal*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://online.wsj.com/articles/SB10000872396390443571904577630904118760424>
- Herring, G. (2008). *From Colony to Superpower: U,S, Foreign Relations since 1776*. Nueva York: Oxford University Press.
- Herring, G. (2008). *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*. Nueva York: Oxford Press.
- Hickman, J. (18 de junio de 2012). *Foreign Policy*. Recuperado el 11 de octubre de 2014, de http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/06/18/red_moon_rising
- Hille, K. (5 de mayo de 2013). China boosts Defence Spendings by 10.7%. En *Financial Times*, pp. 5-7.
- Hodge, A. (25 de septiembre de 2010). *China Defense*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de www.china-defense-mashup.com
- Hollis, M. (1994). *The Philosophy of Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press.

BIBLIOGRAFÍA

- House, W. (28 de enero de 2010). *White House Press Office*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-state-union-address>
- Huang, Y. (2008). *Capitalism with Chinese Characteristics Entrepreneurship and the State*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Huang, Y., Dang, W., & Wang, J. (2011). Reform of the International Economic System: what does China want? En J. Golley, *Rising China: Global challenges and opportunities* (p. 30). Canberra: ANU Press.
- Huiyun Feng, K. H. (2019). *How China sees the world: insights from Chinas international relations scholars*. Singapur: Palgrave Macmillan.
- Huntington, S. (1999). The Lonely Superpower. En *Foreign Affairs*, 36.
- IBRD. (26 de octubre de 2014). *World Bank Data*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG>
- II, T. P. (2020). *US vs China: from trade war to reciprocal deal*. Singapur: World Scientific.
- IISS. (1997). *Armed Conflicts and Fatalities, 1945-1994*. Obtenido de The Military Balance 1997/98 del International Institute for Strategic Studies: <http://www.iiss.org/en>
- Ikenberry, J. (2004). American Hegemony and East Asia Order. En *Australian Journal of International Affairs*, 300-354.
- Ikenberry, J. (2008). The Rise of China: power, institutions, and the western world. En R. R. Feng, *China's Ascent: power, security and the future of international politics* (p. 89). Nueva York: Cornell University Press.
- IMF (octubre de 2014). *Report for Selected Countries and Subjects*. Recuperado el 3 de diciembre de 2014, de www.imf.org
- Inkenberry, J. (2013). The Rise of China, the United States and the future of the Liberal International Order. En D. Shambaugh, *Tangled Titans: the United States and China* (p. 58). Rowman and Littlefield.
- International Institute for Strategic Studies (2013). *The Military Balance*. Abingdon: Routledge.
- Isaacs, J., & Downing, T. (1998). *Cold war, an illustrated history, 1945-1991*. Nueva York: Brown and Company.
- Jacques, M. (2009). *When China Rules the World: the End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. Nueva York: Penguin Books.
- Jacques, M. (2009). *When China Rules the World: the End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. Nueva York: Penguin Books.
- Jacques, M. (2009). *When China Rules the World: the End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. Nueva York: Penguin Books.
- Jervis, R. (1978). *Cooperation under the security dilemma*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Jervis, R. (1999). Realism, Neoliberalism and Cooperation: Understanding the debate. *International Security*, 42-63.

- Jijun, L. (1997). *Traditional Military Thinking and the Defensive Strategy of China*. Strategic Studies Institute.
- Jisi, W. (2005). China's search of stability with America. En *Foreign Affairs*, 39-48.
- Jisi, W. (2008). From Paper Tiger to Real Leviathan: China's images of the United States since 1949. En McGiffert, *Chinese images of the United States* (pp. 12-18).
- Johnson, C. (2004). *Blowback: the cost and consequences of American Empire*. Nueva York: Holt.
- Johnston, A. (2003). Is China a Status Quo Power? En *International Security*, 8.
- Ju, Z. (29 de abril de 2021). *Xinhua*. Recuperado el 16 de octubre de 2021, de http://spanish.xinhuanet.com/2021-04/29/c_139914509.htm
- Kagan, R. (2013). *The World America Made*. Nueva York: Vintage Books.
- Kagan, R. (2013). *The World America Made*. Nueva York: Vintage Books.
- Kang, D. (2003). Hierarchy and Stability in Asian International Relations. En J. Ikenberry, & M. Mastanduno, *International Relations Theory and the Asia-Pacific* (pp. 163-189). Nueva York: Columbia University Press.
- Kang, D. (2007). *China Rising: Peace, Power and Order in East Asia*. Nueva York: Columbia University Press.
- Kang, W. Y. (2006). China's grand strategy and U.S. primacy: is China balancing American power? En *CNAPS*, 17.
- Kaplan, R. (2009). Center Stage for the 21st Century: Power plays in the Indian Ocean. En *Foreign Affairs*, 1-25.
- Kaplan, R. (24 de noviembre de 2010). *Washington Post*. Recuperado el 11 de octubre de 2014, de www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2010/09/24
- Kaplan, R. (23 de septiembre de 2011). *Washington Post*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.washingtonpost.com/opinions/a-power-shift-in-asia
- Kaplan, R. (2012). *The Revenge of Geography: what the map tells us about coming conflicts and the battle against fate*. Nueva York: Random House.
- Kaplan, R. (2014). *Asia's Cauldron: the South China Sea and the End of a Stable Pacific*. Nueva York: Random House.
- Kaplan, R. D. (2018). *The return of Marco Polo's world: war, strategy and american interests in the twenty-first century*. Nueva York: Random House.
- Kapur, A. (2020). *Geopolitics and the Indo-Pacific Region*. Nueva York: Routledge.
- Katzenstein, P. (2005). *A World of Regions: Asia and Europe in the American Imperium*. Nueva York: Cornell University Press.
- Katzenstein, P., Keohane, R., & Stephen, K. (1998). International Organizations and the Study of World Politics. En *International Organizations*, 645-685.

BIBLIOGRAFÍA

- Kelly, J. (2006). A Chinese Revolution in Military Affairs? En *Yale Journal of International Affairs*, 58-71.
- Kennedy, P. (2009). *Auge y Caída de las Grandes Potencias*. Barcelona: De bolsillo.
- Keohane, R. (1986). *Neorealism and its Critics*. Nueva York: Columbia University Press.
- Keohane, R. (2000). Ideas Part Way Down. En *Review of International Studies*, 125-130.
- Keohane, R. (2005). *After Hegemony: Cooperation and discord in the world political economy*. Princeton: Princeton University Press.
- Keohane, R., & Martin, L. (2003). Institutional Theory as a Research Program. En M. Elman, & C. Elman, *Progress in International Relations Theory: Appraising the Field* (págs. 71-106). Cambridge: Cambridge University Press.
- Keohane, R., & Nye, J. (2001). *Power and Interdependence*. Nueva York: Longman.
- Khanna, P. (2019). *The Future is Asian*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Kim, S. (1996). *China's quest for security in the Post-Cold War World*. Nueva York: Strategic Studies Institute.
- Kindleberger, C. (1975). *The World In Depression 1929-1939*. Berkeley: University of California Press.
- Kirschner, J. (2008). The Consequences of China's Economic Rise for Sino-U.S. Relations. En R. R. Feng, *China's Ascent: Power, Security and the Future of International Politics* (pág. 247). Cornell University Press.
- Kissinger, H. (1979). *De la Chine*. París: Fayard.
- Klare, M. (2008). *Rising Powers, shrinking planet*. Nueva York: Metropolitan books.
- Klare, M. (2013). *the Race for what's left*. Nueva York: Picador.
- Klimenko, A. (2004). the evolution of China's military policy and military doctrine. En *Far Eastern Affairs*, 63-91.
- Kratochwil, F. (2003). The Monologue of Science. En *International Studies Review*, 124-128.
- Kratochwil, F., & Ruggie, J. (1986). International Organization: A State of the Art on the Art of the State. En *International Organization*, 763-786.
- Krepinevich, A. (2012). Strategy in a Time of Austerity: Why the Pentagon Should Focus on Assuring Access. En *Foreign Affairs*, 65.
- Kugler, J., & Tammen, R. (2012). *Power Transition Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Kuhn, P. (2003). *Origins of the Modern Chinese State*. Stanford: Stanford University Press.
- LaFeber, W., Polenberg, R., & Woloch, N. (2008). *The American Century: A History of the United States Since the 1890s*. Nueva York: M.E. Sharpe.

- Lampton, D. (2002). *Same Bed, Different Dreams: Managing U.S.-China Relations, 1989-2000*. Berkeley: University of California Press.
- Lampton, D. (2008). *The Three Faces of Chinese Power: Might, Money and Minds*. Berkeley: University of California Press.
- Lampton, D. (2014). *Following the leader: ruling China, from Deng Xiaoping to Xi Jinping*. Berkeley: University of California Press.
- Lamy, S. (2005). Contemporary mainstream approaches: neorealism and neoliberalism. En J. Bayliss, & S. Smith, *The Globalization of World Politics: an Introduction to International Relations* (págs. 205-224). Oxford: Oxford University Press.
- Lanqing, L. (2010). *Breaking Through: the birth of China's opening-up policy*. Oxford: Oxford University Press.
- LaRocco, L. A. (2019). *Trade War: containers don't lie: navigating the bluster*. Stamford: Marine Money Inc.
- Le Figaro. (28 de mayo de 2015). *On ignore jusqu'ou la Chine ira*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de <http://recherche.lefigaro.fr>
- Le Monde. (12 de julio de 2012). *Quatre navires chinois croisent au large des îles Senkaku-Diaoyu*. Recuperado el 13 de julio de 2012, de http://www.lemonde.fr/japon/article/2012/12/07/quatre-navires-chinois-croisent-au-large-des-iles-senkaku-diaoyu_1801483_1492975.html
- Le Monde (13 de diciembre de 2012). *Un avion chinois survole les îles Senkaku*. Recuperado el 13 de diciembre de 2012, de http://www.lemonde.fr/asie-pacifique/article/2012/12/13/iles-disputees-un-avion-chinois-survole-la-zone-des-avions-japonais-decollent_1805345_3216.html
- Le Monde (7 de agosto de 2013). *Des garde-côtes chinois pres des îles Senkaku*. Recuperado el 7 de agosto de 2013, de http://www.lemonde.fr/asie-pacifique/article/2013/08/07/des-garde-cotes-chinois-pres-des-iles-senkaku_3458320_3216.html
- Le Monde (28 de mayo de 2013). *Des Hackers chinois ont pénétré les systèmes du pentagone*. Recuperado el 28 de mayo de 2013, de http://www.lemonde.fr/technologies/article/2013/05/28/des-hackers-chinois-ont-penetre-les-systemes-du-pentagone_3419929_651865.html
- Le Monde (23 de noviembre de 2013). *La Chine crée une zone de défense aérienne incluant les îles Senkaku*. Recuperado el 23 de noviembre de 2013, de http://www.lemonde.fr/japon/article/2013/11/23/la-chine-cree-une-zone-de-defense-aerienne-incluant-les-iles-senkaku_3519128_1492975.html
- Le Monde (14 de diciembre de 2013). *Objectif Lune réussi pour la Chine*. Recuperado el 15 de diciembre de 2013, de http://www.lemonde.fr/asie-pacifique/article/2013/12/14/le-premier-vehicule-lunaire-chinois-va-alunir-samedi_4334342_3216.html
- Le Monde (23 de enero de 2014). *Chine essai de lancement de missile nucléaire a longue portée*. Recuperado el 24 de enero de 2014, de <http://www>.

BIBLIOGRAFÍA

- lemonde.fr/asi-pacifique/article/2014/01/23/chine-essai-de-lancement-de-missile-nucleaire-a-longue-portee_4353029_3216.html
- Le Monde (12 de abril de 2014). *Trois navires chinois entrent dans les eaux territoriales d'îles japonaises disputées*. Recuperado el 12 de abril de 2014, de http://www.lemonde.fr/japon/article/2012/10/02/quatre-navires-chinois-entrent-dans-les-eaux-territoriales-des-iles-disputees_1768562_1492975.html
- Le Monde (13 de mayo de 2015). *Nouvelles tensions en perspective autour de l'archipel des Spratleys*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de http://www.lemonde.fr/asi-pacifique/article/2015/05/13/nouvelles-tensions-en-perspective-autour-de-l-archipel-des-spratleys_4632888_3216.html
- Le Monde (17 de marzo de 2015). *Paris, Berlin et Rome rejoignent la Banque asiatique d'investissement*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de http://www.lemonde.fr/economie/article/2015/03/17/paris-berlin-et-rome-rejoignent-la-banque-asiatique-d-investisseme-nt_4595360_3234.html#tOBQbLDezgZ2gqPT.99
- Le Monde (31 de julio de 2015). *Pékin étend son influence en mer de Chine avec des îles artificielles*. Recuperado el 31 de julio de 2015, de <http://big-browser.blog.lemonde.fr/2015/07/31/pekin-etend-son-influence-en-mer-de-chine-avec-des-iles-artificielles/>
- Lee, D. K. (2011). The New Cold War in Asia? En *Comparative Connections*, 64-99.
- Lee, K. F. (2018). *AI Super powers: China, Silicon Valley and the new world order*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt.
- Lee, Y. J. (2010). *Economics of Community Building*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de http://www.eai.or.kr/data/bbs/kor_report/YoonJinLee.pdf
- Lemoine, F. (2007). *La montée en puissance de la Chine et l'intégration économique en Asie*. Paris: Hérodote.
- Lenglet, F. (2010). *La Guerre des Empires: Chine contre États-Unis*. Paris: Fayard.
- Lenglet, F. (2010). *La Guerre des Empires: Chine contre États-Unis*. Paris: Fayard.
- Lewis, J. (2007). *The Minimum Means of Reprisal: China's Search for Security in the Nuclear Age*. Cambridge: MIT Press.
- Liang, Q., & Xiangsui, W. (1999). *Unrestricted Warfare: China's Master Plan to Destroy America*. Beijing: PLA Literature and Arts Publishing House.
- Lijun, S. (2001). *China's dilemma: the Taiwan issue*. Singapur: Institute of Southeast Asian Studies.
- Luttwak, E. (2012). *La Montée en puissance de la Chine et la logique de la stratégie*. Paris: Odile.
- Macdonald, J. (2015). *When Globalization Fails: the rise and fall of pax americana*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

- Madeirasos, E. (2009). *China's International Behaviour*. Santa Mónica: RAND Corporation.
- Mahnken, T. (2011). China's anti-access Strategy in Historical and Theoretical Perspective. En *Journal of Strategic Studies*, 299-323.
- Manuel, A. (2016). *This Brave New World: India, China and the USA*. Nueva York: Simon and Schuster .
- Marshall, A. (9 de septiembre de 2010). *Time*. Recuperado el 11 de octubre de 2014, de <http://content.time.com/time/magazine/article>
- Martin, M. (2010). China's sovereign wealth funds: developments and policy implications. En *CRS Report*, 35-43.
- McGraw, G. (2011). Separating Threat from the Hype: what Washington needs to know about Cybersecurity. En *Center for a New American Security*, 65.
- McMahon, R. J. (1999). *The Limits of Empire: The United States and Southeast Asia since World War II*. Nueva York: Columbia University Press.
- Mearsheimer, J. (1994-1995). The False Promise of International Institutions. En *International Security*, 5-49.
- Mearsheimer, J. (1995). The False promise of international institutions. En *International Security*, 5-49.
- Mearsheimer, J. (1995). The False Promise of International Institutions. En *International Security*, 10-12.
- Mearsheimer, J. (2003). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton and Company.
- Mearsheimer, J. (2003). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton and Company.
- Mearsheimer, J. (2003). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton and Company.
- Mearsheimer, J. (2003). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton and Company.
- Mearsheimer, J. (2018). *the Great Delusion: liberal dreams and international realities*. Londres: Yale University Press.
- Monteiro, N. (2011). Unrest Assured: why unipolarity is not peaceful. En *International Security*, 36(3), 12.
- Moon, C.-i. (28 de mayo de 2015). *Global Times*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de THAAD isn't answer to Seoul's anxiety: <http://www.global-times.cn/content/924200.shtml>
- Morris, B. S. (2009). Chinese Perceptions of U.S. Decline and Power. En *China Brief*, 1-6.
- Moyo, D. (2012). *Winner take all: China's race for resources and what it means for the world*. Nueva York: Basic Books.
- Mulvenon, J. (2006). *Chinese Responses to U.S. Military Transformations and Implications for the Department of Defense*. Santa Mónica: RAND.

BIBLIOGRAFÍA

- Murray, L. G. (2004). Undersea Dragons: China's maturing submarine force. En *International Security*, 96-161.
- Nasr, V. (2013). *The Dispensable Nation: American Foreign Policy in Retreat*. Nueva York: First Anchor Books Edition.
- Nathan, A., & Scobell, A. (2012). *China's search for security*. Nueva York: Columbia University Press.
- Nathan, A., & Scobell, A. (2012). *China's search for security*. Nueva York: Columbia University Press.
- National Bureau of Statistics of China. (2014). *China Statistical Yearbook*. Beijing: China Statistics Press.
- National Security Council (12 de abril de 1950). *A Report to National Security Council*. Obtenido de Truman Library: http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/coldwar/documents/pdf/10-1.pdf
- Niquet, V. (24 de 09 de 2012). Mer de Chine la guerre menace. En *Le Monde*, p. 2.
- O'Rourke, R. (8 de septiembre de 2014). *Washington Congressional Research Service*. Recuperado el 22 de octubre de 2014, de www.fas.org/sgp/crs/row
- Oashi, H. (2005). China's Regional Trade and Investment Profile. En D. Shambaugh, *Power Shift: China and Asia's new dynamics* (p. 248). Los Angeles: University of California Press.
- Obama. (7 de junio de 2013). www.whitehouse.gov. Recuperado el 22 de noviembre de 2014, de www.whitehouse.gov/the-press-office/2013/06/07/remarks-president-obama-and-president-xi-jinping-peoples-republic-china
- Ocampo, J. A. (2006). *Cooperación Financiera Regional*. Santiago: CEPAL.
- Odgaard, L. (6 de Mayo de 2007). *Alternet*. Recuperado el 20 de mayo de 2014, de www.alternet.org
- OMC. (26 de octubre de 2014). *Statistic Data Base*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de [http://stat.wto.org/Home/WSDBHome.aspx?Language =](http://stat.wto.org/Home/WSDBHome.aspx?Language=)
- Osnos, E. (24 de junio de 2013). Why China let Snowden go. En *New Yorker*, p. 42.
- Pannetta, L. (11 de octubre de 2012). *Defense government*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.defense.gov/transcripts
- Pañares, J. P. (10 de mayo de 2011). Aquino Pushes for united stand on South China Sea. En *Manila Standard Today*, p. 2.
- Pape, R. (2005). Soft Balancing against the United States. En *International Security*, 7-45.
- Perlez, J. (27 de julio de 2013). *Chinese, with Revamped Force, Make Presence Known in East China Sea*. Recuperado el 27 de julio de 2013, de New York Times: <http://www.nytimes.com/2013/07/08/world/asia>

- Peterson Institute for International Economics (16 de marzo de 2021). *US China trade war tariffs: un up to date chart*. Recuperado el 16 de octubre de 2021, de <https://www.piie.com/research/piie-charts/us-china-trade-war-tariffs-date-chart>
- Pflimlin, E. (29 de noviembre de 2012). *Le Monde*. Recuperado el 29 de noviembre de 2012, de *Le Monde*: www.lemonde.fr/asia-pacifique/article/2012/09/25/chine-japon-vers-une-guerre-des-porte-avions
- Pollack, J. (1993). The United States in East Asia. *Asia's International Role in the Post-Cold War Era*, 69-82.
- Powaski, R. (2000). *La Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Preston, P. (1998). *Pacific Asia in the Global System*. Malden: Blackwell.
- Przystup, J. (2014). Japan-China relations: can we talk? En *Comparative Connections*, 1-11.
- Rao, A. (24 de abril de 2018). *Pwc Global*. Recuperado el 16 de octubre de 2021, de <https://www.pwc.com/gx/en/issues/analytics/assets/pwc-ai-analysis-sizing-the-prize-report.pdf>
- Ravenhill, J. (2000). *APEC and the Construction of Pacific Rim Regionalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reynolds, D. (2001). *From Munich to Pearl Harbor: Roosevelt's America and the Origins fo the Second World War*. Chicago: Library of Congress.
- Rickards, J. (2012). *Currency Wars: the making of the next global crisis*. Nueva York: Portfolio Penguin.
- Rosen, D. (30 de marzo de 2011). *U.S.-China Economic and Security Review Commission*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://www.uscc.gov/sites/default/files/3.30.11Rosen.pdf>
- Ross, R. (1995). *Negotiating Cooperation: the United States and China 1969-1989*. Stanford: Stanford University Press.
- Ross, R. (1995). *Negotiating Cooperation: The United States and China, 1969-1989*. Stanford: Stanford University Press.
- Ross, R. (1999). The Geography of the Peace: East Asia in the Twenty-First Century. En *International Security*, 114.
- Ross, R. (2004). Bipolarity and balancing in East Asia. En P. Tazha, *Balance of Power: Theory and Practice in the 21st Century* (p. 288). Stanford: Stanford University Press.
- Ross, R. (noviembre de 2005). *Stanley Foundation*. Recuperado el 25 de mayo de 2014, de www.stanleyfoundation.org
- Ross, R. (2006). Taiwan's fading Independence Movement. En *Foreign Affairs*, 23-50.
- Ross, R. (2009). *China's Naval Nationalism: Sources, Prospects and the U.S. response*. Cambridge: International Security Cambridge.
- Ross, R. (2010). China's Naval Nationalism: Sources, Prospects, and the US Perception of Japan since the 1980s. En *The China Quarterly*, 550.

BIBLIOGRAFÍA

- Ross, R., & Changbin, J. (2001). *Re-examining the Cold War: U.S.-China diplomacy 1954-1973*. Cambridge: Harvard University Press.
- Ross, R., & Feng, Z. (2008). *China's Ascent: Power, Security and the future of international politics*. Nueva York: Cornell University Press.
- Samuels, R. (2007). New Fighting Power! Japan's Growing Maritime Capabilities and East Asian Security. En *International Security*, 92.
- Schaller, M. (2002). *The United States and China: into the Twenty-First Century*. Nueva York: Oxford University Press.
- Sciutto, J. (20 de mayo de 2015). *U.S. surveillance detects Chinese artillery on disputed islands*. Recuperado el 30 de Mayo de 2015, de CNN: <http://edition.cnn.com/2015/05/28/politics/china-ashton-carter-south-china-sea-islands/>
- Scobell, A. (2001). The Cost of Conflict: the Impact on China of a future war. En *Strategic Studies Institute*, 24.
- Scobell, A. (2004). *China and North Korea: from comrades to allies at arm's length*. Nueva York: Strategic Studies Institute.
- Secretary of Defense (28 de julio de 2006). *Annual Report to Congress on the Military Power of the People's Republic of China*. Recuperado el 2 de Enero de 2012, de <http://www.defense.gov/pubs/pdfs/China%20Report%202006.pdf>
- Segal, G. (1985). *Sino-Soviet Relations after Mao*. Londres: Adelphi Papers.
- Shambaugh, D. (2005). China engages Asia: Reshaping the Regional Order. En *International Security*, 78.
- Shambaugh, D. (2013). *Tangled Titans The United States and China*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Shambaugh, D., & Yahuda, M. (2008). *International Relations of Asia*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Shanker, T. (11 de marzo de 2009). *The New York Times*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de The New York Times: www.nytimes.com/2009/03/11/world/asia/11military
- Shirk, S. (2008). *Fragil Superpower*. Nueva York: Oxford University Press.
- Silk, R. (28 de Enero de 2015). *The Wall Street Journal*. Recuperado el 30 de Mayo de 2015, de Yuan Is World's Fifth Payments Currency: <http://www.wsj.com/articles/yuan-is-worlds-fifth-payments-currency-1422431603>
- Singer, P. (2014). *Cybersecurity and Cyberwar*. Nueva York: Oxford University Press.
- Singh, J. P. (2018). *China Rx: exposing the risks of Americas dependence on China for Medicine*. Connecticut: Prometheus Books.
- Sistema de Información sobre Comercio Exterior (8 de marzo de 2018). *Acuerdo amplio y progresista de Asociación Transpacífico*. Recuperado el 16 de octubre de 2021, de http://www.sice.oas.org/tpd/tpp/tpp_s.asp

- Smith, P. (30 de agosto de 2021). *NBC News*. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://www.nbcnews.com/news/world/north-korea-has-restarted-key-reactor-nuclear-watchdog-warns-n1277975>
- Smith, S. (2002). The United States and the Discipline of International Relations: Hegemonic Country, Hegemonic Discipline. En *International Studies Review*, 67-85.
- Smith, S., & Hollis, M. (1990). *Understanding and Explaining International Relations*. Oxford: Clarendon Press.
- Spence, J. (1991). *The Search for Modern China*. Nueva York: Norton and Company.
- Steinberg, J., & O'Hanlon, M. (2014). *Strategic Reassurance and Resolve: U.S.-China relations in the Twenty-First Century*. Princeton: Princeton University Press.
- Steinberg, J., & O'Hanlon, M. (2014). *Strategic Reassurance and Resolve: U.S.-China Relations in the Twenty-first Century*. Princeton: Princeton University Press.
- Stiglitz, J. (13 de abril de 2006). *The Guardian*. Recuperado el 25 de noviembre de 2012, de Development in Defiance of the Washington Consensus: www.theguardian.com/commentisfree/2006
- Stiglitz, J. (2013). *The Price of Inequality: how today's divided society endangers our future*. Nueva York: Norton and Company.
- Stokes, O. S. (2011). *Air power trends in Northeast Asia: implications for Japan and the U.S.-Japan Alliance*. Arlington: Project 2049 Institute.
- Strecker, E. (2000). *China's quest for energy security*. Santa Mónica: RAND Corporation.
- Subramanian, A. (2012). Eclipse: Living in the shadow of China's economic dominance. En E. Luce, *Time to Start Thinking: America in the Age of Descent* (p. 345). Nueva York: Grove Press.
- Suisheng, Z. (2004). *A Nation State by Construction: Dynamics of Modern Chinese Nationalism*. Stanford: Stanford University Press.
- Sutter, R. (2003). Why does China matter? En *Washington Quarterly*, 80.
- Sutter, R. (2008). *Chinese Foreign Relations: Power and Policy, since the Cold War*. Lanham: Rowman and Littlefield Publishers.
- Sutter, R. (2008). Durability in China's strategy towards Central Asia-reasons for optimism. En *China and Eurasia Forum Quarterly*, 3.
- Sutter, R. (2009). From Bad to Worse. En *Comparative Connections*, 59-69.
- Sutter, R. (2012). *Chinese Foreign Relations: power and policy since the cold war*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Sutter, R. (2013). *U.S.-Chinese Relations: perilous past, pragmatic present*. Lanham: Rowman and Littlefield Publishers.
- Sutter, R. (2013). *US-Chinese Relations, perilous past, pragmatic present*. Lanham: Rowman and Littlefield Publishers.

BIBLIOGRAFÍA

- Swaine, M. (2011). *America's Challenge: Engaging a Rising China in the Twenty-First Century*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace.
- Takahashi, K. (8 de julio de 2013). *China is Changing Status Quo by Force*. Recuperado el 2013 de 24 de julio, de Jane's Defense Weekly: www.janes.com
- Tammen, R. (2014). Power Transitions and China-U.S. Conflicts. En *Chinese Journal of International Politics*, 35-55.
- Taylor, W., & Smith, D. (1996). *Asian Security to the year 2000*. Carlisle: Center for Strategic and International Studies.
- Tazha, P. (2004). *Balance of Power: Theory and Practice in 21st Century*. Stanford: Stanford University Press.
- Tellis, A. (1998). *Sources of conflict in Asia in the 21th century. Regional features and U.S. strategy*. Santa Mónica: RAND Corporation.
- Tellis, A. (2013). U.S. China Relations in a Realist World. En D. Shambaugh, *Tangled Titans the United States and China* (p. 83). Lanham: Rowman and Littlefield.
- Tellis, M., & Swaine, A. (2000). *Interpreting China's Grand Strategy: Past, Present and Future*. Santa Mónica: RAND Corporation.
- Terril, R. (2003). *The New Chinese Empire*. Nueva York: Basic Books.
- The Asian Infrastructure Investment Bank (20 de mayo de 2015). *The Multilateral Interim Secretariat*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de <http://www.aiibank.org/>
- Thibault, H. (21 de mayo de 2015). *Le Monde*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de L'ambiguïté congénitale de la Banque asiatique d'investissement: http://www.lemonde.fr/economie/article/2015/05/21/1-ambiguïte-congenitale-de-la-banque-asiatique-d-investissement_4637326_3234.html
- Thucydides (2009). *History of the Peloponnesian War*. Nueva York: Penguin.
- Ting, L. (4 de diciembre de 2012). *CUEN Delegation*. Recuperado el 13 de septiembre de 2014, de english.cueb.edu.cn
- Tkaick, J. (2 de enero de 2008). *National Center for Policy Analysis*. Recuperado el 5 de marzo de 2012, de China's superpower economy: http://www.ncpa.org/sub/dpd/index.php?Article_ID=15415
- Tse, J. (2019). *Usa war with China XXI Century*. Pittsburgh: Dorrance.
- Twomey, C. (2013). The Military-Security Relationship. En D. Shambaugh, *Tangled Titans The United States and China* (p. 244). Lanham: Rowman and Littlefield.
- United States Census Bureau (10 de marzo de 2013). *United States Census Bureau*. Obtenido de United States Census Bureau: <http://www.census.gov/foreign-trade/balance/c5700.html#1993>
- Varkey, P. T. (2005). Soft-Balancing in the age of U.S. Primacy. En *International Security*, 46.

- Waever, O. (1997). Figures of international thought: introducing persons instead of paradigms. En O. Waever, & I. Neumann, *The Future of International Relations. Masters in the Making* (pp. 1-37). Londres: Routledge.
- Wald, M. (15 de noviembre de 2012). Terrorist Attack on Power Grid Could Cause Broad Hardship. *New York Times*, p. 23.
- Walt, S. (1998). International Relations: One world, many theories. En *Foreign Policy*, 29-46.
- Walter, C., & Howie, F. (2011). *Red Capitalism: the fragil financial foundations of China´s extraordinary rise*. Singapur: John Wiley and Sons Asia.
- Walter, R. F. (2010). *China, the United States, and the Global Order*. Cambridge University Press.
- Waltz, K. (1964). The Stability of the Bipolar World. En *Daedalus*, 881-909.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Nueva York: McGraw-hill.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Nueva York: McGraw-hill.
- Waltz, K. (1990). Realist Thought and Neorealist Theory. En *Journal of International Affairs*, 20.
- Waltz, K. (1993). The Emerging Structure of International Politics. En *International Security*, 44-79.
- Waltz, K. (1997). Evaluating Theories. En *American Political Science Review*, 917.
- Waltz, K. (2002). Structural Realism after the Cold War. En Ikenberry, *America Unrivaled: the Future of the Balance of Power* (p. 37). Nueva York: Cornell Univeristy Press.
- Wang, X. (6 de abril de 2009). *Xinhua*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.xinhuanet.com
- Wang, Z. (2012). *Never Forget National Humiliation: Historical Memory in Chinese Politics and Foreign Relations*. Nueva York: Columbia University Press.
- Whitlock, C. (27 de mayo de 2015). *The Washington Post*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de Defense secretary's warning to China: U.S. military won't change operations: <http://www.washingtonpost.com/news/checkpoint/wp/2015/05/27/defense-secretarys-warning-to-china-u-s-military-wont-change-operations/>
- Wholhforth, W. (2002). U.S. Strategy in a Unipolar World. En Ikenberry, *America Unrivaled: the Future of the Balance of Power* (p. 117). Nueva York: Cornell University Press.
- Wohlforth, W. (2002). America Unrivaled: the future of the balance of power. En J. Ikenberry, *US Strategy in a Unipolar World* (p. 117). Cornell University Press.

BIBLIOGRAFÍA

- World Bank (2012). *GNI, PPP (current international \$)*. Recuperado el 15 de agosto de 2013, de data.worldbank.org/indicator/NY.GNP.MKTP.PP.CD
- Wortzel, L. (2008). PLA Joint Operational Contingencies in South Asia, Central Asia and Korea. En R. Kamphausen, *Beyond the Strait: PLA Missions Other than Taiwan* (p. 360). Carlisle: Strategic Studies Institute.
- Wortzel, W. R. (29 de marzo de 2007). *U.S.-China Economic and Security Review Commission*. Recuperado el 25 de mayo de 2014, de <http://www.uscc.gov/Hearings/hearing-chinas-military-modernization-and-its-impact-united-states-and-asia-pacific>
- Wu, M. (2008). Free Trade and the Protection of Public Morals. En *Yale Journal of International Law*, 215-251.
- Wuthonow, J. (2008). The concept of Soft Power in China's strategic Discourse. En *Issues and Studies*, 25.
- Xinhua. (16 de noviembre de 2011). *English People*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de www.english.people.com
- Xinhua. (22 de noviembre de 2012). *Xinhua Net*. Recuperado el 3 de diciembre de 2012, de news.xinhuanet.com/english/special/18cpcn
- Xuetong, Y. (2006). The Rise of China and its Power Status. En *Chinese Journal of International Politics*, 19.
- Xuetong, Y. (2010). The Instability of China-U.S. Relations. En *Chinese Journal of International Politics*, 11.
- Yamazawa, I. (2000). *Asia-Pacific Economic Cooperation: challenges and tasks for the twenty-first century*. Londres: Routledge.
- Yongnian, Z. (1999). *Discovering Chinese Nationalism in China: Modernization, Identity, and International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zakaria, F. (2009). *The Post American World*. Nueva York: Norton and Company.

Acerca del autor

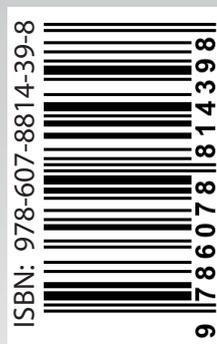
Egresó, en 2010, con honores, del Tecnológico de Monterrey, campus Chihuahua, de la licenciatura en Relaciones Internacionales. Es egresado del doctorado en Relaciones Transpacíficas, Facultad de Economía, por la Universidad de Colima.

Es egresado del Programa de Alta Dirección AD-2, del IPA-DE Business School, Universidad Panamericana. Fungió como docente en 2013 y en 2016, en la licenciatura Administración de Negocios Internacionales, perteneciente a la Universidad del Valle de México, campus Chihuahua.

Publicó los artículos Acuerdo Transpacífico de Asociación Económica Estratégica (Tpp). ¿Solución comercial a la tensión político-militar de la región; o estrategia estadounidense para disminuir la influencia de China en Asia?, y Perspectivas de creación de un régimen de seguridad en el Noreste Asiático, en Portes, revista editada por la Universidad de Colima; asimismo, China y Estados Unidos, compromisos para mitigar las emisiones de gases de efecto invernadero, en CIMEXUS, revista editada por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Equilibrio de potencias. El ascenso de China frente a Estados Unidos de 1949 a 2020. Un análisis desde el neorrealismo, de Eduardo Raúl Ramírez Zamudio, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición digital se terminó en diciembre de 2022. En la composición tipográfica se utilizó la familia Veljovic Book. Programa Editorial: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Lizeth Vázquez Viera, con base en el diseño de Marcela Hernández Pérez. Diseño de interiores y cuidado de la edición: José Augusto Estrella.

Equilibrio de potencias. El ascenso de China frente a Estados Unidos de 1949 a 2020. Un análisis desde el neorrealismo explica, a partir de la teoría neorrealista de Relaciones Internacionales, las estrategias de equilibrio directo e indirecto de las principales potencias, en Asia, para asegurar su hegemonía —en el caso estadounidense— y su ascenso —en el caso chino—. De esta manera, las decisiones de los gobiernos de Washington, y de Beijing, tienen un impacto en el cálculo racional de potencias medianas, como Corea del Sur, Japón, India, Rusia e Indonesia, que buscan aliarse o equilibrar a las potencias regionales, fortaleciendo su posición en el sistema. La teoría neorrealista ofrece el marco teórico adecuado para explicar las acciones de los países, las cuales definen la transición sistémica a la multipolaridad que ocurre en el siglo XXI.



UNIVERSIDAD DE COLIMA